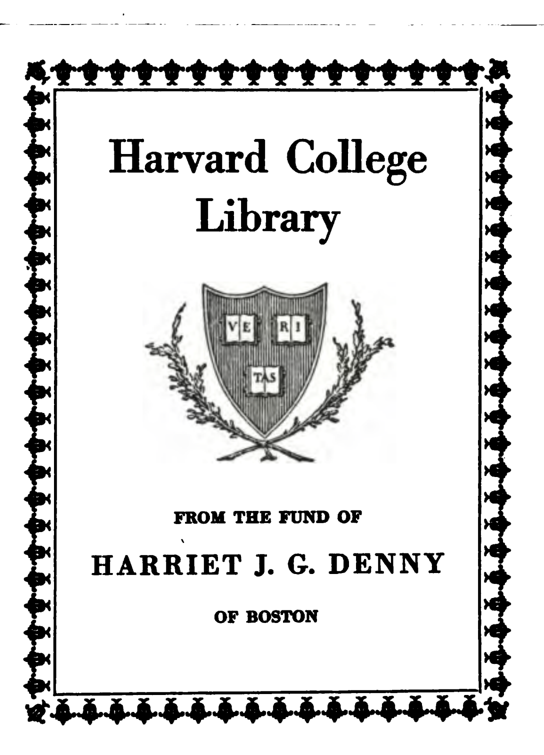


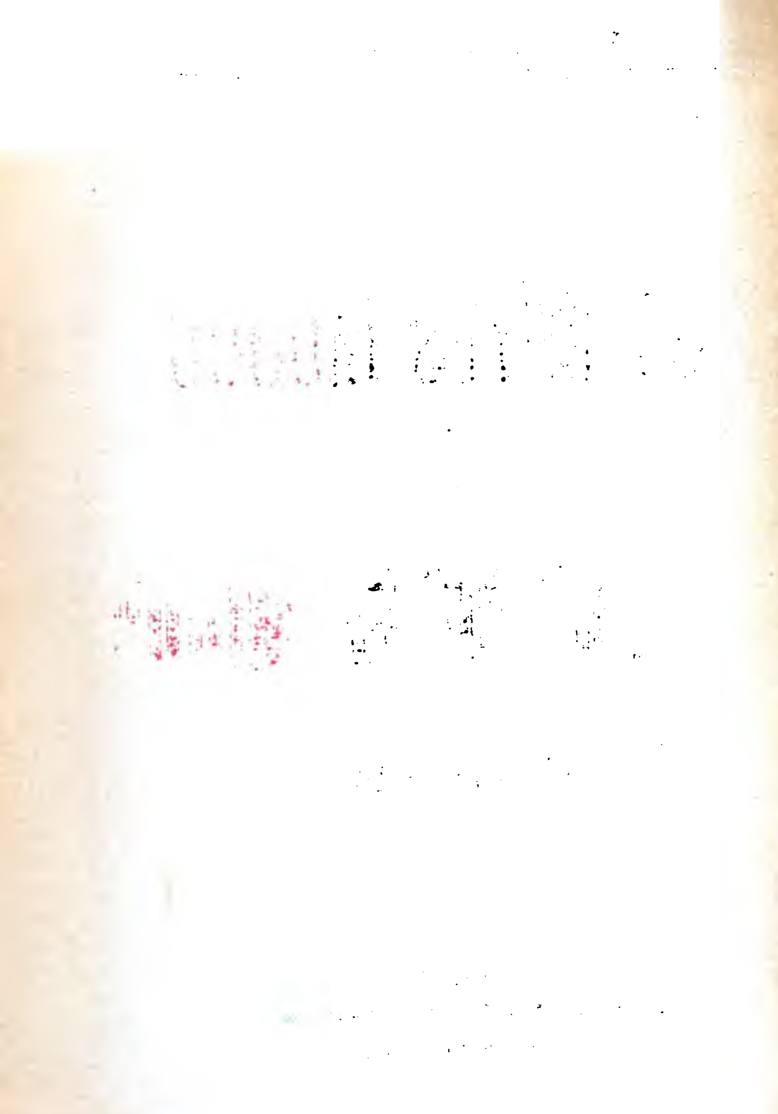
V. CALVO-ACACIO

LOS REYES MUDOS

NOVELA



VALENCIA.–1904
Imp. de Juan Guix
Calle de Miñana, 7 y 9



V. CALVO-ACACIO

LOS REYES MUDOS

NOVELA



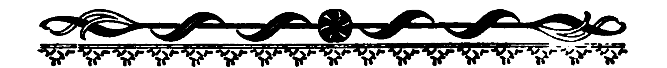
VALENCIA.—1904
Imp. de Juan Guix
Calle de Miñana, 7 y 9

Sumergidos en plena naturaleza, ocupados en renovar eternamente la savia de la vida, los campesinos no se curan del porvenir ni del pasado. Bástales la eterna y la urgente actualidad del trabajo... Desconoce su propia historia, lamenta la miseria de su estado presente y nada hace por preparar el porvenir. Refractario á la política, que suele ser profesión de ricos y de ociosos, su destino es marchar á remolque de los habitantes de las grandes urbes...

Dr. S. Ramón y Cajal.

Si en punto á cultura, los obreros de la industria vivén con respecto á los del resto de Europa medio siglo atrasados, los obreros del campo están á tres siglos de distancia de sus compañeros europeos.

Adolfo A. Buylla.



LOS REYES MUDOS

I

Aún era de noche; á la ténue luz que despedían los quinqués de los cafetines de la plaza Mayor, se veían algunos jornaleros, con las manos en los bolsillos unos, envueltos en las pardas mantas otros. Apenas hablaban, y sus conversaciones eran interrumpidas con frecuencia por bostezos de sueño y de hambre. Algunos, muy pocos, refugiábanse en los cafetines á burlar el estómago con un vaso de la infusión mal llamada café, compuesta de higos secos de la Marina, achicorias y algarrobas. Los más *ricos* se permitían el lujo de comer una dura *malaeneta* remojada con una copa de aguardiente abrasador, defensa contra el hambre, el frío y la desesperación.

—¿Tenéis faena? ¿cuánto queréis ganar?—preguntaba dirigiéndose hacia cualquiera de los grupos otro soñoliento labrador, de aspecto menos miserable.—Id, pues, á cavar para mí á la viña del barranco.

Acordes los del grupo, se iban con perezoso paso á sus respectivas casas en busca de pan para todo el día, y del pesado azadón ¡para todo el día también!

Y apenas se desperezaba el sol para dar á los ribereños los buenos días, ya no quedaban en la plaza más que los viejos, á quienes nadie daba trabajo por miedo á que no ganasen bien el jornal, los perezosos y los revendedores, que, ya instalados en sus puestos respectivos, disponíanse á recibir á los parroquianos.

Interminable procesión de jornaleros, con sus azadones y saquillo de comestible al hombro, salía á la huerta, tomando cada grupo su dirección por el camino Real, ó por las innumerables sendas del término. El pueblo estaba ya en aquellos instantes animadísimo, pero con esa monótona animación de máquina, que vuelve á comenzar su tarea. Iban las mujeres cesta al brazo hacia la plaza, y los trabajadores que restaban salían también del pueblo, montados en mulas, guiando carros ó junto á los rocines que arrastraban el arado, dejando un desigual surco en el suelo. Percibíase alguna que otra lánguida

canción, que más parecía lanzada para espantar el tédio, que para celebrar interiores regocijos.

El débil resplandor del sol naciente daba á los campos dorada suavidad y á los rostros de todos aquellos esclavos del trabajo tintes amarillentos, como si fuesen sus caras de barro cocido.

La mañana, como de Enero, estaba muy fría, más en aquella hora, en que por la salida del sol la evaporación es rápida, y el viento mueve, enfriándose al contacto de las escarchas y de las nieves de los lejanos montes.

Cuando el sol ha levantado su enorme disco por Oriente, semejando un mundo en ignición, ya los labriegos se disponen á trabajar en las diferentes labores del cultivo; abren unos profundos surcos con el arado, para que reciba la tierra los dorados granos de trigo; escardan otros con afán, extirpando de los habares los hierbajos glotones é improductivos; traillan los campos aquellos; los de más allá, con las perneras al aire, tiritando por la crudeza del tiempo, riegan los suyos, y á lo lejos, cerca de unas lomas feraces, encorvados sobre las secas vides que parecen cruces de inmenso Campo Santo, varios jornaleros, alineados militarmente, levantan con sus nervudos brazos el pesado azadón, que el sol bruñe, y lo hunden con rabia en la

superficie de la tierra, para que se oree la que yacía sepultada largo tiempo.

La cava, sobre ser una operación agrícola importante, es el tormento, la canga del labrador, que cada vez que levanta el azadón parece que abra una hoya donde entierra su vida poco á poco. Vosotros, obreros de las capitales que pedís contínuas reivindicaciones y piedad para vuestro trabajo encontrándolo duro, doloroso, si no habéis cavado de sol á sol, no sabeis lo que son fatigas.

Una de las muchas cuadrillas de cavadores que habían salido del pueblo, se detuvo en los linderos de un campo del que buena parte se hallaba ya cavado. Eran seis los hombres que la componían, jóvenes aún, pero cuya juventud vigorosa la marchitaba sin dnda el penoso trabajo. Enjutos de carne, tostados por el sol, de recias y cargadas espaldas, vestían poco más ó menos el traje de labor de todos los labradores de la ribera del Júcar, consistente, para el que no lo sepa, en alpargatas de esparto, pantalones de pana ó de recio tejido mallorquín, camisa de algodón, chaleco de lanilla ó blusa y sombrero de fieltro de anchas alas, envejecido por el uso.

Los seis hombres dejaron en el márgen del campo, junto al botijo del agua, varias de sus prendas de vestir y se dispusieron á trabajar. Había uno entre aquellos cavadores, el que pa-

recía dirigirles, de elevada estatura, bien formado y de inteligente expresión; trabajaba con brío, hablaba poco y reía menos; los otros compañeros, que quizá sabrían el fundamento de la preocupación del arrogante mozo, respetaban su silencio y seguían trabajando; sólo cuando á las nueve de la mañana dejó el azadón y ordenó que liasen el primer cigarro mientras él iba al pueblo, se atrevieron á decirle:—Ve y trae buenas noticias.

—¡Dios lo quiera!—dijo, y tomando la senda se dirigió á buen paso hacia el pueblecillo, que se distinguía, pulido por la luz del sol, como á un tiro de fusil de aquel lugar.

—Sí que sería lástima que se le muriese al tío Pepe su rocín—esclamó un individuo sacando del chaleco la mugrienta petaca, repleta de infernales colillas de cigarros de á tres céntimos.

—Más de lo que tu crees, ¿verdad *Purgatori*?

Purgatori era un muchacho pequeño, morenucho, de ojos negros y espresivos, de menudos pero récios dientes, que con la contínua sonrisa enseñaba; simpático, agradable, muy corto de génio, pero formal, ecenómico y trabajador como pocos.

—Hombre, una desgracia como esa ¿quién no la siente?—replicó *Purgatori*, eludiendo quizá otra contestación más explícita.

Pero el otro, que tenía ganas de soltar del

buche ciertas noticias que habían llegado á sus oídos, prosiguió:

—Figuráos que el tio Pepe compró el año pasado ese rocín que tiene enfermo á los franceses de Alcira, y que de las tres *pagas* que hay que dar, aún no ha satisfecho más que una.

—¡Sí que es un golpe para el pobre! Porque si al llegar la otra no la entrega, le embargan por todo el capital.

—Lo de las tres pagas tiene ese inconveniente.

—Pero en cambio, no hay que dar todo el dinero de una vez, y si ayudan las cosechas, no se siente el pago; siempre es un favor...

—Un favor que te cuesta casi un tercio más de lo que vale el animal.

—Ellos han de sacar interés...

—Bien podían contentarse con la ganancia en la venta.

Mientras los cavadores proseguian sus comentarios acerca del *negocio* de los tratantes en caballos, y de la enfermedad de el del tio Pepe, su hijo, que era el que acababa de separarse de la cuadrilla, dirigíase á buen paso hacia el pueblo.

Por cierto que nada se ha dicho todavía en las anteriores páginas, ni de su situación geográfica, ni de su nombre. No importa, porque los hechos de esta verídica historia se desarrollan en la ribera del río Júcar, en su márgen izquierda, y lo mismo dá nombrar al pueblo que no.

Si el lector cree adivinarlo, mejor; pero estos sucesos que han de identificarnos por breve tiempo con el espíritu del labrador en general, pero en el del valenciano de la mencionada ribera del Júcar en particular, lo mismo pueden acontecer al Norte que al Sur, hacia el Oriente que hacia Poniente, en la ribera de arriba, rica por la variedad de sus cosechas, que en la ribera baja, poblada de naranjales soberbios.

Está como á seis leguas de la ciudad de Valencia, en una fértil llanura regada por una caudalosa acequia derivación del rio Júcar. Como población rica, donde no falta trabajo para quien lo desee, las calles son relativamente despejadas, y las casas, de variable altura, están siempre limpias, blanqueadas, aunque muchas de ellas dejan bastante que desear en cuanto á comodidad é higiene. Una espaciosa iglesia y un esbelto campanario, á quien llaman unos el Miguelete y otros la Giralda de la Ribera, son los únicos monumentos que los habitantes enseñan al que por cosas notables y no por huertas y cosechas pregunta.

Hace poco tiempo que un ferro-carril económico llega al pueblo, y con este motivo, algunos comerciantes han abierto varios almacenes junto á la Estación, y en ellos no falta trabajo todo el año, ni aún á las mujeres, ya durante la recolec- ·ón de la pasa, ya cuando se cosecha la naranja mprana de la huerta.

Los campos de regadío ocupan gran extensión de terreno por la parte de Levante y Sur; hacia Poniente y Norte, la huerta es más escasa; viñedos, algarroberales y olivos completan la diversidad de cosechas que se recogen.

Así es que los quehaceres agrícolas se suceden sin interrupción, pues desde Noviembre en que comienzan á sembrar el trigo, van las tareas en proporción creciente, hasta llegar al mes de Septiembre en que, terminada la recolección del arroz, se descansa por breves dias, y... otra vez á empezar.

Este contínuo movimiento de los labradores influye mucho en su vida fisiológica y social, pues no solo envejecen pronto, sino que carecen de tiempo para dedicarse á la instrucción. Los niños que van á la escuela, verifícanlo tan solo hasta los nueve años, edad en que como ya pueden ser útiles á los padres, dejan de asistir para ir al campo, donde olvidan prontamente lo aprendido...

Andrés, el hijo del tio Pepe, cruzó la vía férrea, pasó por delante del cementerio, muy próximo á los arrabales de Poniente, y penetró en el pueblo, dirigiéndose á su casa.

El tío Pepe estaba sentado junto al pilar, en la silla que llaman de *repós*; al ver entrar á su hijo, movió con desaliento la cabeza, diciendo:— Nos quedamos sin *Lucero*, hijo mío...

Sin pedir más esplicaciones, dirigióse Andrés hacia el corral, y una vez allí, penetró en la cuadra. En la semioscuridad de la misma, pues tan solo estaba alumbrada por la escasa luz cernida por una especie de *portier* hecho con arpillera, veíanse varias personas rodeando al caballo enfermo, tapado con mantas. Cada cinco minutos le colocaban bajo los hijares una caldera con agua hirviendo, con ciertos medicamentos añadidos, para favorecer la transpiración. Daba lástima el pobre, con aquellos ojos inyectados, su doloroso ronquido y su pesada respiración; tenía las fosas nasales dilatadas, caido el belfo, y no muy seguras las extremidades; indudablemente estaba grave; el veterinario así lo dijo al tío Pepe, quitándole toda esperanza.

Desde que *Lucero* se puso malo no se vivía en aquella casa; sólo Andrés iba al campo; los demás de la familia velaban constantemente, como si el enfermo fuese el mismo tío Pepe.

Hay que conocer la adoración que la gente labradora tiene por sus animales de labranza, para hacerse cargo del trastorno que su enfermedad y muerte ocasiona, no por el capital que representan, sino porque el caballo, particularmente, para quien como el tío Pepe no tenía otro, es un compañero, un colaborador, un individuo más de la familia, que gana para sí y para todos.

Por eso Andrés, al pasar la mano por entre las crines de *Lucero*, y notar que ni siquiera volvía, como de costumbre, sus ojazos pardos y bondadosos, agradeciéndole la caricia, salió con honda pena del establo y después de la casa, sin atreverse á dirigir palabras de consuelo á su padre, por no entristecerle ni entristecerse más.

Cuantos le hallaban en la calle, hombres y mujeres, pobres y ricos, preguntábanle con interés por el animal, y ya en la huerta, camino del campo donde trabajaba, los labradores suspendían un instante sus tareas para interesarse también por el noble *Lucero.*

Tan hermosa fraternidad es digna de atención y de estudio para los que en las grandes capitales asistimos impasibles, ya al destripamiento infame de caballos en la plaza de Toros, ya con indiferencia, sin interrumpir la cotidiana vida, cuando muere un vecino, de cuyo hogar solo nos separa un debil tabique...

En la cara que puso Andrés al llegar al campo comprendieron los cavadores que no traía buenas noticias, y al darlas peores de lo que se esperaban, comenzaron á ponderar las buenas condiciones de *Lucero,* su gallardía, su fuerza, su mansedumbre; unos recordaban la *porfía* que ganó el tío Pepe al *Rullet* sobre qué caballo, el *Lucero* ó la *Petita,* subiría mejor la cuesta del barranco; se hacían lenguas otros de la sereni-

dad que demostró el animal cierta vez que pasó sin espantarse junto á la *traca* la víspera de la fiesta del pueblo, y de esta manera llegaron á la hora de comer, y cada cual sacó del saquillo la modesta pitanza, incapaz de reparar las fuerzas consumidas por el trabajo, y entre cigarro tísico y sorbo de vino, el que lo tenia, sonaron á lo lejos las dos en el reloj del campanario, y á coger el azadón otra vez.

De cuatro y media á cinco suspendieron la tarea; estaban en ella ocho horas justas, que son las que trabajan los labradores en el rigor del invierno por falta de luz solar, que en verano son bastantes más. Y si hubiese otra estación en que el día tuviese 48 horas y 24 de claridad, esas trabajarían.

Su entrada en el pueblo, ya puesto el sol, es más animada y pintoresca que por la mañana; la fatiga no les impide cantos y bromas; unos tras otros, en grupos, en carros y caballerías, llegan, y cada cual penetra en su casa ó en la de los amos para limpiarse un poco y comer la invariable sartén de arroz, casi siempre viudo de carne, ó el par de sardinas pasadas por el rescoldo del hogar. Las muchachas que tienen novio conocen á la legua el chirriar del carro que aquel guía, ó el trote de sus bestias, y abandonan momentáamente la tarea para sonreirles al pasar. ras procuran ir al horno por la cazuela del

arroz ó á la tienda por vino, y de paso suelen tropezarse con sus cortejos.

La entrada de Andrés en casa fué triste aquella noche: ¡*Lucero* había muerto!, estaba enmedio de la húmeda cuadra que olía á medicamentos fuertes, sobre la sucia paja, rígido, con la boca entreabierta enseñando los dientes amarillos, los ojos muy abiertos por el espasmo y la hermosa cabezota de crines erizadas en horrible tensión.

Loreto, la hermana de Andrés, llorosa, calentaba indolente á la lumbre del hogar media sartén de arroz que sobró á medio día; el tío Pepe miraba distraido, atontado, las llamas, juguetonas, lascivas, del haz de sarmientos...

A la madrugada, todavía de noche, engancharon al carro el caballo de un vecino, y entre Andrés, su padre y un buen amigo, cargaron en él al *Lucero*. Se puso el vehículo en marcha, se apartaron los de casa á un lado del patio, y al salir por última vez aquel pobre animal, pareció dirigir á sus dueños con sus cristalizados ojos una mirada. Loreto se puso á llorar amargamente; también los dos hombres humedecieron sus callosas manos con lágrimas, escapadas de las profundidades de sus almas de niño.

Todavía permanecieron todos á la puerta, hasta que desapareció el convoy por una esquina, camino del barranco, donde habían de arrojar á

Lucero, para ser pasto de perros trashumantes y de voraces cuervos, que tendrían aquellos días prolongado festín...

II

Aquella mañana, la primera visita que recibieron el tío Pepe y su familia fué la de *Purgatori*, el muchacho moreno que estuvo cavando en la viña con Andrés.

Tímido como siempre, fué á sentir con ellos la pérdida del caballo y á ofrecerles su jaca hasta que sustituyesen á *Lucero*; también les manifestó, de parte de su madre, que en vista de no estar el ánimo para huéspedes, y correspondiéndoles aquellos días tener alojado al contratista de las obras de la iglesia, trocasen el turno, y aquella semana se encargaría su madre, la de *Purgatori*, de la manutención y hospedaje del contratista.

Agradecieron mucho el ofrecimiento que les hacía de la jaca, pues indudablemente necesitarían, no sólo para sacar el estiércol del corral, sino para el acarreo de los sarmientos de la poda. En cuanto á ceder el turno del *So* Dionisio el albañil, no había motivo para tanto, ya que no se le consideraba en aquella casa como huésped, sino como á un individuo de la familia, por lo mucho que había simpatizado con Andrés.

Y como estaban almorzando, el tio Pepe hizo

que Loreto sirviese á *Purgatori* un vaso de vino, que bebió con delicia como si procediese de manos de la mismísima diosa Hebea. Todavía quiso manifestarle más su agradecimiento el tío Pepe, y le preguntó si tenía quehacer aquel día, para dárselo caso negativo; pero el muchacho contestó *que iba para él*, frase que significa tener ocupación en campos propios.

Despachado el almuerzo, se marcharon los hombres con dirección á la huerta, encargando á Loreto que hiciese comida para el *So* Dionisio á medio día.

La mejor cualidad de la hija del tío Pepe, era un candor y una nobleza de sentimientos exquisita; en cuanto á lo físico, ni tenía una gran figura, ni un hermoso rostro; era tan blanca, que á no atenuar la nívea blancura diminutas pecas, quizá le perjudicara tal atractivo; también en cierto modo disimulaba el grandor de la boca una dentadura sana, igual y blanquísima; la proporcionalidad de sus miembros hacía olvidar lo mediano de su estatura, y ante la expresión de sus ojos pardos y grandes, poco significaba lo incorrecto de su nariz algo chatilla y de amplias fosas. Delicada de gustos, aborrecía todo lo vulgar y basto, de tal manera, que sin la perfecta humildad que la caracterizaba, dijérase que tenía aspiraciones señoriles y ninguna inclinación á la vida rústica del pueblo.

Algo de eso creía el vulgo que le pasaba á la joven, al advertir que huía de bailes y francachelas y que daba poca conversación á los muchachos del pueblo. Sus distracciones favoritas eran como las de ciertas heroinas del gran Balzac: hacer primores de *crochet* y de encaje, leer alguna que otra novela sentimental de Pérez Escrich, Ortega y Frías ó Luis de Val, y pasear por el pueblo con sus amigas como si fuese una mujer casada y machucha. Ya tenía veinte años y aún no se le conocía novio, pues rechazaba sistemáticamente, pero con delicadeza señoril, á cuantos le pedían su cariño. Uno de sus ideales —así lo dijo en cierta ocasión—era encontrar un hombre, *el suyo*, que no obstante la ruda inocencia propia del labrador, participase de gustos y sentimientos exquisitos; en una palabra, deseaba un *señorito* con traje de labrador.

Otra particularidad propia de su temperamento y de su educación era la pereza en las pasiones, llamémoslo así; porque lo que á sus amigas atraía y agradaba, como piropos, discreteos, familiaridades inocentes, donosos comentarios, á ella le violentaba, cuando no le era indiferente. Basta decir para completar el retrato moral de Loreto, que reunía, pero con atenuación manifiesta, la independencia é insociabilidad de su padre, el buen criterio y el gran corazón de su hermano y la iniciativa laboriosa de ambos.

A semejante laboriosidad debía su familia el apodo con que les distinguían en el pueblo. Llamábanles *Matacañotas*, y no era muy rancio el sobrenombre, ya que el primer *Matacañota* conocido fué su abuelo. El tío Pepe explicaba á cuantos querían saberlo el orígen de su apodo de está manera:

Cuando las viñas comenzaron á prosperar, gracias al buen precio de los vinos, se despertó un afán inmenso en aquel pueblo, y en muchos de la provincia, por plantar viñedos. Los que pertenecían á la familia de su abuelo distinguiánse por su lozanía y por su limpieza, debido al exquisito cuidado que de ellos tenían. Tal era el afán por quitar la cizaña de las viñas, que casi degeneró en monomanía, y cuando hubo logrado que la grama y la cañota, gramíneas vividoras y roba jugos que se multiplican como parásitos en los campos descuidados, desapareciesen de los suyos, cobró tal aversión á dichas plantas, que allí donde veía una cualquiera, la separaba inmediatamente, aunque fuese ajeno el campo. Con esto sólo tuvieron bastante motivo en el pueblo para llamarle *Matacañota*, sobrenombre que le envanecía más que le mortificaba, honrándole con la narración de este substancioso cuento de propaganda contra las voraces gramíneas:

«Tan pronto como el Señor arrojó del Paraíso por sus pecados á nuestros primeros padres,

cogió un puñado de grama y de cañota y echándolos al mundo dijo: *vivid y multiplicaos á costa de los labradores.* Mientras descendían á la tierra se entabló entre aquellas plantas viva discusión; dijo la grama á la cañota:—Compañera, ¿dónde nos dejamos caer, en los campos del labrador laborioso ó en los del inactivo?

A esta pregunta, unas se inclinaron por el primero; por el segundo, varias. Decían aquellas: —En el campo del laborioso estaremos mejor porque abona sus tierras, y ya veis el apetito que traemos, gracias á Dios.—Sí, pero también estará siempre sobre nosotras para exterminarnos.

—Eso no te preocupe, no nos echarán de los campos—dijo una cañota que pasaba por lista;—tenemos admirables raices y creceremos aunque sea en la punta del arado.

Después de varias razones en pro y en contra, cuando los haces de grama y de cañota llegaron á la tierra, cada cual prendió donde quiso.

Fué una invasión espantosa, una langosta vegetal, que vivía consumiendo los jugos de la tierra, perjudicando las cosechas y las plantas útiles, que absorbían lo que aquellas ladronas querían dejarles. Los pobres labradores lo intentaron todo para exterminarlas: contínuas escardas, profundas cavas, múltiples rejas, pero los malditos parásitos, si eran arrancados hoy,

mañana prendían de nuevo, burlándose con descaro inaudito del inútil é ímprobo trabajo de los pobres lugareños.

Un labrador, se cree que fué un antepasado mío, en lugar de ir á la viña con el escardillo tan sólo, cogió también un gran capazo. Al verle, dijo la cañota á la grama:—Tiemblo por nuestra existencia, querida hermana; el amo trae malas compañías.

—Tonta—replicó la grama,—lo que no pueden azadones y rejas, ni siquiera el fuego, ¿lo podrá un miserable capazo?

El labrador comenzó á tirar de las ladronzuelas, unas veces con el escardillo, con las manos otras, las metía en el capazo, y cuando estaba en colmo, arrojaba las bribonas al próximo barranco.—¿No te lo decía, hermana?—gritó la cañota al deslizarse por entre las piedras,—el capazo es fatal para nosotras.

Los demás labradores imitaron al enemigo de las gramíneas, y desde entonces, para exterminar la grama y la cañota, llevan, además del azadón ó el escardillo, un par de sacos ó de capazos grandes para que no quede en los campos ni una de las voraces enemigas. Hoy, la grama y la cañota sólo viven y medran en los campos de los perezosos y de los descuidados.»

El anterior cuento se lo sabían de memoria, no sólo los *Matacañotas,* sino todo el pueblo,

pues el tío Pepe, cuando venía bien, contábalo, sin acordarse de las muchas veces que lo había hecho escuchar á la misma persona.

Por cierto, que lo único que prodigaba el bueno de *Matacañota*, padre, era el rancio cuento, porque en lo tocante á otra clase de favores, pecuniarios especialmente, no había que hablarle. Razones de peso tenía para esta mezquindad y desconfianza, porque otra de las cosas que contaba con pelos y señales era la catástrofe de la mayor parte de sus bienes por haber salido fiador de una letra de cambio, no satisfecha por su hermano mayor á su debido tiempo, y prorrogada por tres meses con la garantía de su firma. Tres mil pesetas tuvo que satisfacer en dos cortos plazos, cantidad que ya no cobró porque no quedaron, al fallecimiento del deudor, más que empeños y trampas. Sabe Dios cuántos sudores le había costado reunir aquella suma; toda una vida de privaciones y de penoso é increible trabajo. Sus padres no le dejaron más patrimonio que algunas viñas y varios campos en arriendo; con ello tuvo que vivir y criar á sus hijos, hasta que llegaron á edad para descansarle un poco; y ahora que comenzaba á verse desahogado, luego de pagar las últimas 500 pesetas del préstamo de 1.500 que se le hizo para librar á su primogénito de las quintas, venía el desgraciado accidente del *Lucero*.

Pero el tío Pepe no se acobardaba, aún tenía buenos brazos para trabajar muchas horas, y con la ayuda de su hijo, pensaba, para tiempo no lejano, comprar otro caballo y pagar los plazos restantes del anterior.

Sabía que de las viñas no se sacaban los trabajos de poda, recolección, abonos y rejas; que los arriendos subían, pero sacrificándose, comiendo poco y durmiendo menos, podrían vivir, si vida podía llamarse aquél perpétuo aislamiento del mundo...

III

Como temía Loreto, un poco antes de las doce llegó su hermano, pero su padre no; había que guardarle, como siempre, la comida para la noche.

—Allí le tienes, quitando la broza del campo para que esté más limpio; y después se marchará, como de costumbre, á recorrer los otros.

El *So* Dionisio no se hizo esperar; entró con las manos en los bolsillos, al hombro la blusa, la pipa de castaño al extremo de la boca, sujetándola con las muelas, el sombrero echado atrás y toda su indumentaria sucia de yeso. Tenía el aspecto de lo que en realidad era: un buen primer oficial de albañil ó contratista de obras, acomodado, listo y con aspiraciones á ser algo más dentro de su oficio. Quitóse el sombre-

ro, descubriendo una cabeza redonda, con el cabello rubio cortado al rape; llevaba bigote de largas y afiladas guías; representaba una edad de 40 á 45 años, y tenía sobra de carnes y gran estatura.

—Ya he sabido la desgracia; más vale que sea el caballo que nosotros, ¿verdad Andrés?— díjole jovialmente.

Colocaron una mesa enana de pino junto al hogar, en ella la sartén, el jarro del agua y la botella del vino; cogió cada cual su cuchara de madera, y pronunciando Loreto la obligada palabra *Jesús*, dió la primera cucharada.

Como ya se ha dicho, el *So* Dionisio estaba en aquel pueblo dirigiendo y trabajando en la reconstrucción de la cúpula de la iglesia, cuyas obras se había quedado por contrata, con las formalidades de rúbrica y con arreglo á determinado presupuesto diocesano.

Debía el pueblo la subvención necesaria para tales obras al diputado por el distrito; él, con su influencia, lo había logrado del ministro de Gracia y Justicia.

No era la única vez que el obrero valenciano se dedicaba á tales negocios; otras reparaciones se había quedado también por contrata, de modo, que, según decía él con pícara intención, no ılía de casa la enemiga del obrero, y á sus amios los curas debía los pocos cuartos adquiridos.

Ya llevaba en el pueblo cerca de dos meses, y durante ese tiempo solía juntarse con Andrés y con otros labradores en el Casino; los sábados por la tarde se marchaba á la capital, donde tenía á su mujer y á su hija, y cuando volvía los lunes por la mañana, no le faltaban noticias que dar ni comentarios que hacer en la mesa del café. Allí se le escuchaba con gran atención, porque además de tener facilidad de palabra, exponía las ideas con lucidez y elocuencia; daba gusto ver aquellos hombres comidos por el sol, enjutos por las privaciones y faltos siempre de sueño, aún los domingos; de codos sobre las mesas de mármol, fijos los brillantes ojos en el *So* Dionisio, sin perder palabra de las halagadoras doctrinas expuestas y asintiendo con entusiasmo creciente á sus argumentos.

Hay que hacer justicia á la calumniada clase labradora: sedienta de ideas que no puede adquirir por ser esclava de un trabajo abrumador, constante, donde se le comunican, goza y se encanta, como las alondras ante el brillo de los espejuelos

Tienen afán de saber, y por ello, tan pronto llenan los templos para escuchar á los predicadores, como se estrujan en el Casino para oir un *meeting* político-social ó una conferencia de vulgarización científica. El trabajo atrofia sus inteligencias; por él existen muchos, muchísi-

mos labradores analfabetos; por eso no hay que culparles si por el alimento corporal sacrifican, quizá con pena, el de su inteligencia; la ley de la vida es muy tirana.

Mucho de esto les decía también el contratista, aunque para sí participaba de la preocupación que tienen los habitantes de las capitales respecto á la potencia intelectual y á la voluntad de aprender de los labradores. Creen que el alma y la inteligencia del labriego son, por causa de su abandono secular, inferiores á la inteligencia y al alma de los ciudadanos; ¡error inmenso que se desharía estando en contacto algún tiempo con esas pobres gentes!

El *So* Dionisio no podía exponer de una manera terminante y concreta sus ideas, porque, en realidad, no militaba definitivamente en ningún partido. Unas veces mostrábase partidario de una república gubernamental, traída por el perfeccionamiento progresivo de los hombres y de los ideales; pero si se le preguntaba si era republicano, decía que socialista ferviente, y ocupándose de las excelencias del socialismo, concluía por hacer afirmaciones libertarias. Esta mezcla de principios, para él muy fáciles de alear, denotaban á la legua deficiente instrucción y estudio incompleto de las obras que había ido. No sabía decidirse, y lo que hoy encontraa superior, mañana, después de la lectura de

cualquier artículo periodístico, lo desechaba por impracticable y absurdo. Sin embargo, entre los obreros de la capital se le consideraba y quería, y sus discursos en los *meetings* se le aplaudían con entusiasmo, pues su palabra, que comenzaba siendo balbuciente y premiosa, al calor del entusiasmo y ante las manifestaciones de asentimiento del público, se hacía robusta, viril, hasta elocuente.

Desde la primera conversación que tuvo con Andrés, simpatizaron, y como en realidad el muchacho era formal, inteligente y se permitía ciertas objeciones no desprovistas de lógica, Dionisio le eligió como predilecto amigo, ya que para el contratista era el único labrador capaz de comprenderle.

—¡Lástima que vivas—le decía—entre estos infelices amarrado á la servidumbre de la tierra! Tu cerebro no es digno de encallecerse como lo están tus manos; aunque me lo jures, no debe satisfacerte la mezquina limitación de horizontes á que te ha condenado el nacimiento.

Ni asentía ni negaba el aludido, porque la condición sobresaliente de su carácter era el ser poco hablador, nada comunicativo, condición que le valió entre su padre y hermanos el sobrenombre de *San Bruno*, y ciertos disgustos por atribuir lo frío de su temperamento á falta de con-

fianza y manifiesto desdén. Era necesario poderoso estímulo para que el primogénito de los *Matacañotas* desplegase los labios. En cambio, el contratista no los cerraba, sobre todo cuando le acompañaban Andrés ó su familia.

Durante la comida no cesó de hacer comentarios sobre las exigencias del señor cura, el entrometimiento inoportuno de las beatas y el mérito artístico de los frescos de la bóveda de la iglesia, debidos, según decían los inteligentes, á Vergara ó Palomino. Contó, entre sorbo de vino y chupada de pipa, el disgusto que tuvo en Valencia con sus compañeros al advertirle uno con maligna intención que la ropa de un socialista platónico no debía oler tanto á incienso; y después de barajar las huelgas con Bakounine, y á Pablo Iglesias con el Papa, Renan y Malatesta, concluyó enseñando á *Loreto* un retrato de su hija, la de Dionisio, vestida de petrimetre de la época del Directorio.

—El original, el original queremos ver; tráigalo V. un lunes.

—Tiene que ayudar á su madre; pero prometo que vendremos á fiestas.

Puso punto final á la conversación el alguacil del Municipio, que con su gorra galoneada y un vergajo en la diestra por todo armamento, avisaba al tío Pepe de parte de la primera autoridad, para que concurriese á las seis de la tarde á la

Casa Capitular.—Cuestión de elecciones debe de ser,—añadió el ministril, oficiosamente.

—¿Elecciones á estas horas?—preguntó con extrañeza el *So* Dionisio.

—Y municipales por añadidura. Se anularon por no sé qué deficiencias las celebradas en Noviembre, y el Gobernador ha dispuesto que se verifiquen nuevamente en el tercer domingo de Enero.

—A fé de Dionisio Martínez, que tenía ganas de presenciar unas elecciones rurales; voy á ver lo... mansos que sois los obreros agrícolas.

—También yo celebro que se encuentre V. aquí para que se convenza de que los labradores no vivimos en el mejor de los mundos, como creen muchos obreros de las ciudades.

—Allá veremos; por de pronto voy á tomarme la pócima, que llamáis aquí café.

—¿Qué quiere V. por diez céntimos? ¿moka puro? ¡Si aún el de dos perras es caro para nosotros!

—¡Eh! amiguito, que yo doy ¡veinte céntimos! y no mejora mi ración.

Andrés y el *So* Dionisio salieron juntos, dirigiéndose el primero á la huerta y el segundo á tomar su pócima y á leer de paso *El Pueblo* y *El Mercantil Valenciano*.

IV

A recoger las sobras de la comida y á fregar la loza sucia fué á casa el tío Pepe *Matacañola* *Chertrudis la Copla*, que había criado á Loreto y que le tenía mucha ley. Aquella tarde no parecía estar muy alegre, y en los ojos llevaba inequívocas muestras de ello.

—¿Qué le pasa, madre?

—Lo de siempre, hija mía; en casa tienes á tu padre de *borina* con sus dos amigachos el *Grande* y *Solfa*, bebiendo aguardiente y tañendo la guitarra; el campo... los pájaros lo ven.

—No le deje beber aguardiente.

—Cualquiera se lo impide...

—Pues antes no era tan haragán.

—¡Qué ha de ser, hija mía! el mejor de los hombres; pero desde la desgracia de nuestro hijo, no deja la guitarra de la mano, ni la copa de aguardiente de los labios.

La tía *Chertrudis* atenuaba el innato defecto de su marido; siempre había tenido ley á la bebida, y desde muy joven fué amigo de la jarana y del canto; véase el apodo; por ello no brillaba en el pueblo por su laboriosidad. Solo que, y en esto sí que tenía razón su mujer, desde que un hijo suyo, el primero y el último por desgracia, rió asfixiado dentro de un lagar, los defectos icios del tío *Copla* se habían agravado nota-

blemente, convirtiéndose en un alçohólico más de los muchos que había en el pueblo.

El alcohol, que comienza por suplir en la primavera de la vida de los labradores deficiencias de alimentación, de calor, de reposo, de comodidades, de recreo, y aún de felicidad y de alegría, se convierte más tarde en semillero de disgustos, de crímenes y lo que es peor, de generaciones imbéciles. De justicia es reconocer que con las atracciones, tanto para el cuerpo como para el espíritu, que los obreros de las grandes capitales tienen, quizá desapareciese de los pueblos agrícolas la peste del alcoholismo. Verdad es que otras no menos devoradoras reinan en la ciudad, cortesanas todas del alcohol, pero no tienen por orígen dolorosos abandonos económico-sociales... El hambre, el cansancio corporal, el frío, el agotamiento, no son motores que conduzcan al lupanar al obrero del campo.

El alcoholismo del tío *Copla*, como la mayor parte de los que lo adquieren, venía á padecerlo su mujer, que trabajaba para los dos convertida en bestia de carga. Mucho le aliviaba la protección de Loreto y de su padre, que le solían dar, no solo restos de comida y pequeños socorros en metálico, sino algunos jornales durante la recolección del *cacahuet*, la del maiz, y cuando se tenían que escoger buenas legumbres para l siembra. Los vestidos viejos, inútiles, de Loret

de su padre y hermano, también iban á cubrir las desnudeces del tio *Copla* y de su mujer.

Por todas estas atenciones, no sabían cómo demostrar agradecimiento á su hija, que tenía sobre ellos tal ascendiente. que degeneraba en adoración profunda. Cuando Loreto, impresionada por las tristes confidencias de su madre, llamaba al tío *Copla* reprochándole su conducta, ni las amonestaciones del más severo juez, ni las del señor cura, le impresionaban tanto; pero á la siguiente noche ya estaba con su querida guitarra dando jaqueca á los vecinos pacíficos, y aún á la mismísima Loreto, á la que dedicaba cantares, llamándola reina, *principesa*, generala y portento de hermosura, con un castellano intraducible.

Poco tiempo haría que Loreto se puso á remendar ropa à la puerta del corral, cuando prévio un redicho *Ave Mariia Puuriisima*, penetró en la casa una viejecilla rechoncha, barriguda, que por carecer de dientes, casi tocaba con la nariz aguileña la rugosa barbilla; llevaba un envoltorio, que deshizo así que estuvo frente á là joven *Matacañota.*

—Mira, chiquilla, te traigo una camisa de *Chimet* para que tengas la caridad de pespuntearla cuando puedas, porque, hija, ya es Pedro viejo para cabrero.

Quien así hablaba era la madre de *Purgato-* pobre viuda, que no tenía otro hijo; trabaja-

dora infatigable, con más brios á las sesenta primaveras que una moza robusta. Dividía los escasos ratos de ocio entre rosarios, misas y murmuraciones, y poseía tal habilidad para ensartar refranes, vinieran ó no á pelo, que ni el inmortal marido de Teresa Cascajo, Gutierrez ó Panza le aventajara (1). Siempre había conservado buenas relaciones con los *Matacañotas*, pero sabe Dios (ya lo sabremos también nosotros, El mediante) qué misterio llevaría entre manos desde hacía tiempo, que estaba de mieles con todos ellos, con la joven principalmente.

Sacaron entre las dos la máquina de coser al corral, y mientras Loreto preguntaba, hacía calceta la vieja con las antiparras sobre la punta de la nariz, de modo que, hablando con la joven, mirábala sin que le sirvieran, y si algún punto de la media se le soltaba, recogíalo mirando á través de los gruesos cristales.

—Yo siempre lo he dicho: no hay bien ni mal que cien años dure; que se ha muerto el caballo, pues hija, á rey muerto, rey puesto, y viva el rey; que no lo habéis pagado del todo, pues á trabajar y á pagarlo, que el que paga descansa y el que cobra más; tomadlo con mucha paciencia, que á mal viaje manta nueva. Mira, yo me quedé viuda á los cuarenta, poco más ó menos, con cinco

(1) De estas tres maneras se nombra á la mujer de San[cho] en la inmortal obra de Cervantes.

hijos, y aunque dice el refrán, hijos y pollos, muchos son pocos, bien hizo el Señor llevándoseme cuatro en tres años, porque, muchos hijos y poco pan, contento con afán; me quedó el menor, *Chimet*, que cuando murió su padre tenía tres años; pude entonces haberme casado para estar mejor los dos, pero nunca segundas partes fueron buenas, y además el padrastro, por bueno es malo; lo que hice fué subarrendar las tierras á mis parientes los Micalillos, que me daban una miseria por todo, y con ello y mi trabajo, pude criar á mi pobre hijo, pues en la casa donde se trabaja, nunca falta pan ni paja. Gracias á que Dios ha consolado mi vejez dejándome tal criatura, que de buenos habrá, pero mejores no sacarán, y perdona que le alabe, porque en este mundo el que no se alaba, de ruin se muere.

—Sí que es bueno, tía Ramona—díjole Loreto cortando aquel interminable desfile de rancios refranes.

—Pero mira, lo que es bueno para el hígado es malo para el bazo; para evitarme pesadumbres aguanta más de lo debido y no dice esta boca es mía, olvidando el infeliz que, lengua que no habla, Dios no la escucha...

—¿Tiene alguna pena *Chimet*?

—Ahí voy, hija de mi alma; precisamente quería preguntártelo.

—¿A mí?

—Sí, tú puedes saber muy bien si le aflige alguna contrariedad.. , algún amor mal correspondido; pues ya que él olvida que, cariño el de madre, lo demás todo es aire, y que perdonen los que quieran de verdad, desearía que me hicieras el favor de preguntar á tus amigas, indirectamente por supuesto, si mi *Chimo* anda mareado con alguna de ellas; eso... si no lo sabes tú ya, picarona, porque el que va por la villa, todo lo fila.

Prometió Loreto averiguar si por fortuna ó desgracia era mal de amores el que aquejaba á *Chimet*, y la redomada vieja, después de hablar de todo y de todos, sin dar tiempo á que la joven pudiese contestarle, se marchó á casa para guisarle á *Chimo* la comida, despidiéndose con adagios, sentencias y refranes, que salían á borbotones de su desdentada boca.

Cuando la vieja traspuso el dintel de la puerta, llamó Loreto á su madre de leche, y con un interés que disimulaba mal el brillo de sus ojos y los carmines de sus mejillas, le preguntó si por casualidad había oído por el pueblo á quién quería *Chimo Purgatori*.

Chertrudis la Copla, mirándola burlonamente, sonriéndose y entornando los ojos con picardía, le dijo dándole una palmada en la fresca mejilla:

—¿Que á quién quiere *Purgatori*? ¿No lo sabes? A tí, boba.

V

Hasta bien dadas las once de la noche permanecieron Dionisio y Andrés junto á la chimenea, donde ardían en deslumbrantes llamaradas haces de sarmientos y troncos de olivo, comentando la reunión de prohombres verificada en casa del Alcalde.

Semejantes reuniones tenían por objeto el reparto de votos; es decir, qué individuos de los que figuraban en el censo electoral correspondían á cada prohombre.

Hay que advertir que esto de prohombres tiene mucho de hiperbólico, pues la mayor parte de los congregados eran, ó pequeños propietarios con media docena de hanegadas por todo patrimonio, grandes arrendatarios de buenas heredades cuyo poder estribaba en los jornales que daban á sudar, acreedores de cortas cantidades ó usureros con capa de cristianos viejos. No llegarían á cuatro los propietarios de mayor cuantía y hombres de carrera, que, bien por sus numerosos arrendatarios, bien por sus clientes agradecidos, disponían de alguna influencia. Verdadero prohombre, que por sus talentos, por su elocuencia ó por la magnanimidad de su corazón, arrastrase á las masas con entusiasmo incero y ardiente fé..., ninguno. Podría encon-

trarse y en infinitesimal porción todo eso, quizá en el partido radical del pueblo y en persona que no tenía otros méritos que la constancia en sus propagandas, el prestigio de su historia y la fé aparente en sus ideales.

Dionisio, mientras su compañero le ponía en estos necesarios antecedentes para el mejor estudio de la lucha, sonreía con lástima, calentándose las manos en las llamas de la crepitante leña.

El primogénito de los *Cañotas*, con el reposo y seriedad propios de su carácter, iba describiendo uno á uno la multitud de actos que preceden á las elecciones en un pueblo.

Cómo después de la *distribución* y *reparto* de fuerzas, el propietario llama al colono, el casero á sus inquilinos, el acreedor á sus deudores, el amo á sus criados, el que protege al protegido, y cuando el elector no figura en ninguna de esas categorías, de qué manera grupos de personas que ejercen influencia y autoridad le visitan en su propia casa, para pedirle el voto con halagadoras promesas, concesiones positivas á la toca-teja, y muchas veces hasta con amenazas para lo porvenir.

—Si á los obreros de la capital nos tratasen así— dijo el contratista golpeándose la rodilla, —propietarios, acreedores, caseros y autoridades irían escaleras abajo por lo menos.

—Ya se convencerá V., amigo Dionisio, de que lo que hemos de procurar los labradores todos, es que no nos arrojen al arroyo.

—¡Imbéciles! y perdone que se lo diga tan claro; son Vds. unos imbéciles, degenerados por el aguardiente, la ignorancia y la esclavitud.

Algo así como un relámpago de ira contrajo la sonrisa de Andrés al escuchar los anteriores insultos, pero con la serenidad propia de un valiente, pudo recobrar al momento su calma proverbial, perdonando las ofensas dirigidas á sus hermanos y colegas. En aquel instante hubiera querido Andrés ver trocado al tío Dionisio en un labrador más de aquellos enamorados del trozo de tierra que cultivan, que es su cuna, el arca de su pan, y á quienes se les pide su sufragio, que no les han enseñado lo que vale ni lo que es como á la mayor parte de los españoles, á cambio de continuar poseyendo aquella cuna, santuario de sus recuerdos, esperanza única de sus hijos. Entonces, en vez de llamar imbéciles á los que sacrifican su voluntad, quizá les calificara de mártires, de santos, de héroes...

Desde aquella noche, Dionisio se hizo el propósito de consagrar algunos ratos á la predicación de la independencia del sufragio, por ver de conseguir que los torrentes variaran de cauce -- el labrador recobrara parte de la dignidad ·erdida en las otras elecciones.

Firme en su pensamiento, logró celebrar dos ó tres juntas electorales preparatorias, y allí, con su elocuencia natural, ayudada de la razón y de la justicia, convenció á mucha gente de que no debían tolerar imposiciones de nadie; que ir á las urnas contra la propia voluntad, por servir las ajenas y contra sus ideas, era no solo antirracional, sino anticristiano. Que venza el que por su conducta y buenos procederes se gane los sufragios, pues el triunfo que se alcanza por otros medios no debe satisfacer á la persona digna y honrada.

De esta manera, sin extremar su argumentación, antes al contrario, despojándola de radicalismos que á muchos oyentes disgustarían, logró que se formase un buen grupo de electores independientes, compuestos en su mayoría de gente humilde, jornalera, sin un palmo de tierra en arriendo ó aparcería, grupo que bautizaron enseguida con el nombre de *Nisios*, con esa facilidad con que los españoles *moteamos* lo ridículo y lo serio.

La mayoría de los de esta fracción se unió al partido radical para votar sus candidatos, los demás sostuvieron el propósito de abstenerse, no dejándose convencer ni por unos ni por otros.

En vista de este cercén de fuerzas, la gente política siguió trabajando con tesón, dispuesta, como es de suponer, á emplear todos los resortes

para el logro de la victoria. Tal se pusieron las cosas, que resultaba peligroso para el elector marrullero decidirse por uno ó por otro partido, pues las fuerzas estaban muy iguales, y hasta que no se emplease la última razón, el dinero, se ignoraba quién saldría vencedor.

Es ocioso decir que uno de los *Nisios* más fervientes era el primogénito de *Malacañota*, con harto sentimiento del tío Pepe, experimentado en esta clase de luchas. Andrés, por respeto á su padre, no hacía propaganda, ni pensaba dar su voto á los radicales, pero eso sí, con su voto que no contase nadie.

Con Andrés también se fué su amigo *Chimo Purgatori*, á pesar de que aquel año era el primero en ejercer el derecho al sufragio.

La efervescencia era grande, el interés creciente; unos y otros se prometían la victoria, y cada vez que superaba en esperanzas de triunfo un partido sobre el contrario, las amenazas y las procacidades mútuas crecían.

Las mujeres republicanas y *Nisias*, y las que tenían á sus maridos partidarios del alcalde, se injuriaban como golfos, echándose en cara con rabia historias íntimas, cubiertas hasta entonces por el misterio, tronchando vergüenzas y honras; aumentábanse vicios y debilidades, los afectos se disolvían y hasta se dió el caso de acabar antiguos noviazgos, por imposición de los

padres unas veces, por voluntad de los prometidos, muchas. Hubo matrimonios que se desavinieron por sostener cada cónyuge su candidato respectivo.

¿Y todo por qué y por quién? ¿Qué se defendía, la salvación del pueblo, el triunfo de una idea luminosa y comprendida?

Si fuese así, la lucha resultaría noble y levantada, pero en aquel pueblo, como en casi todos los de España, eran dos nombres, dos personas las que se disputaban el mando: unas que harían tocar la *Marsellesa*, caso de triunfo, otras que no permitirían ni un acorde; ¡cuestión de música! Por ello iban á quedarse sin trabajo muchos jornaleros, sin pan honrados padres de familia y sin protección criaturas desvalidas.

Y aún las elecciones municipales, aunque poca, tenian cierta trascendencia para los pobres electores rurales; por lo menos conocían sobradamente á los personajes que se disputaban el mando; pero perder la tranquilidad y el porvenir por un *eminente* desconocido, que quizá ó sin quizá, cuando tropieza en la capital con cualquiera de sus rústicos electores, se mofa del burdo saludo ó de la sencilla cortedad, es doloroso, inícuo...

La víspera del gran día, el tío Pepe rogó á su hijo que le siguiese á su cuarto; una vez en él, le puso de manifiesto una carta del amo de la

tierra que cultivaban, diciéndole que, en vista del mal giro que para el partido monárquico tomaban las cosas en aquel pueblo, se veía en la dolorosa necesidad de conminarles con la pérdida de la tierra, si alguno de ellos negaba el voto á los de la situación; que por él, por el amo, nada le hubiera dicho, pero el diputado á Cortes por el distrito, á quién debía muchas atenciones, le rogaba este pequeño favor, y estaba dispuesto á concedérselo.

—Ya ves, hijo mío—añadió *Matacañota*,—lo que significa para nosotros en las presentes circunstancias la pérdida de nuestros campos.

—Está bien, padre, vote V. y no se los quitarán.

—Pero ¿y tú? ¿y tú, que también tienes un campo de seis hanegadas del mismo dueño?

—Que me lo quiten; cuando no tenga trabajo en los campos de V., trabajaré á jornal, me sobran ganas y fuerzas.

—Reflexiona, piénsalo bien.

—No es posible que V. pueda consentir que falte á mi honrada palabra.

—Haz, pues, lo que gustes; ya sufrirás las consecuencias de tu necia terquedad.

El día de la cacería de hombres, que á tal puede compararse la jornada de la elección en un pueblo, llegó por fin. Aquella inagotable actiidad, aplicada con entusiasmo á más grandes npresas, ¡qué frutos tan hermosos daría!

Grupos de electoreros, con los bolsillos bien repletos de plata... y de acero de Albacete, iban de casa en casa, recordando sus promesas á unos, el castigo consiguiente, á otros; éste ofrecía trabajo, dinero, condona de multas é impuestos municipales; aquél, prometía por el voto un campo de tierra en arriendo ó aparcería.

En cambio, cuando llegaba la hora de pedir á los electores, no se quedaban cortos: licencias perpétuas para cazar, escopetas, trigo, mantas, azadones, finiquitos de deudas. Los de aspiraciones modestas ó más viciosos, vino y aguardiente á porrillo; y á pesar de estas peticiones y de aquellas dádivas, había quien se ocultaba como perseguido criminal en los últimos cañizos del desván ó andana, para que no le comprometiesen el voto. Pero el soplo de mujeres curiosas ó de espías espontáneos, hacía que los implacables electoreros les encontrasen con ruidosas manifestaciones de alegría, para llevárselos inmediatamente á ejercer un libérrimo derecho.

A las tres de la tarde cotizábanse los votos á cien pesetas, y á semejante precio se torcieron muchas, muchísimas conciencias, con harta ignominia del que las compraba, con insana desvergüenza del que la vendía.

Cuando en el reloj del arrogante campanario sonó la media, ya se habían agotado casi todos los sufragios; con los dedos podian contarse los

que restaban. ¿Para quién era el éxito? Dependía de la actividad desplegada durante la fatal media hora restante. Había que utilizar los sufragios de los enfermos y achacosos; ¡á ellos! dijéronse los contendientes, y tras breves instantes de busca y captura, se vieron aparecer por las cercanías de los colegios, paralíticos llevados en volandas, octogenarios sobre amplias sillas de brazos ó de *repós*, enfermos pálidos como los cirios que muy pronto alumbrarían su cadáver... ¿quién faltaba más?

—¡¡El tío *Bayo*!!—Sus, á la huerta por él, á su casa, al centro de la tierra.—*¡¡Purgatori!!* —*Purgatori*, ¡ya tiene voto!—A buscar á *Purgatori*; ¿dónde estaba?

Esa pregunta corrió como una exhalación desde un colegio al domicilio del tío Pepe *Matacañota*. Pero allí no encontraron al muchacho; estaba en un rincón del café departiendo tranquilamente con el conserje, y ni á tiros podían hacerle ir á votar; ¡qué lástima! con su voto quizá se asegurase el triunfo de uno de los bandos, ¿pero quién podía con el condenado *Purgatori*, *nisio* convencido?

La tía *Copla* mandó que le llamasen con urgencia de parte de Loreto; faltaban quince minutos para las cuatro; la *Chertrudis* entregó á u hija de leche una papeleta, diciéndole:—Ya abes que *los nuestros* están en peligro; el voto de

tu... *Purgatori*, los salva; sólo tú puedes obligarle, con que, en cuanto venga... le sueltas la píldora.

Así que Loreto le tuvo delante, roja como cereza, sin desplegar los labios, ni mirar al muchacho de frente, le dió la papeleta. *Purgatori* no opuso resistencia, cogió maquinalmente el papel que se le entregaba, y una vez en la calle, ligero como una liebre, corrió hacia el colegio electoral, repartiendo codazos y empujones, entre vítores de los partidarios del alcalde y denuestos de los contrarios.

Al entregar la papeleta al presidente de la mesa, de un numeroso grupo de *nisios* y de republicanos, partió como tiro de fusil esta palabra:—¡¡Morral!!

VI

Cuando la tía Ramona supo lo que hizo Loreto en favor del partido, fué á verla inmediatamente.

—Has hecho muy requetebien—le dijo—mandándole votar. Quien de los suyos se aleja, Dios le deja.

Por solos dos votos ganaron las elecciones los partidarios del alcalde; la Marcha Real triunfó una vez más de la Marsellesa, gracias á mu-

chos poderes, entre los que no figuraban en lugar secundario el aguardiente y el vino.

Como en toda guerra civil, las represalias habían de ser crueles, y en ellas ¡sí que llevarían seguramente los jornaleros la peor parte!

Ya se conoció al siguiente día de las elecciones municipales; como en el partido del alcalde abundaban los grandes propietarios y los colonos de extensas fincas, no dieron trabajo sino á los que habían votado con ellos; idéntica determinación tomaron los del otro bando; así es que una buena parte de gente jornalera, entre la que abundaban los republicanos y los *nisios*, se quedó en la plaza, con las manos en los bolsillos, sin que nadie les dijera una palabra. Como muchos de ellos conservaban algunas pesetas de la jornada anterior, se retiraron á sus casas ó á los casinos y tabernas, hasta ver si les sería más propicio el siguiente día. Pero no fué así, porque sucedió lo mismo en los sucesivos.

Al carecer una semana de trabajo, no tuvieron otro remedio los más atrevidos, que pedir recursos en metálico, y pasar hambre los menos osados; la situación agravábase por momentos, aquel estado de cosas era insostenible para todos. Había numerosas familias que se alimentaban tan sólo con boniato, collejas ó *endivietes*, calabaza cocida y alguna torta de maiz; otras hacían una gran sartén de migas para todo el día,

y las mujeres de los jornaleros más miserables iban en busca del bodrío de las comidas á casa de los ricos.

A la luz del sol hermoso del mes de Enero, veíanse á las puertas de las casas, calentándose los arrecidos cuerpos, hombres con cara de convalecientes graves, sin afeitar, los ojos faltos de expresión, mirando con envidia y tristeza el tibio pan que llevaban sobre los añacales las mujeres, y como los jornaleros que trabajaban, con el azadón ó la hoz al hombro, iban hacia la huerta inundada de sol, ó venían de allí, oliendo á sudor, en busca del colmado plato de arroz...

Dionisio estaba fuera de sí con todo esto; de su bolsillo particular socorrió á no pocos *nisios*, ya que por sus predicaciones se hallaban en semejante situación de guerra; el contratista no comprendia la heróica mansedumbre de los obreros del campo. ¿Son imbéciles, son parias, son bestias? decíale á su amigo Andrés; ¿por qué, pues, semejante mutismo?

—Los acontecimientos le contestarán mejor que yo, amigo Dionisio.

—Me parece que la miseria presente ya justifica cualquiera determinación grave; allá en Valencia...

—En Valencia puede haber eso que usted llama solidaridad, cuyo significado me explicó usted el otro día, pero entre nosotros no puede existir.

—¿Por qué?, dame una razón...

—La razón se la dijo delante de mí la tía Ramona *Purgatori* á su hijo, cuando se mostraba muy apesadumbrado, pero no arrepentido, de su cobarde traición: el hambre y el frío entregan al hombre á su enemigo.

—Pero eso es una barbaridad pasada de moda, de la que nos reímos los obreros de mediano sentido común, los obreros vuestros hermanos.

—¡Nuestros hermanastros, Sr. Dionisio! Así como la sociedad, el gobierno, el Estado, como usted quiera llamarle, es nuestra madrastra...

Como se vé por las anteriores contestaciones, el discípulo hacia progresos. Claro está, en su inteligencia semi-virgen prendían admirablemente las ideas, adquiriendo al poco tiempo exuberante vida, frondosidad salvaje; universalizaba los conceptos, sin que el análisis reposado le hiciese entrar en distingos que limitasen la luminosa espansión de sus principios humanitarios; con su honradez natural, libre de concupiscencias y apasionamientos, acogía las nuevas doctrinas sociales como acogieron los primitivos cristianos las de fraternidad y de amor, con exclusión de todo interés, de toda envidia, como bien común, que viniese á purificar el mefítico ambiente social.

Llevaba, pues, el discípulo de ventaja á su maestro la pureza de principios, ya que no era

el hijo del tío Pepe capaz de hacer traición á sus convencimientos, como la estaba verificando el *So* Dionisio, no solo al recibir el pan de sus propios enemigos, sino al prestar el concurso de su trabajo y de su arte para el sostenimiento decoroso de una entidad perjudicial, según las doctrinas por él sustentadas, al absoluto perfeccionamiento político-social.

En cambio, el bueno de Andrés, con la certeza de que, absteniéndose de votar, servía en cierto modo á la razón y á la justicia, nada le importaba el sacrificio de su pan, pues tenía seguridad plena de que en el próximo Noviembre dejaría, para sabe Dios quién, las seis hanegadas de huerta que trabajaba desde los diez y ocho años...

La situación de los infelices jornaleros iba de mal en peor; á los que se les negaba trabajo, después de tres semanas de holganza forzosa, no tuvieron más remedio que capitular, pidiendo por favor ocupaciones y pan para sus hijos; los más recalcitrantes se sostuvieron algún tiempo en deplorable huelga, hasta que á sus secretas instancias hubo una reunión magna de autoridades y propietarios de ambos partidos, donde se acordó sostener sus determinaciones en cuanto al despojo de campos y desahucio de casas, pero suprimir aquella tremenda represalia tácita de no dar trabajo más que á los respectivos partidarios.

Todavía se intentó revocar el inhumano acuerdo de arrojar de las casas y de los campos á los inquilinos y colonos que habían tenido la osadía de negar el sufragio á los dueños ó arrendadores de sus fincas, pero fué completamente inútil, á pesar de la formal promesa que hicieron de ¡no votar jamás sino á los que les mandasen! Habia compromisos contraídos con jornaleros *complacientes,* que pedían en pago de su voto el cumplimiento del contrato electoral, y no fué posible dejar las cosas como estaban la víspera de la elección.

Indudablemente, las próximas las tenía seguras, y por muchísimos más votos que aquellas, el cacique, el diputado, el alcalde, aquel que fuere situación, santo, canalla, prestigioso, anodino...

Dejemos que el contratista y su discípulo hagan comentarios y saquen consecuencias de los anteriores hechos; ya es hora de que salga nuestro espíritu de esos antros de la política rural.

VII

Dos cosas preocupaban á Loreto, con esa dulce suavidad de la esperanza y del ensueño: aquel *«á tí, boba»*, que le lanzó su madre *Chertrudis* la memorable tarde en que pespunteó

la camisa de *Chimet*, y la muda, complaciente, ciega obediencia de aquél ante su mandato, mudo también la no menos memorable tarde de las elecciones. Al primer acontecimiento quitábale valor como hecho aislado, pero relacionándole con multitud de pequeñeces que se le venían á la memoria, desde la fecha de su primera Comunión hasta la de las oficiosidades de la madre de *Purgatori*, valor tenían.

Pero el hecho de la segunda tarde fué astro de primera magnitud, cuyos esplendores debían tenerse muy presentes para seguir determinados derroteros. Y al darse cuenta exacta de las anteriores preocupaciones, le salían al paso verdades de incontrovertible realidad, difíciles de negar: la principal, que *Purgatori* pudiera muy bien ser el ideal hecho carne de toda su vida.

Una vez por este camino, ya no le importó soñar despierta, siguiendo esa hermosa trayectoría sembrada de flores, que parte de la declaración de amor, para perderse en los labios del primer hijo con un dulcísimo beso...

Todas las noches entregábase á sus deliciosas quimeras de amor, sin las que le era imposible dormir tranquila, porque en la primavera de la existencia es un infeliz el que no se duerme arrullado por los embriagadores besos de las ilusiones más gratas.

Las sombras de la esplendente luz proyecta-

da desde entonces en la existencia de Loreto, eran los insultos que los *nisios* dirigían de continuo á *Chimet* y las bromas que le gastaban sus propios amigos. Hab'a faltado á su palabra de honor *por ella*, por Loreto, por una mujer que ni siquiera podía llamarse su novia, ¡qué vergüenza! Y la joven le veía con los ojos del alma, que lo hacen todo más grande, triste, pensativo, como si el remordimiento le acogotase, convertido en blanco de todas las burlas, de todos los escarnios...

Andrés, cuando se suscitaba tal comentario, decía sonriéndose á su hermana:—Mira, chica, no le defiendas; desde la célebre traición, *Chimet* ya no es hombre, hay ciertas ruindades que matan el sexo.

¡Cuánto sufría la infeliz con estas bromas, que ella creía veras! Señor, ¿no era lícito, muy lícito, que un hombre... enamorado, como aquellos Rodolfos, Eduardos y Enriques de las novelas, lo sacrificase todo por su amada? El amor purifica todas las cosas, lo malo y lo peor; es como un perfume interno y celestial, que lo mismo trasciende sobre la mujer más linda que en el leproso más feo. ¿Por qué no comprendían estas cosas los botarates del pueblo? Un hombre puede traicionar su conciencia y su opinión, vendiéndose por cien pesetas ó por un trozo de tierra, pero al hacerlo por una mujer, ¿es un

ruín, un canalla? Imbéciles, después de semejante sacrificio, el que tal hace resulta más hombre.

Pero á pesar de sus razonamientos, de sano platonismo, Loreto deploraba el hecho discutido, por ser ella la causante, y aunque no le pareciese mal, renegaba de su realización por evitarle disgustos á *Chimet;* pero allá dentro, donde las cosas se sienten pero no se dicen, en las últimas regiones del humano egoismo, le causaba satisfacción vivísima que el acaso hubiese descorrido con invisible mano los cendales con que pudorosa se cubría la realidad.

En cambio, *Chimo Purgatori*, cuya cortedad le ponía un nudo en la garganta cada vez que hablaba con Loreto, juzgó providencial la circunstancia, que de una manera indirecta podía poner en autos á la joven de sus honestas intenciones. Cuanto más le zaherían los amigos llamándole traidor é informal, mayor íntimo contentamiento sentía, porque la gravedad del hecho hacia más elocuente su noble significación. El camino que jamás se atrevió á franquear estaba expedito; Loreto le pediría quizá explicaciones de su rara conducta, y él se las daría con mucho gusto, ¡vaya que se las daría!, pero ¿y si ella participaba de la opinión general? ¿y si hizo aquel arranque para probar su temple varonil y su formalidad?

Al llegar ahí, se le ponía de nuevo el consabido nudo en la garganta, y el color de rosa de sus fantasías ya no era tan vivo ni tan hermoso. Con estas dudas, le entró un miedo morrocotudo de que se viniesen abajo en un instante sus castillos encantados, y huía de Loreto para prolongar sus esperanzas, caso de que la joven en lugar de agradecimiento, le demostrase repugnancia y desprecio.

El purgatorio de *Purgatori* se hizo más doloroso cuando una tarde le dijo un su amigo en el café de la Plaza, que la noche anterior, *Ramonet* el de la tienda se le había declarado á Loreto, contestándole ésta, que lo agradecía, pero que estaba ya mucho tiempo comprometida. ¡Rediós, comprometida!

Lívido, con los ojos como áscuas, mordiendo con rabia media tagarnina, *Chimet* salió del casino sin darse cuenta ni saber dónde iba. ¡Loreto comprometida! El, que se la guardaba en el fondo del alma como el último beso de su moribundo padre..., ¿quién sería el infeliz mortal dueño de aquel cariño?; darle muerte alevosa como á un perro y arrojar el cadáver al barranco para que se le comiesen los cuervos las entrañas, le parecía poco; pero ¿qué culpa tenía el novio de Loreto de aquel cataclismo? El, *Purgatori,* era el zopenco, el culpable, por no haber hablado cuando debía, ¡maldita vergüenza! y ¿á quién iba á que-

rer después del desastro?; le repugnaban las demás mujeres, ninguna tenía el modo de mirar tan tierno como *su* Loreto, ni aquella voz suave como el sonido del órgano cuando en la misa mayor alza la Hostía el señor cura; y ¡qué limpia! como la patrona del pueblo en víspera de fiestas; *su* Loreto no se ponía polvos, ni perfumes como aquellas vanidosas feas sus paisanas; olia á carne sana y joven y á ropa limpia recién sacada de antiguo arcón de cedro...

El desengaño fué grande, abrumador; cierto que nada le había dicho de sus quereres, pero por tonta que sea una mujer, adivina siempre la impresión que causa, con doble motivo dándole pruebas inequívocas de cariño ferviente. . Tampoco ella le había dicho nada y ¡vamos! si no igualdad de afectos, íntima complacencia por haberlos inspirado sí que parecía sentir si no estaba ciego.

Indudablemente debió pensarlo mejor la muy ingrata y convencerse de que él era un pobretón indigno de llamarla su mujer...; eso sí, ella merecía un príncipe, uno de aquellos señoritos que en Valencia iban en coche por la Alameda, con relucientes botas, alto sombrero, larga levita y flores en la solapa. Pero aunque sus merecimientos, los de Loreto, fuesen verdad, ¿por qué no le desengañaba pronto, poniéndole cara de perro?

—Se ha burlado de mí—concluía,—y ahora van á corearla todos los del pueblo, con mi madre á la cabeza, por no seguir sus consejos. Voy á demostrar á todo Cristo que no soy costal de paja.

Y sin comunicar á nadie sus quebrantos y la pérdida de sus ilusiones, se marchó á dormir... para no dormir, y meditar su estrategia de rehabilitación.

Fuè á principios de Febrero; la víspera de un popular *porrat* que había de celebrarse en un pueblo cercano, cuando *Purgatori*, sin la meditación consiguiente, propia de la trascendencia del acto, se acercó á cierta garrida moza que pasaba por ser la primera hermosura del pueblo—como que le llamaban la *Séu* unos, la Sultana otros,—y sin encomendarse al Santo de su nombre, con insólita travesura le habló de amor.

Anochecía, aún no se habían encendido las luces; en un callejón solitario fué donde por casualidad se encontraron *Chimet* y *Amparaos* la Sultana; la declaración no pudo ser más repentina; pero quiso la fatalidad que la primera belleza del pueblo se hallase vacante, y como coqueteaba de lo lindo por ver si con ello podía recoger al único hombre que le interesaba, no desechó los ofrecimientos de *Chimet*, y ya convertidos en novios, citáronse para el *porrat* del siguiente día.

Como *Purgatori* creyó haber hecho una hombrada, faltó poco para que fuese á contárselo á Loreto, pero tuvo paciencia y se propuso hacer en el *porrat* su entrada triunfal junto á la *Sultana*, para que *la otra* mordiese el polvo y sus amigos le tuviesen por el más feliz de los mortales...

Sería casual, pero al retirarse á casa ya muy tarde, le entraron á *Purgatori* unas ganas de llorar...

En cambio, de reir, y de reir mucho, las tenía Loreto á la misma hora, con la ilusión del *porrat*; porque allí vería, seguramente, al que no había visto desde la memorable jornada de las elecciones; era fácil que por el camino le encontrasen, quizá fuese con ellas hasta el regreso, y si no se atrevía por comedimiento natural, allí estaba la *Copla* para llamarle y hacerle cumplir su obligación; casualmente la tía *Chertrudis* era el mismo diablo para leer el pensamiento de su hija de leche...

VIII

Debe de ser la primavera tan celosa de su prestigio, que durante el invierno más crudo suele recordar sus espléndidos y templados días para que se anhele su llegada. El frío desaparece; tibio como una caricia es el calor del sol; el

viento solo es mensagero de perfumes y de cantos; habla todo de juventud y de vida; rie la naturaleza y la luz saca los más hermosos matices á los campos y á los objetos; se rejuvenece el alma, se alegra la sangre; ante aquel exceso de vida, el hombre se siente inmortal...

Uno de estos días primaverales tocó en suerte á Loreto y á *Purgatori* para ir al *porrat* del vecino pueblo. Por la mañana ya iba gente; pero á las dos de la tarde, sendas y caminos estaban llenos de transeuntes, de tartanas mallorquinas, de carros de labranza atestados de gente y de ginetes; iban unos cantando y riendo y venían otros más alegres todavía, cargados con las compras hechas á los feriantes, como azadones, sartenes, parrillas, hachuelas, escardillos, planchas, etc., sin que faltase el *porrat* clásico, compuesto sobre todo de castañas pilongas y garbanzos tostados.

Loreto, vistiendo de media gala, esto es, falda de lanilla gris, cuerpo negro con puntillas, una toca blanca muy fina y un ramito de violetas prendidàs al pecho, se dirigió al *porrat;* la *Copla* llevaba una cestilla negra de mimbres para poner las compras. La hija del tío *Matacañota* era muy pudorosa en sus sentimientos y le repugnaba comunicarlos á nadie; así es, que sus ojos escudriñaban caminos y sendas buscando á *Chimet*, pero no le dijo á su madre una palabra,

ni mostró impaciencia por llegar. Más aún; desde el célebre «á tí, boba», no había vuelto á preguntarle á su ama por *Purgatori*, ni por cosa que con él se relacionase.

Llegaron á la entrada del pueblo donde se celebraba la fiesta, y sobre todo el *porrat.*

No era preciso haber estado en dicho sitio muchas veces para encontrarle; colocándose entre la gran avalancha de gente, se llegaba con absoluta seguridad; era la feria célebre y antigua entre los pueblos de la ribera del Júcar, y allí acudían de casi todos ellos, con gran contentamiento de los comerciantes y expendedores, que sobre pagar al municipio crecidos arbitrios, se afanaban por ir, ya que por esceso de compradores hacían pagar los géneros tres ó cuatro veces más de lo que valían, sin consideración á lo que significaba el aumento para los infelices labradores, que infelices y pobres eran la generalidad de los feriados, pues los ricos hacen las compras de sus herramientas en la ciudad y no necesitan de semejantes ferias sino para divertirse y comer *porrat.*

Este y la feria hallábanse situados á lo largo de una calle despejada, la principal del pueblo. En las aceras, y en primer término, veíanse los típicos vecinos de Tous, pueblo perteneciente al partido de Alberique, que parece arrancado del alto Aragón, vendiendo los hermosos margallo-

nes cilíndricos, con su tejido de color de chocolate y su palmito verde claro como apéndice; venían después los numerosos puestos de vendedores de caña dulce, ponciles y sidras, primer género que se agotaba, dejándoles á los expendedores pingües rendimientos. No menos visitados, especialmente por las mujeres, eran los puestos de hojalatería barata, donde brillaban los objetos como si fuesen de bruñida plata, y por hombres y mujeres los sitios donde, simétricamente colocados en el suelo, se veían oscuros instrumentos agrícolas, junto con los útiles de cocina, como trébedes, sartenes, badilas, parrillas, cazos, fogones, planchas, etc.

En los tenderetes de quincalla colocados acá y acullá, sobresalían los juguetes de tosca fabricación valenciana, como rollizas muñecas llenas de serrín, con gruesas pantorrillas, polonesas azules y camisa de gasa; toros y caballos apopléticos salpicados de grís; borrachos de cartón; minísculos sables y escopetas con hoja y cañones de hojalata; globos verdes y rojos hinchados de gas; tambores dados de almazarrón, con parche de pergamino; panderos con una bolera pintada; costureritos de pino con rojas almohadillas; pitos, trompetas y mil y una variedad de esos pequeños juguetes que los niños trasladan á sus respectivas casas para dar jaqueca á vecinos y parientes. Tampoco faltaban, mezclados entre esas

baratijas, juguetes de alguna novedad, como el mono trepador, de piel de conejo; la mariposa voladora, el niño meón y el cerdo moribundo.

Pero donde con preferencia dirigían sus miradas las morenas y vivarachas labradoras, era hacia los acristalados mostradores y anaqueles de los plateros, que encerraban cadenas y medallitas, ganchos y pendientes de plata sobredorada, imperdibles de formas caprichosas, rosarios, dedales y una porción de objetos capaces de agotar los ahorrillos de los novios complacientes.

Venía por fin, en último término, el *porrat* propiamente dicho, en la forma y con las mercancías de costumbre, alternando con los puestos de las turroneras, surtidos de vírgenes, corazones, tomates, peras y santos de alcorza, pintados de color de rosa con toques dorados.

La mayor parte de la gente forastera, después de recorrer varias veces toda la calle, solía dirigirse á una replazuela vecina, donde en grandes parrillas se asaban grasientas chuletas de carnero y morcillas de cebolla, y en amplias sartenes se freían trozos de bacalao y redondas patatas; allí, en aquella pesada atmósfera, cargada de humo grasiento y tufo de sudor, mataban el hambre los que venían de pueblos lejanos, y su sed los borrachos, que por una perra chica tenían derecho al vino que podían beber en una sola deglución, abocados al cuello del odre.

Tal era el pintoresco cuadro que se le ofreció á la hija del tío Pepe, que sin costumbre á semejantes apreturas y tumultos, se propuso permanecer allí muy poco tiempo.

Encontrar á *Chimet* entre aquél océano de personas era imposible; la casualidad, la suerte, habían de favorecer el deseado encuentro; ¡qué ocasión perdían para echar un párrafo! ¡tantas declaraciones que se aguardaban para semejante fiesta!

El demonio de la tía *Chertrudis* adivinó, sin duda, una vez más los pensamientos de su hija, y separándose un instante de ella, hizo no se qué misterioso encargo, á una comadre vecina primero, y á un muchacho de confianza después; tantos secretos chocaron á la joven, hasta que se decidió á preguntar á su madre qué lío llevaba entre manos.

—Pregunto por el tío *Copla*, que si nos vé, ya tenemos jaqueca para rato.

No fué necesaria la diabólica combinación de la tía *Chertrudis*, porque pronto se encontraron con *Chimet* que iba con una porción de muchachos y otras tantas jóvenes, *Amparaos* entre ellas. Viendo la tía *Copla* que el muchacho no se acercaba, le llamó aparte, diciéndole que iban solas, que por el camino solían haber muchos borrachos, y que el tío Pepe y... Loreto, verían con gusto que las acompañase á casa.

—El caso es...—murmuró vacilante *Purgatori*;—pero rehaciéndose dijo á *Chertrudis*, que á la salida del pueblo, junto al cajón de vistas que allí se exponían, le aguardasen.

Como supo se escusó con *Amparaos* y demás acompañantes, que estrañaron su determinación, y se detuvo en el lugar prefijado, junto al hombre de los panoramas, que con un antiguo tambor anunciaba las mil y una maravillas encerradas en aquel armatoste de brillantes ojos.

Para distraerse tomó vez *Purgatori*, previo el pago de cinco céntimos, y cuando le correspondió el turno, después de limpiar los empañados cristales con el pañuelo, se inclinó, mirando á través de los redondos lentes una porción de vistas ya incoloras, arrancadas sin duda de la popular obra de Pirala, «*Segunda parte de la guerra civil*», previa la mágica transformación de los carlistas en insurrectos cubanos, ó en heróicos boers, y D. Alfonso XII en coronel Cirujeda, revistando las tropas después de la muerte del cabecilla Maceo. Del célebre cuadro de Gisbert que representa al rey Amadeo ante el cadáver del general Prim, no sé cómo diablos arregló aquél *franchute* este otro, que pregonaba á grandes voces: Los reyes todos de Europa, rezándole al cadáver de Napoleón I en la iglesia de Nuestra Señora de París»...

Cuando con mayor interés miraba *Chimo*

aquellos interesantísimos cuadros, la *Copla* le tocó en el hombro, y dejándose con pena *la destrucción de la escuadra yanki por la fragata Numancia, en Manila,*—en realidad un episodio del viaje á Egipto de la emperatriz Eugenia,—se dirigió con las dos mujeres hacia la carretera.

Purgatori no sabía qué decir; Loreto le hizo tomar de la cestilla un puñado de castañas y garbanzos, y por fin, después de pensarlo mucho, se atrevió á preguntar el muchacho la primera vulgaridad de la tarde: si se habían divertido mucho.

—No tanto como tú, que ibas muy bien acompañado—le contestó Loreto.

Pero al ver que *Chimet* no proseguía, continuó:

—Dime, ¿dónde te has metido estos días? no he podido verte para darte las gracias por aquello, por lo del voto...

Segunda vacilación de *Purgatori*, nuevo estudio de la contestación, y consiguiente vulgaridad.

—No merece la pena; ya sabes que tú y tu familia podeis mandar cuanto gusteis.

—Y vosotros lo mismo; no faltaba más...

Diciendo tonterías como las anteriores fueron un buen trecho, casi hasta mitad del camino, sin que la conversación tuviese probabilidades de

hacerse interesante, como lo deseaban Loreto y la *Copla*.

Poco á poco disminuia el bullicio; los grupos de gente se diseminaban en varias direcciones cantando y discutiendo; los caballos, como iban directos al establo, trotaban ligeros; percibíase á lo lejos estampido de cohetes, vuelo de campanas, lánguidas canciones y ladridos de perros... Hay algo indefinible en esa hora de la tarde, que nos impresiona, como si estuviese destinada á despertar en nuestra memoria todos los recuerdos tristes ó agradables de la existencia; es la hora romántica del día, si vale decirlo así.

Ya se distinguían á lo lejos las luces del pueblo, y se escuchaba de cuando en cuando la trompeta del pregonero y las voces de los vendedores de *sardines com el peix*, que salen cuando anochece. De pronto la semi-oscuridad, el aislamiento, la hora romántica, influyeron quizá en el pusilámine *Chimet*, y se decide á decirle tímidamente á Loreto, que si no se ofendiera le dirigiría una pregunta impertinente y atrevida quizá, pero hija del interés que siempre había tenido para con ella. Concedida de buen grado la autorización, manifiesta *Purgatori* que ha llegado á sus oidos en el café, que *Ramonet* el de la tienda se le declaró y que su contestación fué decirle secamente que estaba comprometida; ¿era cierto? y si lo era, ¿podía saber con quién?

—Como si me fuese á morir, te aseguro, que si lo dije fué por no dar una negativa tan escueta y tan fría. Y ahora dime tú: ¿por qué manifiestas tanto interés en saberlo?

Aquí sí que no supo qué contestar el bueno de *Purgatori*, tan intencionada era la pregunta; pero se libró del aprieto como pudo, preguntando á su vez, si estaba dispuesta á responder con igual subterfugio á todos, cuando le pidiesen su cariño.

—Según, según quien sea...—respondió algo desconcertada Loreto.

Mareado, loco, al percibir tan cerca aquel perfume que, según él, se desprendía de la joven, perfume que con mayor intensidad trascendía entonces por combinarse el suave de las violetas al de la transpiración, favorecida por el paseo, y al de la ropa, que aún tenía el aroma del cajón donde estuvo guardada, se atrevió á preguntarle con ansia:

—Y si fuese yo quien te lo dijese, ¿que contestarías?

—La verdad; que no estaba comprometida.

—Y después de la verdad, vendrian tus calabazas como templos.

—Según y conforme—exclamó Loreto sonriéndose.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que si pedías mi cariño para divertirte con

él, como hacen muchos, en eso caso, ¿para qué acceder?

—Y si lo solicitaba queriéndote mucho, mucho, de verdad, con toda mi alma,—dijo ya trastornado del todo *Purgatori*, sin darse cuenta de la trascendencia de sus palabras.

—En ese caso... no tendría ningun inconveniente en aceptar tu cariño, contando con la conformidad de mi padre y de tu madre.

Casi á las puertas del pueblo, viendo la *Copla* que la pareja permanecía silenciosa después del anterior diálogo, les detuvo, y plantándose con descaro delante de ellos díjoles cariñosamente:

—Qué ¿ya os habeis arreglado?

Chimo y Loreto, ante semejante pregunta se dirijieron angustiosa mirada, y casi al mismo tiempo, como si se jugasen el todo por el todo, contestaron á *Chertrudis*:

—Yo, por mí...

—Pues por mí...

—¡Gracias á Dios! bastante os ha costado *¡baúnos!*—Esta última palabra, ribereña castiza, la empleaba mucho la *Copla* para dar á entender la simpleza, la necedad, la sosería de alguien.

Así que *Purgàtori* se halló solo, camino de su casa, y se le fueron serenando cabeza y corazón, dióse cuenta exacta de los sucesos de aquel día,

y por lo tanto de lo anómalo de su situación. Del cielo acababa de precipitarse, no ya en las regiones de su apodo, si no en las más profundas del infierno. Tenía dos novias, dos compromisos, aunque un solo querer; aquella noche había de ir á pelar la pava con *Amparaos*, y si no hacía por ver á Loreto, después del esperado *sí*, lo tomaría seguramente á desaire y burla. ¡Si al menos ignorasen los del pueblo lo del primer noviazgo! pero mucha gente lo sabía, y sobre todo, la *Seu* no era de las que ocultaban sus conquistas. ¿Qué pensaria la *otra* si lo supiese? mandarle á paseo por la burla sangrienta, y despreciarle por falso, canalla y mal hombre. ¿No era muy triste perder de repente una estimación tantos años soñada?

Los insultos de *Amparaos* no le importaban; después de todo, ella se consolaría de la decepción con cien novios más, pero ¿y *su* Loreto? ¿y la familia de los *Matacañotas*? ¿y su propia madre? La única solución era reñir con la que no quería, pero verificarlo á las veinticuatro horas de haberla requerido de amores, tampoco decía nada bueno en su favor.

Y el problema había que resolverle pronto, pronto, aquella misma noche si podía ser; de lo contrario, se agravaba considerablemente, con daño de su dignidad y de su honra.

No tenía más remedio que contárselo todo á

su madre; pudiera ser que entre los dos solucionasen el conflicto; la tía Ramona, así como refranes, encontraba recursos para todo, y no le arredraban las más difíciles situaciones.

Efectivamente, así que supo hasta el menor detalle de lo que podría llamarse el purgatorio de *Purgatori* durante varios días, y su infierno por espacio de cuarenta y ocho horas, calmó tantas intranquilidades con estas palabras:

—La noticia de tus amores con Loreto me llenan de júbilo, como que ha sido para tu madre su constante afán; ya suponía yo que para el querer y la muerte no hay nada fuerte; pero como sabes muy bien que de la mano á la boca suele perderse la sopa, no hay que perder tiempo para dejar resuelto el conflicto, porque á veces uno levanta la caza y otro la mata; es preciso que mañana dejes de ser novio de *Amparaos*; á la mujer coqueta, pagarle con igual moneda. Tú duerme tranquilo, que yo me encargo de todo, y otra vez no hagas tan poco caso del qué dirán; hasta un cabello hace su sombra en el suelo, conque, á dormir he dicho; mañana será otro día, descansa y yace, que tu asno pace.

IX

Si te parece, caro lector, salta este capítulo, que no añade ni quita interés á la presente his-

toria. Pero si tu propósito es formarte una idea de las circunstancias y elementos que contribuyen á formar el carácter del labrador, por si con ello puedes explicarte muchas deficiencias é injusticias sociales, continúa leyendo, que de algo te aprovecharán las páginas que siguen.

En el pueblo donde se desarrollan estos sucesos, había una gran escuela; grande por su tamaño, pequeña por el éxito de sus fines. Fué construida por un Ayuutamiento más celoso de su notoriedad que del bien común, por contrata, con poco dinero, con materiales deficientes y sin aproximada idea de lo que había de ser tal clase de construcciones. Así es que edificaron un caserón anti-pedagógico, sin tener en cuenta los más rudimentarios preceptos higiénicos; pero maldito lo que importaba todo esto; la cuestión era demostrar que el municipio había hecho *algo*, más que el anterior, y pelillos á la mar. Consecuencias: dificultades múltiples para que se cumpliese debidamente la misión del maestro; merma de asistencia por falta de disciplina en los niños y de interés en los padres; horror á las clases.

La situación del maestro de escuela rural es bien triste; son infructuosas todas sus iniciativas, y gracias que en aquél ambiente de indolencia no mueren su amor al saber, los conocimientos anteriormente adquiridos y su vocación educadora.

Mándanle los niños á esa edad, en que su naturaleza física requiere desarrollo, libertad, espansión, necesidades que se traducen por lo general en el desorden de movimientos y voces, y en el prurito de tomar á juego aún las cosas más serias. Entonces por revoltosos, y solamente por revoltosos, para que mientras el padre se halla en el campo, dejen con tranquilidad á la madre, los llevan á la escuela; ¿que ha de hacer el maestro con semejantes perinolas? convertirse en un sér odioso, carcelero de pájaros y descuidar quehaceres más importantes.

Después, cuando los niños comienzan á sacar fruto de las enseñanzas, cuando ya tienen por base para ello la lectura, escritura y nociones de aritmética, así que el maestro deja de ser carcelero é inquisidor para sus alumnos, que comienzan á considerarle y á quererle como persona de respeto, que goza enseñando con afecto cosas útiles para lo porvenir, entonces reclaman los padres al niño que puede servirles, queda su inteligencia como en capullo, y los que á los nueve años leían correctamente, apenas saben deletrear cuando van á casarse.

Porque no pueden ser otros, he aquí los deseos de los padres de familia cuando llevan á la escuela rural á sus hijos: que sepan leer un papel de ciego, extender un recibo y la tabla de multiplicar. Y esto, salvo contadas escepcio-

nes, constituye la tarea constante del maestro, el cual, con harto dolor de su alma, vé cómo le arrancan de su jurisdicción inteligencias que, debidamente cultivadas, pudieran ser útiles al pueblo y tal vez á la patria.

Y sin embargo, hay que disculpar al labrador de semejantes agravios á la cultura; comprende que sus hijos han de ser labradores como él, puesto que el oficio todavía es hereditario como en la Europa feudal, y todos sabemos que el oficio de labrador requiere laboriosa preparación por lo rudo y cruel.

Además, por esperiencia, conoce el porvenir que se les prepara á los muchachos pobres que con regular inteligencia prefieren los libros al arado: seguir sin vocación una carrera, generalmente la que más la necesita, como la eclesiástica; vagar, si no terminan ninguna y morirse de tédio, cuando no de hambre.

Cuatro muchachos de bien equilibrada inteligencia salieron de aquel pueblo; á dos de ellos forzáronles á estudiar para sacerdote, por ser la carrera relativamente económica; pero poco antes de tomar órdenos sagradas desertaron del Seminario, y allí estaban por el pueblo como dos bohemios, entregados á la bebida; vagar no podían, pero en el campo renegaban de su suerte y de la falta de medios y edad para seguir una carrera más acorde con sus aficiones á las ciencias exactas.

Los otros dos arrastraban también una vida miserable, ya midiendo campos, ya ejerciendo cargos modestísimos en la secretaría del Juzgado municipal; uno de ellos daba lecciones á domicilio de lectura y escritura.

El ejemplo de estas cuatro victimas del amor al estudio y del odio al campo, caídos en la miseria, servía de escarmiento á los jóvenes que mostraban parecidas inclinaciones; con la escepción nadie se fijaba.

El primogénito de los *Matacañotas* y *Chimo Purgatori* concurrian de noche á la referida escuela con otros labradores ya machuchos; al primero, principalmente, desde su amistad con Dionisio, le había entrado una fiebre de saber, notable; perfeccionó su letra, dominó en muy poco tiempo, no solo las cuatro operaciones aritméticas, sino los decimales, la regla de interés, de compañía, etc ; supo al dedillo los elementos de geografía é historia, y sin contentarse con todo esto, una noche sorprendió al maestro con esta petición:—Yo quiero saber más...

En los años que llevaba de carrera, ni una vez le habían manifestado semejantes deseos, particularmente hombres de la edad de Andrés; en cuanto sabían leer á tropezones y escribir á duras penas, no se acercaban más á la escuela nocturna; ¿para qué, si tan escasos conocimientos constituían la meta de sus aspiraciones? Por eso

el maestro, simpático vejete de los de puntero y correa, que había educado á varias generaciones de aquel pueblo, de puro sorprendido, soltó á *Matacañota* este exabrupto.

—¿Y por qué quieres saber más, Andrés? Supongo que no querrás ser presidente del Consejo, ni será tu ánimo dejar el oficio de tus padres; para continuar como estás, ya sabes demasiado.

Con la cara que puso Andrés al razonamiento anterior, comprendió D. Felix—á quien los niños, váyase á saber por qué, llamaban el maestro *granera*,—que había contestado con demasiada dureza á la noble petición, y abstrayéndose, por primera vez durante muchos años, de aquella perniciosa influencia que la costumbre y el ambiente de glacial incultura habían impreso en su ánimo, preguntó mansamente al joven qué clase de nuevos conocimientos quería poseer.

—Los que sean necesarios—contestó dignamente Andrés,—para no hacer un papel ridículo entre los agricultores ilustrados y entre los obreros de la capital.

—Bastante pides, amigo Andrés, y de cuanto pides, confieso sin rubor, que solo de una pequeña parte puedo encargarme, como por ejemplo, de que poseas nociones de física y química, de agricultura y de geometría. En cuanto al dibujo lineal, economía política y otra porción de materias que completen la cultura media que deseas,

no me comprometo á que lo aprendas conmigo, porque tendría que comenzar por estudiarlo yo, y soy demasiado viejo para cortejar á la ciencia. Tales conocimientos son fáciles de adquirir en Valencia y otras capitales, donde suelen haber escuelas de Artes y Oficios, provistas de maestros dedicados á explicar semejantes asignaturas á los obreros con afán de saber como tú. Aquí en los pueblos no podeis comer más que rancho intelectual, por decirlo así; los platos esquisitos hay que buscarlos lejos del terruño.

Mientras platicaban maestro y discípulo, los demás alumnos cubrían los cartapacios de palotes, como algarrobas unos, de letras cual morcones otros; parecía mentira que aquellos fornidos hombres, con los músculos dolientes todavía por la dura jornada, turbia la vista por el rojo polvillo de la tierra laborable, pésimamente alimentados y peor dormidos, tuviesen la sublime paciencia de permanecer por espacio de dos horas inclinados sobre los libros con infantil interés, ó con la pluma torpemente cogida entre los deformados dedos. Y hacían extrañas muecas, nerviosas contracciones, acompañadas de breves suspiros, como si les costase vivo dolor el obligar sus duros miembros á tan delicadas tareas.

La luz de grandes y viejos quinqués de petróleo, que más parecían de patio de cárcel que de escuela pública, iluminaba aquellos rostros mo-

renos, dándoles pálidas tonalidades y proyectando sobre los cartapacios grandes manchas de sombra...

En aquél mismo instante, otra luz más potente, la que derrocha claridades inmaculadas desde poderosas lámparas de arco voltáico, alegraría las horas de penoso trabajo intelectual de otros obreros, reunidos para su instrucción en las amplias clases de notables edificios destinados á escuelas de Artesanos...

Así que hubo terminado su tarea el hijo del tío *Matacañola*, retiróse á un rincón de la clase, y mientras aguardaba que sus compañeros terminasen la *plana*, contemplábalos desde la penumbra con grande tristeza, considerándoles víctimas como él, de generosos anhelos de regeneración, imposibles de realizar en aquél pueblo, panteón de vivos, cárcel de esperanzas, donde el destino había marcado límite cruel á las más nobles iniciativas.

Salieron por fin de la escuela y cada uno se marchó por un sitio, todos menos Andrés, á satisfacer otros anhelos, aquellos que en el corazón y no en la cabeza radican, y que son patrimonio casi exclusivo de la juventud. Iban á pelar la pava, por decirlo mejor y más pronto.

Cuando quedó solo *Matacañota*, volvieron á preocuparle sus anteriores pensamientos, reforzados con aquellos otros á que se prestaba el

desfile de sus colegas, atraidos por el amor, único rayo de sol entre aquellas penumbras de cueva.

—Dichosos—decía á su manera—los que se contentan con esos mendrugos de instrucción que la caridad del maestro prodiga; yo soy más ambicioso, y por ello más desgraciado también.

Amores nunca los había sentido; relaciones jamás tuvo, ni aún de broma; estaba con exceso preocupado su espíritu para caer en las sutiles redes que le tendían las muchachas casaderas, en especial *Amparaos*, la real moza de andares felinos y tentadoras curvas, á quien la misma despreocupación de Andrés irritaba más, y he aquí explicadas por incidencia sus escandalosas coqueterías con todo el mundo: válvula por donde se escapaban los inútiles excesos de ternura que sentía por aquel ingrato.

Estas indiferencias para con las mujeres no significaban en Andrés temperamento cerrado para el amor; al contrario, signo eran de la firmeza de pasiones y de exceso de vitalidad; aquellas energías, aplicadas á un querer menos intelectual y abstracto, quizá le hubiesen convertido en los instantes idílicos en un Romeo, en un Otelo ante las contrariedades y los obstáculos; lo difícil era por entonces sustituir los objetos de su pasión.

Preocupado como estaba, penetró en su domicilio, cogió «*La conquista del pan*» de Kropot-

kine y se puso á leer. Cerca de las once llegó Dionisio.

—Qué, ¿te va gustando la obra? Indigna y consuela; ya me dirás lo que te parece cuando la termines.

Andrés, de mal humor, displicente, cerró el libro diciendo:

—Por lo que llevo leído puedo asegurarle que nosotros los labradores somos, ¿cómo lo diré?... los proletarios de los proletarios, tanto nos echan en olvido.

—Pues si eso es así, que lo dudo y discutiría, ya sabes el remedio: cuelga el antipático azadón, ese grillete que te amarra al terruño, y vente á Valencia.

—¿Y qué he de hacer allí? trabajar, trabajar en peores condiciones que aquí. No aprovecho para nada.

—Trabajar é instruirte, ser dueño de tí, dejar de ser esclavo de esta maldita ignorancia...

Ya entonaban los gallos su alegre diana para celebrar la llegada de la perezosa aurora de invierno, y el primogénito de los *Matacañotas* repetía por milésima vez las últimas palabras del *So* Dionisio, que sonaban en sus oídos como amorosas *albaes*, cantadas junto á la reja de una joven recien despierta á los primeros aleteos del amor.

X

¡No fueron vueltas las que *Purgatori* dió por el pueblo, acechando la ocasión de tener la primera entrevista con *Amparaos*! Como golfo que busca el momento de menor peligro para verificar impunemente sus raterías, *Chimet* evitaba en lo posible que le pudiesen ver de charla con la Venus ribereña.

Fiel á sus propósitos, aprovechó los instantes en que nadie pasaba por la calle, y se aproximó á la garrida moza, por lo visto más puntual que él, puesto que aguardaba ya bastante tiempo á su galán, apoyada en el quicio de la puerta. Se acercó *Purgatori* lo más risueño y decidido que pudo, y entonces la joven, al tenerle cerca, le dijo con abacial tranquilidad, sonriente, como si sus palabras fuesen acariciadoras y no despreciativas é insolentes:

—De lo dicho no hay nada; queda roto el compromiso; la miel no se hizo para la boca del asno.

Y con sosiego, como enamorada que se despide cariñosamente hasta el venidero día, cerró la puerta, dejando á *Chimet* confuso y sin poder articular palabra, pero antojándosele la inesplicable é inesperada solución del gran problema, estupendo milagro de poderoso taumaturgo. Ya no tenía más que una novia, *su* Loreto. ¡Cristo, qué felicidad!

Y contento como no lo estuvo desde que iban aquellos jaleos, dirigióse hacia casa el tío *Matacañota* para ver á la única, la legítima, la soñada prometida. Más, viniéronsele á tierra las espléndidas fulguraciones de su repentina dicha, con la idea de si también Loreto estaría de acuerdo con la Sultana, dándole con la puerta en las narices, después de soltarle aquél afrentoso refrán.

El trayecto de una calle á otra parecióle, por la impaciencia y el miedo, largo, largo como un viaje al Polo; más aún, como un viaje á la eternidad, y corto como un punto. Loreto le aguardaba también á la puerta de casa, como la *otra*; los preliminares eran idénticos, ¿lo sería también el final?

El alma de *Chimet* pasó por esos dos segundos de tremenda angustia que deben de agitar al suicida en el supremo tránsito del ser al no ser...; levantó el gatillo, es decir aproximóse á Loreto, lo puso en la sién, disparó..., y en lugar del mortífero plomo salieron perfumes, arcángeles, rosas, de los deliciosos labios de la joven, al dirigirle estas dulces palabras:

—¡Cuánto has tardado! ¡Creí que no venías! Pasa, que mi padre ya lo sabe y te espera.

Solamente á título de curiosidad, forzoso será que sepamos cómo y quién fué el poderoso taumaturgo que dejó á *Chimet* libre de obstáculos

el camino de la dicha, pues aunque lo segundo es fácil de adivinar, conociendo las promesas que la tía Ramona hizo á *Purgatori,* lo primero, el cómo se las compuso para conseguir tan pronto sus propósitos, ya no es tan fácil de pensar; por eso no será de sobra referirlo.

Por instinto y experiencia sabía la madre de *Purgatori*, que el amor propio es un buen resorte para mover las voluntades, y que si en los hombres, por estar algo más curtidos en esas y otras competencias, suelen atenuarse algunas veces sus efectos, en la mujer, por múltiples circunstancias, existe en contínua vibración; por eso al día siguiente al del célebre *porrat*, y así que su hijo se marchó al campo, cogió la cesta de la compra y se puso á corretear por la plaza Mayor hasta distinguir á la tía Sidonia, *Callapoc* de mal nombre, pero que le venía de perlas por ser correveidile, gaceta y pregón al mismo tiempo, incapaz de callarse ni aún sus propios pecados; ¿qué haría con las debilidades y faltas ajenas?

—Me alegro de ver á V., tía Ramona: ¿sabe lo que hay? Verdad es que pocos se han enterado todavía; su bendito hijo *Chimet* y *Amparaos* tienen relaciones.

—¡Qué me cuenta V.!—exclamó la tía Ramona, fingiendo asombro y sorpresa.

—Tan seguro como hay Dios y purgatorio,

hija mía; en el *porrat* se arreglaron, sirviendo de... intermediaria la tía *Copla*; por cierto que ya le he dicho á ella en persona, que las intermediarias no comen dulces de la boda. Conque, ¿que le parece la noticia? Supongo que no le sentará mal, porque si *Chimet* es un buenazo, trabajador y guapo mozo, Amparito no es costal de paja.

—Pues se equivoca V., tía Sidonia, porque si esa chica no es costal de paja, es en cambio... niña endomingada que vá de plaza en plaza.

—¡Tía Ramona!

—Qué quiere V. que le diga; yo, al pan, pan y al vino, vino.

—Todos tenemos nuestras flaquezas...

—Pero esa criatura las tiene de tal índole, que pueden ocasionar serios disgustos al pobre que llegue á ser su marido; en primer lugar, no la veo nunca trabajar, y ya sabe V. que la mujer que poco hila, siempre trae mala camisa; después, ¡si tiene un novio para cada día de fiesta!

—Pues mire, si los chicos quieren casarse, de nada valdrá la oposición de V.

—¿Casarse *Amparaos* con mi *Chimet*? eso quisiera la mona, piñoncitos mondados; no se hicieron las mieles para la boca del asno.

—Por Dios, tía Ramona, que está V. faltándole mucho á la muchacha.

—Si le parece fuerte lo de boca de asno, diré piquito de ruiseñor, y tan amigos...

Esta conversación, espolvoreada con sal y pimienta, es inútil decir que á la media hora ya se la sabía de memoria la interesada, y lo que quizá en otra persona fuese natural incentivo para tomar el desquite, disputando al enemigo su presa, en *Amparaos*, el amor propio dió los naturales efectos, y sin alterarse, con más desprecio que ira, rompió aquellas relaciones, que maldito lo que le interesaban. ¡Ah! si en lugar de ponerle obstáculos para casarse con *Purgatori*, se los pusiesen para unirse á *su* Andrés...

Y aquí cerramos el paréntesis, que para los más curiosos abrimos, para penetrar con el hijo de la tía Ramona en casa de los *Malacañotas*.

XI

Al bueno del tío Pepe no le pareció mal la elección de su hija, y con su innata sinceridad así lo dijo á los flamantes novios; solamente les rogaba que charlasen á la puerta de la calle cuando no estuviese con ellos la *Copla*, porque por desgracia, la madre de la chica no existía, y francamente, para un hombre resultaba ridículo *sostener el fusil*. Esa privación y falta de comodidad se compensaba en cambio con una ventaja:

la brevedad de las relaciones;—en vuestras circunstancias—añadió el tío Pepe,—los noviazgos largos no convienen.

Con esta ducha de felices y próximas esperanzas, no solo aceptaron los novios la puerta de la calle como refugio, sino que tendrían como tal el mismísimo célebre pico de Dawaladgiri.

Ante la vista de esa pareja de labradores, de *Chimet* y de Loreto, felices porque se quieren y porque llegó el bendito día de que se lo confiesen mútuamente, vendría como anillo en dedo una razonada diatriba contra esos novelistas filósofos, que al hablar del amor, escupen por el colmillo y lo niegan, lo enlodan ó lo zahieren, como si en lugar de ser personas decentes fuesen incluseros, maridos burlados ó... cosa de peor calidad; pero no, vale más que los que escriben y los que leen, partidarios de los documentos humanos verdad, opongan á la triste y fría hediondez de ciertos cadáveres en descomposición, oleadas de perfumes campestres, sanos, sin pachulí, almizcle ni algalía que los escondan.

La conversación de nuestros enamorados, en su primera entrevista, constituye un documento muy humano, muy real, que prueba, que si el amor verdadero es una escepción en las grandes metrópolis, al decir de ciertos autores, en el campo es regla general. Escuchemos el lenguaje de Loreto y de *Chimet*; es sencillo, natural, só-

brio, carece de mixtificaciones; oro sin bruñir siquiera; su querer está desprovisto de interés, de vanidad y de concupicencia, muévelo la natural inclinación de dos séres que se atraen por simpatía, y que antes de poseerse, tienen que pedir permiso al alma.

De esta manera se quieren la mayor parte de los labradores; me atrevo á decir que si hay escepciones, son importadas; ángeles no son ¿que han de serlo? muy hombres y muy mujeres, pero carecen de tiempo para pensar, y ni en su propia esclavitud reparan, ni en ciertas bajas tendencias de sus sentidos. Necesitan para el trabajo todas sus energías, y el vicio, ¡cuántas consume!

Hay que compadecer profundamente á los pobres campesinos, que hasta para el amor tienen tasa; pues así como en las grandes capitales, los humildes hijos del trabajo, antes de comenzar sus penosas tareas, al suspenderlas al medio día y al terminarlas después, templan su espíritu y endulzan sus fatigas acompañando á sus novias al taller, á los almacenes ó á sus casas, el labrador se contenta con algunas horas de lánguida conversación por la noche, bregando contínuamente con el implacable sueño.

. . . .

—¿Te acuerdas cuando á la salida de la escuela nos pasábamos horas interminables en el corral, haciendo columpios y casitas de ladrillo?

—¡Ya lo creo! También me acuerdo perfectamente, *Chimet*, de cuando espachurramos una porción de huevos de la clueca, una vez que nos escondimos bajo de la leñera para que no se te llevara tu madre.

—¡Lo que está de Dios! yo no podía salir de tu casa, y cuando te veía jugar con otros niños se me llevaba Pateta. Recuerdo la paliza que me pegó el maestro por cambiarle á mi primo *Roquet* mi «Juanito» y un palillo de escribir, por un jilguero para tí; de esto no te acordarás.

—No, de lo que me acuerdo, así como en sueños, es de que criábamos en una jaula dos gorriones que me cogió Andrés, mi hermano, en el granero; que los metimos en una jaula vieja para que los embuchasen sus padres, hasta que una tarde hallamos á los pobres pájaros muertos, con los piquitos abiertos y las alas extendidas...; les hicimos un entierro bajo la higuera y yo lloré mucho.

—Entonces, pues, fué cuando te prometí buscar el jilguero.

—Puede que sí.

. . . .

—Dime, *Chimet*, con sinceridad: ¿cuándo te diste cuenta de que me querías?

—Cuando murió tu madre. Ya era crecidito, ¡como que había de tomar ó tomé aquél año la primera Comunión!; había mucha gente en la co-

cina: las campanas anunciaron la salida del clero...: si te causo pena, me callo.

—Sigue, sigue...

—Poco antes de llegar el cura, las mujeres querían apartaros de la sala; pero entonces tu padre, cogiéndoos de la mano, os llevó hacia el ataud y rompió á llorar diciendo: besadla por última vez, con ella se os marcha el cariño más grande que teníais...; ves, ya lloras, ¡si yo lo sé, no lo cuento!

—Acaba, no me hagas caso.

—Aquella escena la guardé constantemente en la memoria; cada vez que te veía, ¡qué se yo! se me antojaba que el cariño de tu madre lo guardaba yo para tí aquí dentro—señalando el corazón;—y tú, ¿cuándo conociste que no te era indiferente?

—No guardo memoria del instante; creo que siempre te quise.

. . . .

—Nos ha sucedido una cosa muy rara, *Chimet*: fuimos poco tiempo niños.

—Ya lo creo; cuando tenías diez años ya paseabas por el pueblo con amiguitas casaderas.

—Pues tú siempre ibas con niños más crecidos, y como estabas delicaducho y tu madre te ponía un pañuelo de seda al cuello, mis amigas te llamaban el *siñoret*. Una vez me pediste un

clavel rojo que junto á unas ramitas de albahaca y maríaluisa llevaba prendido al pecho...

—¡Ah! sí, por cierto que una de tus amigas te advirtió que no me dieses albahaca por ser prueba de aborrecimiento.

—Y yo no te dí más que el clavel...

—Como ahora tu cariño.

—Quizá entonces te lo diese con el clavel..., pero tengo miedo de que te suceda lo que á todos los hombres: muchos anhelos, muchas promesas antes de ser correspondidos; después... vais á casa la novia por compromiso, una hora diaria, para emplearla durmiendo como lirones.

—No seré como todos, Loreto, pero si alguna vez el sueño me rinde, piensa que la fatiga y el poco dormir son los culpables, y que muy invencible será el cansancio cuando nos impide ser felices junto á lo que más queremos.

Perdida con esta dulce plática la noción del tiempo, los novios permanecieron desplumando la pava hasta muy cerca de las diez y media, en que regresaron del casino Dionisio y Andrés. Nada les dijo éste al advertir aquella novedad; no así el huésped, que exclamó dándole á *Purgatori* cariñosamente golpecitos en la espalda:

—Pillastre, bien pagado tienes el voto.

Los antiguos escrúpulos de Loreto renacieron al escuchar esta broma, y le faltó tiempo para pedir mil perdones á *Chimet* por haberle

torcido la voluntad el día de la elección; aquello fué..., lo diría con franqueza, porque le subyugaba la peligrosa idea de ver si *Purgatori* le tenía ley.

—Tonta—replicóle el muchacho,—por desgracia, todos llevamos siempre torcida la voluntad por culpa de los amos; ¡qué importa una vez más y en tu obsequio!

Cuando por fin aplazaron la conversación para el siguiente día, porque agotarla en aquel era difícil, Loreto permaneció en la puerta saludando con el pañuelo á *Chimet* hasta que hubo éste traspuesto la esquina, y al penetrar de nuevo en la casa se le antojó que las personas, los muebles, las habitaciones, hasta los perros, estaban más alegres, como si hubiesen recobrado en un instante, simpática, luminosa vida; ya no estaba tan sola; el cariño de su madre se lo había devuelto *Chimet* como fiel y celoso depositario; aquella noche fué para la joven radiante día, la vida y el alma se le escapaban á borbotones por todos los poros; sin darse cuenta se comparó muchas veces á un gusano de luz...

Como necesario complemento á este capítulo, y para que vaya, como en la naturaleza, la claridad acompañando á la sombra, fuerza será que procuremos averiguar los complejos motores que dirigían el espíritu de *Amparaos*.

El esfuerzo de serenidad que hubo de hacer,

desde que la parlanchina *Callapoc* la puso en autos de las ofensas de la tía Ramona, y el no menor que hizo delante de *Purgatori* para despedirle con envidiable serenidad, si no agotaron las energías de su espíritu, cosa difícil en hembra de su temple, la hicieron pensar hondamente, quizá por primera vez en su vida.

Por el camino de los devaneos y coqueterías no iba bien; así no se conquista el querer de un hombre como Andrés. Visto estaba que con todo ello ni siquiera lograba despertar su atención; además, también había equivocado la panacea de su mal de amores: las distracciones y frivolidades no le proporcionaban el olvido deseado, ni tampoco la indiferencia por el objeto constante de sus anhelos; la devoradora sed de amor que la consumía no se calmaba con vanas y ridículas mixtificaciones, sino con abundante agua, pura, cristalina, del único manantial deseado. Si los antiguos remedios que á sus males daba le consiguiesen un átomo de salud, poco le importarían las censuras de la gente; pero se estaba desacreditando sin fruto, y el buen nombre no es beneficio que puede sacrificarse neciamente por una quimera.

Se le imponía, pues, un cambio radical de conducta, que con solo volver á la normalidad, á su propio modo de ser, era bastante; nada de coqueterías, ni de ostentaciones; á esperar, á es-

perar sin prisa; mejor aún, á no esperar nada, y que el tiempo se encargase de traer la felicidad... ó la pesada cruz de un porvenir sin esperanzas.

XII

A principios de Abril, un día en que el viento poniente zarandeaba más de lo justo trigos y cebada, se vió favorecido el tío *Malacañota* con la visita de un forastero que aparentaba tener unas sesenta primaveras muy bien llevadas; venía recomendado por el alcalde del pueblo, y dijo ser viajante de la casa *Forquet y Compañía*, fabricantes de abonos, cuya marca principal, *Lluvia de oro*, tenía el encargo de propagar por los pueblos de la ribera del Júcar.

Hospitalario y cortés, como la mayor parte de los labradores de esta fértil comarca, le recibió el tío Pepe haciéndole ante todo beber en un grande vaso un buen refresco de aguardiente, con agua y azúcar, servido por Loreto; deferencia que agradó al desconocido, hombre muy atento al parecer, dando las gracias con hiperbólicas frases de agradecimiento y regalándole á la muchacha un artístico anuncio de la casa *Forquet*, magnífico cromo entre dos varillas doradas, en el que se veía á la diósa Céres derramando monedas de oro en un saco que sostenian garridos labradores, vestidos con el típico traje

que á principios de siglo llevaban en la huerta valenciana.

Se le hizo todavía más simpático el *Matacañota* al forastero al encargarle aquel diez sacos del abono «Lluvia de oro», pagaderos al recoger las cosechas de San Juan.

Ya en este camino la confianza mútua, quiso aprovecharla el viajante proponiendo al tío Pepe nombrarle corresponsal en aquel pueblo de la casa *Forquet*, con un tanto por ciento por comisión, estableciendo el plazo de seis meses para las liquidaciones y remitiéndole cien sacos de abono inmediatamente.

El tío Pepe, que no andaba muy sobrado de recursos desde la muerte de Lucero y la compra del sucesor, no titubeó en aceptar aquella proposición, considerándola como nueva fuente de ingresos; cerróse con tal conformidad el trato, y el señor Jacinto el viajante se quedó á comer aquel día con el tío *Matacañota*, Loreto y el *So* Dionisio, pues el primogénito estaba en la huerta con algunos jornaleros arrancando el arroz de la almáciga para plantarlo á su vez en la inundada marjal.

El señor Jacinto, pequeño, cuadrado de espaldas, con bigote progresista y blancos mechones de lacio cabello, cuidadosamente peinados, ojos llorones brillantes, y boca ligeramente torcida de resultas quizá de algún accidente, era

un sin ventura, que sufrió contínuas muecas de la felicidad y de la fortuna, para quienes era sin duda tan poco simpático, que jamás le concedieron ni una débil sonrisa de conmiseración.

Fué su padre un jurisconsulto valenciano famoso, que después de educar fastuosamente á su numerosa familia, no dejó al morir más que deudas y ningún hábito de sobriedad; tristes herencias para que los amigos del padre continuasen siéndolo de los hijos.

Recién muerto el renombrado jurisconsulto, cada vástago se las arregló como pudo, haciéndose corredor de comercio uno, paseante sempiterno y calavera otro, y casándose las hembras con el primer novio que se atrevió á llevarlas á la vicaría. El señor Jacinto tuvo la suerte—primera y única de su accidentada existencia—de que le colocasen de oficial de ínfima categoría en el Ministerio de Gracia y Justicia, pero con tan mala fortuna, que al año y medio le dejaron cesante, por haber sustituido en el gran refectorio nacional los liberales á los conservadores.

De secretario particular de un personaje de segunda fila, pasó á la redacción y administración de un periódico político, plaza que también le fué arrebatada por un paisano de cierto exministro conservador. Por semejante trastada renegó D. Jacinto de sus ideas ultraconservadoras—había sido antes partidario de D. Cárlos—y se hizo

liberal, pero sin éxito, pues los prohombres del partido sólo pudieron ofrecerle ¡la portería del casino!, cargo ignominioso para el hijo de un ex-diputado provincial influyente, que se carteó con Cánovas y los Pidales.

Para colmo de trapisondas, se le murieron en pocos años sus cuatro hermanos y su mujer, dejándole ésta un niño de diez años, delicaducho, herrumbroso, cacoquimio, que le consumía sus ahorros con pancreatinas, glicero-fosfatos y emulsiones.

Buscando mejor acomodo regresó á Valencia, su ciudad natal, y allí, dando lecciones de primeras letras, ayudándose con unas procuras y escribiendo pliegos para notarios y abogados, pudo vivir modestamente y matricular en el Instituto de segunda enseñanza á su Carlitos, pues la soberana ilusión de su vida era ver á su pequeño licenciado en Derecho, para que reverdeciesen las antiguas glorias de su desgraciada familia.

Solo cuando por su honradez acrisolada le nombraron viajante de la casa *Forquet* y *Compañía*, dejó las lecciones y las copias, dedicándose con alma y vida al desempeño de su misión, que ejercía ya bastantes años, con gusto. Aquel en que le conocieron los *Matacañotas* era el último de la carrera de Carlitos y el primero quizá en que, cansadas la felicidad y la fortuna de verle

padecer, se disponían á proyectar en su mísera existencia el primer rayo de luz meridiana.

Todos aquellos desencantos de su vida le habían hecho sagaz y escéptico, de tal manera, que sus ideas político-sociales, que comenzaron por ser absolutistas é individualistas en sus mocedades, en plena vejez tocaban ya en los linderos del colectivismo radical, y desde la fé ciega de antaño, en la bondad del corazón humano, declaraba ya que es el hombre un mico glotón, embustero y egoista.

Pero si estas desesperaciones de un espíritu flajelado eran lógicas, emponzoñaron la pobre juventud del futuro letrado, que desde los primeros cursos de la carrera no salía de ciertas tertulias muy vigiladas por el gobernador, ni se dejaba determinadas colaboraciones, rojas como sangre y cáusticas como fuego, mal principio de carrera, dados los presentes positivismos, para llegar á ser retoño de añejas prosapias, como deseaba su papá, quien compreudiéndolo, y como último límite de su escepticismo, ponía freno delante de su hijo á los radicalismos desesperados.

Después de tomar café ultimando los detalles del negocio, salió D. Jacinto á caza de clientes y ojeo de deudores, hasta la hora de tomar el tren.

Así que Andrés llegó del campo al anochecer y le enteró su padre de la visita del viajante

y del nombramiento de corresponsal de la casa *Forquet y Compañía*, tuvo mala impresión y no lo juzgó tan buen negocio como creía el tío Pepe, sin duda por lo expuesto que resulta siempre vender al fiado, cuando es el comerciante bonachón y muy pobres los clientes.

No le faltaba fundamento al mayor de los *Matacañotas*. Como el labrador está sujeto á la tiranía de la naturaleza, le resulta fácil cumplir los compromisos cuando aquella le es propicia dándole buenas y fáciles cosechas; pero como la naturaleza puede convertirse de repente, de madre en madrastra, esterilizando sudores y abonos, ha de faltar seguridad á los tratos y contratos; por eso resulta difícil un negocio como el ofrecido al tío Pepe por la casa *Forquet*. ¿Quién le aseguraba que al llegar la fecha de las liquidaciones tendría en su poder el precio total del género recibido? El déficit habría que satisfacerlo el tío *Matacañota* para reembolsárselo sabe Dios cuándo. En fin, la cosa no tenía remedio, mediaba una palabra formal, y había que alegrarse con el éxito ó que resignarse con el fracaso.

Por aquellos días otro acontecimiento insignificante, al parecer, contribuyó á que creciese el constante malhumor, tristeza ó cansancio del primogénito de los *Matacañotas*. Un pobre jornalero su amigo, subiendo sacos de harina al desván de la casa de cierto labrador acomodado, tuvo.

la desgracia de resbalar cargado con uno de tantos sacos, y de fracturarse con la caída la pierna y el brazo derechos; aquella noche le veló Andrés, y durante las ociosas horas de vigilia fijó el pensamiento en la mejor manera de arbitrar recursos para la familia del infeliz durante los días de su huelga forzosa; recordó que en una de las conversaciones con el albañil, éste le hizo referencia á la Ley de Accidentes del Trabajo, de aplicación reciente, cuya Ley la consideraba como una de las mayores conquistas del proletariado. Y como el jornalero que estaba tendido en la cama sufrió la caída trabajando para un patrono, pensó recordar á las autoridades la existencia de semejante humanitaria Ley, cuyo cumplimiento remediaría en parte las necesidades de aquella familia, privada del cotidiano jornal de su jefe, y las de muchas más, si por desgracia se encontraban en tal situación.

Vista por Andrés la incógnita del problema, y satisfecho de las corrientes universales de humana fraternidad que significaban aquellas generosas disposiciones, admiró con el entusiasmo de su noble corazón á los hijos del trabajo que iban conquistando palmo á palmo derechos, pan y piedad, diciendo á los poderosos de la tierra: *nos, que somos tanto como vos y que todos juntos valemos más que vos...*

Ya era tiempo de que los victimas de la

gran batalla por el vivir, al caer del andamio, al herirse con la hoz ó con la máquina de aserrar, al lisiarse con el tope del vagón ó con la reja del arado, al morir por asfixia en el fondo del lagar ó en los abismos de la mina, tuviesen caritativas leyes que les amparasen y socorriesen en las tremendas angustias, y que acompañasen á las familias en las soledades de la miseria.

Bien hacían los hermanos de allá pidiendo para todos; los esclavos del surco eran los Benjamines de la poderosa familia obrera...

Muy temprano, antes de que el alcalde se marchase á la huerta, fué á buscarle Andrés y le puso al corriente de su petición; pero el representante del pueblo no tenía la menor noticia de aquella, ni quizá de otras leyes, y le aconsejó que se lo preguntase al secretario del Ayuntamiento, *Vademecum* administrativo, ducho en toda clase de asuntos burocráticos, crematísticos y políticos, que distinguía con su amistad al *Matacañota*, no obstante figurar de reciente como el segundo de aquellos *nisios* que tanta guerra dieron en las pasadas elecciones. Así lo hizo, y después de hacerse cargo el listo secretario de la pretensión de Andrés, le contestó que, efectivamente, había una Ley de Accidentes del Trabajo, pero que los legisladores no la dictaron más que para *los otros*, para los obreros de la industria.

Cabizbajo y sin gana de comentarios por la tremenda é injusta preterición, se fué á trabajar, y desde aquél momento se le vió de continuo preocupado, displicente, sin gana de conversación, embebido de tal manera en sus ocupaciones agrícolas, que daba lástima, porque aquella constante actividad era suicida.

Uno de los primeros que notaron la melancolía de Andrés fué Dionisio, su maestro como él le llamaba, el evocador de grandes ideas, el que le resolvía todos los problemas, hombre á propósito para el carácter inquiridor de *Matacañola*.

—Vamos—le dijo una noche, ya tarde, paseando por el pueblo,—si no te conociese diría que estabas enamorado como un jovenzuelo; pero ni estás enamorado, ni enfermo, ni enfadado conmigo, ¡qué diablos tienes!; quiero que me digas qué cosa te preocupa tanto, que hasta hoy ni siquiera has creido conveniente comunicármela.

El joven no pudo guardar para sí más tiempo la pena que le consumía y contestó, dando un gran suspiro de cansancio:

—Señor Dionisio, soy muy desgraciado...

—Nada me ocultes; aquí estoy para consolarte, si puedo y sirvo.

—Ya lo sabe V.; en esta esclavitud me ahogo; la vista de esos infelices, marchitos por el sol y el polvo de la tierra, sin ideales, sin esperanza,

olvidados de todos y ¡lo que es más triste! sin percatarse de ello, me dá tristeza.

—¡Gracias á Dios! No sigas adelante; toda esa jeremiada hubieras podido ahorrártela diciéndome: Dionisio, yo no puedo vivir entre burros de trabajo, ni quiero ser uno de tantos; lléveme á Valencia.

—¿Por qué negarlo? de buena gana saldría de aquí, donde tan de tarde en tarde llegan ráfagas de aire puro; más ¿no sería en mí una cobardía buscar ambiente de libertad y de cultura cuando mis hermanos, esos burros de trabajo, como usted despectivamente les llama, mueren pegados á la tierra como lapas?

—No seas tonto, querido; tus hermanos están bien como están, ¿qué has de hacer tú por ellos? y lo que has de hacer, más resultado te dará fuera de aquí, uniendo tu protesta y tu talento á los que se emplean para la redención del obrero.

—Señor Dionisio... permítame... ¿qué entiende V. por obrero?

—Todo aquel que con el sudor de su frente gana un jornal para la satisfacción de sus necesidades más perentorias.

—El labrador, ¿es obrero?

—Tan obrero como yo.

—Entonces, ¿porque se le excluye casi del todo de la Ley de Accidentes del Trabajo?

—Eso... es culpa de los legisladores.

—¿De los legisladores nada más?

—Parece, amigo Andrés, que me estés tomando la lección de Catecismo; déjate por ahora de interrogaciones y vé haciéndote el ánimo para venir á Valencia; no faltará quien le ayude á tu padre; *Purgatori*, dentro de poco te sustituirá en la casa.

—A los que se ausentan del pueblo para marcharse á la capital, suelen llamarles aquí maltrabajas.

—¡Maltrabajas! como si allí nos mordiéramos las uñas contínuamente.

—Mire V., señor Dionisio, trabajo tan duro como el del labrador, hay poco. V. mismo, con ser tan fuerte, no podría resistirlo más de un mes.

—Para demostrarte lo contrario te propongo lo siguiente: ¿Qué tarea consideras como más pesada, la siega del trigo? pues cuando llegue, daré á diario un solo vistazo á mis obras y como simple jornalero trabajaré toda la temporada contigo; si no me canso, te vienes á Valencia; si me declaro vencido, te quedas con estos... infelices.

XIII

Hace tanto calor en los trigales mediado el mes de Julio, á las diez de la mañana, que el viento amodorrado no tiene fuerza para mover una pluma; los rayos del sol ya no deslumbran, queman; en lugar de aire, parece que se respiren chispas; los pies pisan rescoldo, y todo cuanto tocan las manos, semejan tizones. El agua de las acequias toma el aspecto de plomo fundido al hacerla reverberar los rayos solares, y la que encierran los botijos pasa inadvertida por las ardorosas fauces...

Ni los pájaros se atreven á cruzar aquel incendio, ni los míseros gusanos se aventuran á sacar sus agudas cabecitas del escondido agujero; solo las cigarras chillan que se las pelan, como si el sol tostase sus caperuzas opacas.

En aquellos instantes, los pobres mineros que se marchitan trabajando en las entrañas de la tierra, y los forjadores de hierro de los altos hornos vizcaínos, son relativamente felices, porque á las entrañas de la tierra no llegan los exterminadores rayos solares, y junto á las crepitantes fraguas suele disfrutarse la delicia de un trago de agua fresca ó de una bocanada de aire reparador durante el relevo...

Sin embargo, en la cuadrilla de segadores,

de aquellos héroes á quienes el sol congestiona los cerebros, tuesta sus carnes y coagula su sangre, aún hay muchos infelices que cantan... *morituri te salutant.*

Segar en las riberas del Júcar, altas ó bajas, en pleno poniente abrasador, es de lo más horrible que pueden imaginarse los obreros que en las capitales, cobijados bajo sólidas cubiertas de cristal ó de ladrillo, con las múltiples y ámplias ventanas del edificio fabril ó manufacturero abiertas, amparados por la ley, que establece la inspección periódica de los talleres y fábricas, se dedican tranquilamente á sus tareas, entre chupada de cigarro y, si lo desean, trago de limonada fresca. ¡Pobres labradores!

Miradles: á las cinco de la mañana empuñaron su hoz para no soltarla hasta las siete de la tarde; todo el vigor que demuestran, débenlo al hartazgo de arroz con judías y al trago de vino, —el que lo tiene—de la noche anterior; son las diez de la mañana y han reparado sus fuerzas á las ocho, con un pedazo de pan moreno y cualquier cosa, remojado con sendos sorbos de agua, más turbia que sus ojos y menos ardiente que el sudor que corre á borbotones por su cuerpo.

Con la morena camisa pegada al desmedrado pecho, con el sombrero de paja de anchas alas que cubre sus rostros del color de cera virgen

de puro débil, al aire los vellosos brazos y piernas en contínua tensión, rajan con su fu gurante hoz los crugientes tallos del trigo secos, que parecen de cristal, rematados con borlas de oro pletóricas de rubias perlas, perlas que dan por resuelto anualmente el problema del hambre, asegurando el pan en la mesa de los poderosos y en el mugriento saquillo de los obreros más humildes. Y sin embargo, todos pensamos, por ejemplo, en las fatigas que cuesta á los trabajadores del mar el pescado que comemos, y nadie se acuerda de los del campo al llevarse un trozo de pan á la boca, y cuando la sociedad piensa en ellos es para sacarlos á las tablas á que sirvan de hazme-reir, encarnados en actores, que exajeran sus defectos y que escarnecen su falta de cultura.

Y volviendo á los segadores: aquél encorvamiento, aquél martirio sin pareja, solo se suspende á medio día, cuando el segador, desfallecido al llegar al límite de la humana resistencia, se dispone á ingerir sin gana un comistrajo cualquiera en frío, nada substancioso, que sienta bien porque, á fuerza de sufrimientos, ha llegado á ser el labrador un ser fisiológico distinto de los demás. ¿A qué minero, á qué industrial, á qué forjador le falta su plato de sopa caliente y reparadora, servida por cualquier individuo de la familia, cuando no en su propio domicilio?

Y si después de doce ó trece interminables horas de trabajo en pleno sol, encontrasen habitaciones cómodas y comida jugosa, sus cuerpos de acero fuera fácil que recobrasen pronto la equilibrada normalidad; pero ni la eterna *paella* con patatas y judías, ni la temperatura de horno de sus cuchitriles inundados de mosquitos, ni la dureza del lecho, contribuyen á que el segador emprenda su tarea al siguiente día con aquel empuje que reclaman lo duro de la jornada y las altas temperaturas caniculares.

Y tras la siega vienen dos trillas: la que hace soltar el grano de su envoltura y la que desmenuza la paja para que sirva luego de forraje; monótona operación que comienza poco más ó menos á las once de la mañana, cuando la pesadez del sol es mayor, y hay que terminarla siempre antes del crepúsculo. Allí, en la enervante era, da el labrador vuelta tras vuelta, como las bestias que azota, recibiendo con moruna indiferencia los latigazos del sol y el polvillo que se levanta de la parva con el trote de la yunta; ¡cuánto trabajo hasta subir al granero, por la empinada y angosta escalera, los pesados sacos de trigo!

Pues aún hay más, aún han de hundir sus piés descalzos en el légamo de los arrozales, respirando todo el día tremendas emanaciones palúdicas, y pagar con sueño las horas que la esta-

ción les quita de trabajo. Ya no quema tanto el calor, pero el ambiente envenena la sangre y el polvillo cáustico del arroz irrita la piel. De la era donde pasaron la noche de claro en claro trillando con las bestias, mientras lanzaban al aire, para espantar el sueño, lánguidas fermatas que parecen largos bostezos, van muchos jornaleros á la marjal, soñolientos y desvaídos, á proseguir la siega, y cuando ésta pasa, dejándoles marchitos y con el color verde del paludismo, sobre las tallas del lagar bailotean largas horas, pisando los polvorientos racimos de uva, entre peligroso resbalón y dolorosas picaduras de abeja. Mueven como antiguos esclavos las palancas de las prensas de hierro, bajan al fondo de los lagares, donde el mosto en fermentación les transtorna, cuando no los mata, y cargan pellejos de vino sobre la cabeza, arrancándoles la pegajosa mugre mechones de pelo, al propio tiempo que la inestabilidad del líquido los hace vacilar como beodos.

Despues vienen las frias veladas del otoño, pasadas en las húmedas almazaras, sin poder apenas descabezar un sueño, porque reclaman su atención las múltiples operaciones de arrojar á la tolva capazos de aceitunas para molerlas, recoger las ya trituradas de la solera, llenar los capachos ó esportines de pasta, colocarlos en las prensas con geométrica simetría é irlos apre-

tando con regularidad precisa, necesario todo para que no se pierda ni una sola de las espesas lágrimas de oro que derrama bajo la presión del hierro el noble fruto.

Cuando se acaban todas esas duras labores hay que coger la podadera, y por fin el terrible azadón, pues ya la tierra lo reclama como buen amigo para prepararse, nutriéndose de aire y de sol, para las futuras gestaciones, y así la tarea del labrador no tiene fin, ni él lo solicita, porque el día que no suda, el dia que no se agota, no hay pan en el hogar.

Hambre siempre, en invierno y en verano; cuando el trabajo falta y cuando el trabajo agobia; cansancio y agotamiento contínuo; horas de labor sin tasa; sueño insaciable desde que tienen uso de razón; calor de infierno en verano, frio entumecedor en invierno; en la juventud falta de espansión, en la anticipada vejez sobra de achaques; ineludibles deberes é ilusorios derechos; explotados sin piedad mientras tienen calor en la sangre; víctimas del abandono y del egoismo en los embates de la necesidad ó en las lisiaduras del dolor; retribuidos, no en razón del esfuerzo, sino por la ley de la oferta y de la rutina; sin transición notoria para el trabajo, de niños á hombres, de jóvenes á viejos; mirando constantemente al cielo para que no los azote, al usurero vil para que no les apremie y nutriendo á la tierra

para que no los arruine; con el hogar por pasajero refugio y la naturaleza por hogar; siervos de todos, del infusorio vil y del vil cacique, del industrial y del avariento, del administrador y del propietario, del comerciante y del Estado..., y á pesar de tantas y tantas desventuras, muere como ha vivido, abrazado al azadón, que transmite á sus herederos por todo patrimonio, sin pedir á la humanidad un ténue rayo de ese magnífico sol de justicia social, que brilla para todos menos para él, para él, que adivina que es la incógnita de todos los problemas, el proveedor del mundo, el verdadero rey de la naturaleza, que tuvo la desgracia de nacer mudo y que muere como los primeros mártires del cristianismo, abrazado á su cruz sin exhalar el más débil reproche contra sus verdugos...

El señor Dionisio, que no había nacido por fortuna para mártir, para héroe, ni para labrador, que no tenía músculos del temple del acero, ni piel con la fortaleza de la del cordobán, hacía colosales esfuerzos para cumplir hasta el fin como bueno en la cuadrilla de segadores, á pesar de los ruegos que, adivinándolo, le hicieron en diferentes ocasiones, para que desistiese de su empeño, los trabajadores y su amigo Andrés. Pero la maldita honrilla pudo más que lo terrible del cansancio, y aunque pudo resistir las fatigas de la siega toda la temporada, le costó su

valentía una enfermedad de más de un mes, que le dejó maltrecho algunos más.

—He ganado mi apuesta, querido Andrés—le dijo al dejar el último saco de trigo en el granero de cierto propietario.

—Yo no falto á mis palabras; me voy á Valencia con V.

—Para que veas que soy generoso con el vencido, no te pongo plazo, ven cuando lo creas conveniente.

—Y ¿qué me dice V. de las tareas del labrador?

—Solo puedo decirte que son muy superiores á mis fuerzas. No es el trabajo lo que mata, sino las pésimas condiciones en que se realiza.

—Sin embargo, señor Dionisio, la lucha entre usted y sus compañeros ha sido un poco desigual.

—Pués qué, ¿no he trabajado como el primer segador?

—Sí, pero también ha comido V. como un canónigo y reposado como un burgués.

XIV

Por guardar respetuosamente la tradición, se celebraban en aquel pueblo las fiestas principales á primeros de Septiembre, fecha no muy oportuna, porque la siega del arroz solía estar en su apogeo y no andaban los cuerpos tan so-

brados de descanso que apeteciesen el contínuo movimiento, el insomnio consiguiente al largo velar y las incomodidades que en cada casa se sufrían para que los forasteros estuviesen bien acondicionados. Porque no importa repetirlo; son los ribereños extremadamente cariñosos y hospitalarios, y tan complacientes con los *hostes* ó forasteros, que por obsequiarles con buenos bocados, no titubean en condenarse para cuando pasan las fiestas á sardinas y á *gaches* ó puches perpétuos.

También al tío *Matacañotas* le tocó su parte en la distribución general de gente forastera; la víspera de las fiestas se presentaron en su casa nada menos que D. Jacinto, el representante de la casa *Forquet y Compañía*; su hijo Carlos, Doña Rosa la mujer de Dionisio y Germinal, su hija única. Por fortuna, la casa era bastante capaz y cupieron todos desahogadamente, á costa, por supuesto, de la comodidad de los *Matacañotas*, padre é hijo, que tuvieron que dormir en el duro suelo, sobre un par de colchones.

Con la llegada de los forasteros se alteró la paz conventual de aquella casa; no sólo por el ajetreo consiguiente en la cocina y en las habitaciones, sino por las polémicas del flamante abogado con Dionisio, y las de la mujer de éste con su hija Germiual; la joven *cohete*, como la llamaba su padre porque no estaba quieta nunca,

siempre ideando alguna travesura, como colegial en horas de recreo.

Desde que llegó ella, la casa del tío *Matacañotas* era el punto de reunión de la gente moza; inventaba festejos originales, organizaba cabalgatas y bailes populares, hizo de tamborilero en unas *àlbaes* cantadas por muchachos del pueblo, se llevó el premio en unas originales carreras de burros y convirtió el zaguan de la casa en contínuo salón de fiestas, donde se bailaba desde el complicado bolero y la *cháquera vella* por los bailarines *de conter*, hasta el pausado vals, el cadencioso *schotis* y la picante habanera.

Ninguna clase de consideraciones contenían la imaginación relámpago de Germinal; ni las convencionales prerrogativas, ni los rubores del sexo le hacían mella; lo mismo alternaba con hombres sesudos que con mozalvetes recién salidos del cascarón; con idéntica serenidad cogía del brazo, para sacarlo á bailar, al muchacho que estaba de palique con la novia, que al barrigudo padre de familia lleno de achaques. Cuando le agradaba cualquier labradorcilla vanidosa y de correctos perfiles, la piropeaba como un veterano, y si descubría sobresalientes atractivos en algún hombre, se los encomiaba con varonil aplomo, sin alterarse lo más mínimo.

Justo es decir que todas aquellas abdicaciones del sexo no tenían ni fundamento, ni estudia-

da malicia, ni morbosa concupiscencia; debíanse principalmente á su carácter vehemente, hijo de la educación recibida y del temperamento movido por la tirana primera impresión; el mal que pudiera causar al prógimo ó á sí propia, carecía de intención dañosa, así como los beneficios y las simpatías que deramaba, eran regodeos de un espíritu en contínua fiesta.

Pero como todas estas suspicacias psicológicas no estaban al alcance de ciertas inteligencias del pueblo, como es fácil presumir, no faltaron madres de familia que calificaran de atrevida y desvergonzada la conducta de Germinal, y hombres que considerasen facil su conquista, caso de no estar ya ella impaciente porque la intentaran.

No obstante estas y otras malicias de unos pocos, la hija del *So* Dionisio se conquistó las simpatías de pobres y de ricos, de señoritos y de labradores, ya que tan pronto besuqueaba á cualquier mocosuelo del arrabal, como arreglaba una serenata en obsequio de alguna señorita cursi.

Loreto iba contra la corriente general; aquella mujer no le fué simpática; su manera de tratar á los hombres, semejante febril actividad para el bullicio, que contrastaba con la indiferencia y la calma para las labores y quehaceres del hogar, agradábale poco; ella, Loreto, que jamás se atrevió á levantar la vista hacia su

Purgatori, aún queriéndole con toda el alma; ella, que siempre se hizo de respetar por aquellos jóvenes sus paisanos, aún siendo muchos de ellos parientes; ella, que se ponía roja como cereza cada vez que le gastaban una broma, ¿cómo había de simpatizar con aquél genio macho de Germinal, tarambana ingerto en mujer, que por diferenciarse de todas, ni siquiera tenía mantilla que ponerse, por creer que dicha prenda constituía un signo de esclavitud social? Esto en cuanto á sus condiciones de carácter, que en el terreno de ideas y creencias..., con decir que estaba por bautizar, y que llevaba un nombre de novela prohibida, había de sobra para que una joven como Loreto la mirase con prevención.

El único entre tanta gente que no podía tener criterio fijo acerca de Germinal, era el hijo de *Matacañota*; unas veces la creía mujer de no común inteligencia, otras chiquilla educada sin freno ni respetos humanos; la defendía cuando la censuraban, y la censuraba cuando algún admirador hacía su panegírico.

Estas mal disimuladas dudas le llevaron al extremo de convertirse en constante observador de la muchacha, pero sin formar nunca en la fila de sus cortesanos. Casi puede asegurarse que Germinal no echó de menos aquella secreta semihostilidad; lo que sí pudo advertir fué lo impasible del carácter de Andrés y lo sóbrio de su con-

versación, pues á las bromas continuas que por semejantes defectos le gastaba la joven *cohete*, solía contestarle un— ¡qué quiere V., yo soy así! —frío como un fallo judicial.

Andrés, ni quería ni solía estar en ninguno de aquellos repetidos bailes organizados por Germinal; pero una noche que regresó á casa temprano, se halló en pleno sarao y no tuvo más remedio que tomar asiento entre los concurrentes. En cuanto la organizadora notó la presencia del prófugo insociable, como ella le llamaba, ligera como un gato, se dirigió hacia donde Andrés estaba sentado y le mandó que bailase con ella.

—Yo no sé bailar; no he bailado nunca.

—No se apure V. por eso, conmigo aprenderá.

—Es que...—replicó Andrés—no quiero aprender tampoco.

—¿Por qué motivo?

—Ya se lo diré con más calma.

—Lo comprendo: se lo ha prohibido la novia—exclamó socarronamente Germinal, arrastrando las palabras.

—Se equivoca, porque tampoco tengo novia.

—¡Diablo de hombre! pues ¿en qué pierde usted el tiempo?

—También se lo explicaré más adelante.

—Parece V. un libro con las hojas sin cortar, un folletín de periódico.

Y tras una sonora carcajada, se agarró á bailar con el primer joven que tenía cerca, con su ímpetu acostumbrado.

Aunque parezca mentira, sin embargo, aquel diálogo insignificante en apariencia, causó profunda mella en Andrés; nadie le había puesto en ridículo delante de tanta gente más que aquella peonza con faldas, que se rió de él cuanto quiso como de un trasto inútil, y esperaba que llegase la ocasión para desquitarse del descalabro sufrido. Y como el que la busca la encuentra, se le presentó una tarde que de regreso del campo le encontraron Loreto y Germinal que iban á paseo. Germinal mismo le dió motivo al saludarle, diciéndole:

—¿Cómo estamos, libro sin cortar?

—Con gana de que corte V. las hojas, y de que vaya enterándose, en primer término de que no bailo porque me parece poco serio para un hombre divertir á la gente dando saltitos como un mono, y en segundo lugar, se me antoja irracional hacer partícipe á la mujer querida de este calvario interminable que sufrimos los trabajadores del campo. Por eso no bailo, ni tengo novia.

—Pues yo he leído... y ya le diré dónde para que no se me asuste esa tortolilla—señalando á Loreto—que la alegría es un bien social, y que las pasiones son... un elemento de progreso; por

esta razón no encuentro tan ridículo que un hombre sepa bailar y que elija compañera, porque eso de esposa... me huele á presidio.

—¡Qué ideas tiene V., Germinal!—murmuró Loreto con tristeza.

Pero Germinal, como si no hubiese oido la frase de su amiga, sacó del bolsillo del delantal un papel y entregándoselo al *Matacañota*, le dijo:

—Mire qué carta he recibido esta mañana de uno de mis admiradores.—Decía así:

«*Fenómeno angélico: En sus ojos opíparos y mayúsculos hallo mi sino matrimonial de cónyuge; mi economía es suya sin la suya. Reconquísteme con un afirmativo mayestático, maná cerúleo de su infenitesimal rendido*

D. Vicente Margina Valle,
Condecorado.

P. D.

Soy galardoneado en múltiples exposiciones.

—¡Es el *Grande!*—Exclamó Andrés, acompañando con sus carcajadas las repetidas de Germinal.—Ese individuo es compañero inseparable del tío *Copla* y de *Solfa*. No me estrañaría que á estas horas le hubiese V. contestado ya.

—Efectivamente, la contestación ha sido inmediata.

—¿Puede saberse?

—¡Ah! es un secreto: que me robe pronto. Voy á dar una fiesta en honor de mi caballero

condecorado, de *Copla* y de *Solfa*; esa noche concertaremos la fuga, y para no hacer un mal papel en ella—por que supongo que me llevará cabalgando en su rocín,—ruego á V. que mañana en la *entrá* de los toros me lleve á grupa y esto me servirá de ensayo.

—Germinal, ¿ha perdido la razón?

—No tenga que olvidar que la alegría es un bien inestimable.

—Sí, como la locura es...

—Un elemento de progreso, amigo mío.

XV

Tres veces al año alteraban en aquel pueblo la generalidad de sus habitantes la hora clásica de su comida: la mañana de la fiesta principal, la tarde del sermón de las Siete Palabras y los días de toros. Y al hablar de las corridas de toros en los puebles agrícolas valencianos, es necesario hacer dos afirmaciones: que la afición á dicha fiesta es innata en el pueblo español, y que en el campo, debido quizá á la carencia de ese espectáculo, se toma con mayor entusiasmo y da lugar á que se desencadenen los groseros impulsos del humano instinto, sin que la reflexión y la prudencia les pongan límite.

Tal es la afición que en muchos pueblos de la ribera del Júcar tienen á los toros, que se arma-

ría un motín si los suprimiesen durante las fiestas; y sucede casi siempre, que cuando los clavarios de aquellas salen á la *oferta*, ó sea para ver lo que cada vecino promete ó da como ayuda para los festejos, en muchas casas, lo primero que preguntan es si hacen toros; si no los hay, no sueltan un céntimo. Y como por razones de economía no pueden concederse más que cuatro ó seis corridas, sucede á los labradores lo que cuando les recetan baños de mar, en poco tiempo toman dos novenas.

Así es, que un día de toros se compone de las siguientes partes: La *entrá*, ó entrada, que se celebra poco antes de medio día; la *proba*, que consiste en correr inmediatamente después de la entrada una vaquilla y un toro, para que el pueblo tome nota de la bravura de la *rabera* ó torada; la corrida propiamente dicha, que comienza de tres á cuatro de la tarde y concluye anochecido; la *desmarrá*, desentorilada de las reses para que salgan al campo donde pacen; y finalmente, de doce de la noche y á veces hasta la madrugada, se lidian en la propia plaza varias vaquillas, sin más luz que la de las estrellas y la del alcohol que llevan en sus estómagos los improvisados toreros. Todavía en algunas poblaciones, durante toda la noche y previo el cierre de las calles que dan al campo, suelen soltarse un par de novillos bravos, que bufan

como energúmenos al tostarles la piel á cohetazo limpio...

Como se vé, los labradores sacan todo el jugo posible al espectáculo, que no trocarían ni por el de la coronación del rey de Inglaterra.

Jinete en arrogante caballo alazán que piafaba impaciente, y llevando á Germinal á grupa, permanecía el hijo del tío *Matacañota* en el arrabal, aguardando la llegada de más parejas para salir á la huerta en busca de la torada; la gente del pueblo, con impaciencia y armada de gruesos garrotes, agolpábase á lo largo de las calles y á la entrada del pueblo, unos para darse el gusto de medir las costillas á los cornúpetos, muchos con el afán de ver qué caballos eran más corredores y qué jinetes más diestros.

Como Germinal era tan popular, pronto se hizo corro á su alrededor para encomiar se gentileza y valentía y recomendarle, sabe Dios que no lo necesitaba, serenidad en el momento del peligro; ella tenía sonrisas y saludos para todos, contestaciones para cada broma, frases oportunas de agradecimiento ante las lisonjas, sin que faltase tampoco un suspiro y una mirada de honda pasión para el *Grande*, que, arrimado á la pared con desgaire, la gorra torcida y la roseta de la condecoración en la solapa, dábase golpes en las piernas con un ténue junquillo, con aires de conquistador ahito y marrajo.

Poco á poco fueron llegando al arrabal los jinetes que habian de tomar parte en la *entrá*, solos y en pelo algunos, otros llevando á grupa mujeres con vistosos pañuelos de Manila, saludadas con ese clásico y chulesco «olé», tan propio de los españoles como sus aficiones tauròmacas.

El aguacil, por orden del señor alcalde, hizo que saliese la cabalgata, y allá se fueron en busca de las reses en pintoresco desórden, caracoleando unos rocines, tropezando y espántandose otros, y á buen trote bastantes de ellos.

Quedó en el arrabal la muchedumbre, aumentada cada momento, de tal manera, que no eran bastantes á impedir semejante confusión, ni la vara del alcalde, ni el vergajo del alguacil.

Mientras, se hacian comentarios acerca del valor de los caballos que se disputaban *les joyes*, del éxito probable de tal ó cual apuesta y de la destreza de los jinetes. Los labradores viejos recordaban sonrientes ante sus respectivos grupos tal ó cual hazaña propia ó de sus contemporáneos; cómo se mató el tío *Llantia* de una caída por habérsele roto al caballo en pleno galope la cincha; de qué manera tan milagrosa se libró de un descalabro cierto *Mingo el forner*. Y en un momento salieron á relucir en los diferentes corrillos, triunfos, apuestas, percances y homradas y alguno que otro picante accidente ocurrido á reales hembras, que, al caer del caba-

llo, demostraron muy á pesar suyo á los mozos presentes, que aún se quedaban cortos en sus cálculos...

—Ya no deben de tardar mucho—decía uno.

—Aún hay para un buen rato—replicaba el de más allá.

—¡Si se han quedado esta noche en el campo del *Pinet!*

—Lo más distante que están es en el molino viejo.

—¡Ya están ahí! ¡ya vienen! ¡ahí están!—exclamaron varios mozalvetes.

Y al escuchar tan grata noticia, la gente hizo primero un prudencial movimiento de retroceso, después de avance los más atrevidos, para tomar posiciones; los que estaban en segundo y tercer término, de puntillas y con los cuellos en tensión, escudriñaron las lejanías; los chiquillos se encaramaban sobre las rejas gozosos; las mujeres, dando gritos, huían recogiéndose las faldas; balcones y ventanas poblábanse de curiosos, y el alcalde y el alguacil, á puñetazo limpio, comenzaron á despejar la carrera.

Cierto, ya venían; primero, unas nubecillas de polvo que á intermitencias, como si disparasen armas de fuego, se levantaban del camino; después, tras aquellas nubes de polvo, dos bultos negros que se agrandaban cada instante, hasta distinguirse perfectamente un par de caballos

que corrían á galope tendido, ganando y perdiendo terreno, respectivamente, cada segundo. Cómo abortados por la niebla de polvo, aparecieron otros caballos, que casi bufando la tierra por su largo galopar, se unían á los primeros; después, se distinguieron otros y otros más, hasta parecer aquel desordenado avance de jinetes, que al propio tiempo que azotaban sin piedad á sus pobres bestias, pronunciaban, inclinados sobre sus crines, gritos espantosos, descompuestos orates, huyendo de la camisa de fuerza sobre caballos enloquecidos.

Al entrar los carreristas como flechas por el arrabal, la gente profería vítores y gritos de entusiasmo, pero sin moverse del sitio por temor á ser atropellados por los que llegaban; ya se percibían con bastante claridad los sonidos de los cencerros y las voces de los pastores, cuando advirtió la gente que se adelantaban también á todo correr dos jinetes, y la curiosidad fué aumentando al distinguirse que aquellos llevaban á grupa, respectivamente, á Germinal y á la Sultana, la primera acompañada de *Mataca-ñota* y la segunda por el hijo del alcalde.

La inesperada porfía surgió de una pequeñez: permanecian muy cerca de los toros una porción de jinetes, entre los que se hallaban los referidos, poco aficionados á las carreras y solo con el propósito de tomar parte en la entrada propia-

mente dicha, dándola un aspecto más vistoso; pero de repente, la jaca torda que montaba el acompañante de *Amparaos* avivó el trotecillo, siguiéndola por instinto el alazán. De esta manera, delante uno y á la zaga el otro, anduvieron algún trecho; la Venus ribereña, poco diestra en eso de los instintos de las cabalgaduras, tomó por reto lo que en realidad no era sino accidente natural, y asegurándose mejor en la grupa y sujetando á su caballero con más fuerza, le dijo que avivase el paso, pues la forastera queria pasarles; hízolo así el hijo del Alcalde, picó espuela y la jaca se alejó más.

Germinal, que todo lo convertía en regodeo, hasta las satisfacciones del amor propio, al ver que la precedente pareja se adelantaba como huyendo de la persecución, se afianzó cuanto pudo en el caballo, y agarrándose fuertemente á la cintura de Andrés, le dijo con su acostumbrado imperio:—Corramos, que aquellos nos desafían.

El prudente *Matacañota* resistió un punto la voluntad de Germinal, pero ésta, tirándole con rabia de la chaqueta, le dijo de nuevo que era preciso darles á los que iban delante una lección; entonces el trote ligero se convirtió en galope y la lucha quedó entablada.

Durante la veloz carrera, Germinal y Amparaos, con los ojos cerrados, pálidas, despeinadas

agarrándose con fuerza varonil á sus respectivos acompañantes, ya no se cuidaban del peligro, ni de lo que pudiera quedar al descubierto por el ímpetu de la velocidad; la cuestión era no caer del caballo y salir victoriosas en aquel tonto pugilato.

Varias veces estuvo indeciso el triunfo, pero aunque cerca del pueblo el alazán que montaba Andrés logró indiscutible ventaja sobre la jaca, no pudo llegar el primero á la plaza Mayor, límite de la carrera, por espantársele el bruto y despedir á Germinal, que tuvo la fortuna de caer de pié.

Así que entregaron al vencedor, y éste á su dama, la *joya*, consistente en un magnífico pañuelo de seda de vivos colores, se dirigió *Amparaos* en busca de Germinal, y después de preguntarle si se habia lastimado con la caída, le entregó el pañuelo, manifestándole, que, como legítimamente le pertenecía, se lo regalaba con mucho gusto. El público, poco ducho en distinguir la secreta hostilidad de algunas delicadezas, aplaudió el generoso rasgo de *Amparaos*, más porque se hacía en obsequio de una forastera tan simpática; pero ésta, disimulando el despecho y la contrariedad, no consintió de ninguna manera en aceptar el regalo.

Mientras se desarrollaba la referida escena, os jinetes rezagados, á todo correr entraban en

el pueblo; tras ellos venían los mansos, que con su veloz carrera hacían sonar estrepitosamente los oxidados cencerros; los pastores, de ceñudo gesto y largas aguijadas, para contener con su presencia cualquier desmán de los hombres y de las bestias, y finalmente, juntos por el miedo y seguidos á corta distancia por los mayorales, entraron los pacientes bueyes, sobre cuyos lomos cayó una tempestad de tremendos garrotazos que les propinaba la muchedumbre en pleno delirio tauromaco, gritando: ¡eh! ¡toro, toro, toro!...

XVI

Un día después al en que se desarrollaron los anteriores sucesos, al regresar Andrés de la huerta por la tarde, vió con asombro que Germinal estaba en casa leyendo, y como era también día de toros, y la joven no quería perder ninguno, le extrañó mucho semejante quietud.

—Gracias á Dios—le dijo—que me recibe usted una vez en casa sin haberse hundido el firmamento fuera de ella.

—Pues crea V., amigo mío, que sin esta maldita luxación del pie, quizá en aquel caso hubiese muerto aplastada en la plaza Mayor viendo los toros.

—De manera que la desgraciada caída del caballo...

—Me produjo este daño; yo nada dije, pero he pasado una noche de perros y al levantarme tuvimos que llamar al médico. Nada, cuestión de unos cuantos días de reposo.

—Yo tengo la culpa por no resistir á sus caprichos; aquello fué una barbaridad.

—Pues quien tal hace que tal pague, como diría la madre de su futuro cuñado *Purgatori*. Le condeno á que no se marche á los toros y haga penitencia conmigo.

—No me violento, Germinal, porque semejante diversión es contraria por completo á mis gustos.

—Estoy, pues, de enhorabuena esta tarde, porque voy á tener el alto honor de que platique usted conmigo un buen rato, que ya era tiempo.

Todos, menos la madre de Germinal, estaban en los toros; así es que había en la casa profunda quietud; tan solo llegaban allí ios cacareos de las aves del corral y los rumores de la muchedumbre reunida en la plaza, combinados con los redobles nerviosos del tabalet y los destemplados y chillones sonidos de la dulzaina.

Doña Rosa (infeliz del que no le antepusiese tal distintivo) hallábase á la puerta de la calle, repantigada en una mecedora, de plática con cierta vecina que hacía calceta; Germinal y Andrés, frente á frente, sentados en las sillas de *repós* del zaguán.

En nada se parecían físicamente madre é

hija; era la Doña Rosa baja y gruesa; delgada y buena moza la segunda; tenía la primera facciones ordinarias, pelo ralo, color terroso; Germinal era en cambio trigueña, con un cabello ensortijado que daba cierto aspecto artístico á su cabeza de correctos perfiles. Moralmente sí que se parecían; Germinal era la gota de agua, Doña Rosa la misma gota... vista á través de un potente microscopio; todo lo que la madre tenía de necio, vulgar, antipático, habíalo heredado también la hija, pero corregido notablemente por cierta cultura y educación social; así es, que sus defectos tenían apariencia de atractivos envidiables para el que no los ahondase con perspicaz mirada. La risa impertinente y la burla sangrienta de Doña Rosa, eran hermanas gemelas de la contínua espansión y de la mordacidad donosa y prudente de Germinal, así como la independencia de criterio de ésta y las satisfacciones de su propio valer eran reflejo de la soberbia y de la vanidad estúpida de la madre.

Cualquiera hubiese adivinado en aquella señora con falda de batista y blusa de seda con encajes, á la desgarbada tabernera de la calle de Cuarte, harta de ajo-aceite y de piropos de carreteros y chalanes; sin embargo, no había cabo de vara en ningún presidio que tratase á los humildes como á sus sirvientas ella, ni árbitro de la elegancia que censurase con más

acritud é insolencia las costumbres y las galas ajenas.

El *So* Dionisio, prendado de ella cuando, de simple oficial de albañil, almorzaba diariamente en el establecimiento de sus padres, los de Rosa, durante los dos años que duró cierta construcción de importancia, no pudo nunca dominar aquel despótico carácter, ni reducirle á la realidad; pues, por desgracia, la extabernera siempre quería superar el nivel de sus iguales y censurar con acerbas burlas á cuantos estaban en esferas superiores á la suya.

Se había visto muy mimada cuando el vino rendía pingües ganancias para todos, pero al llegar la época del desastre general, fueron bajando los mimos y las esplendideces, aunque no los humos, hasta que se vieron reducidos en su casa á trabajar mucho para comer poco y mal; fué entonces cuando cargó Dionisio con aquella mujer, incompatible con los hábitos de pobreza y de ahorro. Y lo que sucede, por más bríos y entereza que posea un hombre, si tiene la desgracia de elegir hembra dura de mollera pero con pretensiones de lista, orgullosa de sus pañales y desconocedora de la palabra ceder, prefiere ser débil por prudencia y educación á que se altere cada momento la paz del hogar.

Por este motivo, en el del contratista nadie imperó sino Doña Rosa; él trabajaba con el ansia

del desesperado, y como su inteligencia era clara, los mejores arquitectos hiciéronle su hombre de confianza, y para tenerle propicio cuando le necesitasen le daban construcciones de menor cuantía y pequeñas contratas.

Pero ni con esos recursos lograba Dionisio ver satisfechas las ambiciones de su insaciable mujer; cuanto más dinero le daba, más exigía, con seguridad que la señora del arquitecto no gastaba en trapos lo que la del humilde oficial.

Los contínuos despilfarros y las predicaciones de su mujer le obligaron en más de una ocasión á verificar ciertas raterías en los pedidos de maderas y demás materiales y á restar solidez á las construcciones á cambio del aumento en las ganancias, cosas que si repugnaban á su natural honradez, las hacia porque aquella soberbiosa mujer no tenía otro propósito que llegar al fin sín reparar en los medios. Además, tenía una hija, acostumbrada por su madre á la vida regalona y superficial de las señoritas cursis, y entre hacerla desgraciada ó vencer determinados escrúpulos de conciencia, no era dudosa la elección para un padre como él, inficionado ya, sin darse cuenta, por aquel ambiente deletéreo.

Hay otro detalle digno de tenerse en cuenta para completar el retrato moral de Doña Rosa: su heterodoxia... circunstancial, hija, como su propio marido se atrevió á decir en cierta oca-

sión, de la vanidad impotente y ridícula. Demostrábalo, el que antes de casarse pusiese por condición á Dionisio que había de verificarse la ceremonia canónicamente, y el que al tener la niña, fuese la que indicara la conveniencia de no bautizarla. Tremenda contradicción, que tan solo el ansia de una pompa efímera en el primer caso, y de cierta vana singularidad en el segundo, explicaban, pues hay que añadir, que cuando tuvo á Germinal, ya su marido había logrado cierta preponderancia entre la clase obrera, y lo que Doña Rosa quería era ser cabeza, así fuese de mosquito.

Al lado de esta mujer se educó Germinal, que si no sobrada de talento, tenía bastante más que su madre y convicciones menos opacas, más leales; por eso, al conocer todas aquellas ideas que expusieron en sus obras los fervientes propagandistas de las doctrinas redentoras del proletariado y los fustigadores implacables de la presente organización político-social, se propuso que su conducta futura no se apartase un punto de aquellos ideales, en su concepto grandiosos.

Así lo dejó comprender en su larga conversación con *Matacañota,* quien no esperaba que la hija fuese más allá en sus ideas que su propio padre, cosa que no debía extrañarle porque suelen ser las mujeres más exaltadas que los hombres en sus opiniones y sentimientos.

Decididamente Germinal no era como todas; á medida que conversaba con ella *Matacañota*, creía ser una momia salida del secular sepulcro para charlar con aquella joven, nacida trescientos años después; tal abismo había entre sus doctrinas. La tierra y sus productos, de todos; anulados Dios y la ley; el amor, sin trabas ni convencionalismos; el individuo para la humanidad, ésta, para el bien universal; lo de Blanqui, *ni Dios ni amo...* Así, poco más ó menos, pero con más sencillez, lo había dicho la joven; ¿estaba loca, era un portento de cordura, tenía un corazón muy grande, le tenía ruin y pequeño? Y á Andrés le aconteció lo que á todo el que, sin firmeza de convicciones, no acierta á contrarrestar con sus ideas el brillo de las agenas; vióse tan pequeño al lado de aquella mujer, como cuando desde la cima de un monte extendemos la mirada por la inmensidad del espacio: hasta los gorriones que lo cruzan prueban nuestra insignificancia.

Mientras duraron los días de toros y la indisposición de Germinal, se repitieron aquellas pláticas, que cada vez confundían más á *Matacañota*; terció en varias ocasiones el hijo de don Jacinto, para rebatir ciertas tendencias disolventes de Germinal, especialmente las que se referían al amor libre y á la negación de todo gobierno; con eso no estaba conforme; con el

amor libre, porque los favorecidos serían casi siempre los incapaces de sentirlo, y para éstos las trabas de la ley siempre serán pocas; en cuanto á la inutilidad de todo gobierno, Carlos lo consideraba posible cuando se haga uniforme el nivel intelectual y moral de la humanidad...

Loreto y su padre ya estaban cansados de sus huéspedes y de las fiestas que los llevaron, porque además del gasto que suponía dar de comer bien á tanta gente, discusiones, bailes, visiteos y bromas alteraban de contínuo la tranquilidad y sosiego de aquella casa, en la que se había suspendido la vida íntima, tan agradable para los que siempre vivieron en comunión constante de afectos, de intereses y de ideas. Loreto en particular, renegaba en silencio de sus *hostes*, porque desde que llegaron no podía dedicar á su novio sino tiempo muy escaso, pues no tenía para que le ayudase en los múltiples quehaceres domésticos sino á la *Copla*, no muy impuesta por cierto en detalles y delicadezas de servicio.

Por fortuna terminaron los toros, y ya el piadoso novenario en honor de la Patrona estaba en el cuarto día; de presumir era, pues, que los forasteros marchasen pronto á la ciudad.

El novenario en aquel pueblo tenía de interesante y típico, en particular para sus hijos, el tradicional sorteo de *medidas*: lujosas cintas de

moaré ó raso, de medio palmo de anchas, y de vistosos colores, con la imagen de la Virgen pintada en el centro, y bordados en oro á derecha é izquierda la advocación y el año de la fiesta. Dichas medidas, que lo eran de la escultura de la Patrona, llevábalas en la mano la veneranda imágen durante las fiestas y el novenario; cada día de éste sorteaban dos, una para hombres, para mujeres otra.

En trozos cuadrilongos de papel se escribía el nombre y dos apellidos, propios ó de cualquiera otra persona; plegábanse cuidadosamente los papelitos—llamados *albaráns* en el pueblo,—y previo el pago de cinco céntimos cada uno, se depositaban en dos grandes cajas de cartón, una para cada sexo. Pueden inscribirse presentes y ausentes, vecinos y forasteros, vivos y difuntos; difícilmente se hallará en el pueblo persona que no tenga por lo menos un *albará* en la caja; los creyentes por su fé, los tibios por seguir la tradición, y se encargan de hacerlo por los despreocupados, amigos y parientes cariñosos.

El número de *albaráns* suele estar en razón directa del afecto que se profesa á la persona inscrita, y esta regla síguenla principalmente los enamorados por tradicional costumbre. Así es que como van acumulándose papelitos en las cajas durante nueve días, resulta muy difícil que entre tantos miles salga precisamente el nombre ape-

tecido, suerte que se reputa como inapreciable dón para los hijos del pueblo, porque ven con ella un favor especialísimo de la venerada Patrona.

No se marcha ningún recluta sin que su madre le ponga al pecho la milagrosa *mida*, que muchas veces ha sido devuelta tinta en sangre del campo de batalla; entre las ropas de las puérperas, sujeta á los pañales de los recién nacidos, confundida entre las flamantes galas de la desposada y formando parte de las adoradas prendas de amor, hállase la inestimable cinta, joya de la casa, que simboliza, no sólo la fé, sino el santo recuerdo de lo pasado, pues suele ir casi siempre unida á grandes alegrías ó á perdurables penas, junto á la cuna de un nuevo ser ó entre las manos crispadas de un moribundo querido.

Por todo lo dicho no se extrañará que desde el primer día de novenario, *Purgatori* tomase tan á pecho inscribir muchas veces á su Loreto con la idea de que aquel año, el primero de su noviazgo, le saliese la *mida*. Llevaba gastados la mayor parte de sus ahorrillos, y todas las tardes, al llegar de la huerta, sentábase pacientemente en su cuarto para escribir con torpeza y tosquedad el nombre y dos apellidos de su novia. Pero semejante afán llegó á convertirse en pesadilla cuando supo que Carlos llevaba tam-

bién aquel propósito, ya que según le dijeron los clavarios que cobraban los *albaráns* junto al cancel de la iglesia, el hijo del señor Jacinto metía todas las noches en la caja de mujeres cientos de papelitos doblados.

Purgatori no podía concebir que en el caso más que probable de que fuese el nombre de su novia el escrito en los *albaráns* de Carlos, le usurpasen aquel sagrado derecho; así es que estaba receloso, y cada vez que le veía depositar su dinero en las bandejas y vaciar sus bolsillos en la caja de cartón, arrojando en ella una verdadera lluvia de papeles, le cogía tal rabieta, que ya no estaba con devoción durante el ejercicio del novenario.

Fué la última noche. Cantados los gozos, se hizo, como de costumbre, un silencio sepulcral; había llegado el momento solemne; subió el sacerdote pausadamente al púlpito, encendió un cirio, cuya luz, al quebrarse en los cristales de las antiparras, pareció incendiarle la mirada; le llevaron los clavarios las cajas para el sorteo, agitó la primera varias veces de derecha á izquierda, de arriba abajo, hizo sacar al *festero* más próximo un *albará* de entre los miles que contenía la caja, y mientras lo desdoblaba para leerlo, la iglesia parecía un inmenso sepulcro abandonado. Dicho el nombre del varón favorecido por la suerte, volvió á renacer el mismo

sepulcral silencio, y previos iguales requisitos, se procedió á sortear la *mida* para mujeres; la favorecida esta vez fué la propia hija del tío *Matacañola*.

—*Ave María purísima*—gritó aquella con la voz velada por la emoción, y de un salto corrió á recoger la bendita cinta, deseada tantas veces. Pero antes de llegar á la mesa de los festeros, Carlos le salió al encuentro con la cinta en la mano, diciéndole galantemente: Loreto, que sea enhorabuena.

Y rodeada por curiosas mujeres que manoseaban la *mida*, salió de la iglesia camino de su casa; pero con tal rapidez circulan la noticias en los pueblos, que antes de llegar ya lo sabían todos y estaban aguardándola en la puerta las comadres del vecindario para sobar de nuevo la preciada cinta, dándole plácemes á su dueña.

Purgatori, apenas el señor cura pronunció el nombre de Loreto, fué á recoger el *albará* favorecido, con la intención de saber con certeza si estaba escrito con su letra; desgraciadamente para él, con otros caractéres de más seguro trazo habían escrito el nombre y los dos apellidos de su novia.

Con semejante prueba en el bolsillo, celoso y triste por la misma pobreza de espíritu, fué á la hora de costumbre á pelar la pava, y aquella noche *Purgatori* sufrió la primera contrariedad

en el ciclo de sus amores, porque Loreto, con discreción suma, se negó á devolver á Carlos la *mida*, evitándole con ello un serio disgusto.

No estaba dispuesta á deshacer una obra de la Virgen; si él, *Purgatori*, quería guardar la cinta, con mil amores; pero echársela en las narices al pobre Carlos, nunca; ella no devolvía ingratitudes por delicadezas.

XVII

Precisamente aquella noche en que no andaba muy limpia de nubes la dicha de los novios, había un espantoso jaleo en casa los *Matacaño-tas;* se marchaban los forasteros al día siguiente, y Germinal organizó un magnífico baile en honor de sus amigos *el Grande*, *Copla y Solfa*, la trinidad más original y lucida de aquel pueblo y quizá de todos los de la Ribera.

¿Quién aventajaba en el canto y en el *versar* al tío *Copla*, en dirigir mejor una charanga y en el manejo del cornetín al *Solfa,* en talentos y bellezas al terne *Grande* y en beber aguardiente á cada uno de ellos?

Por tal motivo la señorita Germinal dió muestras de buen gusto distinguiéndoles con su admiración y cariño, cosa que no hacía con los chavales presumidos y burlones del pueblo.

Ya eran viejos los tres; á ninguno le queda-

ban dientes; sólo el Grande los tenía, pero postizos; por semejante circunstancia y por darse mejor vida, parecía más joven que sus compañeros.

Copla y *Solfa* eran de mediana estatura; sus caras flácidas, rugosas, sucias, semejaban esos globos de gas que venden los feriantes, pero después de haber servido varios días de juguete á los niños; tenían además los ojos irritados constantemente, llorosos, con la córnea gelatinosa, surcada por estrías sanguinolentas; el *Copla* un dedo gafo, y á *Solfa* le temblaba la mandíbula inferior á menudo. La desventura les había unido, y la indolencia creciente, ayudada por el alcohol, estrechó más sus afectos, después de recabar con la escasa inteligencia que en el reparto general les había tocado en suerte.

Copla llevaba en la médula desde joven su afición á la guitarra y al jaleo, pero la desgraciada muerte de su hijo, y con ella la de la natural emulación, acabó por hacerle siervo de la pereza, rendido adorador de la guitarra y del baile.

¡La guitarra! compañera inseparable de su vida, su confidente, el paño bendito de sus lágrimas, el eco dulzón de sus alegrías, querido ser distinto de los demás, á quien dirigía la primera salutación de la mañana y la última mirada del día. Dejar la guitarra en manos de otro, im-

posible; hubiera sufrido lo que una madre al ver á su pequeñuelo en brazos de un oso, lo que un amante al quedar en poder de un libertino el objeto de sus amores.

Al parecer, las penas habían muerto para el tío *Copla*; siempre se le veía risueño, jacarandoso; cuando tropezaba por la calle con alguna mujer, así fuese más fea que el *Espoleta* de la Tosca y más vieja que la pirámide de Cheops, la saludaba con un ¡*adios, jarmil devino*!, terminando el piropo casi siempre con una pirueta en redondo, quedándose en actitud de bailarín, brazos en alto, de puntillas, con las piernas cruzadas. Para las bromas era infatigable; lo mismo le daba pasar la noche en vela, que ir en busca de jolgorio tres jornadas de mal camino; podían disponer de él constantemente, en verano y en invierno, de día y de noche, durante las horas de comida ó de reposo, y cuando no tenía dónde ir, cogía la guitarra y se jaleaba él solo.

No era tan pródigo en sus habilidades *Solfa*; este melomano, que en su juventud dirigió varias veces la charanga del pueblo, en ausencias del director, creyóse una eminencia malograda y no comprendida, y sólo en solemnes ocasiones daba señales de su talento organizando murgas y orfeones con músicos viejos de su época. También el pobre *Solfa*, como sus compañeros, tenía motivos para limitar sus ilusiones al vaso de aguar-

diente y al regodeo contínuo, pues su mujer, después de acabar con la pequeña fortuna de ambos, se marchó por el mundo en busca de otra más sólida que roer. Desde entonces, la música sustituyó á la mala pécora fugada, y alegre ó sereno, su conversación se redujo á las cosas referentes al divino arte; ¡si él, Solfa, hubiese querido explotar su admirable voz de tenor! ¡si consentido en dar conciertos de cornetín! Ya no habia ni cantantes, ni músicos, ni compositores; ¿dónde estaban aquellos obligados de cornetin que duraban media hora? ¿Dónde aquellos gorgoritos y filigranas que hacian de la garganta un flautín? En cuanto á tenores, una vez le habia llevado el director de la banda al teatro Principal de Valencia para oir al gran Gayarre, y salió de allí diciendo que el célebre cantante poseía escasa voz, que cantaba *masa piano*. Tenía en tal estima su reputación de buen músico, que hubiera sido capaz de matarse al fallarle la voz entonando el *Credo* de la misa de Mercadante, ó la nota del cornetin al ejecutar un ária de ópera.

Para que hubiese de todo en aquella célebre trinidad ribereña, el flaco del *Grande* consistia en creerse merecedor de todos los honores imaginables por sus relevantes méritos y en considerarse irresistible para conquistar mujeres. Probaba lo primero exhibiendo una série de diplomas, condecoraciones y medallas adquiridas, se-

gún él en certamenes y exposiciones, otorgadas por la iniciativa de los altos poderes del Estado. En cierta ocasión, el propio rey D. Alfonso XII le regaló diez y seis duros y un premio, correspondiendo al obsequio que el *Grande* le hizo de un artístico canastillo de flores y frutas artificiales que confeccionó, empleando para ello un procedimiento especial.

Además, era inventor de un recurso para escribir mejor que el mismísimo Cervantes: en varios cuadernos apuntaba cuantas palabras nuevas, sonoras y raras recojía en periódicos, libros y conversaciones particulares, y cuando tenía que redactar memoriales ó cartas amorosas, elegía las que le cuadraban, y barajándolas según su entender, daba fin á su cometido. Por curiosidad, hé aquí un trozo de la solicitud que dirigió al monarca pidiendo la gran cruz de Carlos III «... *fúlgido, coruscante bólido flota mayestático en mis cerúleas cóncavas cerebrales; mi péñola didáctica estereotipa enfitéuticas sublimidades; forjo flora y fauna con específica manufactura, hónrese en inhibirme despóticamente en la pujante orden del cesáreo augusto tercio, digno protoplasmático antecesor de V. M.*»

Chuscos que nunca faltan, apercibidos de semejantes chifladuras, le remitían por el correo reales órdenes condecorándole y medallas de bronce y niquel, procedentes de esa isla de los

naufragios que se llama Rastro de San Juan, medallas que, con un lazo de á cuarta, lucía en las grandes solemnidades ó cuando declaraba su amor á cualquier mujer.

¿Cómo no habían de volverse locas de remate por él cuantas se percataban de sus prendas y de su gentileza? ¡Ah! más de una pudría tierra, pero él no podía remediarlo; dudaba de todas por creer que el interés las movía las más de las veces. Así es que, aún con deseos de contraer matrimonio, no se decidía nunca, y si alguna vez lo intentó, la envidia desbarataba sus anhelos.

A pesar de tan notorias chifladuras, la gente lo tenía por un redomado tuno, por creer que su perpétuo celibato y sus genialidades tenían por fundamento un insaciable egoismo.

No daba un céntimo á nadie, vivía completamente sólo, y en su original habitación, que más parecía celda monjil por las múltiples nimiedades que la llenaban, raras veces entraba gente.

Como poseía dos ó tres campitos además de la casa que habitaba, y con el objeto de que le saliesen por una friolera los jornales, encargaba las tareas agrícolas y domésticas á niños de corta edad y pobres aspiraciones, sordidez que le hubiese costado cara si por fortuna tuviese aplicación en los pueblos agrícolas la ley que reglamenta el trabajo de niños y mujeres...

Por las anteriores circunstancias, el *Grande*

no resultaba tan simpático para sus convecinos como *Copla* y *Solfa*, y si como aquellos, sentía desprecio hacia determinados convencionalismos y devoción al contínuo vagar, era porque también amargaba su existencia una grave pena: le acusaban, y él perjuraba que sin fundamento, de haber intentado, allá en sus mocedades, arrancar del coro de los ángeles á una débil niña... la *Sultana*...

Los breves apuntes anteriores acerca de la fisonomía moral y física de los tres individuos, explicarán el retozón agrado con que fueron recibidos por *Germinal* y sus amigos en casa los *Matacañotas*.

El marido de *Chertrudis*, en el dintel de la puerta, ya entonó con su voz chillona esta copla de su invención:

Al entrar dentro de casa,
voy á dar las buenas noches,
primero, al amo y al ama,
y al instante á los señores
con mucho salero y gracia. (1)

Y después de varias, no menos expresivas que esta, saludando á los amos de casa, á los forasteros y á los concurrentes, dió principio la velada con unas cuantas vueltas de baile.

Germinal, acompañando la petición de tier-

(1) Original de un *versador* de la Ribera del Júcar.

nos suspiros y miradas incendiarias, rogó al *Grande* que la sacase á bailar, y durante la pérfida mazurka, se concertó entre ambos la fuga para las once de aquella misma noche. Sin que nadie lo advirtiese, procuraría el raptante salir de la casa, y á las once se situaría junto á la *portella* que daba al campo, caballero en un rocín; entonces ella, Germinal, saldría con sigilo á su encuentro, convenientemente tapada, y juntos marcharían á la posada del vecino pueblo hasta que el señor Dionisio legalizase la unión con su paternal consentimiento.

—Sólo veo un inconveniente para la fuga—replicó el *Grande* con desaliento;—no puedo disponer sino de un asno viejo de torpe andar.

—No importa; llevando á grupa dos enamorados, avivará el trote.

Como de costumbre, el alma de aquella reunión fué el tío *Copla*, que después de dedicar varias á cada uno de los concurrentes, cantó añejos trovos, amorosas letrillas, recitó el célebre *coloqui* del *So Nelo el Tripero* y el de la dama y el estudiante é hizo que varias parejas bailasen:

El bolero está malo,
qué le daremos,
una taza de caldo
y un par de huevos...

con sus cuatro complicadas variaciones, todo

remojado con sendos tragos de aguardiente, tan repetidos, que cuando sus vapores le cosquilleaban ya el cerebro, se empeñó en que todo el mundo cantase al unísono la Pasión de Jesús.

Lucidas, por los que las tenían, sus habilidades, Germinal formalizó el baile generalizándolo, y á él se dedicaron con entusiasmo tal parejas de jóvenes y aún de viejos, que nadie notó la desaparición súbita de *Solfa* y del *Grande.*

Sonaron las once; cuando mayor era el bullicio entre los concurrentes, una mujer, que ocultaba el rostro con la toquilla, cruzó con cautela el corral y la almazara, llegó á la *portella,* abrió con sigilo, después de cerciorarse de que aguardaba el *Grande* montado en su burro, salió al campo lanzando tiernos suspiros, acomodóse como supo á grupa del cuadrúpedo, enlazó suavemente el talle del caballero y se pusieron en marcha.

En aquel mismo instante, de tras de unos frondosos naranjos vecinos, rompieron el augusto silencio de la noche los primeros acordes de una estrepitosa marcha. Cinco individuos, capitaneados al parecer por *Solfa,* salieron de su escondite, y, sin dejar de soplar un instante, colocáronse á corta distancia de los fugitivos. Por cierto que el burro, poco acostumbrado á semejante trompeteo, lanzó un rebuzno y comenzó á trotar como en sus juveniles años, de tal modo, que los músicos apenas le podían seguir.

En tanto, el *Grande,* mientras hacía esfuerzos colosales para no medir el suelo, vestido de pontifical, no cesaba de arrojar sobre aquellos murguistas el repertorio entero de insultos, palabras gruesas y terribles amenazas con aditamento de algunos improvisados apóstrofes, capaces de hacer retroceder á los ejércitos de Jerjes. Los músicos cesaban, sí, un momento, pero era para gritar: ¡viva la señorita Germinal! y continuar soplando inmediatamente con más furia; tan cerca del rabo hubo de ir el soplo de un cornetín, que el asno, juzgando quizá peligroso aquel cosquilleo, levantó varias veces las patas en señal de protesta, tirando en una de de aquellas sacudidas á los tórtolos, que cayeron de manera vulgar y poco decorosa.

Los gritos, la música y el salvaje ladrido de todos los perros del contorno, intrigaron á los que no estaban en el secreto de aquella broma, y, soltándose las parejas de bailadores, corrieron todos apresuradamente hacia la *portella* con la natural curiosidad.

Frustrada la fuga, y viéndose perdido el *Grande,* recurrió, como todos los cobardes, á la salvadora humillación, y aprovechando aquellos minutos de general estupor, dejó á su maltrecha dama con las mujeres que habían ido á socorrerla y penetró en casa *Matacañota* preguntando por los padres de Germinal. Estos, que se halla-

ban en la cocina rodeados de gente, al ver entrar al *Grande* en aquel lastimoso estado y con el pecho tan lleno de medallas que parecía una vitrina de numismático, se rieron muy á gusto; pero cuando el caballero condecorado se arrojó á sus pies diciéndoles que el amor había sido la causa de su loca fuga, que perdonasen á la pobre Germinal, cuya mano tenía el honor de pedirles, pensaron que todo aquello sería una nueva travesura de su hija, cesaron de reir y siguieron la comedia.

El *So* Dionisio increpó al tenorio con dureza, y doña Rosa, sintiéndose la tabernera de la calle de Cuarte, levantando los puños airada y descompuesta, comenzó á pedir á grandes voces que le trajesen á su hija pronto y que se marchase de su presencia más pronto aún aquel indecente...

—Voy á traerla, pero juro sobre los Santos Evangelios que la devolveré *incólume* y *nivea*.

No anduvo el azorado *pollo* veinte pasos para buscarla, cuando vió que traían á la fugitiva medio desmayada; la cogió cariñosamente de la mano, juntos se dirigieron hasta donde se encontraban el *So* Dionisio y su mujer, y se arrodillaron ante ellos solicitando perdón y olvido. Pero la doña Rosa, con ademanes descompuestos, apartó la toquilla del rostro de la descarriada tórtola, mientras la llamaba sinvergüen-

za y otras lindezas por el estilo, apareciendo entonces ante los atónitos concurrentes, la cara larguirucha y flaca... de la tía *Chertrudis*.

Carcajadas estrepitosas celebraron la tremenda decepción del tenorio ribereño, pero la carcajada más sostenida y sonora fué la que soltó Germinal saliendo de su escondite. La nota cómica subió de punto cuando el tío *Copla*, con la indignación que la embriaguez hace trágica, comenzó á golpear con furia al *Grande* y después á *Chertrudis*, llamándoles canallas, morrales, adúlteros.

Cuando con más rabia denostaba el *Copla* á su mujer y al falso amigo, se advirtió gran estrépito en uno de los rincones de la cocina; huyeron todos de aquel lugar, y el pobre marido burlado pudo ver con espantados ojos que la guitarra se movía, como si todos los demonios del infierno estuviesen dentro de la caja bailando un *galop*. Siniestros resplandores y un torbellino de chispas salían de su interior, como si aquello, en lugar de guitarra fuese la cima del Mont-pelée.

—¡*Mare de Deu!*—exclamaba el tío *Copla* arañándose la cara, y al arrojarse sobre su querido instrumento para ver de sofocar el fuego, dos ó tres secos estampidos se lo descoyuntaron de manera, que el último y el más bravo de los cohetes aún pudo salir furioso por las brechas en

busca del osado que se permitió aprisionarle en la sonora caja.

Las mujeres se subieron á las sillas sujetándose las faldas entre las piernas; los hombres aplaudían alborozados tal fin de velada; Germinal apretábase los costados para no reventar de risa, y el tío *Copla*, enmedio del zaguán, pateaba con rabia como un niño, y llorando gritaba furioso dirigiéndose á los concurrentes:

—¡Asesinos! ¡Asesinos!

XVIII

Con la relatada travesura de Germinal terminó la ya larga permanencia de los forasteros en casa los *Matacañotas*, y al día siguiente, acompañados de numerosos amigos, á escepción, por supuesto, del *Grande* y *Copla*, justamente indignados por la tremenda burla, llevándose clásicas *coques*, un par de sandías enormes, cestas de moscatel y de higos *napolitanos*, envoltorios con pasteles de boniato y buñuelos de calabaza, y una caja repleta de *roses*, marcharon á la estación para esperar el tren de las seis de la tarde, que había de conducirles á la ciudad.

La despedida fué muy cordial; antes de partir llamó Dionisio á su amigo Andrés, repitiéndole que se decidiese pronto á dejar aquellos

lugares, donde no se disfrutaba de más libertad que la del sufrimiento; allá en la capital gozaría de más independencia, sin contar con un perfeccionamiento intelectual, rápido y seguro.

Silbó la locomotora, se puso el convoy en marcha, y hasta que se perdió en las lejanías estuvo Andrés plantado enmedio del andén, siguiendo con ojos de hipnótico el blanco pañuelo que Germinal, con peligro de caerse, agitaba, sacando para ello cuerpo y brazos de la plataforma del vagón.

Purgatori fué el que con más alegría celebró la marcha de los forasteros, sobre todo por perder de vista al abogadillo que se permitió comprarle *albaráns* á Loreto y que la distinguía más de lo regular con alabanzas y finezas; no era celoso, pero mejor estaban solos sin la tirana obligación de poner buen talante á los que les robaban muchas horas de grata conversación.

En la casa renació la deseada tranquilidad y con ella ya pudieron dedicarse Andrés y su padre, no solo á las ordinarias tareas, sino á poner en claro para el porvenir su enmarañada situación económica.

El año había sido bueno en general, solo las malditas viñas y los olivos no agradecían el trabajo; la cosecha del trigo fué copiosa, por más que el precio no era muy renumerador; guardaban en las andanas el arroz *bomba*, única

clase que sembraron; el *cacahuet*, á juzgar por lo frondoso, quizá rindiese buen producto.

Sentados los anteriores antecedentes, llegó la hora de hacer números y el tío *Matacañola*, con el mugriento cuaderno en la mano, dictábale á su hijo el cargo y la data, llegando como consecuencia de semejantes cálculos á convencerse de que después de pagar contribuciones y arbitrios municipales, abonos, arriendos, composición y adquisición de aperos, plazo de la compra del nuevo y del viejo caballo, intereses de cierto préstamo, seguros para el pedrisco y diversas atenciones, habian sacado para comer pobremente y un jornal mezquino, trabajando muchas horas diarias...

Esto era doloroso, y cada año les subian más los arriendos, sin tener en cuenta que las tierras, con aquél continuo producir, necesitaban mayor cantidad de abono, el cual encarecia sin mejorar los resultados. Si Dios no lo remediaba, vendría época en que el labrador de esta feraz huerta ribereña trabajaría en peores condiciones que aquellos pobrecillos hermanos de las riberas del Guadalquivir.

A tan amargas reflexiones de Andrés, se añadió una pena real, positiva, no por esperada menos terrible. La cartita del amo notificándole que antes del primero de Noviembre próximo dejase al tio *Chavet* libre y expedito el campo que aquel

cultivaba, conocido desde inmemorial por la *Viñeta*.

¡Qué desgracia! al bisabuelo de Andrés se lo arrendó el primitivo dueño cuando todavía era un viejo algarroberal; dicho arrendatario arrancó los seculares algarrobos, y á fuerza de sudores extrajo del campo muchas toneladas de piedra, dejando la tierra limpia y jugosa; la plantó de viña, y después de mucho tiempo los descendientes de aquel laborioso labriego, notando que la finca tenía fácil riego, la convirtieron en huerta feraz, dándole un valor nunca soñado por el primitivo dueño; ¡qué suma tan enorme de trabajo acumulado en aquellas seis hanegadas! Gota á gota cayó allí por espacio de muchos años el sudor de varias generaciones de *Matacañotas*, y ahora tan sagrada reliquia pasaría muy pronto á manos extrañas por negarse un pobre labrador á sacrificar su conciencia y su albedrío en aras de un sujeto á quien el dueño ni siquiera conocia.

—Loreto, *mos han llevat la Viñeta*—decía el tío Pepe, llorando como una criatura.

¡No había de llorar, si la *Viñeta* era un algo muy íntimo que evocaba el santo recuerdo de aquellos queridos séres que tantas veces acariciaron con el arado la dócil superficie de aquella tierra parda! Con seguridad que á la familia de los *Matacañotas* les huiría el sueño ante la fatal noticia, como si hubiesen visto salir para siem-

pre de la casa en hombros de los amigos el cadáver de una persona querida.

La pérdida del campo acabó de decidir al hijo del tío Pepe: le cumpliría la palabra de honor á Dionisio, se marcharía para siempre quizá de aquel pueblo de cautivos, que viven haciendo zalemas á la tierra su señora, sin que les redima de esclavitud semejante más que la muerte. Sí, buscaría el poderoso talismán que consigue para los obreros de la industria tan envidiables perfeccionamientos, iría por un alma nueva, rica en energías, que sustituyese á la suya, tímida, caduca, rutinaria.

Pero aquella determinación súbita, ¿tenía por exclusivo fundamento ansias de transformación íntima? ¿Movían su voluntad hacia la torre del Miguelete propósitos firmes de llevar al labrador nuevas orientaciones sociales? Aún sin darse cuenta de ello, empujábale también camino de la ciudad un fin menos elevado si se quiere, pero más perentorio dada la natural flaqueza de la humanidad: estar cerca de Germinal.

Sí, la discípula de Kropotkine, que llevaba en sus ojos un fuego destructor y en sus labios seducciones que dejaban atrás las de la redentora idea, se había metido muy hondo en el alma de *Matacañota*, tanto, que en cuanto ella se marchó parecía faltarle al joven base de sustentación, se le antojaba flotar en el vacío, la soledad se le

hizo insoportable, faltábale aquel contínuo asombro producido por la visión de horizontes jamás soñados que resurgían á cada pensamiento, á cada frase de Germinal.

Y como es propio de todo ser humano razonar las debilidades, poniéndolas por escudo altos móviles, llegó á creer Andrés que su firme resolución de abandonar el pueblo se debía única y exclusivamente á su innata sed de perfección y de justicia... Ya lo dijo Rochefoucault: «Las virtudes se pierden en el interés, como los rios en el mar.»

Decidido á poner en práctica su propósito, le faltaba salvar algunos inconvenientes; el principal era poner en condiciones á su padre para que no pudiese echarle de menos en las penosas tareas de producción; pero este inconveniente se salvaba colocando á *Purgatori* en lugar suyo hasta que se casara con Loreto. El otro inconveniente casi desbarató sus planes; ¿cómo dedicarse al oficio de albañil, si jamás había cogido una paleta? Para contrarrestar semejante obstáculo, solo contaba con su decidida voluntad y con las lecciones é interés del *So* Dionisio.

Resueltas cuantas dificultades se le presentaron, reunió á su padre, á Loreto y á *Purgatori* y les puso al corriente de su determinación y de los medios para que la partida no tuviese fatales consecuencias económicas para los suyos; allí estaba *Purgatori*, muchacho de bríos, formal y tra-

bajador como pocos, que haría sus veces hasta que por ingresar en la familia mirase como propios los intereses.

Además, al padre no le pesaba tanto la edad que no pudiese trabajar con moderación, y en cuanto á la eficacia de la ayuda de *Purgatori*, volvía á repetir que pocos le aventajaban en el pueblo á saber aplicar una labor á tiempo y á verificarla con más precisión y tacto.

Callaba el tío Pepe, fija la vista en el suelo y moviendo nerviosamente las piernas; á Loreto se le humedecían los ojos, y el bueno de *Chimet* no sabía dónde dirigir sus miradas de puro avergonzado.

Por fin, *Matacañota* contestó á su hijo: Conforme; la vida del labrador era muy perra, los hombres de Madrid no les hacían caso, como si no existiesen; pero ¿en la capital ataban los perros con longanizas? Siervos eran unos, siervos otros, todos vivían en prisión, ¿qué más importaba estar en el calabozo de la casa de la *vila* que en las lujosas prisiones de Valencia? El le había oido contar al médico que en algunos manicomios, para que no adviertan los locos la triste realidad del encierro, les hacen ver el horizonte libre por todas partes; pero si algún enfermo se aleja más de lo justo, tropieza de pronto con un alto muro; la diferencia, pues, que existe entre los obreros del campo y los de la ciudad consiste en que

aquellos no ven el muro que los circuye y los labradores se dan de coscorrones contra él cada momento. No le impedía que se marchase; la intención era buena, no como la de algunos que se van del pueblo y quieren dejarse bigote por no hacer cortesías á la tierra cogidos al azadón; pero tenía que advertirle que el saber mucho no le proporcionaría sino un convencimiento más triste de la miserable situación de los trabajadores; dichoso el que considera la sardina y la cebolla como el ideal de la golosina; ¡ay del que sabe que existen en Valencia confiterías como la de Burriel, ultramarinos como el de Amores y pastelerías tan surtidas como la llamada de la Pelota, no comiendo sino sardina y pan moreno, cuando le tiene!

Rebatió Andrés como supo el anterior razonamiento, que calificó de inocente, y dijo á todos una vez más que nadie le haría variar de propósito. En su vista, Loreto con profunda pena le arregló el equipaje, y puestas sus cosas en orden, una mañana, cuando los labradores se dirigían al campo á conquistar el pan, Andrés partió para Valencia, con angustia en el corazón, en busca de lo desconocido.

Instintivamente se miró las muñecas por si todavía llevaba impresos en ellas los grilletes que tanto tiempo las aprisionaran...

Pronto se supo en el pueblo la marcha de An-

drés. Como Loreto y el tío Pepe no tenían por qué ocultarla, satisfacieron la curiosidad de todos. Por cierto que la inesperada noticia cayó como una bomba; no concebian en aquel pueblo la emigración de los buenos trabajadores; la verdadera causa de la partida pocos la supieron; solo *Amparaos* fué la que asoció al viaje de Andrés un nombre de mujer: el de Germinal, y se consideró vencida.

Los únicos favorecidos con la marcha del hijo del tio Pepe fueron los novios, pues gracias á ella se veían constantemente y se les acortó la fecha del casamiento, señalado para la primera quincena del mes de Enero. ¡Poco trajín se le venía de pronto á la joven!, nada menos que arreglarse su dote y el de *Chimet,* porque el pobrecillo no tenía quién le cosiese una camisa. Si el trabajo que representa la confección de las ropas para la boda, no lo aligerase el inesplicable goce de la proximidad de la dicha, fatigaría de tal manera, que pocas mujeres podrían resistirlo. Pero todas aquellas prendas han de entibiarse con el calor que la fiebrecilla de la pasión irradie, y parece que al confeccionarlas se anticipen al espíritu los amorosos transportes que han de agitar más adelante á los sentidos. Cada punto que se da parece que sirva para sujetar la felicidad voluble y tornadiza; ¡cómo ha de sentirse el trabajo que se emplea para que aquella no se malogre!

Loreto comenzó por elegir en los puestos de los *llenseros* trashumantes, obligándose á pagar el género mediante el abono de una peseta semanal, piezas de algodón y de tejidos mallorquines, franelas y cuanto necesitaba para confeccionar las diferentes prendas interiores; los géneros finos, tales como bordados, entredoses, telas de hilo, pañuelos de seda, etc., comprábalo á la francesa que cada quince días se dejaba ver por el pueblo, cargada con enormes cajas de madera de pino.

Después conmenzó la tarea con febril actividad. Se puso á bordar sobre inmensos bastidores el juego de cama bueno, sus iniciales orladas de gruesos tulipanes, puntiagudas hojas, margaritas caladas y alguno que otro pajarraco de alas agudas como navajas, todo en artística combinación,

Cuando los hombres se marchaban al campo, tres ó cuatro amigas íntimas de Loreto, capitaneadas por la *Rocheta*, que tenía fama de hábil cortadora, iban á casa *Matacañola* y en el corral establecian el taller; cada una se encargaba de una labor: pespunteaban las recias camisas de trabajo de Chimet y las más finas de Loreto, cosian calzoncillos mallorquines, chambras, enaguas, hacian media las comadres más viejas, presididas por la tia Ramona; bordábanse en las servilletas y manteles peras rojas y blancas, vasos

y botellas azules, cerezas amarillas y chinos de color de chocolate, todo con las cifras de Loreto. Algunas niñas confeccionaban los saquitos para llevarse los hombres la comida y el almuerzo al campo, y hasta la tía *Chertudris* recordaba sus antiguas habilidades encargándose de hacer una *espigolera* ó bolsa del espliego, de raso azul con bordados de seda color de oro.

Para las veladas guardaba Loreto tarea que no la distrajese de su conversación con *Purgatori*: tejía en las toallas primorosos flecos llamados *macramé*, y entre las hebras y trenzados retorcidos por sus pulpejos de rosa, enredábanse miradas y sonrisas que valían por juramentos y promesas de amor. Más de una vez, queriendo *Chimet* con sus torpes dedos emular la ligereza de los de su Loreto haciendo nudos, tropezaba con la mano de aquella, y al oprimírsela dulcemente, todos los del fleco se le ponían en la garganta.

Dedicada la pareja feliz á robustecer su cariño con el continuo trato y sin más contratiempos que los producidos por el egoísmo creciente propio de los que se aman, transcurrió el mes de Noviembre y una buena parte del de Diciembre. Ya los trigos asomaban tímidamente sus tallos como alfileres por los sembrados; se había hecho la recolección del *cacahuet*, durante la que hombres, niños y mujeres trabajaron como negros.

Sobre todo, aquellas que por ganarse una miserable peseta de jornal trabajan de sol á sol, sentadas incómodamente, sosteniendo una sillita entre las piernas, golpeando con furia los travesaños con las matas de *cacahuet* para que se desprenda el fruto entre una polvareda rojiza que les hace escupir tierra durante una semana. Sin embargo, todas las temporadas acuden buscando el exiguo jornal viejas y jovenes, sanas y enfermizas; da frío pensar á lo que se exponen, con tan repetidas sacudidas y violentas posturas, algunas pobres mujeres, las que llevan en sus entrañas un esclavo más...

XIX

Hicieron pregón á mediados de Diciembre anunciando que para el día veinte del propio mes cortarían el agua de la caudalosa acequia Real. Los vítores de los chiquillos con que fué saludado el pregón, demostraban que aquello se tenía como un acontecimiento extraordinario, como una fiesta *¡la tallá de l'aigua!* En la capital se consideraría tonto el motivo, pero á falta de conciertos, teatros y paseos, las pequeñeces constituyen grandes acontecimientos en los pueblos agrícolas.

Los campos iban á quedarse sin el agua amiga por espacio de un mes para dar tiempo á la

monda y reparación del canal; holgarían los molinos harineros, descansarían los robustos brazos de las norias, la inmensidad de los campos quedaría por entonces huérfana de los rumores de las acequias. Grandes y chicos iban á curiosear lo que había en el fondo de aquel cauce misterioso, donde tienen su vivero las nerviosas anguilas, antes descuartizadas que muertas; á la luz del sol brillarían las pardas corazas de las ladinas truchas, las plateadas de los barbos y de las humildes tencas y los tornasoles azulados de las sabrosas carpas; ¡era tan difícil durante el año echarles la vista encima!

También se aprovecharía la falta de agua para dar una batida formal á las ratas que tienen sus guaridas en agujeros escondidos entre la maleza de las márgenes; los perros llamados *albelloners* darían buena cuenta de todas ellas al salir huyendo, espantadas del agua con la que sus implacables perseguidores inundan sus madrigueras.

Purgatori no deseaba formar parte de ninguna cuadrilla de *all* y *pebreros*, sobre todo porque los quehaceres de casa *Matacañota* no le permitian vagar; pero en consideración á ser aquél mes el último de soltero se dejó convencer por sus amigos y con ellos fué á señalar con algunos días de anticipación el trozo de acequia destinado para la pesca. Dos cordeles de pleita parale-

los, distantes de quince á veinte metros y colocados de margen á margen, marcaban la superficie que cada cuadrilla se adjudicaba. Ya podían dormir tranquilos, la ocupación era sagrada é inviolable y nadie se entrometeria en el coto ajeno cumplido aquel requisito del acotamiento, así hubiesen allí más peces que en la barca de los apóstoles desconfiados, cuando vaciaron en ella las redes echadas á presencia y á instancia de Jesús.

Así que las aguas decrecieron notablemente, *Chimo* y sus camaradas colocaron en el cauce *les llisaes*, impedimenta de cañas y paja de arroz puesta en dirección á la corriente para que pasen las aguas sin dificultad, pero no los peces; también extendieron en algunos puntos haces de paja, cuya sombra sirviera de refugio á las anguilas y á los peces. Todas estas operaciones previas las hicieron metidos en agua hasta las corvas, fría como el hielo, capaz de matar á un esquimal.

El gran día, el de la pesca, muy temprano, *Chimet* y sus amigos, con la escopeta al hombro, se dirigieron hacia su coto. El tiempo estaba sereno, soplaba un airecillo N. O. que hacía vano el empeño del sol en querer entibiar el ambiente; por eso todos iban con la manta al cuello, y los menos frioleros con las manos en los bolsillos y los ojos encogidos y llorones.

Precedidos de mozalbetes con pozales de zinc

para el desagüe, los pescadores se dirigían en pequeños grupos hacia el canal; desde lejos ya se percibían las detonaciones y los ladridos de los perros; quien no conociese tan extraña fiesta, todo aquel tiroteo, las voces y los labriegos con la escopeta al hombro, pudiera tomarlo por una gran tirada como las de la Caldererería.

Chimet y los suyos llegaron al puesto con las escopetas preparadas, y tan pronto como alguno de ellos veía brillar por entre la ligera superficie del agua las escamas de algún pez que por su tamaño lo mereciese, le soltaban un tiro, como si se tratase de una perdiz ó de un conejo. Nada tan extraño como aquel fusilamiento contínuo de truchas y de barbos á lo largo del cauce; si los viejos pescadores del Grao y Cabañal lo presenciaran, protestarían indignados de aquella pesca *contra natura*, con mayor razón al percatarse de la muerte ignominiosa que á los peces menudos se les reserva por medio del *cloruro* y del *matapoll* ó torvisco.

Ese peligroso procedimiento de embarbascar el agua que emplean los pescadores de oficio durante el año, explicaba la general merma del pescado. De poco les sirvió á *Chimet* y sus amigos permanecer desde muy temprano en el agua, descalzos de pié y pierna, desnudos los brazos, vertiendo fuera del cauce pozales de agua y cieno para ver si lograban completar cuatro libras de

pescado, todo inútil; sólo pudieron recoger algunas tencas de menor cuantía y varias anguilas, todas ellas como rabos de ratón.

En vista del fracaso se trasladaron á un pequeño caño que llamaban *la Coveta,* donde solían coger, á fuerza de padecimientos, todos los años pesca más abundante. Era un canal de fábrica con compuertas por ambos extremos para conducir las aguas á los campos vecinos. Allí, en aquella obscura ciénaga que no llegaba á medir dos metros de alta por uno de ancha, con lodo hasta las rodillas por falta de monda, se metieron *Chimet* y compañía; removieron el pestilente barro, lo sacaron después á pozales, y cuando estaban arrecidos por la humedad, transtornados por las mefíticas emanaciones y cubiertos de suciedad hasta los cabellos, lograron pescar dos gruesas anguilas que fueron la salvación del ideal *all y pebre.*

¡Si la pulcra Loreto, la que soñaba con labradores como señoritos, hubiera visto á su novio y á los amigos al finalizar la tarea!; parecían cadáveres recién extraídos de las profundidades de la acequia Real; estaban lívidos, cárdenos; el frío contraía sus músculos de tal manera, que apenas podían moverse y hablar.

Lo que principalmente molestaba á *Purgatori* era la suciedad, aquel barro pegajoso y mal oliente que le manchaba ropa, cara y cabellos,

y cuyas emanaciones deletéreas le penetraban hasta la médula. Pero todos aquellos escalofríos y suciedades los daban todos por bien empleados al ver aquel pozal donde las hermosas anguilas recién desenterradas del fango se retorcían con desesperación sobre algunos peces que aún abrían la boca y movían las agallas en los últimos estertores de la asfixia.

Poco más ó menos, todas las cuadrillas notaron la gran escasez de pescado; sólo aquellas que desde inmemorial usufructuaban lugares á propósito á largas distancias de la población ó junto á profundos remansos lograron realizar la pesca con mediano éxito.

Después de la una, solo quedaban bordeando el canal los cazadores de ratas y algunos grupos de chiquillos que se entretenían viendo cómo varios hombres, con haces de paja encendidos, prendían fuego á la maleza y á los cañizales secos é inútiles del cauce.

A medida que los grupos de pescadores, entre carcajadas y bromas por el mal negocio de la pesca, llegaban al pueblo, las ociosas comadres del arrabal les curioseaban los pozales de zinc para reirse con estrépito, si, como sucedía generalmente, llegaban casi vacíos. Eran implacables las mujeres con los pescadores fracasados.

Y tenían razón. Aquel intempestivo baño de tantas horas en pleno invierno para recoger un

puñado de espinas y de rabos de mico, no tenía perdón de Dios. Si deseaban refocilarse con una comilona, que comprasen de la plaza lo necesario, que por muy caro que lo hiciesen pagar, siempre les resultaría más barato y menos molesto que de aquel modo; pero perder un jornal, cuando no la salud y con ella muchos más, por un capricho tonto, y gastarse dinero encima, resultaba risible locura.

Los pescadores *per accidens* solían contestar á semejantes razones con fuertes risotadas. Que les dejaran estar; no sabían ellas, las mujeres, lo que alegraba el espiritu pescar con las manos una tenca vivaracha que se escurría como pedazo de jabón con aletas; además, las cosas se aprecian más cuanto más cuestan de adquirir, y si era á costa del jornal, mejor; el gozo de veinticuatro horas de libertad valía bastante más de dos pesetas. Sí que pasaban frío en el fondo del cauce, pero váyase para cuando les tostaba el sol el duro pellejo; ¡pulmonías!, quiá, si á ellos no les mataba un rayo, tenían la resistencia de una mula y cuatro vidas como los gatos.

Los *all y pebreros* comenzaron la tarea de limpiar el pescado, machacar los ajos y poner al fuego la enorme sartén con aceite, operaciones hechas con tanto cuidado como si dependiese del éxito de la valiente salsa la salvación del pueblo. Próximamente á las cuatro de la tarde co-

menzaron las cuchipandas. La comida no había sido muy fuerte, y á tal hora ya estaba todo el mundo rodeando las sartenes, llenas de un caldo grasiento, rojizo, que despedía escitantes vapores.

Nadando en aquella salsa deliciosa, junto á los trozos de anguila y de pescado, se veían guindillas verdes, largas y retorcidas como cuernecillos, y redondas y rojas como enormes cerezas, que al soltar su cociente jugo hacían imposible, á paladares que no estuviesen blindados como el de aquella gente, retener un instante una sola mojada del jugo infernal. Pero el vino, un vino moro que podía cortarse, neutralizaba los efectos del picante, justificando lo de *similia, similibus curantur*; más no impedía que los vapores del alcohol hiciesen de las suyas, subiéndose á las cabezas de los comensales é inspirándoles verdaderas diabluras.

El vaso sucio de grasa pasaba con frecuencia de mano en mano, lleno hasta el tope de peleón, pero como no circulara con la rapidez que el incendio de los gaznates exigía, llenaron un gran barreño y allí fueron los más impacientes á templar su inextinguible sed.

Los brindis individuales y colectivos, cantados y con estribilllo, se sucedian á cada momento con mayor fuerza; hubo muchacho que en pleno desequilibrio mental se bebió un vaso de vino

mezclado con el valiente caldo de la sartén, y otro que se empeñó en sacar con la boca, del fondo del barreño, una moneda de cinco céntimos.

El maldito aguardiente trasegado como fin de fiesta concluyó con la vacilante sensatez de la cuadrilla de *Purgatori*. Pintados con el tizne de la sartén, sucios de grasa y de vino, echando chispas por los ojos, idearon hacer una parodia de circo ecuestre. Despojáronse de las ropas, quedando descalzos, en camiseta y calzoncillos; tendieron una soga por el suelo y pasaron sobre ella como funámbulos, haciendo contorsiones, con una vara gruesa de naranjo á guisa de balancín.

Se exhibieron también osos domesticados, ilusionistas fin de siglo, *ecuyers* en camisa trabajando sobre potros bípedos, saltos mortales desde lo alto del pajar; en fin, no hubo travesura que no hiciesen y barbaridades que no practicasen. Al pobre *Purgatori* le tocó en suerte la bronca peor, pues sudando á mares como estaba, con la sofocación provocada por el exceso de picantes y de vino, le arrojaron un par de pozales de agua fresca pretextando que el mal de amores se curaba de aquella manera. Después de bien mojados, hubo quien comenzó á tirar á sus compañeros paletadas de ceniza, y cuando ya estuvieron todos hechos una lástima, salieron á la calle en correcta formación, simulando una charanga muda, en

la que cada cual tocaba un instrumento raro; la sartén servia de bombo.

Loreto estaba muy lejos de pensar en la deplorable situación de *Purgatori*; algo coligió al transcurrir la hora de la plática diaria sin que su novio acudiese; con humor pésimo, pues era su primera falta, y cansada de esperar, se acostó pensando en la reprimenda que le daría; pero no la dejaban dormir los grupos de *all* y *pebrers* que aún iban por las calles gritando como locos. Mas lo que la sacó de quicio, hasta el punto de llorar de rabieta, fué la tremenda cencerrada que con acompañamiento de disparatadas canciones le dieron junto á la reja *Purgatori* y sus amigos. Sí, no cabía duda, él también vociferaba, también le dedicó una deshilvanada trova que olía demasiado á borrachera en su período álgido... ¡Su ideal confundido con la más baja realidad! ¡Cómo lloró de pena la pobrecilla!

No pensaba que aquel desbordamiento inusitado era lógica consecuencia de la vida sin alicientes del labrador, que ha de buscar en sí mismo, como los salvajes, remedio á sus nostalgias, compensaciones á la monotonía de su existencia. Carece de espectáculos, y se los forja; le enajenan la alegría, y se la toma; ¿qué sería de ellos, si no?

En lo que Loreto acertaba, y así se lo dijo á *Purgatori* la noche siguiente junto con otros

argumentos, era en asegurar que la salud de su novio, su temperamento y complexión no estaban para tantas barbaridades. Sólo aquellos muchachos de piel de perro y estómago de buitre podían resistir los excesos del día de la pesca y ciento como aquellos.

Era verdad. Las mojaduras, los miasmas de la ciénaga, los condimentos del *all y pebre*, las harturas del alcohol, el estrépito ensordecedor, el continuo gritar, nada favorecieron á *Purgatori*, el cual, por temor á los refranes de su madre y á las reprimendas de Loreto, no quiso manifestarles su malestar, la falta de salud que notaba desde la fecha del borrascoso ágape. Por fin, tal acceso de fiebre le dió una noche en casa *Matacañota*, que tuvieron que acompañarle á la suya y meterle sin remisión en la cama.

XX

Cuando Andrés llegó á Valencia serían las ocho de la mañana. Bien puede asegurarse que así como había presenciado aquella madrugada el despertar de su pueblo, aún pudo asistir algunas horas después al de la capital. No le pasó inadvertida la diferencia resultante de ambos espectáculos: allá en su tierra no son los humildes exclusivamente los que dan la nota de

actividad; los amos no suelen usufructuar el sueño, son quizás los que despiertan á sus servidores; en cambio, notaba que en la capital, los primeros rayos del sol acarician generalmente á los humildes, quizá porque no son tan amigos de la noche como los poderosos.

El despertar de una gran ciudad, sobre todo para quien solo es su huésped, causa cierta sensación de tristeza. Se vé lo miserable de la existencia, se asiste al bostezo de la vida; los esclavos van en busca de sus respectivas cadenas; tan solo se tropieza con pobres obreros insomnes, modistillas pálidas, empleados cloróticos, con el minúsculo almuerzo envuelto en un periódico, pero con las caras recién lavadas, pulcro el traje y relucientes los cabellos; vendedores de periódicos, afónicos ya por el ánsia de colocar la mercancía; guardias que se relevan, religiosas que salen de velar á los enfermos, dependientes de comercio que se soplan los dedos á la puerta de la tienda, criadas de servicio que llevan impresa en el rostro la nostalgia de su tierrecica..., toda esa humanidad cuya lucha por la existencia es más terrible, menos provechosa... Fuerte resulta confesarlo, pero todo el contínuo batallar de altos y de bajos, de pobres y de ricos, de amos y de siervos, es á la postre por un montón de basura, por el que recoje por las mañanas el madrugador huertano en el arroyo,

en los portales, en el rincón de todas las cocinas; ¡desgraciado mortal que no rinda diariamente el tributo del estiércol al pobre labrador laborioso que lo busca en su domicilio!

El de la familia Martínez se hallaba situado á la entrada de Ruzafa, cerca del paso á nivel del ferro-carril de Barcelona, y hacia casa Dionisio se dirigió Andrés, mandando al ordinario del pueblo que le llevase allí el corto equipaje. La situación de su espíritu no era la más á propósito para que fijase convenientemente sus ideas y se trazase un plan de conducta, lo dejó todo á la iniciativa de Dionisio. Como un tonto seguía su camino sin que nada le llamase la atención; quizás si algo muy hondo pensaba, le hubiera sido muy difícil comunicarlo; son pensamientos superiores á nuestros medios de expresión, chispas cuya claridad deslumbra un instante, haciéndonos luego más abrumadoras las tinieblas.

Un murmullo de gente que tras él se percibia, le hizo volver la cabeza; se detuvo, y pasaron al poco tiempo por su lado, de dos en dos, convenientemente sujetos, entre doble fila de guardias civiles, muchos presidiarios. Iban vestidos con el traje de reglamento; en la mano que les quedaba libre llevaban algún lío de ropas; seguíanles gran número de curiosos, parientes y amigos que se permitían hacerles preguntas, ó contestar á las que los penados les dirigían.

Como para *Malacañota* el espectáculo era nuevo, se unió al convoy.

Al llegar á la estación del Norte, torcieron á la izquierda los penados, deteniéndose por fin frente al coche celular, dispuesto sin duda para llevarles camino de otro penal. El grupo de curiosos aumentaba cada instante con diversa clase de personas. Admiradores de algún recluso célebre por sus delitos, cómplices que iban á darles el último adiós ó quizá el santo y seña para misteriosas combinaciones, prostitutas viejas y jovencitas que escudriñaban si entre aquellos desgraciados iban sus antiguos cortejos ó los de sus compañeras, chavalillos ya roidos por el cáncer de la degeneración, satisfechos en contemplar á los doctores del hampa; también se veían confundidos en el grupo gacetilleros de los periódicos de la localidad, y aunque pocos, alguno que otro transeunte á quien sólo la curiosidad científica, el instinto de observación retenía en aquel lugar.

Andrés era de los desocupados, de los que con tal de perder el tiempo, lo mismo se detienen ante un patíbulo que ante la riña de dos niños que salen de la escuela.

Mientras el sargento de la Guardia civil desataba las ligaduras de los confinados después de tomarles su filiación, los otros presos reían y bromeaban con los curiosos; éstos echábanles ci-

garros, que recogían con fruición, y alguno recibió, con permiso de los guardias, regalos y dinero. Los más próximos á recobrar la libertad, parece que tenían á gala decirlo en alta voz á los amigos para que la gente no les confundiese con los criminales empedernidos.

Cuando la mitad de la conducción estuvo dentro del estrecho coche celular, donde parecía imposible que cupiesen todos aquellos desgraciados, Andrés sintió que le daban golpecitos en lo espalda. Carlos, el hijo del representante de la casa *Forquet* y *Compañía*, le abrazó cariñosamente.

—¿Qué haces por aquí á semejantes horas? ¿cuándo has venido? ¿hay alguno de tu pueblo entre esos infelices?

—Acabo de llegar, iba directo á casa Dionisio Martínez, pero he visto la conducción y vine á curiosearla. No, no hay del pueblo por fortuna ningun recluso; mucho tiempo ha que mis paisanos son hombres de bien. Bastantes cadenas arrastran para buscárselas más pesadas...

—Anda, yo te acompaño á casa Martínez; ya he tomado nota del asunto.

Liaron un cigarrillo, y mientras se dirigían poco á poco á la calle de Ruzafa, Carlos charló por los codos, diciéndole al forastero que le habían hecho redactor del diario *La Reivindicación* y que á la vez era director de *La Carmañola*, se-

manario satírico demoledor, anticlerical. En esa doble representación estaba tomando nota del viaje de los presos y además completando sus estudios de antropología criminal, porque él era partidario ferviente de la escuela positiva.

—No sé si te habrás fijado—decia—en las caras de la mayor parte de los presos; cada una te confiesa un delito; las hay anchas, carrilludas, de pómulos y senos frontales abultados, de mandíbulas robustas, las orejas sobresalen más de lo ordinario y tienen sus especiales formas. Pues ¿y los ojos? unos, chiquitines y rasgados pero sin brillo; fosforescentes, grandes, encantados, otros; de mirar duro, escrutador, que te hacen bajar los tuyos, muchos; también he visto dos ó tres individuos con estrabismo... Bueno, ya sé que de esto no entenderás una palabra, pero te lo digo como respondiendo á tu protesta, de que ni en esa conducción ni en otras encontraré paisanos tuyos; cierto, las estadísticas afirman que los labradores no dan el contingente de criminalidad que la industria y el comercio; ¿por qué motivo, si la ley de la herencia es verdad y no nos engañan los antropólogos modernos? La influencia del medio no me parece bastante explicación...; en fin, perdona querido Andrés, tengo una monomanía por los trabajadores del campo, y todo lo que con ellos se relaciona me preocupa; me pareceis lo mejor de la raza, pero también

lo más abandonado. Mira qué idea más rara se me ocurre: sois á la humanidad, lo que para la vieja Europa los pueblos anglo-sajones y los del Asia Oriental, ¿un peligro? ¿una esperanza?...

Sin que Andrés desplegara los labios llegaron á casa Dionisio. Como la mayor parte de las de aquel barrio, estaba construida para sacar renta, con muchas habitaciones y con materiales flojos; así es que siendo relativamente nueva, parecia ya vieja. Los balcones, el patio, la escalera, los departamentos, eran mezquinos, pequeños, de modo que se podían curiosear impunemente, ya por el pozo, ya por los tabiques, las conversaciones de los vecinos; se percibian contínuamente lloros y corridas de chiquillos, riñas de muchachas y de inquilinos, ruidos de pozales, repiqueteo de campanillas, golpes y arrastre de muebles, ajetreo de almireces. Olian á guisos y aceite malo todas las habitaciones, incluyendo la escalera, en cuyas desconchadas paredes se veian repetidas muestras de la inspiración pictórica infantil.

Todos estaban en casa: el señor Dionisio desayunándose para ir al trabajo; doña Rosa riñendo con la criada, pobre aragonesa, joven y enfermiza; Germinal en manos de la peinadora, lujo que merecían sus cabellos abundantes y rizados. Y todos hicieron entusiasta recibimiento al hijo de *Matacañota*, felicitándole por su reso-

lución de abandonar para siempre las ingratas tareas del labrador.

Convinieron en que por de pronto comería en casa de Dionisio, quedándose á dormir en la de Carlos. Transcurridos que fuesen los días necesarios para el aprendizaje del oficio nuevo, cuya enseñanza Dionisio le proporcionaria, la situación económica de Andrés en la ciudad estaba salvada; menos trabajo que en el pueblo y más jornal, sin contar con algunos gajes y sobre todo con una libertad desconocida para él, que podía serle muy fructuosa dado su anhelo de instrucción y perfeccionamiento.

Dionisio completó el magnífico cuadro de ventajas de la nueva vida de su amigo y discípulo *Matacañota*, diciéndole que en las Escuelas de Artesanos aprendería Dibujo lineal, Aritmética y cuantos conocimientos juzgasen los profesores indispensables para ser un buen maestro de obras, y entonces ó bien le asociaría el propio Dionisio á sus empresas, ó bien trabajaría por cuenta propia, según su gusto y necesidades.

—Con eso y con una novia muy guapa—replicó desde su cuarto Germinal—ya no se acerca usted por el pueblo. Pero, ahora recuerdo, ¡si le hacemos tan poca gracia las mujeres!

Sonrióse Andrés, á quien rogó doña Rosa que no hiciese caso de las genialidades de Germinal, y luego de servirle un buen almuerzo le dijo

que no faltase á la hora de comer: á la una en punto.

Carlos y el forastero desearon aprovechar la placidez de la mañana para solearse, y torciendo á la derecha de la calle de Ruzafa, siguieron la línea férrea de Barcelona, dirigiéndose hacia el puente de hierro. La vista de los feraces campos de huerta que hay á derecha é izquierda de la vía, impresionó á *Matacañota*; recordaba los de su pueblo, parecía que le salían al paso para echarle en cara su defección cobarde, su ingratitud. La contínua intimidad con la madre tierra, pródiga en beneficios, se había roto quizás para siempre; los ojos que con tanta delectación se recrearon mirándola constante, cariñosamente, buscaban nuevos amores, los que le ofrecía la ciudad, embaucadora sirena que los miente...

La ciudad que había robado un buen hijo á la tierra laborable; la egoista ciudad que dispersaría muy pronto á los humildes huertanos que se cobijaban en aquellas pobres viviendas, junto á los campos de hortalizas, premiando la fecundidad inagotable de aquellas huertas con la próxima inundación de sillares y ladrillos que las sepultaría...

—La ciudad triunfa, querido Andrés—dijo Carlos señalándola;—el desquite del vencido, que es la tierra laborable, será espantoso; si el mundo se ha de acabar de alguna manera, será por

hambre. De todo se preocupa esta sociedad positivista menos de la verdadera despensa; mira si la cosa tiene gracia.

Llegaron al camino de Monte Olivete, que cruza la vía; torcieron á la izquierda, y por el pretil del río se dirigieron hacia el puente del Mar, que atravesaron aturdidos por el ruido de los tranvías, los juramentos y las voces de los carreteros y el continuo ir y venir de soldados, paseantes y obreros que dejaban el trabajo.

Detuviéronse ante un pelotón de reclutas que á la voz de un sargento afeminado aprendían los prolegómenos de la instrucción militar. Con el temor pintado en el rostro pronunciaban el «un, dos, tres»; sudaban con aquel ejercicio, metidos en el holgado traje de mecánica, mucho más que manejando el azadón. ¡Pobrecillos!, en sus curtidos rostros se adivinaba que procedían del campo; quizá cuando el sargentillo les llamaba torpes, brutos, bestias al equivocar un movimiento, pensaban ellos en el querido villorrio, en la novia que dejaron, en que no recogerían el fruto de la última siembra ni verían el resultado de la postrer labor. Y ¿aún osaban á burlárseles aquellos desvergonzados mozalbetes, aprendices de albañil, que iban á comer sentados en los bancos de piedra?

Siguieron hacia el puente del Real los paseantes, sin tropezar más que con humildes obre-

ros que comían con sus mujeres la cazuela de arroz y con niñeras é institutrices que cuidaban de los niños mientras estos recibían en sus desnutridas carnes los tibios rayos del sol. Sin torcer por el puente del Real, continuaron por el pretil del río, pasaron por frente al Hospital Militar, y después de atravesar el último y estrecho puente de San José, internáronse en las Alameditas de Serranos. Aquí vieron una interminable y pintoresca serie de matrimonios comiendo al aire libre; Carlos hizo notar á *Matacañota* que casi todos los comensales eran obreros de las vecinas tenerías, cuevas infectas por la canina, por la contínua humedad y por la descomposición de los despojos de las pieles.

Cuando llegó Andrés á casa el contratista, ya le aguardaban; por obsequiarle habían comprado unos pastelillos y Germinal hizo café para todos. También para celebrar la llegada del forastero le convidaron á ir por la noche al Teatro de Ruzafa.

Doña Rosa iba hecha un brazo de mar, como si pretendiese que todos los espectadores fijasen su atención en ella; Germinal, muy á pesar de la madre, vestía con estudiada sencillez; la ropa buena, de corte irreprochable, pero desprovista de adornos. Joyas no llevaba ninguna, según le dijo á *Matacañota*, porque ni podía comprarlas buenas, muy buenas, ni le acomodaba parecer un idolillo salvaje.

—Yo quisiera desterrar todo este aparato femenino que llevamos y que no tiene más objeto que llamar al otro sexo la atención y parecer... ¿cómo se lo diré, querido Andrés? un hombre barbilampiño con faldas.

En efecto, los vestidos de Germinal estaban hechos de manera que no acusaban ni la más lijera curva: rectos, holgados, sin fruncidos ni pliegues, era completamente imposible modelar con el pensamiento la estátua de la joven; por su cuerpo inutilmente se deslizaba la escrutadora mirada del artista callejero.

Mucho antes de levantarse el telón ya explicó Germinal á su compañero el argumento de las obras que iban á representarse: chulaponas de rompe y rasga, cortejadas por un majo, que á la postre resulta un cobarde que huye como un falderillo de los puntapiés que al final de la obra le propina un muchacho candoroso y tímido al parecer; golfos sensibles que arreglan matrimonios desavenidos; guapetones que dan celos y *trianeras* que los vuelven al redil con astucias y jipíos, todo amenizado con protectores graciosísimos, por lo general zapateros ó prenderos; horteras inocentes y melífluos, militares jacarandosos y coristas de ambos sexos siempre divertidos.

En uno de los entreactos, Germinal hizo notar al forastero la multitud de vestales del amor, diseminadas por el salón, vestidas llamativamen-

te, y cuyos ojos inquietos buscaban alguna mirada interrogadora para que la contestación no fuese vana promesa tan solo. También le hizo ver á *Matacañota* una pareja de labradores, al parecer recien casados, que dormían como rorros con las cabezas casi juntas. Por cierto que á la mitad del último acto hizo al labriego sin duda tal gracia una pirueta del actor cómico, que soltó una carcajada estrepitosa. El público de la tertulia, que desde el principio de la función molestaba con frecuencia á los novios con alguna cuchufleta, comenzó á gritar: «¡que baile el *llauro!*», y el pitorreo fué general. Andrés, olvidando que no estaba en el teatro de su pueblo, quiso increpar á los manifestantes, y entonces los apóstrofes y los silbidos fueron para él. Si Germinal no impone silencio á su huesped, la función hubiese terminado de mala manera, porque Andrés se hallaba ya descompuesto y con ánimo de reñir con todo el público.

—Pero ¿qué le ha pasado á V., santo varón?—díjole Germinal á la salida del teatro;—nunca le he visto tan impulsivo, tan vehemente.

No lo sabía tampoco *Matacañota*. Quizá tomando la defensa de aquella pareja labradora, creia borrar de su alma ciertas sombras de recientes ingratitudes...

El señor Jacinto vivía cerca de las Torres de Cuarte; dada la una, y después de acompañar

á la familia de Dionisio, se dirigieron Andrés y Carlos hacia casa. La obscuridad de la noche, la escasa luz que por aquellos barrios existe, la voz lejana del sereno y las soberbias torres surgiendo de los pardos grupos de casas, imprimían un sello melancólico al cuadro; parecía un rincón de ciudad medioeval evocada por la imaginación de un poeta romántico.

Al penetrar Andrés en las altas habitaciones de su nuevo domicilio vió dos individuos que roncaban como carreteros, tendidos sobre un colchón y envueltos en mantas.

—Son Vespucio y *Muerte*, dos correligionarios á quienes protejo, ya te los presentaré—díjole Carlos, y acomodándole en un cuchitril pequeño como despensa de casa grande, donde no cabían más que un catre chico, una percha de pino y una silla mugrienta, se despidieron hasta la siguiente mañana.

Tal fué la primera jornada de Andrés en la ciudad; se durmió triste, muy triste, con el ánimo encogido por el temor y la incertidumbre. Hay algo que nos acongoja más que las penas presentes: el miedo de que las futuras les sean superiores.

XX

La Reivindicación era un periódico dedicado exclusivamente á la defensa de los proletarios,

aunque sus redactores no se honraban vistiendo la noble blusa. Cuando los verdaderos obreros agrícolas ó industriales se permitían enviar algún valiente artículo en defensa de sus ideas, respirando amargura, pero con disculpables deficiencias gramaticales y sintáxicas, la ilustrada redacción se daba á todos los demonios. No señor, no podía tolerarse que los improvisados coloboradores pasearan su incultura por el pulcro periódico; allí estaban ellos, los señoritos que formaban parte de la redacción, para tronar contra todo lo existente con erudición y elegancia; los demás que comprasen el periódico, que pusiesen sus valientes corazones en la hora del peligro al servicio de la gran causa de la humanidad; pero escribir..., quejarse sin gramática, con desconocimiènto absoluto del léxico y de las teorías filosófico-sociales, era desacreditar inutilmente la publicación. Cuando el periódico aconsejase huelgas, á holgar todo el mundo; cuando recomendase pactos y treguas con el enemigo, había que obedecer; si se pedían votos, á votar contra viento y marea; sin tal servilismo, ¿qué sería de la sufrida, de la pacientísima clase trabajadora?

En cuanto á violencias de lenguaje, *La Reivindicación* no tenía igual; llamarle bandido á cualquiera resultaba casi un piropo, una frase culta entre el cúmulo de procacidades é insultos esparcidos por las cuatro planas del periódico. Claro,

cuanto más al rojo salía, mayor era la venta, y los redactores no habían de morirse de hambre. Todo por la humanidad y por la justicia, todo por la desgraciada clase obrera, esa clase que en las capitales desfallece por falta de pan y arrastra una vida miserable. Los obreros del campo... debían unir su voz á la de sus compañeros, ayudarles á dar la batalla contra la burguesía patronal.

Poco más ó menos, estos eran los temas y defectos del periódico en que Carlos escribía. Fuerza es decir en honor de la verdad que el hijo del señor Jacinto poseía más sentido común, mayor cultura y más sinceridad en sus ideas que sus compañeros de redacción; éstos eran jovenes enamorados de la libertad, pero de la suya exclusivamente, que viéndose aislados y perdidos por culpa de su indolencia en el vasto campo social donde luchan por el pan los amantes del trabajo, creyeron más cómodo sentar plaza de periodistas radicales, para manejar el látigo de su despecho contra todo lo existente. Con seguridad que por sesenta duros mensuales hubieran puesto su fiera pluma al servicio de los enemigos de la libertad y del obrero.

Bien comprendía Carlos todas estas amargas verdades, pero no estaba en su mano el remedio; bastante favor le hacían dándole cien pesetas al mes y el derecho á publicar cuanto salía de su

honrada pluma, puesta al servicio de ideales noblemente sentidos. El quería que el periódico contendiese con razones, no con desplantes inflamados y callejeros; al enemigo, por más distanciado que estuviera de las doctrinas socialistas, había que concedérsele beligerancia y no negarle talentos si por fortuna los tenía; detestaba el insulto, la procacidad, la calumnia, y muchas veces aseguraba indignado que los enemigos de más importancia que tiene la clase trabajadora son los encargados de dirigirla y defenderla.

Si *La Reivindicación,* periódico doctrinario y serio, resultaba fiel vasallo de la pasión y de la destemplanza, *La Carmañola*, semanario satírico, del que Carlos era director... nominal, no hay que decir que sería una explosión de dinamita. Con sólo apuntar el encabezamiento de algunas de las secciones en que se dividía cada número, podrá formarse idea del periodiquito: *Ladrones y vampiros—Carne de cuervos—Dietario rojo—A sangre y fuego—Detonaciones.*

La Carmañola sufría denuncias á porrillo; gobernador hubo que decretó varias veces la suspensión del semanario; pero como este contaba con el favor del público, aparecía de nuevo cambiado el nombre. Con seguridad que las ganancias del propietario resultaban superiores á las obtenidas con la venta de *La Reivindicación*.

Confeccionábase el referido semanario en el

desván de casa Carlos; allí se hallaba establecida la redacción y administración; Vespucio era el primer redactor, impuesto por el propietario; al compañero *Muerte* le había nombrado Carlos administrador, mandadero, escribiente, repartidor y encargado de cobrar las suscripciones.

¿Qué clase de peces eran esos dos misteriosos personajes?; idéntica pregunta le hizo Andrés al señor Jacinto, el cual satisfizo su curiosidad diciéndole que Vespucio, el joven de barba rubia y peinadas crenchas, andaluz injerto en valenciano, se presentó el año anterior en aquella casa diciendo que era un anarquista perseguido y martirizado por los policías á consecuencia de predicar constantemente la revolución social y de inducir á los trabajadores á declararse en huelga general hasta que los poderes públicos les otorgasen de una vez toda clase de mejoras. Carlos y los demás individuos de *La Reivindicación* le socorrieron y le recomendaron á la plana mayor de los trabajadores; pero á lo mejor desaparecía de Valencia sin que nadie supiera su paradero; volvía de nuevo, se ausentaba, y de este modo vive sin que nadie sepa la finalidad de sus viajes. Aseguran malas lenguas que cuando se le acaban los recursos y el hambre le dá zarpazos, sale de la capital, va como puede á los pueblos agrícolas, hace su presentación en los casinos republicanos, manifestándose víctima de

las torturas de Montjuich; enseña varias cicatrices que tiene en las ingles y en los muslos, sabe Dios de qué procedencia, y dándose aires de propagandista, de apóstol de las doctrinas colectivistas, anuncia un discurso que sabe de memoria, cena opíparamente, recoge socorros abundantes... y se vuelve á la capital. Hay quien asegura que en cierta ocasión al tal Vespucio se le hizo de noche en un pueblo casi levítico donde no había ni rastro de republicanos; viéndose perdido y muy lejos del término de su viaje, se presentó en el Círculo Católico Obrero y probó como dos y dos son cuatro, que el trabajador está perdido si no busca sus derechos abrazado á la cruz; que las desigualdades sociales son necesarias y que la caridad cristiana es la única que ha de resolver el problema de la miseria.

El compañero *Muerte* no era tan listo, pero llevaba su apodo á las mil maravillas; parecía una guadaña por lo largo y lo inclinado; mirándole recordábase la vera efigie del licenciado Cabra, creación genial del gran satírico. Su macilento rostro estaba pidiendo á voces la mortaja, sus palabras parecían salir del fondo de una tumba. En los motines populares se le encontraba pidiendo la muerte para todo el mundo; su desprecio de la vida le hacía desafiar de tal modo los peligros, que los maüsers de la Guardia civil le importaban tanto como si le amenazaran con

barquillos de canela. Trabajador infatigable, le desesperaba no poder dedicarse, por absoluta falta de salud, á penosas tareas; por eso también pedía la muerte para sí continuamente; pero la muerte pasaba de largo junto á él creyéndole su imagen.

Al verle huían los chiquillos, tomábanle por bestia repulsiva las mujeres y la policía le miraba de reojo, con prevención, para echarle mano tan pronto se barruntase un motín. Pero el compañero *Muerte* era un niño, un alma que no había recibido jamás calor de humanidad y que llevaba los bolsillos llenos de mendrugos para gozar con las manifestaciones de agradecimiento y de satisfacción que le hacían los perros al recibir el pan de sus manos. ¿Por qué pedía furioso la decapitación de todos los burgueses al frente de los amotinados? por amor á los infelices como él y para que le tumbase de un tiro la fuerza pública; pero rechazaba el suicidio, porque al darse trágica muerte, moría sin hacer un bien indirecto á los suyos. No faltaba más; después de haber vivido sin fruto, ¡morir con vilipendio!

Tales eran los compañeros de Andrés en casa Carlos. A Vespucio le miraba con cierta prevención por sus aires de suficiencia y sobre todo por la desvergonzada conducta que para sus fines particulares seguía con los crédulos obreros del campo; *Muerte* le inspiraba piedad, y á medi-

da que iba descubriendo las ocultas raices de su alma queríale más. Tardes enteras permanecían juntos y solos en el desván, escribiendo las fajas del semanario satírico, sin acordarse de aquella enorme colmena humana cuyo susurro, confundido con ecos de lejanas cornetas y el ruido de los tranvías, penetraba por la estrecha ventana huérfana de cristales.

Deslizábase la vida de *Matacañota* tranquilamente; dividía el tiempo entre el aprendizaje de su flamante oficio, las visitas á casa Martínez, y, sobre todo, la puntual asistencia por la noche á las Escuelas de Artesanos. ¡Con qué fruición aguardaba la hora de acudir al antiquísimo colegio fundado por la viuda del magnánimo Micer Bartolomé Monfort!

El maestro D. Felix tenía razón: sólo en la capital podían ilustrarse los obreros; en amplias clases como aquellas, dotadas de modernos materiales pedagógicos, debidos á la solicitud de patricios tan beneméritos como el ilustre *Cuansevol* (1), con profesores inteligentes y activos, con una sabia gradación de conocimientos; en instituciones como aquellas se podía sacudir con éxito la servidumbre vergonzosa de la ignorancia y del error. Entre tan hermosas escuelas de

(1) Seudónimo, según aseguran, del inolvidable maestro Dr. Pérez Pujol.

artes y oficios y la humilde del pueblo, de aspiraciones paupérrimas, mediaba una diferencia enorme, la misma que entre la cultura de los obreros de las grandes capitales y la que pueden adquirir los esclavos del terruño...

Cuando Andrés, á juicio de Dionisio, se halló en condiciones de ganarse honradamente el pan, fué con aquel á la obra. Por cierto que su ingreso en el oficio causó lamentables incidentes, pues no habiendo trabajo para más de dos oficiales, se tuvo que despedir á uno, sin otra causa que justificase tal determinación.

Los compañeros del cesante protestaron de tal medida, pero como el contratista no les hizo caso, acudieron todos al director de *La Reivindicación* pidiéndole que el periódico apoyase la solicitud. Inútil empeño; el director conferenció con Dionisio, éste con Carlos, Carlos con sus compañeros de redacción, y el periódico, defensor y órgano de los obreros, continuó tronando contra el egoísmo patronal y las injusticias sociales, pero el proletario despedido se quedó sin pan. ¡A no mediar en el asunto Carlos y Dionisio, las tremendas excitaciones de *La Reivindicación* hubieran lanzado á las masas al arroyo, á los maüsers tras ellas, y el compañero *Muerte* dormiría dos ó tres noches en el cuartelillo del Gobierno civil!

El tiempo calmó la excitación obrera, pero

los compañeros de Andrés jamás le quisieron como se merecía.

XXI

Los profesores de la Escuela de Artesanos admiraban la fuerza de voluntad y aplicación de *Matacañola;* no tenía un talento superior, pero sí un ansia de aprender rayana en la monomanía; servíanle de acicate muchas concausas: la principal, poner su cultura al nivel de la muy superior que á su juicio poseía Germinal; después, cierta vanidad por que sus condiscípulos no le aventajasen, ya que muchos de ellos, nada discretos, dieron en llamarle burlonamente el *llauraor*, como si por haberlo sido careciese de la mentalidad necesaria para que se le asimilasen los conocimientos.

Así es que á la ilustración que iba adquiriendo en las Escuelas, añadía la complementaria que se alcanza con la lectura de los buenos libros. Germinal le proporcionó cuantos ella poseía; del modesto montón propiedad de Carlos también leyó bastantes, y sus ahorros los empleaba comprando algunos tomos de esas bibliotecas baratas que tanto bueno y malo producen.

Al mismo tiempo que pulía las hasta entonces descuidadas regiones de su intelecto, ganaba en soltura de movimientos, hacíase más atrayente

su conversación y sus palabras poseían cierta fluidez, nacida de la costumbre de pensar y del ejercicio de los órganos que las producen. La rusticidad innata de los que viven alejados necesariamente de todo refinamiento social, desaparecía por instantes; el hombre nuevo llegaba, la ciudad hacía el milagro.

Sólo en una cosa se mostraba rehacio á toda variación: en el traje. De ninguna manera quería dejar de vestir como sus paisanos; consintió por comodidad ponerse los días laborables una larga blusa de trabajo, pero cuando terminaba su faena, vestía como allá en el pueblo.

Sus distracciones favoritas eran: pasar las veladas en casa Martínez de charla ó disputando y riendo con la joven, mientras él dibujaba y ella le veía dibujar. Muchas noches, generalmente las de luna ó muy templadas, salían de paseo, solos ó con Doña Rosa, por la vía del ferro-carril de Barcelona ó por las alameditas próximas al Ensanche. Para *Matacañota* sobraban cafés y casinos, sólo acompañaba de tarde en tarde á la familia Martínez al Teatro de Ruzafa.

Los días festivos habían tomado la costumbre Germinal y él de salir juntos á paseo. Las primeras veces anduvo Doña Rosa bastante rehacia en conceder el permiso, pero la chica se le impuso calificando de salvaje y necia la rutinaria costumbre de ser acompañadas las mujeres á todas

partes como animales peligrosos. Aquella contínua intimidad sirvió á *Matacañota* para convencerse de que estaba enamorado de Germinal; pero como en su espíritu vivían aún los antiguos, los seculares preceptos relativos á la educación, enseñanza y fines de la mujer, combatía con empeño los progresos de su cariño, convencido de los peligros que para su tranquilidad futura podían tener semejantes amores. Le gustaba, sí, el desparpajo, la travesura, la manera de discurrir de la joven, pero, francamente, la defensa que hacía del amor libre, la despreocupación absoluta de las conveniencias sociales, el alarde contínuo de sus ideas ultra-modernas, si en la amiga le complacían, en la compañera de por vida le asustaban. Por más que Andrés mirase resuelto, complacido, los fulgores del humano progreso, no podía negar á su alma ciertas debilidades, determinados anhelos, aunque estuviesen en ruda oposición con el espíritu del siglo.

Soñaba con un hogar como el de sus padres, libre de temores y del constante regateo de derechos; quería vínculo, nudo inquebrantable, juramentos mútuos que sirviesen de cortapisa á los fatales instintos humanos; deseaba que hubiese entre los esposos ocupaciones distintas, producto de la diferencia de temperamento y de aptitudes. En una palabra: quería casarse á la antigua española, sin que semejante deseo significase

regateo ni menosprecio de los derechos y la consideración social de la mujer.

¡Lo que se reía Germinal cuando se le escapaban á su amigo semejantes ideas! Pero él, seguro de que el tiempo triunfaría de su vehemente aunque muda pasión, se dejaba llevar de la interior complacencia sentida junto á la joven cohete, y cuando no iba en su busca le llamaba ella. Llegó el mes de Abril y menudearon las escursiones de la pareja los días festivos; iban unas veces á pasear por la huerta sin rumbo fijo, cruzando campos y caminos, sentándose en los márgenes, riéndose como niños cada vez que les cortaba el paso alguna acequia ó se perdían entre las redes de sendas que forman, por decirlo así, el sistema nervioso de la huerta.

Otras veces, aunque pocas, solían llegar hasta el Cementerio, y tampoco allí se agotaban las donosas ocurrencias de Germinal, pues hacía chacota de las inscripciones mortuorias originales ó piadosas y comentarios acerca de la belleza ó fealdad de ciertos retratos. Pero los viajes al Grao eran los predilectos de Andrés; nacido lejos de la costa, sin ver más agua que la que transcurría por la caudalosa acequia Real de su pueblo, la contemplación de aquella inmensa y rizada superficie líquida llenaba su espíritu de suave languidez; Germinal le decía que estaba

en el Limbo cada vez que le sorprendía mirando con fijeza el juego encantador de las olas.

Un domingo por la tarde resolvieron ir á merendar á la Playa; Dionisio y su mujer se marchaban al teatro; Germinal, alegre como unas castañuelas, se puso un traje de lanilla gris que gustaba mucho al forastero, y se fueron á pié por el Camino del Grao. Llegaron pronto; en un ultramarinos del puerto compró Andrés una buena merienda y se dirigieron hacia las escolleras de Levante, sitio más solitario que ninguno. Una vez allí, se le ocurrió á Germinal comerse la merienda en alta mar, y como Andrés no le llevaba nunca la contraria más que cuando hablaba del amor libre, se dispuso á complacerla; buscaron una lancha, y como el mar estaba tranquilo como un estanque, vogaron hacia fuera. Ya lejos de la dársena, la pareja y el barquero merendaron con envidiable apetito, no sin que Andrés tuviese que llamar al orden varias veces á Germinal, porque tan pronto se colocaba sobre las bordas como en la popa y proa del barquichuelo.

Tal vez porque le hiciese daño la merienda, quizá por la excesiva navegación, el caso fué que Germinal comenzó á sentir síntomas de mareo. Vogaron hacia la dársena para tomar tierra, y al atracar el barco á la escalera, se inclinó una de sus bordas. Germinal, impaciente por sa-

lir, mareada, perdió el equilibrió y cayó de espaldas al agua.

Fué tan tremenda la sorpresa de Andrés y su impresión al ver á su amiga hundirse bajo las aguas, que se arrojó precipitadamente, loco, tras ella sin hacer caso de las voces del barquero. La pericia de este salvó á la pareja de una muerte segura, pero no del remojón, que fué superior.

Al verse Germinal de tan lamentable manera olvidóse del tremendo susto sufrido y comenzó á reir como si aquello fuese una broma preparada por ella.

El barquero les condujo al bodegón más próximo para que resolviesen una vez allí cuanto habían de hacer. Les colocaron en un cuartucho pequeño, construído con tablones alquitranados, que despedía tal olor á marisco pasado, que daba náuseas. Una marinerota con chancletas y refajo amarillo se puso á las órdenes de los náufragos mientras sacaba de la cama dos mantas viejas.

—Mi hombre dispondrá—le contestó Germinal, señalando á su compañero.

—Ya me pensaba yo que Vds. serían *novensans* de la Ribera.

—Eso, *novensans*, *novensans*—exclamó Germinal conteniendo la risa.

Matacañota, por decir algo, pidió una taza de

té y algunas ropas para su amiga, pues las suyas, las de Andrés, ya se le secarían encima.

—Yo no quiero que te pongas enfermo, ¿sabes?; ó cambiamos los dos de traje ó ninguno.

Bueno, les llevarían algo que ponerse, lo mejor que se hallase por el vecindario, regularmente prendas viejas de pescadores, porque allí no tenían ropas de *señorets.*

Trajeron una colección de pingos, con los que podría guisarse, poniéndolos á cocer, un buen *arrós á banda,*—tal trascendían á pescado—y colocándolos sobre la cama, salió la buena mujer cerrando la puerta del cuarto.

¡Qué risas las de la muchacha! ¡qué azoramiento el de Andrés!; habían de cambiar de ropa juntos, allí en aquel cuchitril que parecía el camarote de un barco viejo.

De repente Germinal dejó de reir; por primera vez en su vida coloreó el rubor sus mejillas, cruzó como un relámpago el alma por sus ojos; el espasmo del temor, de la incertidumbre, contrajeron un instante, un solo instante su rostro.

—Andrés—exclamó por fin con firmeza,—al decir á esa mujer que eras *mi hombre,* no la engañé, y tan segura estoy de que te quiero, como de que tú me quieres y te callas.

Tal sinceridad tenían estas palabras, con tan intensa emoción fueron pronunciadas, que desde

aquel instante pareció transformarse la vida de los dos amigos. Algo así como la gracia de un sacramento, como la fuerza de un contrato, como la compenetración de dos vidas les unía, y tan otros se sintieron frente á frente, que cambiaron de ropa con la tranquilidad y confianza de dos esposos...

Parecían pescadores; ella con vestido de percal, mantón negro, sin medias y con zapatos remendados; él, con gorrilla de seda, pantalones de pana, camiseta de franela y chaqueta de color azul. Cargaron con el lío de la ropa mojada, y después de pagarles y agradecerles á la buena mujer y al barquero los servicios, se dirigieron hacia el tranvía. Y acomodados en el imperial para que nadie se fijase en sus ridículos vestidos, hicieron su primer viaje de novios, sin hablar siquiera, contemplándose con la expresiva satisfacción que vale por uno de esos besos en que las almas de los enamorados... cambian de cuerpo.

Andrés no sabía lo que le pasaba. ¿Soñó aquella tarde? Temores y alegrías en confusión horrible fatigaban su espíritu; en una sola jornada ¡qué cambio tan radical en su existencia! Los propósitos que hizo de combatir su pasión, el agua del mar se los llevó; no había remedio, las defecciones de la voluntad llegan impensadamente; el cariño de aquella mujer superior le

indemnizaba de arrostrar los peligros de sus ideas. Si en realidad los había, solo el tiempo podía demostrarlo.

Nada supieron los padres de Germinal de sus relaciones con Andrés; les conocía ella bien, particularmente á su madre, y tuvo miedo de contrariarla. Doña Rosa tenía muchos humos y soñaba para la chica con un señorito de buena estirpe; si toleraba todas aquellas familiaridades con *Matacañota,* era porque, sabiendo el carácter original y despreocupado de su hija, la creía muy lejos de enamorarse como una colegiala.

XXII

La primera carta que recibió Andrés de Loreto, enmendada la ortografía y el estilo, decía:

«Querido hermano: Comienzo á escribir hoy la presente, sin saber cuándo la terminaré, pues sabes lo premiosa que soy en la escritura, y supondrás también el trajín que desde tu ausencia llevamos en esta casa.

¡Cuánta falta nos haces, querido Andrés! Hasta que te marchaste no me dí cuenta de lo necesaria que aquí es tu grata compañía. Padre se vá muy temprano á la huerta, vuelve cuando anochece, come y se acuesta pronto, porque le abruma la fatiga. No se queja, pero habla poco y yo no tengo con quién comunicar las penas

que Dios me da. Si no fuera por mi ama la tía *Copla*, que suele venir algún rato, cree que había para desesperarse.

Ya sabes los aplazamientos que ha sufrido mi boda; desde que se te ocurrió la fatal idea de marcharte, mi pobre *Chimet* no tuvo un día bueno. Primero el dengue, un dengue fino que nos asustó por parecérsele mucho á la pulmonía; luego vinieron las recaídas por su maldita impaciencia de abandonar el lecho; después, con la debilidad, se le pusieron los ojos á perder, y así está, macilento, flaco, de un humor fatal, envuelto constantemente en la manta como un viejo... Figúrate los apuros de mi futura suegra, sin recoger un cuarto en mucho tiempo y realizando las faenas á peso de dinero; yo les envío lo que buenamente puedo: gallinas, vino, huevos y alguna que otra pesetilla de mis ahorros. A todo esto, como aquí en el pueblo censuran tanto que las novias vayan á casa del novio, le veo de uvas á peras y á escondidas, de noche, como si fuese á cometer un horrendo crimen. Si tú, corazón de corcho, supieras lo que son quereres, podrías formarte idea de mis sufrimientos y del terrible contraste entre las presentes realidades y las incomparables alegrías anteriores ¿Te parece poco, tener casi en la mano la soñada felicidad y ver cómo se aleja, se aleja despiadada? Cada vez que tropiezo en m

cuarto con las sábanas bordadas, mi ropita nueva recién cosida y sobre todo con la que le confeccionamos al pobre Chimo..., me ahoga la pena y mis lágrimas bañan aquellas prendas, símbolo de mis ilusiones.

Perdona que te entristezca, querido Andrés; ¿á quién si no á tí voy á contar todo esto? ¡Ah! si yo supiese que también tú quieres como yo, tal vez callara por no hacerte padecer; pero ¡si puede que aún te rías, pedazo de marmolillo, de mis quejas!; por eso el temor á mortificarte no es en verdad muy grande.

Y al escribir esta última palabra, me acuerdo de lo que le ha sucedido á *Solfa*; sabe que el otro día le contrataron para cantar en Alberique, donde celebraban unos solemnes funerales. Creo que fué al Ofertorio, se empeñó en que le oyesen una romanza compuesta por él, repleta de gorgoritos y filigranas; pues señor, á mitad de la composición le falló la voz y salieron por aquella madura garganta más gallos que de la plaza Redonda la víspera de Navidad. El pitorreo fué general, la orquesta tuvo que cesar, y sin respeto á la santidad del templo, rieron los fieles á mandíbula batiente; dicen que hasta el celebrante hizo esfuerzos colosales para no soltar el trapo. *Solfa* entonces, oculto en un rincón, se puso á "orar como un niño. Regresó al pueblo sólo, uzando sendas y campos para que no le viesen;

iba con el sombrero en la mano, tambaleándose como un beodo, gesticulando y diciendo: *¡estic deshonrat, estic deshonrat!* No quiere ver á nadie y muy á menudo los que le cuidan oyen que comienza á cantar su célebre romanza... que no acaba nunca. Los médicos desconfian de salvarle, y cuando les preguntan qué enfermedad es la de *Solfa*, dicen sonriéndose, que muere por amor... al arte. ¡Pobrecillo!

Tanto se quejaba todo el mundo por falta de agua, que Dios acaba de arrojarnos una verdadera catarata; se han suspendido las faenas, y como la gente jornalera vive al día, me parece que habrá pronto hambre. Los trigos van bien generalmente, no así los planteles de arroz, detenidos en su desarrollo por lo bajo de la temperatura; padre dice que las viñas han brotado, pero como todo está á la intemperie, hasta el fin no hay que confiar.

Tenias razón; el negocio que Don Jacinto nos proporcionó es una ruina; pagan los abonos tarde y mal; no obstante, la casa *Forquet* continúa enviándonos tanto género, que ya no sabemos dónde colocarle. Las algarrobas y el maiz, que guardábamos con la esperanza de venderlo á buen precio, vamos á darlo por mucho menos de lo que creíamos. ¡Todo sea por Dios!

¿Sabes que *Amparaos* ha desaparecido del pueblo? No se habla de otra cosa, cada cual lo

comenta de un modo; ¡se dicen tantos disparates! Hay muchos que aseguran, no sé con qué fundamento, que la real moza sentó plaza..., ya me entenderás. Mira, pues yo no la creo tan mala como aseguran.

Cuando en una casa como la nuestra falta la madre y deja una hija y un hijo, creo que la primera representa el corazón de la que se fué, la inteligencia el segundo; así, yo reclamo el derecho á darte consejos, ¿cómo lo diré?, espirituales, y te pido por Dios que no me seas herejote, deja de cavilar en lo que llamas porvenir del obrero del campo, desigualdades, olvidos y monsergas, y cuando te canses de hacer el señorito, vente y tráete por acá una mujercita que nos quiera y no se avergüence de ser mi hermana.

¿Ves? quince días justos llevo escribiendo esta carta; ya es hora de que la tengas en tu poder, aunque debía rasgarla por no haberte dignado ponernos cuatro letras: ¿de qué te sirve saber tanto, tonto?

A la traviesa Germinal díle de mi parte, loca, *masona*, condenada, *hereja*, cuantas picardías gordas y ofensivas se te ocurran, y cuando sepas que tiene novio, *hombre* ó como ella le llame, dímelo, que yo prometo escribir al desgraciado una cartita...

Saluda en nuestro nombre á la restante familia Martínez, á D. Jacinto, á Carlos, y tú, sa-

biondo San Bruno, hasta que no te dignes contestarme, cuidadito que tomes los besos que te mandan tu padre y

Loreto.»

Le sobraba razón á la muchacha; su hermano, con las ocupaciones y preocupaciones, no les había escrito; sólo recibieron noticias suyas por medio de los pocos vecinos que iban á la capital á sus negocios. Así es que, tan pronto recibió la transcrita carta, se dispuso á darle contestación cumplida. Para ello consagró todo un domingo, mañana y tarde.

Será muy conveniente que la conozcamos íntegra, porque su texto ha de ahorrar trabajo, ya que el propio *Matacañota* refleja de manera precisa la situación de su espíritu, las impresiones recibidas en la ciudad los días de su permanencia en ella, y además narra sucesos que debe conocer el lector. Justo es advertir que también se han corregido en ella ciertas disculpables faltas ortográficas, gramaticales y de concepto, para mayor claridad.

«Hermana mía: voy á indemnizarte de mi silencio, todo lo injusto que tú quieras.

Opino como tú respecto á que representas el corazón de nuestra querida madre, más querida cuanto más ausente. Debo, pues, descansar en tí mandándote mis pensamientos, mis alegrías y mis penas para que les prestes el calor de tu interés

y no se pierdan entre la renovación constante de impresiones que reciben las almas en una capital. ¡Ojalá pudiera servirme de tus inocentes consejos en todos los actos de mi existencia!; pocos riesgos correría, porque tú, querida hermana, simplificas de tal manera las luchas y anhelos mundanos, que para el dolor queda muy poca soberanía. Si yo te dijera que discuto, combato y desmenuzo mi propia felicidad, que tengo miedo á la dicha y que un sólo gesto me sirve de larga cavilación, creo que te reirías mucho más pronto de mí que yo de tus impaciencias adorables.

Loreto, comienza cuando gustes á escribir la carta que prometes en la tuya al novio de Germinal, porque ya lo tiene... y soy yo. Sé la cara de asombro que pondrás al leer semejante noticia; ni el hecho ni la elección esperabas, pero hija, ninguna culpa tengo de que la naturaleza, pródiga en caprichos, haya querido realizar el estupendo milagro de la fusión de dos almas tan distintas. Puse de mi parte cuantos elementos defensivos ofrece la fría razón y la experiencia, pero la bestiezuela que llevamos con nosotros, celosa sin duda de las baladronadas de su enemiga eterna, se aprovechó de un pequeño descuido para cantar victoria. No, no me arrepiento, casi casi bendigo á la bestia; pero ¡ay! la razón se venga de la derrota presentándome problemas

hondos que no me dejan saborear las primeras delicias de mis flamantes amores.

Fácil es que llegues á exclamar inocentemente, comentando la noticia: No me extraña, tal para cual. No, querida hermana; me separa de tu amiga un verdadero abismo en las cuestiones relacionadas con la vida del hogar y con el concepto del querer; yo soy reaccionario, burgués egoísta, bisabuelo mío, por decirlo así; Germinal... sueña con darle al instinto la regulación de la felicidad, al acaso su consistencia, su duración, y no estoy conforme con semejantes teorías. Disparate, no lo juzgo; ¿quién es el guapo que se atreve á calificar de absolutamente absurdas ciertas ideas sabiendo que los siglos seguirán impasibles su marcha después de convertirle en vil polvo?; pero yo me juzgo todavía un ser moral imperfectísimo y miro las afecciones humanas con un criterio receloso, cominero, cruel, egoísta.

Germinal lo sabe y dice sonriéndose que ya me sacudirá poco á poco la mugre de los siglos; yo entre tanto procuraré á mi vez que se le haga vieja la ropita nueva del presente y veremos quién puede más.

En lo que coincidimos es en el amor á la humanidad, en el ferviente deseo de que los desheredados de la fortuna mejoren su triste condición. También estamos de acuerdo en apreciar la diferencia colosal entre mis antiguos hermanos

los labradores y mis hermanos nuevos los obreros de la ciudad. Estoy viendo la desigualdad, notándola; con decirte que desde que vine á Valencia parece que me halle de viaje de recreo, comprenderás como he mejorado de condición. El trabajo no agobia; ¿cómo, si le comienzo á las ocho de la mañana, voy á comer á casa y termino á las cinco en punto? Gano buen jornal, doce reales; las huelgas forzosas á causa del mal tiempo, casi no existen aquí; no son tan rudas estas faenas como las del labrador y por lo menos tengo libres todos los domingos y demás fiestas. ¡Ay del patrono si nos hace trabajar con exceso, si merma los jornales, si altera las horas de labor, descuida las condiciones de seguridad ó nos priva del pan injustamente!

De manera que aquí, si quiero, me queda tiempo para muchas cosas: para dar un paseo, tomar un café, leer periódicos, ir al teatro, al casino, á las Escuelas de Artesanos; pero yo solo voy á estas últimas y después á casa Germinal. ¿Qué te parece? Si me vieras, parezco un señorito: las manos sin callosidades, limpia y blanca la cara, ya tengo el busto más erguido, las espaldas no me pesan, y sobre todo, te aseguro que como mejor que ahí; cosas de más substancia quiero decir, pues apetito no tengo tanto.

Desmiente las habladurías y calumnias de las comadres del pueblo referentes á la Sultana. Di-

ce un aforismo vulgar que á nadie debe considerársele como malo si no se prueba que lo es; ¿por qué cuándo se trata de semejante mujer, todo el mundo desconfia, creyéndola capaz de toda liviandad? Recuerda que muy niña ya tuvo la desgracia de sufrir el mayor de los vejámenes; aquello parece que dió á la gente cierta franquicia para no rodearla de la consideración á que tenía derecho por hermosa, por desgraciada y por mujer. *Amparaos* no ha sentado plaza sino de criada, sirve aquí en Valencia y la ví hace pocos días; por cierto que tuve que prestarle un pequeño servicio, que me agradeció. Verás.

Serían como las ocho de la mañana. Mi peón y yo nos dirigíamos á remendar una pared á casa nuestro arquitecto; junto á la Lonja percibimos apóstrofes de verduleras, corridas de municipales y aglomeración de gente; cuando llegamos al lugar de la ocurrencia vimos á una joven sentada en uno de los escalones del gran edificio, llorando con amargura, cubriéndose la cara con el pañuelo. Las mujeres que la rodeaban hacían, indignadas, comentarios del hecho; no era la primera vez que sucedia: mozalbetes y aun hombres machuchos, con una desvergüenza y un salvajismo sin ejemplo, sobaban á las muchachas que les salian al paso, pero cuando iban solas y ellos, los cobardes, eran más de uno; con aquella hermosa labradora, joven de bríos, tenían á gala

repetir diariamente sus hazañas, y aquel día se trabó una verdadera lucha entre la ofendida y los villanos ofensores.

No puedes imaginarte, querida Loreto, lo sorprendido que me quedé cuando la víctima se quitó de la cara el pañuelo y conocí á la Sultana; ¡qué consuelo tan grande tuvo viéndome!; el caso no era para menos; encontrarse sola, en una población extraña, rodeada de gente desconocida, y de pronto ver entre los circunstantes un rostro amigo que brinda consuelos, que promete defensas, es como si al despertar de un sueño terrible sintiéramos en los labios el beso dulcísimo del ser más querido.

Nos alejamos de allí; como yo tenía prisa, no le fué posible á la Sultana contarme con la debida extensión las razones que tuvo para venir á Valencia; pude adivinar, sin embargo, que le mortificaba la conducta seguida con ella desde antiguo por nuestros paisanos, en especial las mujeres. Quería vivir sola, libre de las impertinencias rurales; aquí nadie la conocía, y como no tiene bienes de fortuna, debe ganarse el pan honradamente. Sirve desde hace varias semanas como doncella en casa de un aristócrata muy rico, y sale á la compra porque se ha marchado la cocinera.

Sinceramente le ofrecí mi protección, asegurándole que yo buscaría medios para que aquellos

canallas no volviesen á molestarla, y quedamos en que al dia siguiente, á las siete y media de la mañana, nos veríamos en el portal de su domicilio.

Cuando me quedé sólo comprendí cuán excesivas habían sido mis promesas; ¿cómo arreglarme para que la Sultana fuese respetada por aquellos golfos del mercado?; convertirme por obra de mi caballerosidad en lazarillo de la muchacha, no me parecía cómodo; mis ocupaciones tampoco lo permitían. En fin, después de mucho devanarme los sesos, dí en la idea más peregrina que imaginarte puedes. Convertir á mi compañero *Muerte,* personaje que te describiré cuando tenga menos asuntos de que tratar, en guardián de la más hermosa Sultana que albergaron los alcázares granadinos.

Contra lo que me esperaba, la garrida moza no rechazó la diaria compañía de aquel hombre, que no debe hacer sombra por donde va, porque hasta la propia debe huirle.

Todos los días trae mi tétrico compañero regalitos de *Amparaos*, como naranjas, cigarros, pipas de cerezo, etc.; me dice también que su dama parece muy satisfecha de sus servicios; yo creo que al verle junto á ella, todos huyen, pensando que la muchacha está loca de remate ó que, nueva Margarita, tiene al demonio por consejero.

De propósito he dejado para el fin la parte

más simpática de mi carta; ya lo habrás adivinado, voy á tratar de tu *Purgatori*. No has logrado asustarme porque sé que ves la enfermedad del *traidor*—acuérdate de las elecciones—con los ojos de la impaciencia, caso de que la impaciencia tenga ojos. Todo llegará, Loreto; ya estoy ahorrando dinero para regalarte... una sortija de oro mate con vuestras iniciales L. y J. enlazadas, juntas, como lo están vuestros corazones desde que érais unos mocosos.

No te apures, mujer, muy pronto recobrará la salud ese *negrelló*, como tú le llamas, —lo he oído ¿sabes?—y habréis de disponer tú y *la Copla* los bizcochos, las tortas, el *resóli* de café, los *brasos de chitano* y demás golosinas; ¿quieres que te encargue aquí el chocolate?, le hacen muy bueno y barato. Cuando veas á ese mándria de *Purgatori*, dile de mi parte que no te haga padecer y que se ponga pronto fuerte.

Germinal, á quien dí tu encargo, da contestación á tus insultos con estos: beatona, reaccionaria, *carca*.

¡Germinal! No sé por qué, cuando la nombro siento turbación, augustia, miedo; es mi vicio, Loreto; conozco los peligros á que me espongo queriéndola, pero no puedo pasar sin ella, me atraen sus genialidades, su talento, precisamente lo que más temo, mira si es tremenda la contradicción...

Carlos y su padre me preguntan á menudo por vosotros; D. Jacinto me llevó á su despacho comercial el otro día. Conocí á Forquet y á su señora; no tienen hijos; él está mejor conservado que su mujer; ella me pareció el vivo retrato de la dama gorda que figura en el antiquísimo anuncio de chocolates, si no recuerdo mal, de la casa Matías López. En el corto rato que estuve comprendí que la pobre señora es una mártir de los achaques y de su marido; le mira con miedo, como si le pidiese la vénia cada vez que necesita decir algo...

Me duele que trabaje tanto el padre; yo le propondría que arrendase las tierras suyas, dejase las ajenas á tu *Purgatori* y que se viniera; pero no me atrevo porque sería capaz de morirse lejos del tufillo saludable de la tierra y del cacareo de las gallinas de nuestro corral.

La familia Martínez y D. Jacinto desean verte por aquí, aunque sea breve tiempo; yo les digo las muchas dificultades que hay para que cumplas su gusto; ¡pobrecilla! para viajes á la ciudad estás.

No te asustes de lo que voy á decirte: *Muerte,* mi fiel y horrible *Muerte,* me ruega con un gruñido que te salude.

Como ya tengo derecho, recojo los besos que me envías; no hagais esperar la nueva y nutrida remesa que solicita de vosotros

Andrés.»

P. D. Que sea la presente, confidencial, reservada *para todos* en la parte que trata de mis amores.

XXIII

De la casa *Forquet y Compañía*, muy bien reputada comercialmente en Valencia y fuera de Valencia, era su principal representante D. José Forquet, catalán de orígen, pero vecino desde los quince años de esta ciudad. Vino de Cornellá recomendado á cierto pariente suyo que poseía una tienda de drogas en la plaza de Mosen-Sorell.

Muy pronto demostró tener en grado máximo esas tres principales condiciones necesarias á todo buen comerciante: sagacidad, amor al trabajo y culto al ahorro. Poseía también, como complemento de tan buenas cualidades, lo que llaman instinto comercial, ó sea conocimiento exacto de las leyes, de la oferta y la demanda y su aplicación á cada género y á cada caso.

Pocas veces salía de la tienda, sólo alguno que otro domingo, pero sin gastar dinero, concretándose á dar unas vueltecitas por la Glorieta ó por la Alameda con el objeto de ver las criadas guapas y aún las señoras mayores que lo fueran. Porque, eso sí, no podía remediarlo; las chicas eran su debilidad, su regodeo, su distracción; el frecuente trato con ellas en la tienda le hacía

más soportable su trabajo, la vida de aislamiento y sacrificio que llevaba.

No le faltaron conquistillas fáciles, pues aunque no era gran mozo, reunía en general bastantes atractivos para ganarse la voluntad de las hembras blandas de corazón y duras de meollo.

Sin embargo, sus tendencias señoriles, el afán constante de llegar á ser algo en el mundo, libraron á más de una desgraciada de las seducciones del *noy*, pues no entraba en sus cálculos comprometer su porvenir con aventuras de poco provecho y de riesgos indudables.

Cuantos ahorros reunía entregábalos á su pariente, cobrando por ellos módicos intereses, que todos los años se acumulaban al capital. Cuando logró con semejante procedimiento reunir una cantidad respetable, ya se le pudo conceder cierta participación en el negocio, el cual extendieron dedicándose á la compra-venta de primeras materias para la fabricación de abonos.

No les fué la suerte muy propicia en esta nueva fase del negocio; la competencia ruinosa de los grandes almacenistas, no sólo exigió el empleo de respetables sumas, sino que por haber descendido notablemente la cotización del género en el mercado, sufrieron aquéllas quebrantos de importancia. Los corresponsales pagaban con

mucho retraso y las letras de los fabricantes extranjeros había que pagarlas enseguida para que el crédito de José Forquet y su pariente no se menoscabase. La suerte del catalán iba siéndole contraria; de poco sirven actividades y talentos cuando tan voluble mujerzuela se cansa de prodigar sus caricias.

Sin embargo, Forquet no se arredraba; tenía ciega seguridad en triunfar de todos los obstáculos que se le presentasen para la conquista de un risueño porvenir. Pensó, pues, contraer un matrimonio de conveniencia para remendar la profunda brecha que los desaciertos comerciales habían abierto en su pequeña fortuna, y después de repasar concienzudamente la lista de las mujeres que podían servirle para la realización de sus propósitos, decidió cortejar á la huérfana de unos lábradores ribereños, muy entrada en carnes y en edad, baja, chatilla, con dientes de fumador antiguo, que la boca grande y de finos labios no podía ocultar. Verdad es que tenía los ojos grandes y negros, bonachones, tan hermosos, que, con su valor, pudiera comprarse belleza para todo el cuerpo. Tenía el alma—color aparte—como los ojos; su bondad, al parecer, estaba ya tocando los límites de la bobería; su defecto, tal vez único, era ser glotona, pero glotona de dulces, de pasteles y de repostería. Nunca censuró á nadie; para ella los ángeles del

cielo habían trocado su domicilio con los mortales. *¡Pobret! ¡pobreta!*, estos eran los comentarios que á los buenos ó á los malos juicios acerca de una persona ponía. Los criminales empedernidos, las parejas más felices, el pordiosero menos afortunado, el ricachón de mejor prosapia, todos eran para Bernardeta—se llamaba de este modo—*pobrets*, á todos aplicaba su predilecta exclamación, salida de la profundidades de un alma hecha para compadecer y amar al prójimo.

Tenía muchas huertas y un par de huertos de naranjos, casi todo en manos de parientes que todos los años le presentaban liquidaciones á lo Gonzalo de Córdoba. Tuvo pretendientes á porrillo, la mayor parte labradores, pero no los admitió por ser una víctima más del estúpido error en que incurren la generalidad de las muchachas ricas de los pueblos agrícolas: despreciar jóvenes sanos, impuestos en las tareas relativas á la agricultura, que fomentarían el patrimonio con su vigilancia ó su trabajo, y preferir á lindos inútiles ó viciosos de la ciudad que miran con indiferencia la agricultura cuando no con desdén, puestos sobre el vistoso pedestal de un título académico, patente para tener el derecho de comerse las rentas y no hacer nada.

Mentira parece, pero puede contribuir tal error al estancamiento de la agricultura, á la carencia de salvadoras iniciativas, y sobre todo, á

que cada día crezcan los odios del proletariado agricultor hacia los grandes y pequeños propietarios y á que jamás tenga el labriego quien mire por él en las altas regiones gubernamentales...

José Forquet, como era comerciante con casa puesta en la capital, bien vestido, de regular estatura, moreno, regordete, de simpáticas facciones, pronto fué admitido por Bernarda y por sus parientes, que respiraron á sus anchas ante la perspectiva de la marcha de la dueña de las fincas que cultivaban en aparcería.

A los dos años justos, bajo pretexto de que la tierra no daba el interés que cualquier otro negocio, se vendieron todas las fincas de Bernarda, y con ese capital, Forquet formó sociedad con otro catalán, dedicándose al negocio de los guanos y primeras materias para su confección.

Y aquí concluye la comedia y da principio el drama, uno de esos dramas sin palabras, sin gestos, que se desarrollan en lo íntimo del hogar y de la conciencia, y que si pudiéramos darle forma sensible sacudiría facultades y sentidos con la violencia con que los fenómenos sísmicos agitan la corteza terrestre.

Forquet no quiso jamás á Bernarda. Tan pronto como se vió dueño de su persona y bienes, dejó de mirarla como compañera, como esposa; la pobrecilla tuvo con el tiempo la desgracia de ir haciéndose gruesa, defecto que le restaba sus ya

escasos atractivos, y á Forquet se le durmieron para siempre los sentidos junto á su esposa. La implacable grasa seguía dificultando los movimientos de Bernarda, quitándole fuerzas; salía muy pocas veces, y dentro de casa no se levantaba casi nunca del sillón de gutapercha. Sólo á las horas de las comidas podía ver á su marido, el cual le hablaba poco y con dureza; pero la infeliz, dirigiéndole miradas compasivas, como si en realidad él y no ella fuera la víctima, le decía: *¡pobret, pobret,* cuánto trabajas!

Murió el consocio, y la viuda, con las formalidades legales consiguientes, quiso seguir formando parte de la Sociedad mercantil. Forquet no se opuso; primeramente, porque no retirase de caja las cantidades que le pertenecían; en segundo lugar... porque la viuda le gustaba mucho.

Por fin se consumó la monstruosidad; la viuda sucedió á su marido comercialmente cerca de Forquet, y éste al marido cerca de la viuda en otra clase de comercio previsto y penado por el Código.

Bajo pretexto de que su mujer no estuviese tan sola, los muebles de la socia se trasladaron á la casa comercial; comenzó el idilio para los culpables y el drama terrible para la compasiva Bernarda, que un día, desde la butaca donde pasaba la mayor parte de su vida, vió en el espejo que tenía delante, frente á la puerta de

su habitación, reflejada la prueba más elocuente de las buenas relaciones de los socios.

No les dijo una palabra por aquello ni por lo que fué notando sucesivamente; la misma sonrisa plácida les prodigaba, idéntica sumisión á sus órdenes y gustos, igual anulamiento voluntario y absoluto de su personalidad; dijérase que temia molestarles en su delito, como si en lugar de mujer injustamente vilipendiada, fuese madre cariñosa que simula ignorar el noviazgo clandestino pero conveniente de sus hijos.

Respondía Forquet á tanta generosidad con mayores osadías. Ya no le importaba manifestar ciertas preferencias ni hacer alarde contínuo de sus inclinaciones y sentimientos hacia la viuda, la cual, sin dejar de prodigarle á Bernarda todo género de consideraciones y de cuidados, no se oponía sino levemente á las procacidades de su amigo.

No mediaron explicaciones de ninguna clase, ni ruegos, ni amenazas; lo cierto es que, poco á poco, Forquet, en lugar de una tuvo dos mujeres, con distintos derechos y preeminencias dentro del hogar. Se convirtió la esposa en pacífica compañera, la amiga en esposa; más aún: Bernarda, de concesión en concesión, llegó á constituirse cerca de Forquet en apologista de su rival, en árbitra y conciliadora de las pequeñas rencillas de los amantes, y muchas veces

ayudó á la viuda con insólito rigor á reprimir las demasías mujeriegas del libertino.

Para quien no juzgue más que por el aspecto exterior de las cosas, la pacientísima conducta de Bernarda sería calificada de anormal y enfermiza, pero no hay que olvidar, para ser justos con la ribereña, que existen estados de alma superiores que pueden escapar al humano análisis. Si al valor personal que transpone los límites ordinarios se le califica de heróico, si á la piedad en grado máximo de un místiço se le titula santa, si al que asombra con los esplendores de su inteligencia se le llama genio, ¿por qué al amor intenso, que se nutre de sacrificios y vive sin egoísmos como el de Bernarda, hemos de calificarle de anómalo, imbécil ó enfermizo? La tranquilidad aparente no excluía el drama; ¿acaso para el triunfo de la voluntad sobre las pasiones no es necesaria la tremenda lucha?

Por fin los encantos de la viuda prescribieron para el amor; también la implacable gordura borró para siempre los correctos perfiles de su cuerpo. Junto á él permanecían inertes las concupiscencias de Forquet; la Naturaleza vengaba de semejante manera los agravios hechos á Bernarda. Pero así como ésta tuvo resignación sublime desde que notó los primeros desvíos de su esposo, á la viuda la irritaron de modo que la paz se acabó para todos en áquella casa. Sus celos

eran tempestuosos, terribles sus imprecaciones; en vano solicitó muchas veces alianzas ofensivas y defensivas de Bernarda; su cosocio continuaba persiguiendo y solicitando mujeres, criadas de servicio principalmente, con tal de que no fuesen las de su propia casa, por temor al geniazo de la viuda... y á las miradas dulces de su mujer.

Por las mañanas, bajo pretexto de ir á misa, se paseaba por el Mercado viendo el pintoresco desfile de las hermosas cautivas del fogón y del fregadero. Sabía por dónde pasaban, á qué tiendas iban y en qué casas servían las más hermosas, si sus genios eran buenos ó malos, la mayor ó menor moralidad de su conducta. Pocas veces lograba que le hiciesen caso, pero como el demonio del interés y de la vanidad, más que el de la lujuria, suele destruir débiles virtudes, pudo sacar algún fruto de sus paseos matutinales.

El bello sexo le subyugaba, le atraía; su mayor placer era verse lo más cerca posible de mujeres, de muchas mujeres, y como no podía ser esto sino durante las procesiones y fiestas de todas clases, en las apreturas de los tranvías llenos de gente y cuando en los templos predicaban grandes oradores, Forquet—como muchos Forquets que pasan por santos y que suelen indignarse viendo anunciadas en las esquinas obras

como, por ejemplo, *Realidad*, de Galdós,—aprovechaba sin escrúpulo las ocasiones que se le ofrecían para gozar con el contacto de turgencias y redondeces, como raterillo que sin correr peligro se aprovecha de lo que no es suyo.

¡Quién pensaría viéndole por la calle sin atreverse á mirar á nadie, viejo, calvo, con la cara reluciente y sus respetables gafas de oro, que andaba tras una maritornes cualquiera!

Conociendo las dos mujeres cuán inútiles resultaban los ruegos y las amenazas para que terminasen las ridículas aventuras del cornellense; conformes en apreciar la firmeza de lazos y de cariño que con Forquet les unían, en que la disolución de la sociedad mercantil ofrecería múltiples inconvenientes y que los negocios en las pecadoras manos del catalán iban muy bien, acordaron dejarle en paz, no molestarle, tener resignación y sufrir como Bernarda sufrió desde las primeras semanas del matrimonio.

—Déjale que se divierta, *¡pobret!*, ya le recuperaremos cuando Dios quiera.

—Sí, cuando sea un estropajo—replicó la viuda con desprecio profundo.

XXIV

Bien se presentaba el año en casa Dionisio Martínez.

Tenía construcciones de sobra, remiendos de

importancia, y para colmo de prosperidades, le concedieron la contrata de obras de un ferro-carril económico. Todo esto significaba un presupuesto de ganancias extraordinario, y junto con él, nombre y consideración. Estaba visto que los amigos, y en especial uno, ingeniero, querían favorecerle.

Doña Rosa reventaba de orgullo. Si los asuntos continuaban así, las antiguas mezquindades y privaciones se trocarían en esplendideces y harturas; era ya tiempo de que volviesen los años de abundancia como aquellos en que los taberneros hacían tan buenos negocios. Había nacido para ser algo más que mujer de un oficial de albañil; cierto que su Dionisio continuaba siéndolo, pero las ganancias eran de arquitecto y lo del título le tenía sin cuidado.

Dionisio pasaba grandes temporadas fuera de Valencia por aquello de la construcción del ferrocarril; Andrés recibia sus órdenes para las cosas de poca importancia; las de mayor compromiso quedaron bajo la inspección de un maestro de obras con poco trabajo.

Los novios continuaban viéndose todos los días y marchándose de paseo los domingos por la tarde. Los temores de Andrés iban obscureciéndose; Germinal, aunque menos vehemente que él, le tenía bastante cariño para no hablarle muy á menudo de las ideas que le contrariaban.

Sin embargo, no tardó mucho en llegar el choque; por mucha prudencia que tengamos, como las ideas se relacionan de tantos modos, las discrepancias vienen cuando menos se las aguarda.

El caso fué que Doña Rosa, viendo en lontananza su cambio de fortuna, quiso quitarle poco á poco á Germinal ciertas costumbres nada burguesas, como la de salir sola con Andrés, y se lo prohibió terminantemente. La escena fué tremenda; madre é hija discutieron al principio, después disputaron. Si terca y decidida como nunca estuvo Doña Rosa, Germinal también; ninguna cedió, y tal se pusieron las cosas, que ya en el colmo del enfado, la novia de *Matacañota* repitió á su madre muchas veces que saldría sola por encima de todo.

—Pues bien: si sales, á fé de Rosa que no entrarás en esta casa.

—Mejor—contestó Germinal.

Oir semejante contestación y pegarle dos soberbios bofetones su madre, fué cosa de un segundo. Sin llorar, pálida por la ira, se marchó á su cuarto, y siempre sin decir una palabra, cuando supuso que se aproximaba la hora en que Andrés concluía la jornada, sin hacer el más leve ruído salió de casa para buscarle.

De todas las horas del día, la que pone fin al trabajo es la más simpática; el deber cumplido desarruga los ceños, ante la idea del hogar bro-

tan las sonrisas, es la hora de la paz, la hora buena; costaría entonces bastante mover á las masas en són de guerra.

Quizá por eso, porque Germinal marchó al encuentro de Andrés á la hora en que el trabajo ha pacificado los espíritus, no participó aquél de su indignación. Nada de violencias; si Doña Rosa no quería que saliesen solos, costaba poco darle gusto; ciertas determinaciones de las madres no deben discutirse.

—Según y conforme—replicó Germinal;—si van contra el sentido común y ofenden nuestra dignidad, es nécio cumplirlas.

—Esta vez se trata de cosas que no repugnan al sentido común y que se hacen precisamente en beneficio de tu dignidad. Vuelve á casa y serènate.

—Mira, chico, mi padre que discurre mejor que mi madre y que tú, piensa conmigo que á la mujer hay que concederle cuantas libertades disfruta el hombre; lo contrario resulta la mayor de las injusticias. Cuando venga volveré á casa; mientras, estaré con unas amigas mías, y si mi padre tampoco me consiente salir sola contigo, que se despidan de mí.

—Tú vendrás ahora mismo conmigo hacia tu casa.

—Que no voy ¡ea! No te empeñes.

Disputando de tan ágria manera llegaron á

casa el señor Jacinto; frente á frente, sentados en dos viejas mecedoras de rejilla, dirimieron otra vez el asunto: Germinal con argumentos de romanticismo libertario, *Matacañota* con razones de bajo vuelo que contrastaban notablemente con las de su novia.

—La mujer, hasta que no forme hogar no debe salir para siempre del de sus padres, á no ser por otras razones más poderosas que las que tú tienes.

—¿Quieres que me conforme? pues me conformo; salgo de mi casa para vivir contigo, aquí me tienes.

—¡Germinal!

—¿Me quieres, Andrés, sí ó no?

—Como no te quiere nadie, con alma y vida.

—Pues si nos queremos, constituyámonos en marido y mujer y que la dicha descienda sobre nosotros.

—Esposa te quiero, no querida.

—¡Esposa! ¡Esposa! ¿Crées que eso que llamáis matrimonio dá cariño y felicidad eternos? La mútua libertad, Andrés, constituye la mejor garantía de los amores; seamos como novios perpétuamente, que nos una tan sólo el voluntario lazo que á los prometidos. Dime, ¿necesitan éstos para quererse formalidades litúrgicas? Tú convendrás conmigo en que nunca son tan felices los esposos como antes de serlo.

—Pero ¿las formalidades litúrgicas son obstáculo para quererse?

—Si no son, pueden llegar á serlo.

—Mira, Germinal, yo considero que el cariño y el postrer suspiro, cuando se dan, se dan para siempre.

—¡Cuán poco sabes de las imperfecciones humanas, Andrés!

—Vuelvo á repetirte que quiero llamarte mi esposa, no mi querida.

Cuando Germinal escuchó estas últimas palabras se puso à llorar amargamente como nunca lo hizo; *Matacañota* procuró consolarla de la mejor manera, pero ella le decía con enfado:

—Vete, vete, que no me quieres.

—¡Que no te quiero!; quien piense como yo y consienta lo que propones, daría pruebas de un bajo deseo y no de un cariño razonable.

—Para el que ama, el mayor sacrificio que puede hacer es el de las ideas.

—¡Ay, Germinal! ¿qué clase de hombre crees que soy, cuando me pides que haga lo que no serías tú capaz de hacer?

—Pues bien; si no puedes librarte de las preocupaciones propias del medio en que has vivido, tampoco yo vuelvo sobre las que son hijas de mis ideas. Buscaré dónde ganarme la comida; quiero que vea mi madre que puedo vivir sin su tutela.

—No seas infeliz y vuelve á casa.

—Volveré, sí, cuando transcurra mucho tiempo.

—Haz lo que quieras, pero no seré yo quien te ayude á la realización de semejantes locuras.

—Compañera, cuente usted conmigo—díjole Vespucio penetrando en el cuarto, sonriente;—yo le buscaré trabajo para que pueda vivir; ¡qué diablo! la solidaridad no ha de ser una palabra vacía de sentido.

Contra lo que Andrés aguardaba, no declinó Germinal los ofrecimientos del propagandista, los aceptó y dirigiéndose con humildad hacia su novio que miraba con profundo desdén á Vespucio, le dijo cogiéndole las manos.

—Vaya, chico, se acabaron las rencillas; perdóname si quieres, y... hasta la otra.

Todo, todo cuanto estaba sucediendo lo había previsto Andrés; era la consecuencia lógica de navegar temerariamente por unos mares peligrosos. El valor insano, el placer de lo desconocido, si tienen sus satisfacciones, no están exentos de catástrofes.

Cuando por la noche fué á visitar Andrés á Doña Rosa y le contó lo que le había sucedido con Germinal—excepto las oficiosidades de Vespucio, para que no se alarmase,—la ex-tabernera volcó sobre su hija todo el depósito de frases groseras y de insultos que guardaba para las grandes indignaciones. No señor; que no fuese

allí la muy tunanta, no la recibiría sino con la escoba en la mano, y si el calzonazos de Dionisio no la castigaba convenientemente, se marcharía ella; ¡no faltaba más!, tratar á los padres como á patronos y hacer huelga cuando no le convenían los consejos razonables. Los malditos libracos eran los cómplices, aquellos libros que le sorbían los sesos mientras dejaba por aprender cosas de más sustancia para las mujeres; tunanta, ¿cómo podría ganarse la vida, si no supo nunca más que dotorear en política, renegar de todo lo existente y leer á destajo?

¡Cuánta verdad encerraban estas últimas palabras! Germinal había perdido su tiempo dedicándolo á la instrucción, mejor dicho, al simulacro de instruccion; todos sus quehaceres se redujeron: al estudio *epidérmico,* superficial, de la sociología y de la literatura modernas, pero sin método, como quien picoteando en todos los platos, ni se deleita completamente con ninguno, ni conserva la gana. No tuvo presente que, hoy por hoy, la cultura de la mujer de la clase media ha de ser mixta, que participe de los conocimientos propios del sexo y de los que tengan el carácter general.

Por eso tuvo la mayor decepción de su existencia cuando se convenció de que, á pesar del interés de Vespucio y de sus antiguas amigas, unas costureras de la calle de Pelayo, no pudo

ganarse ni siquiera un triste jornal, pues en la camisería donde la colocaron por primera vez y en el taller de modista que le buscaron luego, dijéronle claramente que necesitaban oficialas impuestas en aquella clase de labores, no simples aprendizas. Pensó dedicarse á dar lecciones de primeras letras, pero las clases humildes tienen maestras gratis, y para las que pudieran pagarlas carecía de títulos académicos.

Más de un mes pasó corriendo de ceca en meca tras el soñado jornal de dos pesetas, y sabe Dios lo que hubiera sufrido á no sufragarle Andrés los gastos de manutención y demás accesorios en casa las costureras.

Lo que *Malacañota* no podía comprender, á pesar de sus cavilaciones, eran los móviles que guiaron á Vespucio á proteger las calaveradas de Germinal; aquello de la solidaridad resultaba risible, ridículo en hombre tan dispuesto á la farsa como aquél. ¿Sería por amor? Esta sospecha sí que le hizo daño, por eso decidió vigilar á la joven discretamente.

No; ni el deber de fraternidad ni el amor impulsaron al pseudo mártir á ponerse del lado de Germinal; el deseo de mortificar al forastero sería más probable, pero si algo había de esto último, lo que más contribuyó al hecho fué cierto feliz proyecto que llevaba en el magín, para cuya realización contaba con el valioso con-

curso de Germinal. Más adelante veremos si por fin se hizo carne la idea del elocuente golfo.

Sucesos de más importancia, por ahora, reclaman nuestro cuidado; en primer lugar, la vuelta de la hija descarriada junto á sus padres.

No hubiera claudicado, porque su terquedad era clásica, de Aragón, pero veia largo el aprendizaje de cualquier oficio y le molestaba que Andrés se desprendiese por ella de la mitad de su jornal sin obligación. Además, allá en su interior echaba de menos los mimos y cuidados de sus padres, las comodidades de su casita y la frecuente lectura, libre de preocupaciones.

Se dejó convencer por Andrés; durante su paseo diario por las afueras de la ciudad y prévias las negociaciones y embajadas consiguientes, le dieron sus padres el abrazo de perdón y ella su palabra de no disgustarles en lo sucesivo. ¡Si el embajador hubiera podido leer en lo porvenir las consecuencias de su honrada y leal conducta!

El segundo acontecimiento de importancia en el órden cronológico de estos sucesos fué la suspensión del cargo de viajante que el infeliz D. Jacinto tenía en la casa comercial de Forquet. Le dijeron al despedirle que estaban satisfechos de su celo, de la honradez que había desplegado en los negocios, que no quedarían reñidos con él, pues se le apreciaba mucho en aque-

lla casa, pero... las campañas de Carlitos en la *Reivindicación*, las ideas socialistas que tenía, los escándalos de la *Carmañola,* molestaban á la *señora* consocia, y como suponía difícil la rectificación de conducta de Carlos y las retractaciones consiguientes, era preferible que dejase el cargo á que se alterase la paz en ambos hogares, en el de Forquet y en el de Don Jacinto.

Ni supo, ni pudo, ni quiso contestar el buen viajante. Con el temor de que con el gran golpe recibido le repitiera el ataque apoplético, en cuyo caso los resultados serían fatales, hizo un esfuerzo sobrehumano para tomar la noticia con relativa calma y salió á la calle, no sin que se tambalease como un borracho.

Se tomó una buena dósis de agua de melisa, y se metió en la cama como precaución, por miedo, pues le parecía dificil que su frágil naturaleza saliese victoriosa del tremendo golpe recibido. Pero la muerte no tolera jamás entrometimientos en sus determinaciones: artista consumada, quiere gozar con lo inesperado, y dejó por aquella vez á D. Jacinto; ya vendría cuando no tuviesen la inocencia de aguardarle.

Ni Carlos, ni Andrés, ni nadie supieron lo de la cesantía; ¿cómo justificarla con aquellas sandeces de Forquet? Nadie que tuviera buen sentido lo creeria; quizá se la explicasen por descuidos ó faltas en los deberes del viajante, y la verdad,

resultaría deshonroso semejante supuesto. Motivos de muy diversa clase requerían también el silencio: la deplorable situación financiera de la casa. Carlitos ganaba poco, y mucho de lo que ganaba, la compra de libros lo consumía; sin libros ni se piensa, ni se escribe, ni se estudia; ¿cómo decir al muchacho qae por culpa de sus ideas había un sueldo menos con que contar? No, que lo ignorase, más adelante ya lo sabría. Mientras, D. Jacinto, con ayuda de las buenas amistades, sustituiría parte del déficit con otras entradas, así le costase pasar las noches de claro en claro y los días de turbio en turbio.

Libre de la preocupación del segundo ataque, ya juzgó del caso reflexionar y tomar determinaciones por la canallada de Forquet. ¿Tendría que dejarla impune? De ninguna manera. Los odios contra las injusticias sociales, contra la ruindad de las criaturas, iban arañándole las entrañas; desde las delicias de una regalada posición, sin merecerlo, ni dejar de tener amor al trabajo, los hombres iban empujándole sin compasión hacia el abismo. Familia, deudos, amigos que recibieron beneficios de sus padres, todos, cuál más, cuál menos, habían contribuido á revolucionar sus ideas de tal modo, que del hombre de ayer, partidario de que la historia retrocediese varios siglos, al de entonces, flagelado por

todo género de sinsabores y desengaños, mediaba la vida de un dólmen megalítico.

Pues bien: la persona Forquet representaría desde aquel instante para D. Jacinto la humanidad con sus vicios, con sus caprichosas veleidades é injusticias, con sus virtudes de oropel, con sus carnavales perpétuos en todos los órdenes del vivir; le mortificaría sin piedad, ocultándose para ello en la sombra como perseguido criminal; recibiría, cuando menos lo esperase, todo género de golpes y de agravios en su persona y bienes hasta que le aniquilasen todas aquellas misteriosas persecuciones, que no terminarían sino cuando la muerte tuviera compasión del perseguidor ó del perseguido.

Tres días después, á las dos de la madrugada, cayeron hechos trizas los cristales de uno de los balcones de casa Forquet; un par de piedras arrojadas por certera mano causaron el destrozo. Lo propio sucedió, pero á distintas horas y con intervalos de tiempo diferentes, dos veces más.

Una mañana, cuando el comerciante cogió los periódicos, pudo leer en la primera plana una esquela mortuoria que le puso fuera de sí. Tras el tratamiento de excelencia, se leía el nombre y los dos apellidos de la rival de Bernarda, suponiéndola mujer de Forquet, y añadiendo para colmo el aditamento, «antes de Gutiérrez»—su difunto marido.

La presunta casa mortuoria se llenó de personas de buena fé que no estaban enteradas de lo sangriento de la esquela, y los que lo sabían rieron á costa del burlado, por más que protestaran públicamente de la terrible broma.

Forquet y los amigos se propusieron encontrar al culpable; la justicia y los mismos periodistas mostraron interés en el asunto; pero tantas precauciones tomó el autor de aquellas diabluras y tal maña tuvo para despistar al propio Forquet, á quien visitó con aquel motivo, que por fin se dieron todos por fracasados y vencidos.

Pero el implacable D. Jacinto, satisfecho de su facundia, descansaba durante varios días y después ponía en práctica venganzas nuevas, burlas inauditas.

¡Los recursos que tuvo que emplear para que Carlos no sospechase lo de la cesantía! Temprano, casi de noche, marchábase al Grao con los documentos y el papel para copiar, y encerrado en cualquiera de los bodegones ó tabernas del puerto, trabajaba como un negro, sin hacer otro gasto que el de un pedazo de bacalao y un vasito de vino. Después, á pie, regresaba debil á casa, diciéndoles á Carlos y al forastero que venía de Catarroja, de Picasent, de Puzol, de cualquier población de la que fuera posible regresar el mismo día.

Carlos, sujeto como un esclavo á las tareas

ímprobas de periodista, no estaba en casa más que las breves horas de la comida y las cortas del descanso; parecía huesped en su propio domicilio; con la obligación de ocuparse de todas las cosas por triviales que fuesen, tenía que descuidar al pobre viejo y también su propia salud, harto quebrantada.

Pero con ser tan abrumador su trabajo, tan imposible su vagar, lo que más sentía era tener abandonadas sus aficiones literarias y artísticas; ¡con qué dolorosa resignación veía malograrse sus facultades! ¡Con qué pena dejaba de saborear las bellezas que los grandes maestros ponían en sus obras! Hay algo en el periodista que debe inspirarnos sincera piedad: el que, nuevo Tántalo, tenga junto á sus labios diariamente las aguas purísimas del arte y que haya de renunciar también diariamente á beberlas; tamaño sacrificio bien puede absolverles de cuantos errores puedan cometer...

XXV

El compañero *Muerte* quería decir algo á *Matacañota*.

Cuando estaban solos le miraba con fijeza, como si fuese á preguntarle cualquier cosa, pero desistía y continuaba la tarea de pegar las fajas de *La Carmañola*. Si Andrés, por casualidad,

se quedaba en casa leyendo, *Muerte* no hacía más que pasar por ante su amigo, detenerse un segundo y seguir su camino.

Por fin, Andrés adivinó algo extraño y anormal en la conducta de su compañero, y una de las veces en que con más fijeza le miraba, le dijo repentinamente:

—¿Qué me quieres decir, *Muerte*? ¿Qué te pasa?

Vaciló el interrogado, y con un miedo que no podía disimular, contestó:

—Bueno, pues que... me caso muy pronto.

—¡Que te casas! Pero ¿te has vuelto loco, *Muerte*?

—No sé; lo que sí quiero es que tú seas... padrino de la boda.

—Vamos, tú es que has decidido matarte y no te atreves á decírmelo claro; pues bien, ya te he dicho no sé cuántas veces que el suicidio es una solemne cobardía y que no estás sólo en el mundo, por cuanto me tienes para todo á tu disposición como si fuese tu hermano.

—Si dudas, ven esta noche conmigo y conocerás á la novia y también á la madrina.

—Pero ¿te casas legalmente, con todas las formalidades?

—Con curas y todo; la madrina lo quiere...

—Y ¿quién es la poderosa madrina, se puede saber?

—La criatura más buena del mundo. Ya la conocerás á la noche.

Con la natural curiosidad, Andrés, acompañado de *Muerte*, se dirigió al barrio de las Escuelas-Pías, donde la novia tenía su domicilio; uñ piso bajo tan húmedo como palafito lacustre, compuesto de zaguán con pozo y cocina, un tétrico pasadizo con dos alcobas y corral como la palma de la mano.

La futura de *Muerte* vale más no describirla; dadle á cada órgano los defectos y proporciones necesarios para que resulte lo que llamaremos la perfecta imperfección, pegadlos á un cuerpo desgarbado, cenceño, roido por la tísis, siervo del alcohol, y sobra retrato.

La *Sultana* puso en comunicación aquellos dos séres tan sin ventura, consonantes que la casualidad colocaba frente á frente, que no podían rimar con ningún otro. *Muerte*, nacido para carne de presidio por el abandono en que la humanidad le tuvo, se libró de su fatal destino gracias á la incorruptible salud de su alma.

Tona la lavandera, carne de lupanar, llegó virgen al ocaso de su vida porque le repugnaba conceder al vicio brutal lo que el amor jamás le pediría... Seres como estos que no deben á los otros ni una mirada fraternal—átomos que flotan en el vacío eternamente sin que los solicite la universal cohesión,—y el crimen ó el vicio no les

mancilla, tienen derecho á que se inscriba su nombre en esa larga serie de santos, de mártires y de héroes de todas clases á quienes hace más grande la misma obscuridad en que reposan.

Poco trabajo costó á la *Sultana* convencerles. Sabía las ansias de amor y de hogar de su amigo *Muerte*, los anhelos de ternura y de solicitud de Tona, el hastío de la vida de ambos, la necesidad mútua que tenían de cuidar sus cuerpos agotados y enfermos. Garantizó á cada cual la buena conducta y la honradez del otro, y prestada la conformidad, corrieron por su cuenta las necesarias gestiones para el matrimonio civil y canónico de aquellos desgraciados. Una dama caritativa puso al servicio de la *Sultana* toda clase de influencias para salvar cuantos inconvenientes pudieran presentarse. Los padrinos ya los tenía pensados: ella y su paisano *Matacañota*.

La ceremonia se verificó muy temprano en la parroquia de San Juan, sin acompañamiento. ¡Lástima que uno de esos artistas que reciben impresiones de arte, donde los demás ni lo sospechan siquiera, no presenciara la ceremonia nupcial! Aquel cuadro, formado por masas de sombra rasgadas por la luz *silenciosa* de las velas y recogida, principalmente, por las cuatro personas de tan distintos aspectos, podría muy bien titularse Crepúsculos.

Desposados y padrinos pasaron el día en Al-

boraya, en la barraca donde vivían unos paisanos de Andrés. Allí comieron una *paella* bien condimentada, y por la noche regresaron á la capital.

¡Qué hermosa estaba la *Sultana!* Para solemnizar la boda se había puesto sus mejores galas, y en el campo, á plena luz, en un día primaveral, cuando la belleza se derrama pródigamente, aquella mujer parecía la forma lanzando un reto á perfumes y á colores.

Sí, muy hermosa, pero no le servía sino de mortificación su hermosura. Para regocijo del hombre preferido no le aprovechaba; para las impertinencias y asedios de los demás, le aprovechaba con exceso; de manera que lo que tenía que ser un envidiable patrimonio, resultaba lastimosa carga.

Todos estos corolarios se desprendían de cuanto le contó á *Matacañota* durante las horas que permanecieron juntos.

Estuvo muy poco tiempo en casa del opulento aristócrata. La servidumbre femenina le declaró guerra sin cuartel, seguramente porque su espléndida hermosura, la distinción innata de sus modales, la humildad sincera de su carácter, hacía daño. Molesta siempre lo que se juzga superior; quien asegure que la igualdad es el ideal de los seres humanos, no los conoce bien.

La Sultana tuvo que salir de allí cansada de

tanto chisme; carecía de alientos y de paciencia para luchar contra todas aquellas envidias insidiosas y rastreras.

Tampoco permaneció muchos días en otra casa más humilde que le buscaron. La compañera única que tenía se portaba muy bien, era labradora como ella, pero de la huerta de Valencia; se pasaban de buenos los señores y sus hijos, pero el mayor de ellos, un estudiante de veinte años, listo, buen mozo, vehemente, se enamoró de la Sultana de manera que hasta tuvo la poca prudencia de pedir á sus padres permiso para tener amores formales con ella, creyendo el infeliz que con este paso conseguiría que se le correspondiera. La contestación de los padres puede suponerse: dar al instante los pasaportes á la nueva frustrada.

Más peregrina fué la causa por que se los dieron en otra parte. Todo eran hembras: madre, cinco hijas candidatos al matrimonio y dos sirvientas, sin contar con la *Sultana*. Sucedió que las dos ó tres veces que tuvo que salir con las señoritas, por los sitios céntricos por donde pasaban sólo se oian frases como estas:—Mirad, un sol y varios candiles.—¡Quién pudiera ir acompañándola como *esas!*—Señores, ¡qué mujer!

La mamá de los cinco pimpollos no tardó en despedir á la que sin querer les hacía la competencia. Y cuando *Amparaos*, sorprendida por la

determinación, preguntó á la señora qué motivos tenía para despedirla, le dijo francamente que... ¡por demasiado bonita!

Por altas recomendaciones obtuvo después la plaza de sirviente de un canónigo pacífico y viejo, cuya casa consideró la *Sultana* como refugio contra toda clase de pasiones, envidias y peligros. Tampoco pudo permanecer allí más de ocho días; contrariado el canónigo por los comentarios de los vecinos y de muchas de sus hijas espirituales, no tuvo más remedio que sacrificar á la hermosa labradora.

Por allá donde iba tenía que sufrir con paciencia miradas impertinentes ó lascivas, que tolerar piropos de todas clases, desde los que inspira la gracia levantina y meridional, hasta los que nacen de los más bajos instintos; siempre llevaba detrás tenorios callejeros, amadores expontáneos, y transeuntes que disimuladamente regocijaban sus sentidos ante las múltiples turgencias detalladas al andar por los músculos en tensión y por la estrechez de los vestidos.

Cuando salió de la última casa, la del prebendado, quiso probar á ganarse la vida de otra manera, y después de consultarlo con Tona, su amiga desde que vino á Valencia, decidieron vivir juntas y que *Amparaos* se dedicase á coser y á remendar ropa blanca. Tal era en resúmen la historia externa de la madrina de *Muerte*; la

historia interna no había sufrido variación: continuaba queriendo con africana tenacidad al hermano de Loreto. Tras él vino del pueblo, sin esperanza, porque ni puso los medios para que se la dieran, ni la persona que podía dársela sospechaba ser objeto de una pasión tan grande como aquella.

Pero lo que no le podía nadie negar era que hiciese voto solemne y firme de consagrar por entero al hombre que amaba todas las horas de su vida. Como la madre, velaría por él, principalmente, durante las horas tristes; como hermana, procuraría que no le faltasen esos cuidados relativos al orden y pulcritud en todos los menesteres caseros; el amor de esposa, la fiebre de la fiel amante lo guardaría con grillos en la cárcel de su alma, de donde no saldrían sino para embellecerle los sueños, como salen las esclavas del gineceo para distraer las nostalgias de la favorita.

Consecuente *Amparaos* en sus propósitos de prodigar á *Matacañota* cuidados familiares, se aprovechó de los buenos servicios de *Muerte* para que todas las semanas recogiese y le llevase la ropa sucia ó rota de su compañero, sin decirle nada, por supuesto.

También tenía orden de avisarla tan pronto Andrés enfermase ó le sucediese cualquier accidente.

Hasta el día de la boda de Tona y *Muerte*

nada supo de las relaciones de Andrés con Germinal; pensaba, sí, que tarde ó temprano se realizarían, pero no tan pronto; conocía el carácter reservado y frío de su paisano, lo que meditaba las determinaciones, su cortedad ante las mujeres, y pensó que aún tardaría mucho en declarar su cariño. Por eso, al participárselo Andrés confidencialmente, sintió como si unas manos de hierro le oprimiesen la garganta; no importa que las penas sean más ó menos esperaradas y que preparemos el ánimo para recibirlas; al azotarnos con sus verdascas llenas de espinas, brota siempre sangre, y el dolor es tan intenso como si nos le causaran inopinadamente.

Los sollozos de *Amparaos* se confundieron aquella noche con las satisfacciones íntimas, aunque tardías, de *Muerte* y Tona, cuyos cuerpos, condimentados ya para el sepulcro, sólo tomaron del amor lo que tiene de más racional: el convencimiento mútuo de que encontramos un alma gemela que descansa en la nuestra y que usufructuaremos con seguridad, mientras aliente y viva en la caja de barro que la encierra.

Pero á la *Sultana* no le quedaba ni aún la más remota esperanza de lograr la recíproca espiritualidad del amor; no sólo su espléndida hermosura se marchitaría, sin dejar que nadie aspirase la suprema ventura de sus aromas, sino que ni siquiera la gratitud premiaría la constancia y

firmeza de su cariño, por ignorarlo siempre quien supo inspirarlo.

—Ese hombre—pensaba—es de los que sólo quieren una vez en la vida; las traiciones, los desengaños, las burlas, nada podrán contra su querer; su corazón, si Germinal lo abandona, dejará de servir para el amor, como ya no sirven las naranjas sin jugo. ¡No sabes lo que tienes, afortunada mujer! Házmelo feliz, porque si no... soy capaz de abofetearte allá donde te encuentre...

XXVI

Carlos estaba muy ocupado con la proximidad del primero de Mayo. Las sociedades obreras le habían hecho de la junta organizadora de la Fiesta del Trabajo. Y como una de las principales preocupaciones de la referida junta era procurar á toda costa la unión, aunque pasajera, de libertarios y socialistas, se necesitaba para la realización de semejante idea, mucho tacto, constante actividad y no distraerse con otro género de cuidados.

Lo principal del programa era la celebración de un gran *meeting* en el sitio designado con oportunidad, á cuyo acto asistirían todas las sociedades obreras de la capital. En dicha reunión se discutirían las peticiones de los proletarios á los Poderes públicos.

Dionisio Martínez era el presidente de la Sociedad de albañiles titulada «La Unión», y á ella pertenecia también Andrés en calidad de secretario; pero desde las protestas de los trabajadores por haber despedido sin justo motivo al oficial cuya plaza ocupó *Matacañota*, las relaciones del contratista con sus compañeros eran tirantes, más, cuando á despecho de la general opinión hizo, como se ha dicho, secretario de la sociedad al intruso.

Todos lo notaron: Martínez ya no tomaba con aquel antiguo interés las cuestiones obreras; raras veces su voz se oía en las reuniones periódicas; iba poco al Casino, y cuando iba no tronaba contra capitalistas y gobernantes con aquel fervor y aquella pasión de los antiguos tiempos. Unos decían que la causa de sus frialdades era la conducta que el comité del partido habia seguido con él, no mandándole como delegado regional á determinado Congreso; maliciosos que nunca faltan aseguraban que las prosperidades tenian la culpa de su débil entusiasmo por el partido. Despreciaba el interesado las habladurías, afirmando que los fervores por la defensa de los humildes seguian en su alma, pero las crecientes ocupaciones y los viajes contínuos á la linea férrea en construcción no le dejaban vagar un momento. Cerca de las grandes cuadrillas de trabajadores, y en los pueblos que visitaba cum-

plia su misión de propagandista de las ideas redentoras.

Los buenos oficios de los periódicos obreros, especialmente de *La Reivindicación*, y las gestiones de la junta organizadora de la gran fiesta del trabajo, fueron inútiles; los libertarios no querían sumarse á los socialistas ni aún en fecha tan solemne. Cada cual que celebrase sus *meetings* y meriendas donde tuviese por conveniente; si no, peligraba la tranquilidad y sereno desarrollo del acto, por intemperancias de las minorías turbulentas de ambos partidos.

Amaneció un 1.° de Mayo tan hermoso, como si la primavera celebrase también su mejor fiesta. Desde muy temprano, grupos de obreros en traje de los domingos recorría la ciudad en todas direcciones. A pesar de que los demás habitantes hacían su vida ordinaria, saliendo á sus negocios, á compras y de paseo, sólo se tropezaba con obreros por todas partes, demostrándose con ello lo enorme de la gente que vive del jornal y las pocas veces que puede holgar la generalidad de los que le ganan.

Los grandes salones de la Sociedad obrera «La Unión» iban llenándose de gente; poco antes de comenzar el gran *meeting*, permanecer allí resultaba imposible; sillas, estrado, salón de lectura, billares, hasta la escalera, todo estaba lleno de socialistas y de curiosos. Fuerza de la

Guardia civil patrullaba por la calle para sostener el orden.

Ocupó la presidencia Dionisio Martínez, y muy cerca de él colocaron al representante de la autoridad. El compañero Lloréns se felicitó de que la Fiesta del Trabajo se guardase como el más importante de los deberes del obrero.

López, entre tempestades de aplausos, dijo que los burgueses querían acabar con los proletarios, como si fuesen pieles rojas, exigiéndoles un trabajo abrumador.

El compañero Torrente hizo votos para que llegue pronto el día en que desaparezca por completo el despotismo del capital y ese funesto tuyo y mío que convierte á los hombres en salvajes.

Otros pidieron casas higiénicas para los trabajadores, desaparición del impuesto de Consumos, cajas de retiro, funciones gratuitas semanales en todos los teatros, franquicia para viajar los obreros y obreras que tuvieren las fábricas y talleres á más de dos kilómetros de su domicilio; el *plus dominical*, ó sea la pequeña cantidad que debe añadirse al estipendio diario para que no falte al trabajador el que necesariamente pierde hoy los domingos.

Cuando hubieron terminado todos los oradores, se levantó Dionisio; le aplaudieron como protestando de los rumores que habían corrido de ser dudosa su asistencia.

Pero su discurso no tuvo las tonalidades vivas de los que le precedieron en años anteriores. Se declaró partidario de la evolución tranquila, sosegada, hacia el ideal; nada de tumultos, fuera las violencias, la batalla debía darse cuando llegaran las elecciones; votos, muchos votos en las urnas para llevar compañeros al Parlamento, á las Diputaciones y á los Municipios. Así como el valor personal está descartado de las guerras modernas y se combate hoy con ecuaciones y problemas químicos, prescindan los societarios de alharacas inútiles y den á los gobiernos resueltos ya los altos problemas que han de ir modificando las humillantes condiciones del siervo del jornal.........

A pesar del grandísimo interés de *Matacañota* por oir el discurso de su amigo y maestro, abandonó el salón antes de que le terminase, por dos razones poderosas: la primera, porque no le hicieran hablar, y la segunda y más importante, porque acababan de decirle que Germinal estaba en el *meeting* de los libertarios con intención de tomar parte.

A paso lijero se trasladó al sitio donde celebraban su reunión aquellos. A codazo limpio pudo colocarse próximo al lugar donde aquella loca se encontraba, la cual le saludó con una burlona sonrisa y después con otra muy especial á Vespucio. ¿Qué significaban aquéllas sonrisitas?

El furibundo revolucionario, con ademanes descompuestos, dando puñetazos sobre la mesa, pidió la cesantía para Dios y el *in pace* para todos los códigos, esos códigos que hacen serviles á los pueblos. Con aire burlón hizo la crítica de los socialistas á lo Dionisio Martínez—no le nombró,—que confían en la eficacia del derecho de petición y del sufragio para lograr el advenimiento de la nueva era para los hambrientos; los tales socialistas, predicando esas tonterías, estaban á la altura de los imbéciles labradores —mirada de compasión á *Matacañota*—que confían en la pronta lluvia, tan sólo con pedirlo y pasear los santos por el pueblo...

Cuando terminó Vespucio su furibunda peroración entre las manifestaciones de complacencia de la multitud, hizo á la novia de Andrés cierta seña, y la muchacha, como si de antemano la esperase, con resolución se dirigió al estrado. Los aplausos delirantes duraron varios minutos. *Matacañota* no sabía lo que le pasaba; las intenciones del bandido de Vespucio eran ya claras: explotar los sinceros entusiasmos de la joven, alistarla bajo sus banderas y... hacer más beneficiosos sus viajes de propaganda por los pueblos; ¿lo conseguiría?

Por de pronto, Germinal debutaba y ¡de qué manera! Las diatribas de Vespucio contra todo lo existente, resultaban bombones de chocolate

comparadas con las que salían de los purpurinos labios de la nueva Luisa Michel; pero lo que le hizo á su novio salir de sus casillas y al público romper en atronadoras exclamaciones de entusiasmo, fué la defensa que hizo del amor libre. ¡Cuán hermosa estaba con los ojos brillantes, coloreadas las megillas, erguida en la tribuna, revueltos los ensortijados y crespos cabellos!

El amor—decía,—como nace libre, no se le debe privar de la preciosa libertad; que viva, que se manifieste, que desaparezca, sin que las rancias preocupaciones le salgan al paso. Reíos, mujeres, del falso pudor que os impide confesar lo que es la honra del corazón humano y el más preciado tesoro que nosotras poseemos... Quien se asuste del amor libre, demuestra que sigue las ideas vulgares que de él se tienen, porque, lejos de ser rémora de la dicha, libre cambio de apetitos y concupiscencias, herirá mortalmente á la infidelidad, regularizará las funciones de la vida, dará vigor á la raza, los hombres dejarán de ser tiranos y las mujeres sacudiremos el yugo de nuestra injusta y antirracional exclavitud...

Terminó Germinal; nuevos aplausos la hicieron sonreir enseñando aquellos dientes blancos y menudos que vendían simpatías; Vespucio se levantó del asiento apretándole la mano con efusión; Andrés no pudo más: sin saber á lo que

se exponía, pidió balbuciente la palabra, se la concedieron, subió al estrado, y sin temor ni consideración á que no había jamás hablado en público, se dispuso á verificarlo.

Las verdades le subían del corazón á los labios; sabía que la concurrencia le era francamente hostil, que quizá no le dejasen terminar, pero comenzó diciéndoles que ni en los discursos de la comunión socialista, ni en el de aquella, y regularmentc en ninguno de los que se estarían pronunciando en toda España, se acordaba nadie de los labradores del campo, tan hermanos como los demás obreros del universo; que mientras los proletarios industriales de todos los países holgaban en virtud de una hermosa solidaridad, los labriegos estarían trabajando aquel día tan duramente como los demás, lo cual probaba, no un menosprecio de las grandes conquistas societarias, sino una miseria mayor y un oficio sujeto á peores condiciones que la generalidad de los existentes. No desconocía, lo declaraba con nobleza, que la ignorancia, la mudez, la indiferencia de los obreros agrícolas eran culpables muchas veces de lo triste de su situación; más ¿para que les servían á los de las grandes capitales sus conocimientos y el éxito de sus conquistas? Que fueran á los pueblos, no á predicar utopias y salvajes egoismos, sino sencillamente á difundir las ventajas de la organización, los

deberes de solidaridad y el modo de solicitar de los gobiernos la paulatina mejora de sus necesidades. ¿Por qué admitís—preguntaba,—apologistas de la común acción, leyes como la de Accidentes del Trabajo, por ejemplo, que no favorecen por igual á todos los proletarios? Vuestra divisa debía de ser: iniciativas protectoras *para todos ó para ninguno*... Declaróse partidario ferviente de la igualdad de la mujer bajo todos conceptos, pero rechazaba por absurdas las ideas que la compañera Germinal acababa de esponer al hablar del amor libre. Jamás tan elevado sentimiento ha sufrido el yugo de la exclavitud; no son las leyes ni las preocupaciones las que lo falsean, es nuestra deplorable inferioridad moral, la podredumbre de nuestra naturaleza, y claro es, que para contrarrestar los impulsos de la bestia humana se hacen necesarias las formalidades y restricciones legales y las garantías del vínculo; ¿pues qué—decía,—vuestra soñada libertad absoluta para el amor, no puede ser causa también como la presente dependencia, de perpétuos dolores, de funestas injusticias, de podredumbres sociales? ¡Ay de la mujer, si vuestros principios llegaran á realizarse!; porque, por más que preconicéis su emancipación, ella, por un fatalismo inexplicable, se hará voluntariamente sierva cuando vuestras palabras, que el deseo hace irresistibles, provoquen incendios de

amor, que no suelen apagarse, como los vuestros, con la prolongada posesión ..

No pudo acabar Andrés; los murmullos que levantaron sus primeras palabras fueron acrecentándose al protestar virilmente del olvido en que tenían á sus hermanos campesinos; pero los murmullos se convirtieron en denuestos al rebatir las teorías del amor libre.

¡Fuera! ¡fuera! ¡que se calle ese cogulla! —se oía por todas partes, y como pronunciara palabras enérgicas haciendo constar su extrañeza de que no se le dejase hablar, precisamente donde más se blasonaba de amor á la libertad, gritos de ¡abajo el socialista! ¡muera el *llauro!*, coreados con grandes risotadas é imprecaciones, pusieron en peligro su seguridad. Pero él, altivo, valiente, sereno, mirando despreciativamente á todos, salió del salón, no sin que Germinal, colocándose junto á él, dijese á cuantos le rodeaban:—¡Que nadie le toque; cuidado, que nadie le toque!

Con las costureras de la calle de Pelayo se marcharon á casa; por la calle nada se dijeron que hiciese relación á lo sucedido, porque Andrés iba triste, sin contestar más que con monosílabos á las preguntas y felicitaciones que se le dirigían; pero en cuanto tuvieron ocasión, la misma Germinal prometió á su novio que no hablaría más en público, que le dispensara.

—Haz lo que gustes—contestó *Matacañola* resignado, como quien sufre por culpa de sus errores los males que recibe.

—Y ahora, mi Andresito, quiero dejarte un buen recuerdo de tu brillante *debut* oratorio; ahí vá... Se encontraban solos; miró la joven sonriéndose á uno y otro lado de la sala, y cogiéndole á su novio de las orejas, lo atrajo hacia sí y y depositó en sus labios un beso, largo, profundo, sentido.

No salió tan bien librada del enojo de su padre, quien después de prohibirle terminantemente que volviese á repetir la locura de aquel día, la llamó necia, mari-macho y pedantuela.

—Vas á lograr, Germinal, á fuerza de ponerte en ridículo, que abomine de mis propias ideas, pues con tus exajeraciones las escarneces.

Semejantes disgustos contuvieron las vanidades oratorias de Germinal una larga temporada.

XXVII

Por aquellos días recibió Andrés una dolorosa noticia. ¡*Purgatori* se había quedado ciego!

La desgracia, de ser tal cual se la comunicaron, era de trascendental importancia; de esas que necesitan llorarse con la familia. Creyéndolo así, pidió permiso á Martínez para marcharse al pueblo por unos días.

Era verdad al parecer: luz, seres y objetos se le ocultaban, según decía *Chimet*, tras un tapiz más negro que la noche.

La primera visita de Andrés fué para el enfermo; ¡qué tristísimo encuentro! *Purgatori* se arrojó á los brazos de su amigo, y allí, con una voz tan amarga como su pena, le dijo:—¡Ay Andrés, ya no te veré más!

Matacañota procuró consolarle; aquello sería tal vez un accidente pasajero, debilidad, cualquier cosa. Los oculistas hacen verdaderos milagros; los de Valencia le devolverían la vista. Le miró los ojos con atención y sólo pudo notar al tocarles una gran dureza como de bolas de billar; tenía las córneas empañadas, quieto el iris y las pupilas de un color verde obscuro.

También fué dolorosa la escena que tuvo con Loreto: ¡pobrecilla!, sus ojos, cansados de llorar, sí que parecían enfermos. Sus penas, las de ella, le importaban poco; sufría más pensando en las que su *Chimet* estaba padeciendo. Quedarse ciego en plena juventud, en el apogeo de sus fuerzas, sin bienes de fortuna, sin más apoyo que el muy débil de su anciana madre... No, que no le diese Andrés vanas esperanzas; los médicos del pueblo casi las habían perdido; el corazón, familiarizado con toda clase de amarguras, le decía que desconfiase, que temiese.

Convinieron en llevarle á Valencia, cuando

más pronto mejor, para que le viesen los mejores oculistas; quizá por medio de una operación quirúrgica podrían, si no curarle del todo, devolverle parte de la visión; con esto sólo se contentaban.

Loreto, la víspera del viaje, pues no se quiso quedar ni aún por temor á las habladurías del pueblo, pasó todo el día de hinojos ante la Virgen, puso en su altar dos grandes cirios y ¡sabe Dios las promesas que debió de hacerle si devolvían á *Chimet* la vista! Si no tuviera la religión otras ventajas, bastarían las esperanzas que proporciona cuando la incertidumbre nos agobia y la resignación que procura cuando la triste realidad nos aniquila.

Se trasladaron á Valencia la tía Ramona, Loreto, *Purgatori* y Andrés. De la Estación se fueron á la clínica oftalmológica recomendada por los médicos del pueblo. ¡Qué momentos de angustia los que precedieron á la inspección facultativa! ¡Qué terribles aquellos durante los que se celebraba el reconocimiento! Hay instantes psicológicos vedados á la pluma; detenerla modestamente resulta más eficaz.

El doctor les dijo que el caso era bastante grave, que pondría de su parte cuantos recursos le daba la ciencia para mejorar al enfermo; pero cuando *Matacañola* fué á pagarle sus honorarios, le dió una tarjetita para el médico del pueblo,

que abierta por la noche con disculpable lijereza por Andrés, decía:

«Confirmo el diagnóstico; su recomendado padece un glaucoma fulminante que considero incurable. La iridectomía la creo inútil.»

No satisfechos con el primer oculista, visitaron otros, y por complacer á la tía Ramona, que aseguraba que á veces vé là nevatilla más que el gavilán, consultaron á cierta curandera de la calle de la Carda; todos se comprometieron á trabajar con fé, pero nadie soltó prenda respecto á la curación.

Chimet y su madre regresaron solos al pueblo. Loreto quedó en Valencia, muy á pesar suyo, cediendo á los mandatos de su novio y de la tía Ramona; necesitaba distraerse, pensar en sus desgracias lo menos posible; cuando volviese *Chimet* á la clínica, marcharían juntos al pueblo.

Ni las travesuras de Germinal, en cuya casa se hospedaba, ni los recursos que Andrés empleó para distraerla, calmaron sus inquietudes y la triste visión de su porvenir. Carlos era quien menos pretendía consolarla, le inspiraban profundo respeto sus penas; siempre que sus ocupaciones periodísticas lo permitían, solía marcharse á casa Martínez á suspirar con la forastera.

—Carlos—le decía Germinal,—con esa cara fúnebre no venga; pues hombre, si parece usted un sauce llorón.

Todos los viajes de *Purgatori* fueron inútiles. Le operaron, prescribiéronle muchos remedios, como revulsivos y sangrías, pero la vista no se recobraba; por fin le desengañaron, y con la desesperación consiguiente regresó al pueblo junto con la hija del tío Pepe.

Ya estaban sentenciados: él, á no ver jamás la luz del sol, preso entre perpétuas tinieblas, á ser un trasto inútil, un estorbo viviente, á padecer hambre; Loreto, á renunciar á su felicidad, á que no la viese más que entre las brumas del recuerdo aquel hombre querido desde la niñez. ¿Había que abandonar forzosamente la idea del casamiento? Por desgracia, las condiciones de relativa pobreza de ambos hacían imposible aquel feliz sueño tan acariciado. Casarse con un hombre ciego, sin rentas, es condenarse y condenarle á martirios inacabables; la razón repugnaba semejante locura.

Caso como aquel pocas veces ocurriría en el mundo; quererse con todo el vigor de una juventud sana, vivir en perfectísimo acuerdo, con ánsias de unirse para siempre, contentos los padres, hechos los preparativos de boda, y sin embargo, renunciar á todo ello contra la propia voluntad; el destino tiene caprichos fatales; parece que de vez en cuando se complazca en abortar situaciones de una rareza inconcebible.

Todo el pueblo participaba del dolor de aque-

llas infelices criaturas; tenían fijas las miradas en las dos casas, la de *Chimet* y la de *Matacañota*, la del primero con especialidad, porque la pérdida de la vista significa para el pobre una situación peor mil veces que la muerte. Por eso cuando todo el mundo se convenció de que la ceguera de *Purgatori* era real y definitiva, sus amigos más íntimos se reunieron para ver de qué manera contribuirían á mejorar la situación del desgraciado. Fácil les hubiera sido recoger una pequeña cantidad mensual que sustituyese á los jornales que no podía ganar el pobrecillo, pero rechazaron el pensamiento por lo que tuviera de humillante y por la exigüedad de los recursos que llegarían á entregársele. Por fin, acordaron, con nobleza y desinterés fraternal, ir todos á casa *Chimet* y comprometerse formalmente á cultivarle gratis las tierras, después de pedirle al dueño que le rebajase los arriendos.

Reuniéronse los caritativos jóvenes en la plaza Mayor así que llegaron de la huerta casi de noche. Por todo el pueblo corrió como el rayo la noticia de las generosas iniciativas de los mozos; así es que al dirigirse hacia casa *Purgatori* sus amigos, la juventud más garrida de todas las clases sociales se unió también al grupo, pidiendo con entusiasmo la honra de dedicar sus personales energías en favor del compañero.

Las mujeres, al paso de la comitiva, salían

llorando á la puerta, y los hombres, emocionados, aprobaban con orgullo semejante prueba de fraternal piedad. Con sollozos, con abrazos, sin poder articular al pronto palabra, recibió *Chimet* el ofrecimiento; gracias, gracias á todos, él no merecia tanto bien; si fuera solo, sabe Dios que no consentiría sacrificios como aquellos; se ganaría la subsistencia confeccionando cordeles de pleita, y si no bastaban esos medios, los mendrugos que las almas caritativas dan bastan para nutrir un cuerpo que no trabaja; pero ¡tenía madre! la viejecita, débil ya para ganarse la comida, y por ella lo aceptaba todo; gracias, que la Vírgen no les diese jamás penas como las suyas.

Copla se destacó del grupo, diciéndole á *Purgatori* que, no sabiendo sino tañer la guitarra y cantar añejas trovas, tomaba con gusto á su cargo divertirle diariamente.

Cuando comenzaron á serenarse los conturbados espíritus de todos con el bálsamo del tiempo, *Chimet* mandó recado á su novia con la tía Chertrudis, diciéndole que deseaba tener una conferencia con ella.

Una vez estuvieron frente á frente y retirada con discreción de aquel lugar la tía Ramona, *Purgatori* comenzó suplicando á Loreto que tuviese valor para seguir la conversación hasta darle fin, como mujer animosa y de sinceras virtudes.

—Tras dolorosas meditaciones—prosiguió,—conozco que tengo la obligación de ser el primero en decirte que nuestro casamiento es imposible. No llores, Loreto, nuestras lágrimas nada pueden remediar; no seamos chiquillos empeñados en desconocer la realidad de las cosas. Sería muy hermoso que tú, cegada por el cariño que me tienes, y yo, dejándome llevar del que te profeso, nos casásemos; ¿quieres decirme lo que sería de nosotros entonces? Yo te lo diré: nuestro primer día de casados, segura inauguración de penas: las mías, grandes por la imposibilidad de ver la dicha y el amor retratados en tus ojos; las tuyas, intensas también por faltarme la luz de los míos. Después más sufrimientos para tí, porque no bastaría tu constante trabajo para remediar nuestras miserias; desesperación para mí por no poder aliviarte las fatigas. Cuantos mayores motivos de felicidad nos diera el cielo, más honda sería nuestra pena; dime sino, ¿qué sufrimiento, qué martirio hay en la tierra que se pueda comparar al del padre que no puede ver las sonrisas del fruto de sus amores, y al de la madre que ha de ocultar las gracias de sus hijos para no recordar sus desventuras á quien les dió el ser? Y siempre así, querida mía, sin la esperanza que alivia, ni siquiera con la incertidumbre que alienta...

Loreto lloraba, lloraba rendida por la lógica

del razonamiento de *Purgatori;* tenía razón, pero renunciar á él era morir para la felicidad.

—Todo estoy dispuesta á sufrirlo, porque cuanto me dices no será ni sombra de lo que padeceré si no vivo á tu lado.

—Pues bien: perdóname Loreto, pero rechazo tu sacrificio, no pienses que sea tan egoísta que te condene á vivir como una pobre de solemnidad. Mereces ser dichosa, no tengo derecho á robarte los goces de la vida.

—¿Para qué los quiero, si no proceden de tí?

—Mira: si deseas que no viva desesperado, que no me mate la tristeza, sigue mis consejos. Yo seré tu amigo, tu hermano, pero tu esposo debe ser otro.

—¿Casarme yo?

—Debes casarte por el bien de tu familia, por tu porvenir. Hay un hombre superior á mí que te quiere; no le desprecies...

Acabaron por echarse los dos á llorar y porque la tía Ramona les acompañase también, diciéndoles:

—Has dicho la verdad, *Chimet,* y quien la dice, ni peca ni miente; rico es quien está bien con Dios. Y tú, Loreto, hija mía, ya sé que donde hay pasión hay dolor, pero la pasión no quita conocimiento; piensa que en este mundo arrastrado, ni hay un bien cumplido ni un mal aca-

bado, y que más vale un por si acaso que un ¡quién pensara!

Los mismos argumentos que *Chimet* empleó el tío Pepe cuando tuvo que hablar con su hija del asunto.

—Ya sabes—añadió—mi grande satisfacción al comunicarme las relaciones con *Purgatori*; ¡yo mismo señalé plazo breve para vuestro matrimonio!; por eso mismo comprenderás que al decirte hoy que resultaría funesta locura, no me inspira sino el propio interés de los dos.

Las personas de la familia, las de mayor intimidad, el señor cura, todos encontraron muy puesto en razón que Loreto desistiese de aquel funesto matrimonio. Del propio Andrés recibió una carta diciéndole que la mayor prueba de cordura que podía dar, era no casarse con aquel desdichado; si fuese rica, sería un deber realizarlo; siendo pobres los dos, era una virtud el desistimiento.

También recibió con sorpresa por aquellos días la siguiente carta de Carlos:

«*Loreto: Si á costa de mi porvenir y de mi dicha pudiera remediar la profunda pena que sufre, tan grande sería mi satisfacción como su contento. No conozco las orientaciones que se propone seguir ni me permito aconsejarle tampoco ninguna; cualesquiera que sean, no creo que la mortifico, ni la molesto confesando que me honro*

queriéndola desde que tuve la suerte de apreciar, durante mi estancia en esa, la distinción exquisita de su alma.

Si algún respeto merecen estos mis sentimientos hacia V., que á nada la obligan, perdonándome la impertinencia de manifestárselos quedarán agradecidos con exceso.

Carlos.

Aunque nada práctica Loreto en estas sutilezas de concepto, poco trabajo le costó comprender el verdadero sentido de la carta; era, más que declaración, un discreto aviso para lo porvenir; reclamaba derechos de prioridad, caso de que las circunstancias la obligasen á pensar en el matrimonio.

Lo sentido y respetuoso de su redacción lograron que no produjese la carta el efecto deplorable que de otra manera hubiese causado, teniendo en cuenta lo reciente de la herida y lo peligroso de aquellos momentos de sobreexcitación pasional.

Rasgó el papel en menudos trozos, proponiéndose guardar el más absoluto silencio acerca de su contenido; pero durante las horas de insomnio, cuando nuestro espíritu interroga, divaga y recuerda, pensó si Carlos sería el hombre á quien *Purgatori* supuso prendado de ella.

XXVIII

El implacable D. Jacinto continuaba la guerra sorda contra Forquet. Cuando se le presentaban coyunturas favorables para seguir mortificándole, lo hacía de buen grado, sin que la compasión debilitase su firme voluntad. No le perdonaba; tampoco tuvieron compasión de él, del pobre cesante, los que contínuamente, desde sus mejores años, le hundían en la miseria sin considerar que no pedía sino trabajo, trabajo constante para poder proporcionarle á su querido Carlos medios que le hiciesen grata la vida y risueño el porvenir.

No podía remediarlo; para Forquet eran sus odios, en él se acumulaban cuantos recogió su alma durante la triste peregrinación por la vida.

Cuando mejor día era, como por ejemplo, festividad de San José, víspera de Navidad, santo de Bernarda ó de la viuda, caían hechos trizas los cristales del mirador ó los de las vidrieras del balcón; aparecían embadurnadas con alquitrán las puertas de la calle, recibía por el correo cartas injuriosas y sus mujeres anónimos delatándoles aventuras supuestas ó reales del catalán.

Una noche supo que acababa de morir la viuda, de una afección cardíaca, y se dispuso á

jugarle al comerciante la treta más original y pesada de todas las de la serie. Recordó, á propósito de aquella muerte real y efectiva, la que de la propia viuda supuso con la publicación de la falsa esquela mortuoria, y se aprovechó de la desconfianza natural de las empresas periodísticas, haciéndoles omitir, á pretexto de que era nueva falacia, la publicación de la esquela que al efecto se mandó á todas las redacciones por el propio Forquet participando la defunción y la hora del funeral y entierro.

Con el dolor y el tragín consiguiente, nadie se preocupó en aquella casa de leer los periódicos. En vano esperaron que los amigos y parientes lejanos acudiesen á las cuatro de la tarde á la casa mortuoria; sólo fueron los más íntimos y el propio autor de la jugarreta, que se deshizo en ofrecimientos y pésames por tan irreparable pérdida para *la familia*. Llevaron al Cementerio á la pobre viuda poco menos que como pobre de solemnidad.

El furor de Forquet era terrible, hubiera dado toda su fortuna por descubrir al autor infame de la burla; su desesperación no tenía límites; denunció el hecho á todas las autoridades, la prensa puso de nuevo el grito en el cielo, pero nadie pudo dar razón de quién y cómo era el que fué á las redacciones de los periódicos á retirar con indignación el original de la referida

esquela. Unos decían que el autor era rubio y bajo, que moreno y como espátula otros; y mientras el administrador de un periódico decía que el hombre misterioso era guapo como un sol, el encargado de otro porfiaba que su fealdad no tenía comparación.

El día del funeral se anunció de nuevo por el propio Forquet; acudieron los invitados á la parroquia, D. Jacinto entre ellos; pudo notarse que la concurrencia era extraordinaria. Los bancos estaban atestados, las sillas para las señoras se agotaron, sonó la campana de la sacristía y el celebrante y sus ministros se dirigieron hacia el altar. Apenas dió principio la misa, los concurrentes notaron que los señores del banco presidencial cuchicheaban, primero en voz baja, después algo más alto y que por fin se dirigieron todos disputando hácia la sacristía. Cuál no sería el asombro de la gente cuando el sacristán fué diciendo de grupo en grupo que el funeral no era para la señora viuda de Gutiérrez, sino para otro difunto, pues á instancias del señor Forquet se había dejado aquel para el siguiente día...

¿Cómo se las arreglaba D. Jacinto para salir airoso de todos aquellos enredos? Como es largo de explicar y necesitamos el tiempo para cosas de más substancia, baste saber que el vengativo cesante solía tener colaboradores discretos de distintas calañas, y que para imaginaciones

ricas y despiertas como la suya, no es difícil la realización de burlas tan ingeniosas.

Como todavía se ignoraba por todos los de casa que ya no estaba Don Jacinto colocado en la de Forquet, le rogó *Muerte* que pidiese á la señora de su principal trabajo de costura para la *Sultana*.

—¿Es bonita?—díjole con intención Don Jacinto.

—Como la Virgen, y tan buena como bonita.

No necesitó más el ex-viajante para ver en lontananza nuevos ardides de guerra contra su antiguo principal. ¡Buena y bonita!, magnífico; del carácter mujeriego y vehemente de Forquet podía esperarse que pondría inútil cerco á la virtud de la costurera, y que la decepción haria sufrir al incorregible sátiro disgustos y quebrantos económicos.

A la hora en que creyó que estaría Forquet en casa con su mujer, se presentó allí con la *Sultana*, la cual, como puede suponerse, no tuvo que rogar mucho para que se aceptasen sus servicios. Poco á poco fueron dándole más días de trabajo, y la que comenzó siendo costurera, terminó por encargarse paulatinamente de la dirección de los menesteres domésticos, hasta que lograron los esposos Forquet que se quedase allí con un sueldo superior al que hasta entonces había ganado.

Mientras Don Jacinto maduraba planes ven-

gativos, seguia la suerte maltratándole y trabajando él con un afán superior á su resistencia. Notarios y abogados dejaban de proporcionarle faena porque ya tenía la letra temblona; por la misma razón cesó de copiar piezas de música— para lo que siempre tuvo felices disposiciones;— cegada tal fuente de ingresos, los sustituyó con otros nuevos más pesados para él, se hizo repartidor de periódicos de la noche y pasante de una escuela de niños. Además le llevaba los libros á un abacero de las afueras.

Con tan humildes empleos lograba mayores ganancias que el abogado-periodista, cosa que no extrañará nadie conociendo lo improductivas que suelen ser las tareas literarias en todas partes; porque si en España cuecen habas,—*¡sapientísimos* desacreditadores de aquende los Pirineos!—en otras naciones las cuecen á calderadas.

Los seis años de Universidad, amén de los cinco del bachillerato, de poco le servían á Carlos, pues de los pleitos sólo viven las eminencias, las honradas medianías y los asalta-clientes y rapa-negocios que hacen puñal del Código, encrucijada del procedimiento y que todas sus habilidades se reducen: á poner litigios contra las personas honradas y de posibles para lograr transacciones, merced al temor que inspira la pérdida de la tranquilidad y del dinero. Las

ideas del letrado socialista no eran tampoco gran reclamo, dada la cruel intransigencia en que vivimos, para tener asuntos que dejasen algún rendimiento.

Comprendiéndolo así, las ilusiones de su padre decrecían, pero sin desaparecer por completo, gracias al óptimo concepto que tenía de las aptitudes y suficiencia de Carlos y á la esperanza de que terminasen por fin en su hijo las desdichas de la familia. Por eso sufrió una decepción más al comunicarle Carlos sus intenciones con respecto á la hija de *Matacañota;* le parecía desacertada la idea, no porque considerase á la muchacha sin méritos para ser buena esposa, sino porque los medios de fortuna y carencia de relaciones sociales de los *Matacañota* no permitirían á Carlos el necesario reposo para dedicarse á trabajos menos apremiantes y de mejores resultados económicos. Además, ¿no recordaba que la joven estaba muy enamorada de *Purgatori,* y que dadas sus bondades, la misma desgracia del prometido recrudecería la vieja pasión?

Estaba todo bien meditado; la mujer, según Carlos, ha de debernos *toda* su felicidad, incluyendo en ella el pan que se come, porque de lo contrario, el hombre digno vivirá en perpétua humillación, enemiga del íntimo bienestar.

Era también muy cierto que Loreto quisiese

con todo su inmenso corazón á *Purgatori,* ¡no faltaba más!; pero no era menos seguro que desgraciadamente no se casaría con él, en cuyo caso, conquistar palmo á palmo aquél cariño resultaba tarea difícil pero meritoria y noble. La gratitud ha esclavizado más mujeres que las restantes seducciones, porque la engendran sentimientos que inspiran absoluta confianza.

Con todas estas razones, se dió D. Jacinto por enterado de la voluntad de Carlos, cuyas palabras eran para él evangelios, y se dispuso á trasladarse cuanto antes al pueblo de *Matacañota* para poner al corriente al tío Pepe de los deseos del letrado.

También se los participaron al hermano de Loreto, quien, desde luego, se ofreció con gusto á prestar á Carlos su valiosa cooperación, advirtiéndole que aquel negocio se había de llevar con cierta diplomacia.

—Mejor que con diplomacia, con lealtad—añadió Carlos.

Para no hacerse D. Jacinto sospechoso á Loreto y á su padre, se les presentó como de viaje por cuenta de otra casa comercial, pues allí sí que sabían que ya no era viajante de la de Forquet. Pero ¡con qué inoportunidad llegó al pueblo!

El cielo estaba gris obscuro; por las montañas de Matamón se divisaban enormes masas de

nubes tétricas, rodeadas de nimbos blancos como de algodón; se percibia un rumor sordo, lejano, de caudaloso río. Poco á poco, el gris obscuro del cielo se fundió en un gris plomo que daba miedo; de pronto, cayeron gruesas gotas de agua fría, y tras el agua pequeños granizos que azotaron los cristales y rebotaban en la calle como si una mano, potente y justiciera, los arrojara desde lo alto.

Después de aquel granizo cayeron impetuosamente verdaderas cataratas de ellos, grandes y recios como gruesas avellanas. Y mientras, con fuerza incontrastable se volcaba sobre el pueblo tal cantidad de piedra, que parecia que se vaciasen todo los barrancos del mundo; no se percibían sino dolorosos gritos de angustia, santas invocaciones pidiendo misericordia y el sonido de la pequeña campana que anunciaba el acto de descubrir la hornacina de la Patrona del pueblo.

El revestimiento de las fronteras de los edificios lo desconchaban los balines de nieve, que blanqueaban el arroyo como si estuviese nevando varios días; ante los portales de las casas, en el alféizar de las ventanas y en los huecos de los tejados se amontonaba el granizo, solidificándose por el empuje con que caía.

Los trabajadores á quienes el atroz pedrisco pilló en la huerta sin poder huir, se refugiaban bajo las tablas de los carros ó bajo el vientre de

las caballerías. y si no tenían ni unos ni otras, improvisaban con varios haces de leña y ropas una resistencia que oponer al peligroso ímpetu de la piedra.

Brilló por fin el sol con ironía de cómplice de tanta desventura y sus rayos hirieron la blancura mate de la dilatada capa de granizo como si fuese la blanca mortaja de un cadáver. La pesadumbre y el temor crecían á medida que llegaban de la huerta noticias del desastre; propietarios y jornaleros salían del pueblo á convencerse de la pérdida del pan y de sus trabajos; el silencio era profundo; sólo reían los muchachos, que con grandes capazos iban recogiendo montones de granizo con la esperanza de regalarse bebiendo vasos de agua con azúcar y limón, que helarían previamente sepultando calderas y pozales en los montones de aquellos fatales mensajeros de la destrucción y del hambre.

Los trigos, antes tan enhiestos, aparecieron con los tallos doblados, las espigas destrozadas y las aristas rotas; los habares estaban negros, sin hojas, maltrechas las vainas y machucado el fruto; los viñedos daban compasión: al pie de la planta, ya mocha, yacían sus brotes mustios y los incipientes racimos tronchados; los granos de la cebada ya no existían, y la fruta de los árboles había caído, como si un ejército de gigantes los hubiera sacudido violentamente. Pero sobre todo,

los que más lástima daban eran los naranjos, esos coquetones príncipes del reino vegetal, antes tan esbeltos, tan arrogantes, prendidos de mil flores, y entonces desnudos de toda gala, sobre una alfombra de pétalos y de brotes tiernos, con las hojas desgarradas, roídas, las flores tardías sucias y los calices de las ya desprendidas, roñosos, con mortales heridas que les impedirían llegar á convertirse en globos de oro.....

D. Jacinto, sin pensarlo, presenció la tremenda catástrofe; tuvo la pesadumbre de ver cómo en breves minutos un pueblo de labradores empobrece, sin que tenga la esperanza de que acudan los gobernantes á remediar tanta miseria, ni con indemnizaciones irrisorias, ni siquiera con la simple condona de los impuestos.

Lo que sí resulta seguro es que al pedrisco del cielo sigan otros pedriscos más crueles, como el de la usura y desahucio de tierras por demorar el finiquito de los arriendos.

Para *Matacañola*, semejante golpe fué mortal; estaba muy atrasado en los pagos de abonos y de caballerías; á Forquet le debía, por culpa de los malos pagadores, más de tres mil reales, y al mismo, por dinero recibido según pagarés, mil pesetas más. Aprovechando la estancia de D. Jacinto, le rogó que si conservaba relaciones con el fabricante de abonos, le propusiese la entrega de nueva cantidad, con la obligación por

parte de *Matacañota* de reconocerle la deuda total en documento público. D. Jacinto prometió trabajar el encargo, y ya en el terreno de las confidencias, puso al corriente al tío Pepe de las inclinaciones de Carlos.

La noticia fué muy del agrado del padre de Loreto. Seguía creyendo que la boda con *Chimet* era de todo punto imposible, y como siempre la chica no había de permanecer soltera, le aconsejaría lo más conveniente. Carlos era un muchacho de lucida carrera, con talento. ¿Qué mayor partido podía Loreto desear? Pero el dolor estaba fresco, y por compasión al de ambos y al infortunio de *Purgatori* debían ocultar sus propósitos hasta que el tiempo, que todo lo aniquila, pudiera convertir en perfectamente realizables los deseos de Carlos. Mientras, él, *Matacañota*, procuraría sondear con disimulo los propósitos de la doncella.

Cumplida la misión, D. Jacinto regresó á la capital en compañía de numerosos vecinos de aquel pueblo que iban á presentar á los señores Gobernador y Presidente de la Diputación la solicitud pidiendo indemnizaciones para los perjudicados por el pedrisco. Merece citarse por lo discreto, justo y lógico, lo que el segundo de aquellos señores contestó á los inocentes que se le presentaron:—Señores, caso de que el Gobierno conceda lo que se pide, serán preferidos aquellos pue-

blos que nada deban á la provincia. ¿Qué tal? Como siempre, los labradores aquellos callaron, callaron... Lo mismo que el Gobierno y los diputados del distrito y de la región ante la respetuosa solicitud. ¿Guardarían silencio tan insolente con los obreros de la industria?... Hay que saber pedir para poder alcanzar.

Por aquellos días—segunda quincena de Mayo,—sorprendió Carlos á su padre muy temprano repartiendo periódicos por las afueras de la ciudad. No tuvo más remedio el ex-viajante que descubrirle por fin el secreto de su cesantía.

XXIX

Primero por los periódicos, después por Don Jacinto, supo Andrés la calamidad ocurrida. Si por un instante renegó de aquél oficio de labrador, que tanto parecido tiene con el de tahur por lo de vivir en continua zozobra, sujeto á las vicisitudes de la suerte jamás lograda por completo, deploraba ya no pertenecer á los siervos de la tierra para sufrir con ellos las consecuencias de la catástrofe. Mientras sus antiguos hermanos, favoritos del hambre, contemplarían, holgando á la fuerza, los destrozos del pedrisco, él seguiría ganándose diariamente su jornal enmedio del bullicio y de la indiferencia de los ciudadanos.

Mientras él no carecia de nada, los de allá ca-

recerían hasta del ansia del vivir, porque si es duro trabajar con exceso, lo es mucho más para el jornalero digno conocer que ha trabajado sin fruto...

Sin fruto había trabajado también el tio Pepe, gastándose además con abonos y labores buena parte de lo que habían de ser ganancias; así es que Andrés adivinó la deplorable situación financiera de su padre, los desmayos de su voluntad, y le mandó razonada y sentida carta rogándole que se trasladase á Valencia por algún tiempo, dejándolo todo á persona de confianza. Si podían y querían acostumbrarse á la nueva vida, que fuesen al cuerno campos y cosechas; en la capital son las ocupaciones más productivas y sosegadas que las ingratas de allá; pero si preferían vivir en el pueblo, nada costaba regresar de nuevo cuando los ánimos de Loreto y del tío Pepe, cada cual por lo suyo, recobrasen la perdida normalidad.

¡Ah! si el cariño de Germinal y el maldito afán por instruirse no le amarrasen á la ciudad, en lugar de escribir Andrés aquella carta rogando á su familia que abandonase el terruño, lo hiciera participándoles su ida; porque si es verdad que en Valencia la lucha por el pan era menos dolorosa y que estaban mejor considerados los trabajadores, en cambio, la fraternidad entre ellos era puramente política, civil, no fa-

miliar como la que tienen los obreros agrícolas. Estaba sólo, como lo estaría en la plaza de la Concordia de París entre la inmensidad de transeuntes que la cruzan.

Mientras llegaban los forasteros, Andrés alquiló para seis meses un cuarto piso muy cerca del de D. Jacinto; con algunos muebles muy baratos que le compró Germinal, los pocos que él tenía y los que traerían del pueblo, bastaban para los menesteres de la casa. Tona la lavandera no pudo limpiarla por estar en el Hospital enferma del pecho; entre la *Sultana*, que se brindó, y el triste *Muerte* lo arreglaron todo.

La gran resistencia que puso Loreto á dejar el pueblo, casi dió al traste con los propósitos de Andrés; por fin pudieron arrancarla de allí con la formal promesa de que iría semanalmente, y aún así, le costó estar enferma varios días. La pobrecilla no era ni sombra de lo que fué, había enflaquecido; sus ojos, orlados de moradas ojeras, miraban sin fijeza, como si le fuesen indiferentes todas las cosas; cuando sonreía era por compromiso, sin gana; no se encontraba mejor que sola con sus pensamientos y con sus compañeras las lágrimas.

El cambio de vida parece que distrajo al tío Pepe los primeros días de su estancia en Valencia; pero después, acostumbrado á respirar aire puro, á trabajar de sol á sol, á preocuparse con-

tínuamente de la tierra, la ciudad le parecía celda de cárcel donde viven los pulmones medrosos y encogidos; con el enervamiento propio del vagar, le huía el sueño, y la limitación de horizontes por los altos edificios le mareaba. Se hubiera muerto si de cuando en cuando, gracias á la libertad absoluta que disfrutaba, no hubiese ido por las alquerías del Camino de Jesús y de Ruzafa pidiendo que le dejasen trabajar aunque fuese dando dinero encima. Y el día que sus nuevos amigos de la huerta valenciana le prestaban un azadón ó le permitían arar, regresaba contentísimo á casa.

Gracias á los buenos y contínuos jornales de Andrés y á los poquitos ahorros del tío Pepe, vivían con relativa holgura, pero muy pronto variaron las circunstancias á consecuencia de la huelga que al poco tiempo se promovió, motivada por haber despedido un arquitecto á varios obreros asociados en La Unión, habiéndoles sustituido por otros sin asociar. Como se vé, dicho caso era muy semejante al que ocasionó las quejas de los albañiles contra Dionisio Martínez, con la diferencia de que el contratista era un cacique dentro de la comunión socialista y el arquitecto no.

Compañero leal Andrés, se dispuso á secundar la huelga, pero comunicándoselo antes, por gratitud y bien parecer, á su amigo y maestro

Martínez, quien desde luego permitió que cesaran él y todos los demás en el trabajo.

Al principio la huelga se deslizaba pacíficamente, pero los obreros no asociados, por sí ó por influencias de los patronos, se resistieron á dejar el trabajo y con este motivo comenzaron las coacciones.

Las autoridades, requeridas por los maestros de obras, los arquitectos y aún por los mismos obreros, garantizaron la libertad del trabajo, y ¡aquí fué Troya! De una parte, los que querían trabajar, defendidos por sus mujeres y la fuerza pública; de otra, los huelgistas, amparados por sus mujeres también y por la fuerza del número y de la indignación, vinieron varias veces á las manos, con heridos y contusos por ambas partes.

Andrés, desde que se reveló como regular orador en el discurso que pronunció el día de la Fiesta del Trabajo en el *meeting* libertario, tenía cierta preponderancia entre los socialistas. Le obligaba también á dirigir la lucha su título de secretario de la Unión, y por ello no tuvo más remedio que defender á toda costa los derechos de los asociados dirigiendo la huelga.

Los temperamentos de prudencia que aconsejaba no fueron obedecidos; en vano repitió que no maltratasen á los obreros no asociados que se resistían á dejar las obras, pues aunque culpables, eran hermanos y tenían derecho á la

vida; los huelguistas los perseguían sin compasión como á fieras, y á tenerles en su poder, lo hubieran pasado mal.

Muerte lo complicaba todo; desde que llevó al Hospital á su Tona, desahuciada por los médicos, la extraña necromanía no le dejaba; pedirle prudencia, respeto, consideración, era exasperarle más. Sus mueras estentóreos salían como bloques de su garganta; ya no se contentaba con gritar, sino con proferir amenazas y aún con realizarlas. Cuando la Guardia civil conseguía restablecer el orden y los contendientes, convencidos ó medrosos, iban á retirarse, una injuria de *Muerte* lo echaba todo á perder y la revuelta surgía con mayor empuje.

Los huelguistas, enronquecidos, sudorosos, con el traje diario, corriendo de una á otra parte de la población, buscando las obras donde se trabajaba para suspenderlas á buenas ó á malas; las mujeres servíanles de escuchas y de espías para que huyesen de la fuerza pública. Cuatro jornadas se perdieron de esta manera sin que los huelguistas lograran imponer su voluntad á los no asociados, ni el arquitecto acceder á lo que se le pedía. Por fin, á los albañiles se unieron otros obreros de diferentes oficios y la huelga revistió ya caracteres graves.

Frente á la casa del arquitecto intransigente, custodiada por la Guardia civil, fue reuniéndose

la multitud; algunas piedras acabaron con todos los cristales del edificio, sonó un punto de atención, pero la enardecida gente no hizo caso; *Muerte*, llevando una bandera negra en la mano, animaba con sus denuestos á los amotinados. Andrés, en vista de que la huelga se desnaturalizaba por culpa de algunos á quienes jamás cupo la honra de tener callos en las manos, se retiró con la consiguiente pesadumbre. Casi lloraba, porque de seguir las cosas de aquella manera, no tardaría en derramarse mucha sangre con inutilidad evidente.

—No tengais miedo á los tricornios—decía *Muerte* adelantándose hacia el portal de la casa sitiada. – ¡Mueran los traidores!

En aquel instante, los guardias civiles, agotados ya cuantos requisitos previenen las ordenanzas, descargaron sus maüsers sobre la multitud. Se percibieron los rebotes de algunas balas al chocar contra las paredes. Replegóse la gente con rapidez, atropellándose; huían todos, pálidos por el terror, palpándose por si estaban heridos, y en el espacio que la gente iba dejando libre, pudieron verse escalonados varios obreros: unos, cogiéndose algún miembro herido, tumbados otros en el suelo por los empujones de los que huían. Cerca, muy cerca de los guardias, el compañero *Muerte* soltó la bandera, se llevó las manos á la ensangrentada cabeza, y al ir á limpiár-

selas instintivamente con la blusa, cayó de bruces, diciendo:—Graa.....

La negra suerte no le permitió ni tan siquiera dar las gracias por completo á quienes le habían librado de la para él insoportable carga de la vida.

Cuando supo la *Sultana* la muerte del marido de Tona, quiso darle una prueba de gratitud y de simpatía no dejándole hasta que la compasiva tierra diese á su cuerpo el tan suspirado albergue. ¡Vano empeño! Las autoridades, para quitar cuantas causas pudiesen producir nuevo motín, dispusieron que el cadáver, custodiado por la fuerza pública, se condujese al amanecer á la mansión de los muertos.

Allá fué *Amparaos* por la tarde llevando ramos de flores para colocarlas sobre la sepultura del infeliz, pero no pudo conseguir tampoco su propósito porque no supieron ó no quisieron decirle dónde se hallaba enterrado *Muerte*. Buscó la fosa cubierta más de reciente; dijo arrodillada un Padrenuestro, que las lágrimas acompañaron, y deshizo las flores sobre aquella sepultura y las que por alrededor había...

El compañero Vespucio, creyendo que sus deberes estaban lejos del motín, que su misión era de más trascendencia que dar gritos por las calles durante los días de huelga, marchó con la fé del apóstol á difundir tranquilamente por los

pueblos la necesidad de una violenta, rápida, brutal revolución, portadora de la verdadera dignidad humana.

En cambio, Carlos tuvo la desgracia de ser herido en una pierna por la descarga mientras cumplía sus deberes informativos y de humanidad, aconsejando á todos, y en especial á *Muerte,* que desistiesen de sus violentos propósitos. La herida no era grave, pero como en estas regiones levantinas tardan en curarse las causadas en tales miembros, tuvo que permanecer muchos días sentado en una mecedora, descansando la pierna en una almohada puesta sobre una silla. Desde que le llevaron herido á casa, todos se desvivieron por cuidarle y distraerle de la terrible impresión que le causara la muerte de su fiel y tétrico amigo; los compañeros de redacción iban á verle de vez en cuando, llevándole noticias é impresiones diversas respecto á la huelga, todavía no terminada; pero la visita más agradable para él era la del tío Pepe y de su hija, que pasaban algunos ratos allí.

Siempre respetuoso con Loreto, solo con los ojos le demostraba profundo cariño; sus conversaciones casi siempre tenían por objeto la desgracia de *Purgatori*, hacia quien Carlos sentía sincera piedad y fraternal solicitud.

—Un solo disgusto le he causado desde que le conozco, y si V. supiese, Loreto, cuánto lo siento.

—No sé...

—Cuando me propuse y conseguí que le saliese á V. la *mida*.

—Los designios de la Vírgen no pueden disgustar á nadie.

—¿Creerá, Loreto, que fué la primera vez en mi vida que me sentí devoto?

—¿La primera y la última?

—Lo pretérito puede afirmarse, con lo futuro ¿quién se atreve?

—¡Lástima que tenga V. esas ideas tan malas, como Germinal y mi hermano!

—Si yo pudiera cambiarlas sin grandes abdicaciones de mi razón, lo haría por complacer á V.

No pasaban de ahí las galanterías de Carlos; se había propuesto no ir más allá por considerar que cuanto más impaciencias demostrara, más se le alejaría la probabilidad del éxito; la empresa de Carlos era superior á la de los demás enamorados; casi todos tienen que construir, por decirlo así, el cariño de la mujer amada; él tenía que destruir para edificar.

Dos días después del sangriento motín, los compañeros de Carlos en la *Reivindicación* le dijeron que Andrés había sido detenido por los agentes de la autoridad como uno de los directores de la huelga. Poco después se recibió una carta del interesado tranquilizándoles á todos con la confianza de la pronta libertad.

Los *Matacañotas*, que participaban del pánico que la gente labradora tiene á la justicia, no durmieron aquella noche; veían á su Andrés camino de Ceuta para no volver jamás.

Por la mañana, muy temprano, la *Sultana* les llevó noticias directas del detenido y... algunas frioleras, porque supuso que no estarían muy sobrados de recursos con todas aquellas trapisondas. La detención de Andrés, según les dijo, no podía durar mucho tiempo; ¿para qué servían los compañeros, sino para pedirle al Gobernador la libertad del detenido? ¿Para qué la *Reivindicación?*

Germinal también fué á casa los *Matacañotas* echando chispas, aplicándoles á los gobernantes los epítetos más terribles del vocabulario radical; sí, había que acabar con todos aquellos bandidos que amordazan á los pobres cuando se atreven á defender sus derechos. Si ella fuese hombre, no quedaría piedra sobre piedra del edificio de la cárcel. Lo peor era que su padre, Dionisio, no estaba en Valencia para trabajar por Andrés.

—No se apure V., Germinal,—interrumpió *Amparaos;*—la libertad de Andrés corre á mi cargo.

—Me parece que poco más que nosotros podrá usted hacer.

—Ya veremos—y se marchó sin dar ninguna clase de explicaciones.

Aquella mujer era, más que una inteligencia, una voluntad; de ser al contrario, con las asechanzas que por su plástica hermosura tuvo que sufrir, hubiera sucumbido vencida, cuando no por el cálculo, por el temperamento ó por la desilusión. Le ofrecieron riquezas y no las quiso, leales amores y los rechazó, y á todo esto viviendo sin esperanza, porque el único hombre á quien quería con africana pasión estaba enamorado de otra mujer; segura estaba la *Sultana* que de proponérselo hubiera triunfado hasta de su propio amor, pero se contentó con transformarlo, convirtiéndole de impetuoso en tranquilo.

Quería mostrar, pues, á Germinal, dueña del cariño de Andrés gracias al espejuelo de su sabiduría varonil, que las mujeres enamoradas, no con sutilezas de ingenio, sino con arrestos de voluntad, saben proteger al hombre á quien aman.

Su hermosura era un buen pasaporte; nadie le prohibía el paso; desde los porteros más humildes hasta el Gobernador, la trataron con el mimo y la consideración que la belleza merece. Según pudo colegir, Andrés no estaba ya en la calle porque sus compañeros no lo pidieron ni lo intentaron; hubiera sido un alborotador de tomo y lomo, un Vespucio sin fé, sin ideales, un vividor hipócrita, y entonces ¡ay de quien osara detenerle!

Del Gobierno civil marchó *Amparaos* á la Sociedad de albañiles la *Unión*, donde estaba reunida la plana mayor de los huelguistas, y allí le prometieron que comisionarían á varios socios para que pidiesen al señor Gobernador la libertad del detenido. No lo habían hecho ya por no reunirse bastante número para tomar el acuerdo.

Gracias á las gestiones de la *Sultana*, su paisano Andrés abrazó aquella misma noche á la familia; también aquella noche, los esposos Forquet notaron en la Vénus ribereña desusada satisfacción, alegría loca.

XXX

Los huelguistas no aceptaron las bases de arreglo que les propusieron los patronos; eran: que en el caso particular que motivó la huelga trabajasen igual número de obreros asociados que no asociados, y que en lo sucesivo no se podría despedir á ningún obrero de aquel oficio sin dictámen previo de una comisión mixta de patronos y trabajadores.

En cambio, los huelguistas pedían que se despidiese á los intrusos, causa del conflicto, sustituyéndoles los que fueron dados de baja; que en adelante sólo pudieran admitirse en las obras individuos pertenecientes á la *Unión*, y que como jueces para acordar ó no el cese de

algún compañero, figurasen tan sólo trabajadores asociados del oficio.

La fatalidad vino á complicar la huelga y la marcha de las negociaciones. Se dijo por personas dignas de crédito, que varios maestros de obras y aún arquitectos, aprovechándose de la sobra de brazos, proporcionaban trabajo á pobres albañiles á cambio de pagarles un jornal menor que el ordinario. La noticia corrió de boca en boca, confirmándola poco después la confesión de algunos explotados.

Cobraron con esto los huelguistas nuevos bríos, y hasta se habló por Valencia de que varios oficios iban á secundarles para el mayor éxito de las reclamaciones.

Las autoridades, celosas de la paz pública, celebraron conferencias con los jefes de las agrupaciones obreras, pidiéndoles, en bien de todos, su intervención personal para que terminase lo mejor posible tal estado de zozobra, que ya duraba demasiado tiempo.

Matacañota, que al principio fué tibio y sin entusiasmo á la huelga, y que sólo por deberes de compañerismo y de su cargo se atrevió á ser uno de los directores, ante la nueva fase de aquélla tomó calor é interés por sus compañeros explotados y se dispuso á cumplir sus compromisos sin vacilaciones de ningún género.

Así lo dijo á los obreros reunidos en sesión

permanente, mientras aguardaban todos en la casa social á los que habían ido á conferenciar con el Gobernador. Por cierto que con escusa de discutir entre sí las resoluciones que habían de tomarse, no acudieron al Casino, convocando nuevamente á los socios para que asistiesen al día siguiente.

Aquella misma noche, Dionisio suplicó á *Matacañota* que fuese á verle sin falta. Cuando estuvieron juntos, el contratista, con el imperio que tenía sobre su discípulo, le suplicó que volviese al trabajo y que aconsejase á los compañeros el término de la huelga, pues ya duraba demasiado y los perjuicios eran enormes para todos.

—No soy de esa opinión, querido maestro; nada práctico sacamos hasta el presente, y puestos en el camino, sigámosle, pero sin promover algaradas como las anteriores.

—Mira, voy á serte franco, leal, como si se tratase de un hermano. Si continuáis la huelga, perderé mucho dinero. Ya sabes que tengo la contrata de las obras de un ferrocarril económico; hay plazo fijo para su terminación; se ha malgastado ya mucho tiempo; si continuamos así, no podré cumplir mis compromisos, y esto significa, no sólo la pérdida de una buena propina, sino una merma regular en mis lucros. Además... yo también tengo peones que no ganan lo que

aquí; ya ves, hay muchos que no son de la capital y que por favor me piden trabajo; ni siquiera saben el oficio, porque son labradores.

—Yo le agradezco mucho sus confianzas, pero manifesté anoche mi opinión ante los huelguistas y no quisiera que me tomaran por un charlatán sin convicciones.

—Puedes decir la verdad: que yo y los demás obreros de experiencia te hemos convencido.

—¡Si no pueden convencerme, si creo que no saliendo la huelga de los límites pacíficos, lograremos alguna mejora!

—No seas tonto; mejor de lo que estáis no estaréis, es imposible.

—Al menos demostraremos á los humildes las ventajas de la mancomunidad de intereses y de los beneficios de la asociación. Y sobre todo, comprenda V., señor Dionisio, que no hay motivo que justifique tal desigualdad de salarios entre obreros que, aunque no sean del oficio, trabajan lo mismo, quizá más. Ya sabe V. que á consecuencia de pasadas huelgas se han unificado nuestros jornales, las horas de trabajo y las de descanso.

—Todo cuanto quieras; pero como nos hemos comprometido con las autoridades á terminar la huelga...

—Pues mal hecho, señor Dionisio, y perdone la franqueza con que se lo digo; los directores de

una fuerza de un partido tan democrático como el nuestro, no pueden comprometer su palabra sin contar con sus mandatarios.

—¿De modo que no quieres encargarte de la misión pacificadora que te confío?

—No me atrevo; mejor dicho, no debo.

—Bien: yo lo haré.

—Sentiría mucho que se molestase por mi sinceridad; ya sabe V. que soy incapaz de falsear mis convicciones.

Antes de marcharse á casa, Germinal, á ruegos sin duda de su padre, rogó á su novio que no fomentase la huelga, pues del apaciguamiento dependía quizá el porvenir de la casa.

—Yo soy ferviente partidaria de la violencia y del motín; todo lo juzgo lícito con tal de liberar al proletario; pero por egoismo, pues sé que mi padre se pondrá furioso contigo si no le complaces, debes favorecer sus planes, yo te lo suplico.

—No puede ser; este labriego no capitula. Contra mi padre me puse cuando el tuyo despertó mi dignidad allá en el pueblo; justo es que vaya contra tu padre cuando corro peligro de perderla.

—No sabes las consecuencias de tu determinación.

—Mucho me dolería que mi maestro fuera injusto conmigo castigándome.

—Ya verás Andrés, ya verás.



sitaría muchos hogares por carecer la Sociedad
fondos de resistencia, y sobre todo, que no se
vidase lo que dijo en su discurso del 1.° de
ayo: con motines corren peligro las nobles
piraciones del obrero.

Con la protesta de Andrés y de algunos más,
acordó reanudar los trabajos al día siguiente;
huelga para nada práctico les sirvió, sino
ra comerse los ahorros, quien los tuviera, y
ra empeñarse, los más, con el abacero y los
restamistas.

Por delicadeza y pundonor, Andrés, aquella
isma noche, no sólo presentó la dimisión de
cretario de la Sociedad, sino que manifestó á
ionisio que si tenía por conveniente disponer
su plaza de oficial, que lo hiciera; sin embargo,
ntra lo que se esperaba, le contestó con se-
edad su maestro que estaba muy bien, pero que
nstara siempre que había renunciado volunta-
amente. La indignación hizo enmudecer á *Ma-*
cañota; semejante silencio valía por una tem-
estad de insultos y desprecios; por eso cuando
cibió de Germinal una cartita diciéndole que,
racias á sus ruegos, Dionisio le admitía de nue-
o á trabajar, Andrés le contestó dándole las
racias, pero rechazando la merced que se le
acía.

Como el rompimiento aquel fué pura y ex-
usivamente de maestro y discípulo, continuaron

los novios viéndose, cuando Germinal y su madre iban á visitar á Loreto; fuera de este caso, no podían hablarse porque Andrés dejó de ir á casa Martínez, aún cuando éste se hallase ausente. La situación resultaba pésima para una mujer tan caprichosa y vehemente como Germinal.

—Esto no puede continuar así—decía;—ó llévame contigo sea donde fuere, ó digamos á mis padres que nos queremos. Yo no puedo sufrir esta continua separación, que podrá ser muy interesante para una colegiala romántica, pero no para mí.

Andrés autorizó á su novia para que pusiese á sus padres al corriente del noviazgo; de su actitud dependían todas las demás resoluciones.

El resultado de la conferencia fué desfavorable para los novios. Dionisio se inclinó á consentir aquellas relaciones, pero doña Rosa puso el grito en el cielo, doliéndose de la conducta solapada de Germinal y de la traición de *Matacañota*.

—Y después de todo—acabó diciéndole,—¿con eso te contentas? Gracias al trabajo de tu padre disfrutas de una posición diferente á la que ocupaban los míos cuando yo me casé, y debes de tener mejores aspiraciones. Nada puedo decir del chico, sino que no es bastante para tí.

Germinal juró y perjuró que le quería y que en cuestiones de cariño de nada sirven las vio-

lencias ni los deseos de los padres. Por culpa del entrometimiento en asuntos del corazón, hay tantas desdichas en el matrimonio; cada cual que se una con quien elija libremente, no existe en la vida cosa que necesite de mayor libertad.

Sin quitar una coma de lo que le habían dicho sus padres se lo contó Germinal á su novio; esperaba sin duda que Andrés, en vista del desprecio de Doña Rosa, pasaría por todo, prescindiendo de sus propias ideas, dejándose por fin conducir por las poco escrupulosas de la joven. Pero se equivocaba, porque *Matacañota* no era de los que se dejaban llevar por la impresión del momento, ni de los que arrojan el lastre de sus ideas cuando les conviene para sus egoismos. Circunspecto, formal, sin que al parecer le mortificase la oposición de Doña Rosa, rechazó de nuevo los proyectos de independencia que le propuso Germinal y le dijo que le aguardase con calma, sin desplantes ni arrogancias, hasta que las leyes amparasen sus legítimos deseos.

—¿Insistes todavía en aquello del vínculo, la liturgia y demás antiguallas?—le decía Germinal con sorna.

—Insisto.

—Pues entonces, ni creo que tienes alma, ni temple varonil, ni, permite que te lo diga, vergüenza.

—¡Cómo ha de ser! Cuando repartieron todo

eso llegué tarde y te dieron con tu parte la que me correspondía.

—No lo digas en broma.

—Te lo digo muy en serio.

—¿Con que á esperar, eh? bueno, cuando los papaitos quieran, que nos avisen.

Aquello del noviazgo de Germinal con Andrés ocupó segundo lugar en el magín de Doña Rosa. Las preocupaciones suyas fueron, por entonces, trasladarse de casa, comprar algunos muebles nuevos y hacerse trajes; también se le ocurrió la luminosa idea de sustituir las mantillas de ella y de su hija por sombreros, tan pronto cambiasen de domicilio, porque en aquel corrían peligro de una burla.

Nada menos que de la calle de Ruzafa pasaron á ocupar en la de Trinitarios un entresuelo bastante capaz, con tres balcones á la calle, patio con gas y portería. Pusieron cortinajes, compraron un bastonero con espejo para el recibimiento, aparador y mesa cuadrada para el comedor y cama Luis XV con sus correspondientes mesillas para el dormitorio. Gastaron un dineral en aposentarse dignamente, pero Doña Rosa pensaba relacionarse lo mejor posible, y para este cambio de vida los dispendios aquellos eran indispensables.

Germinal, como su padre, se dejaban llevar y dirigir por la extabernera, sin afición primero,

con indiferencia después; pero poco á poco fueron tomando gusto al nuevo género de vida por su novedad, por la serie de costumbres no conocidas hasta entonces, tales como recibir y devolver visitas de cumplido, asistir á reuniones familiares, ir de tiendas y frecuentar paseos y sitios céntricos, tenidos como de buen tono á determinadas horas de la mañana ó de la tarde.

Servía de discreta fomentadora de este modo de vida la señora del ingeniero protector de Dionisio, que también tenía una hija de la edad de Germinal, viva como ésta, muy lista, pero educada en un colegio de monjas francesas; de manera que poseía conocimientos algo más rutinarios si se quiere que los de la hija de Martínez, pero más metodizados y universales; ahora bien: de aquellas cuestiones societarias, palpitantes, que constituían el fuerte de Germinal, no sabía ni palabra. Simpatizaron ambas jóvenes porque tenían identidad de temperamentos y de caracteres, aunque de distinto modo dirigidos; eran plantas iguales nacidas en los mismos climas, pero cultivadas con diferentes procedimientos y cuidados.

Vehementes en sus simpatías, desde que se conocieron no pasaron un sólo día sin verse; cuando Germinal dejaba de ir por la mañana á casa de Remedios—así llamaban á su amiga,—Remedios iba por la tarde á casa de Germinal;

comían juntas la mayor parte de los días y, por lo menos, una vez por semana solían reunirse con sus amigas y hermanos de las amigas en cualquiera de las dos casas, pero generalmente en la de Remedios.

Sin explicarse la falta de sinceridad, la hija de Martínez nada dijo á su amiga de las relaciones con Andrés; tampoco se atrevió en ninguna ocasión á transparentar sus ideas político-sociales. Le parecía cursi, bajo, impertinente, hablarle de aquellas cosas á quien no se preocupaba de ellas; además, sus padres se lo habían prohibido.

Tal era el secreto con que llevaba sus amores con Andrés, que una tarde que las dos amigas estaban en el balcón, pasó aquel, como de costumbre por la calle, después de terminado el trabajo, y como mirase con insistencia, preguntó Remedios á Germinal qué significaban aquellas miradas y si conocía por casualidad á quien las dirigía, pero la novia de Andrés contestó desconcertada que debía ser un oficial de su padre que al verlas tuvo por conveniente volverse á contemplarlas.

—Tiene buen tipo—dijo Remedios viéndole cruzar la esquina.

Mientras la familia del contratista nadaba en la abundancia, la de *Matacañota* sufría una penuria creciente. Los ahorros iban acabándosele al

tío Pepe, se acercaban ciertos pagos imprescindibles, y para satisfacerlos había que buscarse dinero. Volvió á rogar á D. Jacinto que hiciese lo posible para que Forquet le proporcionase los recursos que necesitaba, pero el exviajante le dijo que no tenía con su antiguo principal la confianza de antaño; quizá pudiera favorecerle con su influencia, añadió con cierta intención, la *Sultana,* que debía reinar con su hermosura en la casa comercial.

Como el tío Pepe, por no disgustar á su hijo, nada le decía de sus apuros pecuniarios, fué á buscar él sólo á la ribereña para pedirle su valiosa recomendación. Dudó *Amparaos* del éxito de sus gestiones, pero las intentaría poniendo cuantos recursos eficaces se le ocurrieran.

Con asombro de *Matacañota,* le llamaron de casa Forquet al día siguiente. Le recibió el comerciante con afecto, diciéndole que no tenía por costumbre dar dinero á préstamo, pero que tratándose de un paisano de *Amparaos,* á la que tanto querían él y Bernarda, y de un corresponsal de la casa poco afortunado, le haría el préstamo en forma comercial, extendiéndole una letra de cambio de tres mil pesetas á la orden de Forquet, con vencimiento á los tres meses y abonando por la cantidad recibida un ocho por ciento anual. Pero como *Matacañota* le debía mil setecientas cincuenta pesetas, le en-

tregaba tan sólo, en metálico, mil doscientas cincuenta.

Con esta pequeña cantidad ya podía el tío Pepe cumplir sus compromisos y sobrellevar sin ahogos los gastos culturales.

XXXI

No hay que extrañarse del éxito de la recomendación de la *Sultana;* desde que entró en aquella casa fue apoderándose poco á poco de la voluntad de Forquet y de su cónyuge, hasta convertirse en reina y señora, bajo cuya soberanía vivían ambos esposos.

El comerciante, al principio la miraba de reojo, sin atreverse á mirarla cara á cara, tal impresión le produjo su belleza; sonreía complaciente al cometer la joven leves faltas en el servicio y le preguntaba trivialidades solo por el gusto de verle la boca fresca y los dientes blancos y menudos. Después ya entraba en la cocina con cualquier pretexto, dándole la razón en las rencillas que la *Sultana* tenía con la criada de más edad, hasta llegar á despedirla por contestarle descaradamente.

Cuando la familiaridad iba creciendo, se hacía Fòrquet el encontradizo con la rica hembra ó le estrechaba el sitio por donde tenía que pasar para tener la dicha de que sus vibrantes

carnes le rozasen rápidamente. Le pedía vasos de agua, periódicos, tonterías, con el objeto de poder echar un párrafe con ella ó gastarle bromas.

Al principio creyó la muchacha que todas aquellas impertinencias del viejo serían manifestaciones de un carácter alegre y bondadoso, pero fijándose bien un día y otro día en los ojillos rapaces y en el rostro abotargado y lujurioso del sátiro, tomó sus medidas de previsión. Se encerraba por las noches en su cuarto, cubría la cerraja y los intersticios de las puertas con ropas, para que no se le ocurriese al amo ir al atisbo de preciosos secretos, y casi nunca se hallaba sola, sino junto al sillón de gutapercha donde dormitaba la señora Bernarda.

Todas estas esquiveces y precauciones servían á Forquet de mayores incentivos; la pasión senil, quizá la postrera de su vida, se apoderaba de él, como el fuego voraz de los serojos del monte. No la permitía ir á la compra, celoso de que los demás contemplaran su rara hermosura, y para ello, él mismo cogía un capazo de palma ribeteado de franela roja y se marchaba sólo al mercado. Ningún día dejaba de llevarle á la *Sultana* frutas y flores tempranas, amén de algún otro regalito, como bombones de casa Burriel y pañuelos de seda.

Para que no trabajase tanto le tomó dos mu-

jeres que le ayudasen, y además, planchadora y costurera, de modo que la ribereña se iba convirtiendo poco á poco en nueva señora.

Después de la compra, Forquet, que antes salía de casa con mil escusas, dejó de frecuentar la calle, convirtiéndose en un falderillo, con lo cual Bernarda recobraba parte de su tranquilidad, porque al menos permanecía el marido en su compañía.

La desgraciada señora, con la experiencia que le daban los años y el largo calvario sufrido, vió desde el principio cuanto pasaba junto á sí: la creciente locura de su esposo por *Amparaos* y la virtud inquebrantable de la joven. Cuando la caída sin lucha de la viuda, tuvo que resignarse por amor inmenso á su marido, y asistió impasible al acanallamiento de aquella mujer; pero esta vez su alma tenía que luchar entre dos nobles deberes: el que le impulsaba á defender á todo trance la honra de *Amparaos* y el que le obligaba, como siempre, á procurarle á su marido todo género de satisfacciones, por caras y dolorosas que fuesen para ella.

Como no podía menos de suceder, se inclinó al principio por la menos egoista, por salvar á la buena moza de los peligros que en aquella casa la rodeaban, y aguardó la ocasión propicia para realizarlo. No tardaron mucho los acontecimientos en proporcionársela, porque la *Sultana*, to-

mándole miedo al amo, después de varias insinuaciones afectuosas, pero de una intención pérfida, pidió á Bernarda la cuenta y su permiso para marcharse.

Nada le dijo de los motivos que la impulsaban á dejar la casa; dió por escusa su deseo de trasladarse al pueblo á descansar; ya volvería más adelante á Valencia, y entonces, si buenamente pensaban admitirla de nuevo, aquella casa sería siempre la preferida.

Bernarda, con lágrimas de verdadero pesar, dejó que se marchase y suspiró con la satisfacción de quien ha cumplido con un deber cuando aquella Lucrecia de las márgenes del Júcar traspuso los umbrales de la casa, cárcel del dolor.

No sabía la mártir del cornellense cuán caras le costarían sus íntimas satisfacciones. Apenas supo Forquet que la *Sultana* no estaba en su domicilio y que Bernarda no puso reparo á los propósitos de aquélla, fuera de sí, descompuesto como si acabase de pagar la última peseta de su caja, lloró como un niño, amenazó con los puños á su mujer y por temor al escándalo no maltrató cruelmente al pedazo de cielo amarrado á la butaca.

Sin perder un minuto, ni decir dónde iba, Forquet salió á la calle. Ya muy tarde y con más tranquilidad que al salir, estaba de regreso; las

gestiones que hizo para que *Amparaos* volviese, fáciles son de suponer conociendo la socarronería del comerciante. Buscó sin vacilar al tío Pepe, y recordándole con discreción suma los favores recibidos de la casa comercial, el último especialmente, le puso de manifiesto la sinrazón de la marcha de la *Sultana* y la necesidad que Bernarda tenía de sus servicios, pues ninguna mujer como *Amparaos* supo cuidar á la impedida con el acierto y la delicadeza que tan cruel enfermedad exigían.

El inocente *Matacañota*, que tomaba los negocios de Forquet por favores y el interés por que volviese á servirle la codiciada ribereña por conmiseración hacia su esposa, prometió solemnemente hacer de intermediario y valerse del ascendiente que sobre su paisana pudiera tener para convencerla de que había hecho mal en abandonar amos tan buenos.

La buscó en varios sitios, hallándola por fin en una portería servida por paisanos de ambos. Tuvieron allí una larga conferencia, y de tal manera ponderó á la muchacha los muchos favores que debían los *Matacañotas* al señor Forquet, que *Amparaos* se propuso complacerle, y para que el comerciante no agradeciese á nadie sino al tío Pepe el éxito de la gestión, la llevaría él mismo á casa de aquél.

Así lo hicieron, y al día siguiente fueron re-

cibidos allí como si se tratase de los mismísimos ángeles del Cielo.

Cuando de regreso á casa contó el tío Pepe á D. Jacinto cuanto había hecho por su principal, se echó á reir el ex-viajante, diciéndole al bendito labriego que acababa de poner el ave del Paraíso en las garras de un buitre. Pero *Matacañota*, que participaba de la desfavorable prevención que de la conducta de la *Sultana* se tenía en el pueblo, no se arrepintió lo que debiera del hecho.

También Bernarda contuvo para siempre los generosos impulsos que le habían llevado á preferir la defensa del honor de la labradora á la tolerancia de las concupiscencias de su marido. ¿Por qué?

Por atribuir la vuelta de *Amparaos* á vacilación de sus energías, y ya con tal convencimiento, no titubeó en ayudar á su Pepe, con mil mores, á rendir la débil fortaleza. *¡Pobret!*, que se divirtiera lo que le quedaba de vida; las mujeres frágiles sirven para eso, para divertir á los hombres...

¡Cuán lejos estaba la pobre mártir de pensar lo análogos que eran sus propios sacrificios á los que por amor realizaba contínuamente la mujer más hermosa de la Ribera del Júcar!

La nostalgia de esa tierra, donde, si no estuvo el Paraiso, debiera estarlo, decidió al tío Pepe

á decirle á su hijo que se marchaba. Los asuntos estaban arreglados; en Valencia no podían vivir sino sirviendo de pesada cruz á su Andrés; además lo había probado; la vida de permanecer inactivo en la ciudad le resultaba insoportable; vinieron con la condición de regresar pronto si no podían aclimatarse, y como no lo habían conseguido ni él ni Loreto, se marchaban.

La resolución disgustó mucho á Carlos, débil aún de la pierna; veia diariamente á la hermana de Andrés, y aunque se guardaba mucho de hablarle de amor, iba descubriéndole como al descuido su modo de ser, deshaciendo no pocos prejuicios que acerca de él tenían en el pueblo. No alardeaba de ideas radicales, era respetuoso con todas las opiniones y creencias y no cometía la necedad de creer las suyas superiores á las de los demás.

Para Loreto no pasaban inadvertidas tan discretas condiciones, así como el respeto, la consideración, el cariño que le demostraba Carlos; pero guardadora fidelísima de su amor hacia *Purgatori,* ni siquiera se detenía un segundo en estudiar la impresión que le hacían semejantes cualidades y finezas.

La víspera de la marcha fueron el tío Pepe y Loreto á despedirse del letrado y de su padre. Sin duda, con estudiada intención, dejaron un instante sólos á los jóvenes; Carlos lo deseaba.

porque ni directa ni indirectamente se habían dicho nada de la carta, y por lo menos quería contestación á la idea capital, así es que aprovechando los momentos le dijo á Loreto:

—Nada pido, nada quiero, nada espero; la firmeza de cariño que siente hacia *Chimet* me sirve de garantía para creerla formal y veraz; dígame y perdone mi pregunta: ¿En el caso difícil, imposible, que pensara en casarse, promete que mi nombre será el primero que tendrá en su pensamiento para elegirme ó rechazarme con entera libertad?

—Lo prometo,—contestó con cierta emoción la joven.

Después se despidieron estrechándose las manos como dos viejos amigos.

Hasta que trascurrieran los seis meses de alquiler, Andrés determinó no dejar la casa; luego se trasladaría de nuevo al cuchitril que tenía destinado en la de D. Jacinto, y no porque no pudiese pagar una cantidad tan módica, sino porque no tenía necesidad de ello ni de vivir solo.

Trabajo no le faltaba, y bien retribuído, porque sabía su obligación como el primero, gracias á su clara inteligencia y á los conocimientos adquiridos en las Escuelas de Artesanos. Además, por si variaban las circunstancias, en los ratos de ocio aprendía el oficio de carpintero, y como las horas libres eran muchas porque no

podía pelar la pava con Germinal, adelantaba notablemente.

La víspera del *Corpus* fué á la plaza de la Constitución á oir la serenata, porque, según le dijo Germinal, ella iría también y quizá pudieran hablarse.

Después de buscarla un buen rato, la vió entre un grupo de muchachas y de señoritos, vestida con un traje claro muy elegante; llevaba también prendidos al pecho un puñado de claveles reventones blancos y rojos. Al intentar acercarse, su novia le adivinó la intención, y con un lijero movimiento de cabeza le dijo que no lo hiciese. Fué su primer impulso prescindir de la negativa y sumarse al grupo, mas le detuvo la consideración de que tal vez anduviesen cerca los padres de Germinal y pudiera causarle un disgusto, pero le mortificó sobremanera que las bromas y risas de los señoritos continuasen y que uno de ellos, el que hablaba con más animación con la hija de Dionisio, le mirase con cierto descaro, como si le molestase que Andrés no apartara los ojos del grupo.

¿Aquella mujer vestida con tanto esmero, de maneras tan distinguidas, de continente señoril, era la Germinal del 1.º de Mayo, discípula de Reclus y de Malatesta? ¡Qué cambio tan asombroso! ¿Había renunciado á sus ideas ó las ocultaba con cuidado bajo aquel disfraz de guipu-

res, de gasas y de flores? ¿Quién era en uno ó en otro caso el autor de la victoria?

Matacañota pensaba, y con razón, que ni el convencimiento, ni los desengaños, ni los estudios, ni el amor, realizaron la conquista, si lo era, ó la farsa, caso de haberla; pero lo que no pueden lograr todos aquellos poderosos estímulos, el cambio de ambiente social lo alcanza. Sin embargo, Andrés no creía, no podía creer en la renunciación de ideas de su novia; las llevaba muy hondas para dejarlas tan pronto; tal vez en su interior se burlara donosamente de aquella sociedad burguesa que no pedía sino el pasaporte del dinero para vivir en ella; quizás echase de menos la vida tranquila, dedicada por entero á la propagación de ideas, sin presiones de batistas y de terciopelos, libre de vanas etiquetas que ahogan como un alto cuello de raso forrado de crenolina.

Más dolorosa que la impresión recibida durante la serenata, fué la que sufrió al día siguiente. La procesión pasaba por casa Remedios; Andrés supuso que no faltaría su novia y se colocó en la esquina; pronto invadieron el balcón lindas muchachas, casi todas vistiendo trajes de tonos claros y sombreros vaporosos, elegidos según arte, para que realzasen la blancura de gardenia de ciertas caras ó apagasen el moreno de arroz bomba de algunas otras...

Lector amigo, si alguna vez te ha llamado la atención esa prodigalidad de artistas y de flores de que hace gala Valencia y no te has dado explicación razonable á tal fenómeno, pasea tus miradas por los balcones de la carrera la tarde de la procesión del *Corpus* y verás cuán lógico es que la naturaleza, en la corte de la hermosura, concentre á los príncipes del colorido y de la forma y á lo más escogido y perfumado de su espléndido guarda-joyas.

En uno de aquellos balcones llenos de muchachas hermosas, donde el sol, por besarlas, templaba sus rayos y las flores se marchitaban de amor al verlas, estaba también Germinal, pero sin que se apartase de su lado un muchacho moreno, tan alto como ella, con bigote negro de largas guías y el cabello partido en dos crenchas iguales, relucientes y sujetas con brillante cosmético al cráneo. Si el joven, como los demás, hubiese hablado con todas las muchachas, nada de particular tendría; pero permaneció junto á Germinal mientras el desfile de la procesión, sin que se fijase ni en los gigantones antiartísticos que la precedían, ni en los invitados, que con aire mayestático mostraban sus veneras al público. Le hablaba con interés de algo muy importante sin duda; Germinal no se reía como de costumbre, sino que permanecía quieta, pensativa, casi triste, mirando á menudo á *Matacañota*.

Pasó la procesión, ya los soldados que cubrían la carrera se retiraban á sus cuarteles; en los salones, inundados de luz, se percibía el bullicio de los convidados que tomaban sus refrescos, algunos compases de bailables ejecutados al piano y notas agudas de romanzas de tiple cantadas por señoritas filarmónicas, y aún estaban solos en la penumbra del balcón Germinal y el muchacho de largos bigotes y reluciente cabellera.

No era celoso Andrés, pero aquella noche conoció que debe de ser una pasión de las que quitan el humor y alejan el sueño.

Puso fin á su justa intranquilidad una cartita de su novia rogándole que á las ocho de la noche del siguiente día le aguardase á la esquina de su casa, la de Germinal, y que llevase para ella un mantón.

Bajó la hija de Dionisio á la citada hora hecha un brazo de mar, con un traje azul de batista con adornos de *guipure;* llevaba también un artístico lazo del mismo color en el peinado y una salida de teatro de muselina de seda; iba con la muchacha. Las siguió *Matacañota* pensando qué significaría todo aquello, y cuando estuvieron á pocos metros de casa Remedios, despidió Germinal á su acompañante, y así que ésta volvió la espalda, rápidamente se metió aquella en un callejón, donde aguardó á su novio:

—Pero, ¿qué significa esto, Germinal?

—Toma la salida de teatro, dame tú el mantón. Pues significa que tengo hambre de estar contigo y que con la excusa de ir al Teatro Principal con Remedios...

—Puedes comprometerte.

—Tanto me dá. Venga tu brazo y vámonos por callejones solitarios hacia donde tú quieras.

Así lo hizo Andrés, y como si fuesen marido y mujer, juntos, alborozados, felices, se dirigieron por la calle de Quevedo á la plaza de San Agustín, y de aquí por la de Guillem de Castro, Torres de Cuarte, Asilo Romero, por la orilla del río, alameditas de Serranos, puente de la Trinidad hacia la Alameda.

La noche estaba radiante, ya complacían las ráfagas de aire fresco saturadas de perfumes; cantaban roncas las ranas en los charcos del río y repetían los grillos el suyo, estridente, metálico, desde las copas de los plátanos floridos. ¡Juventud!, ¡juventud! parecía decir la naturaleza con su lenguaje misterioso, y la renovación latente del reino vejetal la sentían también aquella noche los novios, sentados en un banco del plantío, envueltos por aquellas masas de sombra.

—No dudes ni un instante de mi cariño; te quiero, mi Andrés, con la firmeza con que esos árboles se agarran á la tierra. Te pertenezco, soy tuya por mi libérrima voluntad y no hay en mi querer la sombra de un egoismo que lo altere.

Quisiera poder sentir más para darte más y desearía convertirme en el aire que respiras para identificarme contigo. Mira, todo lo que tú me quieras, dímelo por Dios esta noche, házmelo ver porque lo necesito, lo quiero, te lo mando.

—Loca, qué bien sabes trastornar á un pobre labriego, falto de palabras.

—Si pudiéramos reunir en un momento, en éste, todos los pensamientos, todas las ánsias de amor, todos los deseos, gustar en una todas las dulzuras del querer, daría como las abejas la vida por la felicidad.

—Pero, ¿eres tú, la discípula de Kropotkine y de Malato?

—La misma soy, la misma seré; por eso he dejado allí en el recinto de la ciudad, en ese arcón de disfraces, el mío propio y vengo á regalarme con la santa libertad de decir al hombre que nadie me impuso, lo que las demás mujeres quizá no se atrevan á decir ni á solas con su conciencia.

Brotaban de los labios de Germinal las palabras como el agua de una fuente serrana; su novio, contemplándola con el fervor de un místico, no pronunciaba más que cariñosas exclamaciones; perdían la noción del tiempo, la realidad corpórea, vivían sin vivir en ellos; la gloria debe de ser así, una transubstanciación del sér ante la suprema felicidad.

Cuando volvieron á recobrar su barro miserable, les trajo el viento la voz de los serenos; se levantaron, y cogidos por la cintura, despacio, como si cada paso les quitara un girón de alegría, se acercaron hacia la calle de Trinitarios.

Cuando acudió el vigilante con las llaves para que Germinal entrara en su domicilio, *Matacañota* notó que su novia lloraba.

XXXII

La vida de *Chimo Purgatori* desde que tuvo la desgracia de quedarse ciego, fué de lo más triste que puede haber dentro del humano sufrimiento. Le daba pena todo, desde los monótonos cantos que al ir ó al venir del trabajo entonaban los labradores, hasta las alborozadas conversaciones y frescas risas de los grupos de muchachas que paseaban por las noches por el pueblo. Le hacía llorar el sol cuando con la solicitud de antiguo camarada le daba besos en las pálidas mejillas; se le oprimía el corazón al preguntarle alguna muchacha por su salud, y crispaba los puños con rabia cada vez que en su presencia se hacían presagios sobre las labores de los campos ó se quejaban de la diversidad de trabajos á que tendrían que dedicarse hasta pasada la siega del arroz.

Con un manojo de esparto bajo el brazo, mudo, sin que la más debil sonrisa se dibujase en sus labios, confeccionaba cordeles y cuerdas sentado en cualquier rincón de la casa.

Su madre y los amigos, en vano le instaban á que saliese á la huerta para respirar aire puro; nunca consintió porque, según decía, era preferible no percibir los sanos efluvios del campo, á recibirlos como un bofetón que le recordase la renuncia forzosa que tenía que hacer de su porvenir y de sus alegrías.

A dolores tan crueles y prolongados les daba momentánea tregua, mientras los vapores del alcohol obscurecian su inteligencia, dejándole sumergido en estupor beatífico. Raras veces había probado el aguardiente—la dinamita silenciosa, —pero recordó haber oído que las bebidas eran el único talisman para combatir las penas, y bebió con el ansia del tífico, pasando la mayor parte de los días medio embriagado, varias veces embriagado completamente.

Su madre, de acuerdo con los médicos, le prohibia beber con exceso, quitándole la botella del aguardiente ó la calabaza del vino, pero él se lo procuraba de nuevo cuando la tía Ramona salía de casa, y depositaba las *ampollas* de contrabando en la leñera para vaciarlas cuando estaba solo.

De todos los cambios y rarezas de *Chimet*

desde que le ocurrió la desgracia, ninguno más inesplicable que su oposición absoluta, terca, firme, á recibir ninguna clase de dádivas de la familia de Loreto. No sabia ni podía razonar esta genialidad, pero lo cierto era que en cuanto llegaban á sus manos ropas procedentes de casa los *Malacañolas*, cestas con frutas ó *presents* de cualquiera clase, parecía olfatearlo y le daba un buen disgusto á su madre.

Por motivos de orgullo no era ciertamente, porque no solo durante los primeros dias de enfermedad aceptaba con agradecimiento los regalos que procedían de aquella casa, sino que á la sazón, sin escrúpulo ni protesta, toleraba que su madre saliese todos los viernes á pedir recursos á las principales familias del pueblo.

Loreto, que sabía todo aquello con profunda pena, empleaba mil ingeniosos rodeos para favorecer á su novio sin causarle disgustos, entregándole donativos al señor cura para que los diese como procedentes de personas caritativas, ó bien dándolos á cualquier amigo de su padre, que los entregaba como propios á la tía Ramona.

¡Bien lo necesitaban los pobres! La cosecha de los yeros y de las habas se había perdido por completo á causa de la piedra; lo mismo les pasaba con la del trigo, y de un campo de viña que poseían, aún estaba lejos la recolección para ver lo que sacaban; quizá redrojos nada más.

Las madejas de cordel hechas por *Purgatori* nadie las compraba, porque la mayor parte de los labradores las tenían confeccionadas por ellos durante los forzosos paros que causaron los repetidos temporales de invierno y primavera. Tan sólo le salió bien á la tía Ramona la cosecha de la seda, lograda con un trabajo superior á sus fuerzas; pero como las moreras iban escaseando en el pueblo, la hoja se puso muy cara y mermó las ganancias de un modo extraordinario. A pesar de todos estos contratiempos, la horrible carátula del hambre aún no había visitado ni una sola vez aquella casa.

No le causaba tanta desazón á la tía Ramona el contínuo ajetreo que llevaba, como el servir de recadera fiel entre su *Chimet* y Loreto.

Chimet le decía, por medio de su madre, que si recordaba la conversación que tuvieron á raiz de perder él la vista; Loreto le contestaba que pensara en cosas de más provecho; volvía *Purgatori* á repetirle que no tomase á broma tan grave asunto, y su novia se hacía la desentendida casi siempre.

Cuando menos lo pensaba la hija del tío Pepe, le pidió el ciego reiteradamente una conferencia. Pudieron en aquella más las ganas de verle que los temores á pasar un mal rato, y fué con el corazón medroso á sufrir oyéndole y á gozar unos instantes, pues ya era tiempo, de su compañía.

Sin duda para cobrar ánimos, *Purgatori* se hallaba medio borracho cuando llegó la infortunada Loreto. Con la lengua poco expedita, sin coordinar los conceptos ni las palabras, comenzó á decirle:

—Yo soy honrado, ¿sabes?, y quiero tu bien. Lo nuestro, ¿no ves que es imposible? Las pelotas perdidas en el tejado no sirven para nada, se pudren á la intemperie, yo soy una pelota... Nos queremos, bueno, ya lo sé, pero la nube negra se ha puesto delante... Todos te dicen lo mismo, y yo que te quiero más que todos, fuí el primero que te aconsejé lo del abogado... Perdona si te falto, pero tú debes casarte. Con *Ramonet* el de la tienda, no; con Luis *el Pito*, menos; vamos, no hay en el pueblo nadie para tí...

—Mira, *Chimet:* está feo que digas todas esas tonterías y resulta muy tirano que me obligues á realizar una cosa para la que sabes me falta voluntad y ánimo... No seas niño, cuídate y deja que llore mis penas...

—Alto ahí; no quiero que llores, sino que te rías.

—¿Y puedo reirme sufriendo tú?

—¿Lo ves? Por mí sufres, por mí te sacrificas... Bueno, se remediará; todo tiene compostura en este mundo, y en el otro más, porque Dios todo lo puede.

—¡Si quisieras hacerme un favor, *Chimet!*

—Con tal de que no sea cuestión de dinero, porque no hay, ni de vista, porque no tengo...

—No bebas, tú no has tenido nunca ese vicio tan feo.

—¿También tú quieres que deje á mis únicos amigos?

—Hazlo por mí; ¡si supieras qué pena me causas!

—No beberé más... en cuanto me acabe la bebida que me queda; palabra de honor.

Loreto creyó dejarle tranquilo después de la referida conferencia, pero bien pronto pudo convencerse de que lo que creía quimera de *Purgatori* era fatal obsesión que pesaba sobre su vida como si fuese una montaña de granito.

La noche misma en que se hablaron, un hombre que estaba regando un alfalfal próximo al pueblo, vió caminar á *Chimet* despacio, con paso vacilante, por una senda vecina; de vez en cuando se paraba, sin duda para orientarse, y seguía después su camino. La falta de seguridad que demostraba *Purgatori* debió chocar al labriego, y sin que aquél lo advirtiera, le siguió á cierta distancia. Pronto supo quién era el nocturno paseante, y con ello creció su curiosidad.

Muy cerca del cauce de la acequia Real, tan excitado estaba *Chimet* que se le escaparon frases incoherentes, por las que pudo colegir el espía las intenciones de aquel desgraciado; para

que no se realizasen se le aproximó y, cogiéndole de la chaqueta, le dijo con imperio:

—*Ché, Purgatori,* ¿dónde vas?

Desconcertado, no supo lo que decir al pronto, vaciló breves instantes, y sin aplomo, conociéndose á la legua que mentía, repuso que le había dado la idea de tomar un baño de limpieza.

—¿El baño en semejante fecha, á tales horas, sólo y sin vista? Ya puedes venirte conmigo.

—Déjame.

—No puedo ni quiero dejarte sino en tu casa, junto á tu madre.

Todo el pueblo supo al día siguiente la tentativa de suicidio de *Purgatori,* pues aunque la negaba, nadie dió crédito á la negativa conociendo su desesperación. La pobre madre no hacía más que llorar, y tan pronto como pudo, se fué á casa el señor cura y de varios amigos para que le calmaran y le hiciesen comprender el horrible pecado que cometía si no desechaba pronto tan negros propósitos.

También acudió Loreto sin que *Chimet* la llamase. Claro como la luz del sol había visto, no sólo las intenciones de su novio, sino su fundamento, y con una pesadumbre que no podía disimular, porque parecía la propia imágen del humano dolor, le prometió que para que viviese tranquilo y libre de preocupaciones seguiría sus consejos...

—Tú crees—concluyó—que así me pones en camino de ser feliz, y quiera Dios, *Chimo,* que no te equivoques. En recompensa, prométeme que no irás otra vez á... tomar el baño.

—Te lo prometo; ahora ya no estorbo.

—Adiós, *Chimet,* acuérdate de mí.

—Esa será mi constante ocupación.

—Abrazaos, hijos míos,—dijo la tía Ramona cogiéndoles de la mano;—grandes penas borran pecados chicos.

Loreto y *Purgatori,* abrazados, confundieron sus lágrimas; aún les quedaban.

Pocos días después de estos sucesos, Carlos recibió una cartita de la hermana de Andrés rogándole que fuese al pueblo. Sin tiempo para dar aviso siquiera en la redacción, se marchó en el tren correo con el objeto de ver si podía regresar aquel mismo día.

Él y Loreto hablaron breve y substancioso. La muchacha le dijo francamente la situación especial de su alma: no podía quererle al pronto; si con el trato, la simpatía que realmente le inspiró, se trocaba en afecto y el afecto en cariño, quizá llegaran al matrimonio; si no, con franqueza se lo diría.

Carlos aceptó las condiciones en absoluto. No ignoraba lo difícil que era para un alma tan superior como la de Loreto cambiar de sentimientos cuando tan hondos y arraigados estaban; él

le ayudaría, no á desechar, sino á conservar el recuerdo de *Purgatori;* tal era la confianza que le inspiraba la lealtad y honradez de los antiguos novios.

Sus anhelos consistían en hacerse amar muy poco á poco de aquella mujer, entregada desde la niñez al culto de la misma pasión, de tal manera, que seguramente consideraría nefario el solo pensamiento de olvidarla. Ya tenía Carlos mucho adelantado con la preferencia que le demostró la joven, dejándole que intentase desviar con el poder del tiempo y del cariño sus viejas y poderosas corrientes pasionales.

¿Conseguiría el abogado sus propósitos? ¡Qué duda cabe! Loreto era muy buena; libre de la desconfianza que los desengaños dejan en el alma, no tendría más remedio que declararse al fin vencida, después de pasar por todas esas fases que conducen al imperio del querer: simpatías, lástima, gratitud, satisfacción y recompensa. Cada nueva fase haría saborear al periodista deleite nuevo y su felicidad iría en progresión creciente de tal manera, que el límite de sus anhelos sería el principio de su gloria.

Quedaron en escribirse. Carlos lo verificaba bastante á menudo confesándole á Loreto los orígenes de su cariño y proclamando las excelencias del amor. Al propio tiempo le preguntaba con interés por *Purgatori*, y con razonamientos

de refinado misticismo unas veces, y otras con reflexiones, hijas de la mundana experiencia, le daba consejos y consuelos que debían suavizar las profundas penas sufridas.

Loreto le contestaba de tarde en tarde, si bien haciendo extensivas las cartas á su hermano. No le decía nada que se relacionase con la situación especial de ambos; le hablaba del estado de las cosechas y de la deplorable temporada que sufrían los jornaleros y aún los pequeños propietarios agrícolas, y cuando éstos temas se agotaban, para salir del paso les refería sucesos relacionados con personajes á quienes Andrés y Carlos conocían; por ejemplo, la extraña enfermedad del tío *Copla*, que sin revestir caracteres graves, como no los tiene, por lo general, la erisipela, solía complicarse con terribles alucinaciones y temblores que daban bastante quehacer á la tía *Chertrudis* y á los amigos del enfermo. También le dedicaba párrafos al *Grande*, ya reconciliado con *Copla*, participando que se había hecho una gorra con galones dorados, á los que, según él, tenía derecho como poseedor de múltiples y raras condecoraciones.

Nunca daba fin á las cartas sin advertir á su hermano y á Carlos que fuesen buenos chicos y que se dejasen de predicar malas doctrinas á la gente trabajadora.

XXXIII

Todo el mundo preguntaba, particularmente los partidos obreros, por qué Dionisio Martínez había presentado la dimisión de presidente del casino socialista. Difícil era, dada la diversidad de opiniones, averiguar el motivo con certeza, pero él, para que no hubiera lugar á dudas, publicó un remitido en la *Reivindicación* explicando su conducta, cuyo remitido decía en resúmen, que su carencia de autoridad dentro del partido, las murmuraciones de muchos de sus correligionarios y sobre todo la desviación que ciertos elementos habían causado en las ideas socialistas empujándolas hacia un desatinado comunismo, le obligaban á retirarse.

No tardó en ser inscrito en el censo del partido radical, cuyos jefes varias veces le habían propuesto semejante determinación en beneficio suyo.

Sus antiguos compañeros y los periódicos societarios comentaron la huída y le zahirieron varios días, pero al fin nadie se acordó del contratista y bastantes de sus antiguos amigos imitaron su conducta.

¿Puede saberse en virtud de qué ley absurda, los que abdican de sus ideas son preferidos den-

tro del organismo que acaba de admitirles, á quienes envejecieron en él? Idéntica pregunta se hicieron muchos republicanos al saber que Dionisio no tardaria en ocupar un cargo político de importancia en las primeras elecciones de concejales ó de padres de la provincia. Muchos relacionaban esta distinción con el agradecimiento que le tenia el gobernador desde que, gracias á sus buenos oficios, logró terminar la difícil huelga de los albañiles; el partido radical contaba, pues, para el triunfo de su candidato predilecto, con el decidido apoyo del gobierno.

Quien extrañaba también mucho la suerte de Dionisio era D. Jacinto, el cual se hacía para su capote la siguiente pregunta: ¿Por qué yo, que desde los campos del absolutismo vine á los más avanzados, no conseguí nunca medrar en ningún partido? En ningún partido ni en ninguna empresa, por modesta que fuese, podrían contestarle al pobre; por eso paulatinamente fue desengañándose, no sólo de cuanto constituye la farsa política y de los que la representan, sino de todos esos tópicos que han dividido á la gran familia humana en bandos que luchan entre sí encarnizada y perpétuamente. Llegó á pensar al final de su vida que el mundo es patrimonio de los peores, que la virtud es un estorbo y el corazón la entraña más enemiga del bienestar y de la dicha. Decía que los mayores contrarios que

tenemos son nuestros semejantes y que en cada prójimo vive un miserable Forquet.

De desvarío en desvarío llegó á las mayores aberraciones, no recatándose de manifestarlas, sino que á veces, al cruzar por su lado coches lujosos que conducían á damas encopetadas ó á grandes capitalistas, cerraba los puños y solía decir en alta voz:—Ya nos veremos, caballeritos, ya nos veremos.

Andrés *Matacañota,* más que desesperaciones, sufría contínuos desengaños. Vino á Valencia con ánsias de vida nueva y se encontró con una vida de molicie, de *chala,* de regodeo; si no se hizo siervo de ella, fue gracias á sus anhelos de perfección intelectual.

Creyó que la metrópoli era el gran templo de la fraternidad, y desde el primer día pudo convencerse de que tan hermosa palabra, si puede constituir toda una teoría sublime que muchos explotan, no es una realidad.

Pensó hallar un culto ferviente, sincero, convencido, leal á las ideas, porque no hay en la ciudad como en los pueblos quien amarre las conciencias, y se convenció de que los obreros, en general, suelen someterse voluntariamente con fanatismo de derviches á los caciques, que si no les dan tierras en arriendo para someterles como allá, en cambio les regalan discursos inflamados y valientes artículos. ¿Y aún llamó Dioni-

sio imbéciles á los labriegos que por temor á perder el pan, tal vez por agradecimiento, venden su conciencia?

Lo que sí halló en la ciudad fue: tasa y estabilidad en el trabajo, retribución digna, suficiente descanso, medios sobrados de instrucción y de recreo, solidaridad bastante para pedir lo beneficioso y bríos para rechazar lo perjudicial. Efectiva tutela de los gobernantes para con los obreros y constante amenaza de los obreros hacia los gobernantes.

Pero lo que contribuyó á que *Matacañota* se desengañase profundamente hasta el extremo de perder mucho entusiasmo por sus ideas, fue la deserción de Martínez. La escusa dada para retirarse del partido, le pareció á *Matacañota* vana y pueril; otra causa más honda le decidiría, porque los hombres de ideas arraigadas, si ven cómo los demás las falsean y desquician, en lugar de retirarse cobardemente, procuran volverlas á sus antiguos cauces combatiendo los errores que las emponzoñan y dervirtúan.

Su maestro, aquel que le llevó al pueblo hálitos de aurora, el que le hizo sentir el peso de las cadenas para que desease romperlas y contribuyó á que abandonara, quizá para siempre, á los siervos de la tierra sus hermanos, le dejaba sumido en eterna interrogación. ¿Dónde estaba la fragilidad, en el hombre ó en las ideas? ¿Quién

poseía la buena fe, los iniciados ó el maestro? ¿Quiénes usufructuaban la verdad?

El inexperto *Matacañota* no sabia que los hombres son esclavos sumisos del medio más que de las ideas, y que aunque sea terrible y depresivo confesarlo, somos víctimas de una demagogia insoportable, pues nuestras mejores facultades y condiciones tienen que sufrir la tiranía de los órganos más víles, con el estómago por Robespierre.

Para colmo de pesadumbres y desdichas recibió una larga misiva de Germinal en estos términos escrita:

«Querido Andrés: Acabo de llegar de nuestro delicioso paseo nocturno que te propuse por varias razones, una de las principales, aunque no la primera, por tener nueva prueba de lo firme de tus ideas en las cuestiones relativas al matrimonio y al amor. Sigues deseándome por *esposa* según la sociedad y tu religión...

Nada tengo que oponer á tus propósitos, que por cierto no puedes olvidar ni aun en los instantes de suprema dicha en que suelen aflojarse las ligaduras del albedrío. Si yo por el cariño que te profeso claudicase, no seria digna de tí por tornadiza y porque siempre sostuve que el matrimonio significa, ligadura de lo inseguro y concierto de bajos egoismos.

Y como no podemos llegar á un acuerdo, por-

que los dos creemos estar en posesión de la verdad y no caben transacciones en estos asuntos, he decidido dar gusto á mis padres *uniéndome* á un muchacho arquitecto, primo de Remedios, que ya gana buenos cuartos por su gran talento, y á quien no estoy segura de hacer feliz, sencillamente porque no le quiero.

No te quejes de mi proceder porque ya sabes cuántas veces has tenido á tu disposición cosas de más importancia y más sérias que mi porvenir. He dado rienda suelta, sin ningún género de hipocresías, á mis impulsos; por tanto, cumplí con los deberes que nos imponen la naturaleza y el corazón; tú has preferido, en cambio, dar cumplimiento á consideraciones de un orden más abstracto, pero fuera de la realidad, y el resultado ha sido empujarme ¡tú mismo! á la renuncia de mi predilecta dicha. Te lo perdono.

Que te quiero, que te he querido como quiere una hembra, como quiere una mujer, te lo dice la locura de esta noche, realizada después de meditar y decidir lo de mi *unión*. Te quise porque eres un hombre leal, sincero, de generosas ideas, varonilmente sustentadas; te quiero porque tienes un alma de criatura, libre de ruindades, y porque eres, moralmente, superior á cuantos hombres he tratado durante mi vida. Casi me alegro de apartarte de mí, que si no estoy co-

rrompida, me salgo del sexo y llevo demasiada carga de prosa vil conmigo.

A pesar de lo dicho, fíjate bien, Andrés, en lo que voy á escribirte: cualquiera que sea el tiempo transcurrido y las circunstancias que me rodeen, tu voz será imán, débil aguja tu

Germinal.»

Matacañota quedóse con la carta en la mano sin saber al pronto lo que le pasaba; la guardó luego de leerla un par de veces, y no obstante su proverbial ecuanimidad, se arrojó en la cama sollozando.

Ya sereno, hizo un paquete de las cartas y objetos que poseía de su novia, le puso en un plieguecillo de papel *Te desprecio,* y se lo remitió todo. Sus cortos amores habían terminado.

Por más que hizo esfuerzos por aparecer indiferente, no pudo disimular la mella que aquella serie de acontecimientos, y sobre todos el último, le habían hecho; perdió el apetito, se le marcharon todas las ilusiones, andaba por las calles como por un desierto, con la impasibilidad de lo inanimado; más que un hombre parecía un muñeco que ejecutase mecánicamente los movimientos; le molestaban las personas y rehuía toda conversación; aquella simpática seriedad propia de su carácter, se convirtió en aspereza, y en misantropía su perenne dialogar con el pensamiento.

Pero como cambio tan brusco era consecuen-

cia de la serie de sacudidas que en su naturaleza moral estaba recibiendo, pronto se reflejó en su cuerpo tal anormalidad y tuvo que guardar cama varios días.

Aún estaba convaleciente cuando le volvieron á entregar otra carta de Germinal, en la que entre otras cosas le decia: «Me llevaron engañada, sucumbo á las circunstancias que rodean á mis padres. Perdóname, sigo pensando como siempre y riéndome del vínculo; no te olvides de que á pesar de tu desprecio, siempre serás el imán y yo la partícula de metal obediente.»

¿Qué significaba todo aquello? Significaba que los padres de Germinal y los tíos de su novio el arquitecto, maquinaron un plan soberbio para destruir todas sus fantasías y romanticismos libertarios; había caido, pues, en la red como un débil pajarillo.

Conseguido no sin grandes amenazas y trabajos que aceptase las relaciones con el arquitecto, fijaron para la unión fecha muy próxima, pero sin decir una palabra respecto al procedimiento.

Era el novio uno de esos muchachos que fuera de las de su profesión no se permiten tener ideas políticas ni religiosas de ninguna clase. Germinal le habló de amor libre, de vivir sin vínculo civil ni canónico, y se conformó en principio, pero pensando para sí no hacer más que lo que su protector y pariente le mandase.

Como los preparativos de la boda eran costosísimos, pues Doña Rosa quería deslumbrar á sus flamantes amigos, no tuvo Dionisio más remedio que aceptar la cantidad que su principal le había ofrecido, y con ella pudieron hacer espléndidas ropas de todas clases á la novia. También el padrino, que lo era, como se puede suponer, el tío del novio, regaló á Germinal un magnífico vestido blanco de brocatel para el día de la boda.

—Pero, ¿hay ceremonia?—preguntó la muchacha cuando después de recibir el regalo quedaron sus padres solos con ella.

—Ya lo ves, hija mía—díjole Dionisio,—no tiene remedio. Contrariar á quien debemos nuestra fortuna, tu ventajoso matrimonio y hasta la mayor parte de las galas que te hicimos, sería ridículo, bochornoso, de soberana ingratitud.

—Pero, ¿mi... futuro no se opone?

—Tu futuro, de ideas más radicales que las tuyas, le debe, como nosotros, á su tío, cuanto tiene, su propia carrera, y no le disgustará.

—¿Y si yo renunciase á casarme?

—Pediríamos limosna, porque yo me marcharía muy lejos, donde no me viese nadie.

—Saldréis con la vuestra, pero entendedlo bien: viviré con ese hombre como si no me ligase más que mi propia voluntad.

Entonces fué cuando redactó la segunda carta para *Matacañola*.

Les casaron en la misma parroquia, donde, según tradición, lo verificaron las hijas del Cid, en San Esteban. Como los invitados eran muchos, la plazuela de la Comunión estaba llena de coches y de curiosos para ver salir á los recién casados.

Concluída la ceremonia, fueron saliendo los acompañantes, y tras ellos, los novios cogidos del brazo; él, de frac, con la pechera de la camisa como la nieve, pálido por la emoción y por ser el objeto de todas las miradas; ella, soberbiamente vestida, mirando con cierto desdén á la turbamulta que la contemplaba. Mejor que una vírgen pudorosa de blanco traje y envuelta con níveos cendales, que tiene conciencia plena del acto trascendental que acaba de realizar, parecía tiple del género chico, que en la escena más culminante de la obra sale de la iglesia desposada contra su voluntad con el tenor.

Entre los rumores que al ver á los recién casados produjo la multitud, se destacó una voz de mujer que gritaba con indignación dirigiéndose á Germinal:

—Hipócrita, *poll reviscolat* (1), *bagasa* (2).

¡Qué tumulto se armó! A duras penas podían

(1) Literalmente: polluelo resucitado. Llaman así los ribereños á los ricos improvisados que se vuelven orgullosos y vanos [al] cambiar de fortuna.

(2) Mujer pública.

contener á la *Sultana,* cuyos eran los insultos; desasiéndose de las mujeres que la sujetaban, quería echarse sobre Germinal, que, pálida de rabia, desafiaba con los ojos á la que siempre consideró como enemiga. El arquitecto y algunos acompañantes pretendieron también castigar á la provocadora, pero un guardia municipal la detuvo, llevándosela consigo.

Los periódicos, en la sección de Sucesos dieron cuenta del incidente en los siguientes términos:

Al salir de la iglesia los concurrentes á la boda que detallamos en otro lugar, una mujer del pueblo, por cierto de peregrina hermosura, promovió un pequeño alboroto, que por fortuna no tuvo más consecuencias que la detención de la causante. Los curiosos atribuyen á celos mal reprimidos el origen del escándalo.

Gracias á las gestiones de Forquet, no tuvo para *Desamparaos* el hecho más consecuencias que el pago de una fuerte multa; mucho más hubiera pagado por vengar mejor las penas causadas al hombre querido.

Cuando Andrés amonestó á la *Sultaña* por su extraña conducta con Germinal, que ningún daño le había causado, le contestó la Vénus ribereña:

—Más del que tú crees...

—¿Estabas también enamorada del afortunad(arquitecto?

—¡Tal vez! —Le dijo con amarga sonrisa la *Sultana*.—Y después pensó para sus adentros: ¡cuánto la quiere todavía!

Casada Germinal, ya no quedaba á *Matacañota* ninguna clase de alicientes en la ciudad y decidió marcharse. Perdida la fé y la confianza en el maestro que lo trajo, rotos para siempre sus lazos de amor, el primero de su vida, no pudiendo ir más allá por falta de preparación en sus anhelos científicos, ¿para qué vivir en la metrópoli, para disfrutar tan sólo de sus ventajas y darse buena vida? No, mil veces; había tomado de la ciudad lo mejor: cultura, disciplina social, la práctica de todos los derechos, el perfecto ejercicio de todos los deberes; había conocido palpablemente la diferencia de siglos que hay entre las humildes luciérnagas del campo y los traviesos palomos de la ciudad, entre la pobre familia de segundones y la brillante de mayorazgos, y puesto que la pasión desvanecida se llevó todos los egoismos, era de justicia volver al ergástulo por si, nuevo Espartaco, podía ser útil á sus semejantes...

XXXIV

Finalizaba el mes de Agosto.

El asedio que puso Forquet á su ama de llaves, iba continuando. Ya no sabía qué recur-

sos emplear para vencerla; se le agotaron por primera vez en la vida. Puso á su disposición la caja de caudales, le dió un revólver para que le matase de un tiro, porque, según él, era preferible morir que verse despreciado de aquel modo; lloró á sus pies como un muchacho y se hizo ferviente devoto de todos los santos del cielo para que le concedieran el beneficio que deseaba. Todo inútil; *Amparaos* era una esfinge y su virtud tan constante como la renovación humana.

—No sea terco, señor—le decía;—sólo matándome podrá V. hacerse dueño de mi persona, y supongo que con el cariño que dice tenerme no pensará tal disparate.

Pero el viejo no cejaba; parecía que cada negativa le daba nuevos alientos, remotas esperanzas. *Amparaos*, cuando cansada de la tremenda lucha quería descansar breve tiempo, su recurso era decirle á la señora que le ajustase la cuenta; Forquet entonces, asustado, ni levantaba los ojos para mirarla.

Llegó á suceder una cosa inaudita: la propia Bernarda, viendo el lastimoso estado de su marido, le pidió á la joven compasión para él.—Te quiere mucho, hija mía; ¡por lo menos no desesperes al *pobret!*—Y al decir esto, se limpiaba las lágrimas con aquellas manos gordinflones y blancas como el jazmín.

Amparaos comprendía el tremendo sacrificio

que iba envuelto en las palabras de su señora; leía en ellas la vida de amargura que la mártir habría pasado en el sillón de gutapercha junto al esposo libertino, y la compadeció sinceramente. Por eso, por no dejarla en poder de aquel sátiro despechado y por servir á los *Matacañotas* no había huido ya de aquella funesta casa.

¡Siempre luchando, desde que tenía uso de razón! ¡Siempre huyendo de los peligros! Necesitaba de su poderosa virtud para no sucumbir cansada de aquel contínuo pelear sin gloria, casi con vilipendio, pues muchos la creían esclava del vicio.

Le sorprendió un día la visita del tío Pepe *Matacañota*. Fué á decirle que la letra vencía pronto y para rogarle que lograse del amo tres meses más de prórroga, cosa facil de conseguir.

¡Fácil de conseguir! A la muchacha se le vino el mundo encima, porque se había propuesto no pedir á Forquet ni un vaso de agua. Sin embargo, prometió al tío Pepe que dejara el asunto á su cargo, y puesto que aún quedaba un poco de tiempo, buscaría ocasión propicia para solicitar el favor.

Amparaos juzgó conveniente participar á Bernarda los deseos de *Matacañota;* si lograba tal cosa de su marido, harían entre las dos una obra meritoria. Forquet dijo con sequedad á su mujer que necesitaba dinero para comprar

primeras materias y que contaba con el del tío Pepe.

Pasaron algunos días y la *Sultana* recibió carta de aquél rogándole que le participase pronto los resultados de sus gestiones cerca del comerciante, pues del éxito dependía todo el porvenir de su casa.

Segunda vez hizo la petición Bernarda y de nuevo se le dió la negativa más rotunda; ¿qué hacer? Aquí de las cavilaciones de *Amparaos*.

Era preciso salvar al tío Pepe *Matacañota*, por lo menos intentarlo; jamás, como se ha dicho, había pedido á Forquet favor alguno ni aceptado los obsequios de cierto valor que repetidas veces le ofreció; por tanto, la pequeñez que solicitaba bien podía concederla.

Se lo dijo con la seguridad de que no le dejaría repetir la petición; pero el cornellense, más amable y delicado que nunca, nada categórico le contestó; solo después de muchas vacilaciones y circunloquios propuso tomarse tiempo para resolver lo más oportuno.

Con estos aplazamientos, estudiados seguramente por Forquet, la fecha fatal llegaba; de allá del pueblo recibía de continuo *Amparaos* cartas pidiéndole por Dios que no descuidase la solución del importante asunto; pero cuantas veces la muchacha quiso conseguir la prórroga, otras tantas se hacía el sueco el ladino catalán.

En vista de su fracaso no tuvo más remedio *Amparaos* que decir á *Matacañota* la verdad: el amo no se mostraba dispuesto á conceder lo pedido; que viniese á la capital á ver si sus ruegos eran más eficaces; en último extremo... ya resolverian.

El tio Pepe llegó á Valencia dos días antes del vencimiento de la letra, recatándose de su hijo, que nada sabía de todas aquellas trapisondas suyas. Ningún resultado le dieron las entrevistas con el comerciante; continuaba diciendo que desde larga fecha contaba con aquel dinero; que distraídas sus reservas en otras atenciones, le irrogaría perjuicios de consideración prescindir de tal cantidad.

La víspera del finiquito por la noche, se aventuró *Amparaos* á quemar el último cartucho. Después de acostar á Bernarda, sigilosamente penetró en el despacho donde Forquet, antes de retirarse, solía leer *La Correspondencia.*

—Señor—dijo en voz queda,—¿se puede pasar?

Después de quitarse con estudiada prosopopeya los anteojos, el catalán hizo entrar á la Sultana, preguntándole qué se le ofrecia.

—Ya lo sabe Vd.; mañana vence la letra de mi paisano y vengo á rogarle de nuevo que tenga la caridad de acceder á lo que le venimos pidiendo.

—¿Quieres que hablemos con ruda franqueza? Pues bien, ¿qué me concedes á cambio de vida y

fortuna que te ofrezco? Desdénes, indiferencia, lo que hasta hoy he recibido de tí...

La *Sultana*, con los ojos bajos, escuchaba con resignación por céntesima vez las infames proposiciones de Forquet; ¡hasta cuándo duraría semejante calvario!

—No creas—prosiguió el catalán—que se reducen mis anhelos á la posesión de tus encantos; puedo ser tu padre, y á mi edad las pasiones se transforman y se templan; quiero que no te apartes jamás de mi lado, tenerte segura, que nadie más que yo sea quien se recree mirando, mirando nada más, ¿entiendes? las perfecciones que Dios ha derramado, para mi tormento, sobre tí...

—¿De manera, que pone Vd. ese precio á mis súplicas?

—¡Cómo! ¿la simple prórroga de una letra? Todas las que guardo en ese cajón caerían á pedazos á tus pies, y la desproporción entre lo que me das y lo que recibes sería fabulosa.

—No puedo—dijo retirándose la muchacha,—me pide V. imposibles.

—¡Cómo ha de ser! lo que tú quieras.

Aquella noche tampoco pegó los ojos *Amparaos*. Hubiera dado parte de su vida por no tener aquella fatal hermosura, codiciada por los hombres de tal manera, que jamás dejaron su virtud en reposo.

Ya se cansaba de luchar; Dios sabía que la

humana resistencia tiene un límite, y Andrés ignoraba por entero todas aquellas silenciosas batallas. Estaba sola en el mundo; quizá saliendo de aquella casa cayese con más vilipendio y sin ventajas; en el pueblo ya la tenían por una mujer impúdica, su familia también; *Matacañota*... tal vez lo pensara sin decirlo; ¿qué arriesgaba, pues, quedándose allí? Al menos sucumbía sacrificándose por el hombre que, sin saberlo, la hizo resistir tanto tiempo.

Cuando la fría luz del alba penetró por las rendijas del balcón, aún estaba la *Sultana* sentada en el lecho, con los codos apoyados en las rodillas y sosteniéndose la cabeza con las manos, riñendo la postrer batalla con el destino.

Sin embargo, no decidió nada en concreto.

Muy temprano ya esperaba *Matacañota* en el despacho al Sr. Forquet, quien le dijo al verle, que antes de la puesta de sol procurase buscar dinero para la letra.

—¿De modo, que no puedo tener esperanzas?

—Yo lo siento mucho, pero no puedo servirle.

Matacañota salió de allí con indecible congoja; como un sonámbulo comenzó á bajar la escalera. La *Sultana,* que no le perdía de vista, se puso tras los visillos del mirador para verle marchar; se detuvo meditabundo á la puerta de la casa, y al salir á la calle, con los puños se limpió las lágrimas que asomaban á sus ojos.

Entonces la *Sultana*, rápidamente abrió las vidrieras del mirador, gritando:

—¡Tío Pepe! ¡tío Pepe! no se vaya.

Y se fué corriendo al despacho del comerciante.

—Señor Forquet—le dijo con decisión,—me conformo con lo que V. me propuso anoche; venga la letra del tío Pepe.

Del cajón donde la tenía la sacó, rasgándola en menudos pedazos.

—Nada me debe tu paisano. ¿Cumplirás lo que prometes?

—Lo cumpliré.

Cuando el afligido *Matacañota*, sentado junto al catalán, supo con asombro que le perdonaba la deuda, su constante pesadilla, la causa de su ruina, quiso abrazarle llorando.

—Todo el agradecimiento guardéselo á su paisana, que ha logrado conmoverme.

La buscaron por toda la casa sin hallarla. Se había encerrado en su habitación.

Las calles le parecían interminables al tío Pepe, y sus piernas más torpes que nunca, tal era la prisa que llevaba. Fué un verdadero milagro que no participase la noticia feliz á los transeuntes con que tropezaba. Las alegrías y las penas tienen de común el ser comunicativas.

De ninguna manera quería marcharse al pueblo sin contarle á su hijo sus apuros, la busca

de dinero, las dificultades de hallarlo, los buenos oficios de la *Sultana*, y por fin, la colosal noticia del perdón del crédito á favor de Forquet, el hombre de mejores sentimientos del mundo.

Como Andrés no estaba en casa, tuvo que aguardar hasta medio día con impaciencia. Durante la comida y con infantiles extremos de satisfacción, contó á los comensales lo sucedido.

—Supongo que perdonarás, Andrés, el no haberte comunicado palabra de semejante asunto; no quería que participaras de mis sufrimientos.

—¿Y puede saberse—replicó Andrés—qué motivos han impulsado al señor Forque á romper la letra de cambio?

—Uno tan sólo—dijo D. Jacinto sonriéndose con picardía:—con esas tres mil pesetas ha comprado mi querido principal la mejor mercancía que hasta hoy llegó á sus manos. *Amparaos* le pertenece, y lo siento en el alma porque ya no sufrirá el viejo más desdenes.

Los *Malacañotas*, Andrés sobre todo, se quedaron mudos de asombro.

—No lo extrañen ustedes,—prosigió el ex-viajante;—el señor Forquet, bajo la capa de bonhomía, es el primer libertino que se pasea por Valencia.

Ya no hablaron una palabra mientras duró la comida; el tío Pepe y su hijo estaban acongoja-

dos, mustios. Antes de la hora de trabajo, colocándose Andrés ante su padre, le dijo con decisión:

—No perdamos tiempo, vámonos á casa Forquet.

—¿A casa Forquet?

—Sí, á por *Amparaos*, cueste lo que cueste.

—No será mal espectáculo,—replicó D. Jacinto con alegría;—yo también voy.

La Sultana les abrió la puerta; el fabricante de guanos estaba durmiendo la siesta.

—Despiértalo, deseamos hablar con él.

Con la mejilla derecha roja como la grana, en desorden la ropa y con los ojillos congestionados, salió al momento Forquet.

Adelantándose á los demás, le dijo Andrés que iban á darle las gracias más expresivas por el favor que aquel día les dispensó.

—Ustedes son de casa, pasen al gabinete; Bernarda se alegrará de verles.

Una vez en él, y señalando complacido á la *Sultana,* que también se hallaba en aquel lugar cosiendo, dijo á los visitantes:

—Nada tienen que agradecer á mi humilde persona; todos los cumplimientos que sean para esa criatura que tanto les quiere.

La interesada se puso del color de la escarlata, no levantó lo ojos á mirarles. Andrés, acercándose más hacia la joven, le manifestó

que no aceptaban de ninguna manera tal sacrificio.

—Y no sólo no lo aceptamos, sino que venimos para sacarte de esta casa, donde no debes permanecer ni un instante más.

Todos se quedaron mirándole, menos *Amparaos,* que permaneció con los ojos clavados en la costura. Forquet fué el primero en interrumpir el embarazoso silencio preguntando con qué derecho hablaba de semejante manera.

—Con el que me dá mi conciencia, ¿sabe V.?

—No es bastante.

—Pues si no lo es—añadió descompuesto,—mis puños sabrán encontrar otro más firme.

Forquet hizo ademán de salir hacia su despacho, pero Andrés, adivinándole la intención, se puso de un salto ante la puerta, gritándole:

—Cuidado con lo que se hace, señor mío; de aquí no sale nadie más que *Amparaos* y los que venimos por ella. Si hay un trato de por medio, yo lo deshago por inícuo. Desde este momento volvemos mi padre y yo á ser sus acreedores; nada le debe, pues, esa mujer, están ustedes en paz.

—Pero ¿estás tú conforme con este atropello? —díjole Forquet á la pobre *Amparaos*.

—Andrés, ¿para qué me quieres sacar de aquí? —murmuró con tristeza.

Quiso el comerciante sacar partido de tales palabras, que según él, significaban una tímida

protesta de todo aquello, y con toda la severidad posible, seguro de su victoria, le hizo esta pregunta:

—¿Te vas con él, hija mía, ó te quedas aquí?

—Con él me voy.

Al oir estas palabras, estalló la indignación de Forquet; la bestia humana, sacando su repugnante belfo, comenzó á hociquear en la honra inmaculada de aquella hermosa mujer.

—Anda, pingo ruín, fuente de cuartel, gata en celo, ¿para qué me quieres ya si soy viejo, para saciar tus viciosos apetitos? Me avergüenzo de que la hembra de todos haya sido mi...

—Mientes, mientes, mientes—exclamó Bernarda dirigiendo á su marido terribles miradas, las primeras de su pacientísimo existir;—nadie ha quebrantado su virtud hasta hoy, que se resignó á perderla por amor á ese hombre.

La ofendida no sabía lo que la trastornaba más, si los furiosos insultos de Forquet ó el descubrimiento que del secreto de su alma hizo la mártir.

Andrés fué el primero en interrumpir el silencio, rogándole á su paisana que recogiese pronto la ropa. Mientras lo verificaba, permanecía el comerciante sentado, de codos sobre la mesa, cubriéndose la cara con las manos. Bernarda, lívida, mirándole, temblaba de temor ó de indignación.

La *Sultana* puso delante de su señora un baúl-mundo pequeño para que lo registrase, pero aquella no quiso, mandándole que lo cerrara; cuando lo hubo verificado, se lo cargó al hombro el hijo del tío *Matacañola* y salieron todos del gabinete; pero al dar *Amparaos* el último adios á la señora Bernarda, se le representaron sus contínuos sufrimientos, las escenas que aún quedaban por desarrollar en aquel íntimo drama, y sintió hacia la mártir profunda piedad. Sin decir palabra, con especial veneración, entrando de nuevo en el aposento, se puso de rodillas ante la inválida, y cogiéndole la mano, se la besó con respeto...

Todos salieron impresionados de aquella casa menos D. Jacinto, que vió coronadas sus venganzas con la derrota completa del comerciante; le dejaba herido de muerte, pero tampoco se contentó con ello y quiso mortificarle más aún amargándole su agonía.

De cierta tienda de las afueras compró una pequeña *traca* con los cohetes de tamaño regular. Sin que nadie lo viese, puso, en llegando á su domicilio, al extremo de aquella un trozo muy pequeño de mecha de algodón de las que sirven para encender cigarros, y después de liarlo todo convenientemente lo guardó.

Sobre las doce de la noche, cuando todos estaban durmiendo, con mucho sigilo salió de

casa, dirigiéndose hacia la de Forquet. Después de dar tres ó cuatro vueltas por las calles adyacentes y cuando pudo cerciorarse de que nadie le veía, sujetó la ristra de cohetes con el aldabón, y con el cigarro que llevaba encendido prendió fuego á la mecha; pero cuando se dispuso á huir, abrióse de repente la puerta, y el propio Forquet, agarrándole de las solapas, comenzó á decirle:

—¿Con que tú eras?, ya te había visto desde el mirador, ¡granuja! ¡mala sangre! ¡canalla!

—¡¡Viva la anarquía!!—gritó D. Jacinto procurando desasirse de su enemigo. Y se agarraron á brazo partido como dos golfos del mercado.

Mientras, la corta mecha hizo su efecto y comenzaron los cohetes á reventar con estrépito como si en el patio anduviesen á tiros con una cuadrilla de malhechores. Acudieron vigilantes, serenos, vecinos y porteros, y entre todos lograron sujetar al padre de Carlos, que no cesaba de dar mueras á los tiranos y á los libertinos y vivas á la revolución social.

Forquet mandó que bajo su responsabilidad le maniataran llevándoselo al Gobierno civil.

—Todo el peso de la ley caerá sobre tí, yo te lo aseguro.

¡Cuán lejos estaba de suponer el airado comerciante que la pena de muerte se cernía sobre D. Jacinto en forma de segundo ataque apoplé-

tico, que le cogió en la cárcel á los pocos días de aquéllas aventuras!

XXXV

No tuvo más remedio Andrés que dominar su impaciencia y permanecer en la ciudad hasta que terminase un importante remiendo.

La *Sultana,* provisionalmente se alojó en la misma portería donde estaba cuando la llevaron á servir á Forquet por segunda vez; con sus ahorros podía vagar algún tiempo, hasta ver el nuevo derrotero que tomaban sus asuntos.

Desde la fecha de su liberación, pocas veces había visto á *Malacañola;* le daba vergüenza ir á casa Carlos, y aquél, con la prisa de terminar sus quehaceres lo más pronto posible, trabajaba mucho, sin que le quedara tiempo para visitas. Si acaso alguno tenía libre, tantos eran y tan importantes los asuntos por resolver, que lo necesitaba todo para garantizar el acierto de sus determinaciones.

Después del trabajo fué una tarde á donde residía la *Sultana;* como de costumbre, nada le dijo Andrés de sus futuros proyectos; pero la muchacha, que comprendía la imposibilidad de vivir sin trabajar, y que al marcharse su amigo al pueblo necesitaba un hogar donde la defendiesen y cobijasen, le hizo saber que si no tenía

preferencia por ninguna casa, ella misma ó los porteros, sus paisanos, la buscarían.

Andrés quedó un momento pensativo; por fin contestó á la *Sultana* que no buscase colocación, pues se había permitido, salvo su voluntad, buscarle una.

—Me conformo con la que me proporciones.

—¿Quieres servirme en mi casa del pueblo... mientras yo viva?

—Sí—contestó la *Sultana, toda ella,* sin que le quedase una sola fibra del cuerpo ni el más oculto rinconcito del alma que no participase de tal afirmación.

—No creas que al ofrecerte lo que tan bien te has ganado te doy un cariño de novela, de los que brotan en un instante; mejor que nadie sabes...

—No sueño con imposibles, Andrés, ni pido más de lo que buenamente me puedes dar.

A partir de aquella fecha solían verse con alguna frecuencia; conversaban especialmente de su viaje, de lo grato del regreso á los queridos lares abandonados, de la impresión que les causaría ver desde las ventanillas del coche el grupo de casas á los pies del erguido campanario; la contemplación de los caminos vecinales, tantas veces pisados; la parada en la Estación, los abrazos con que les recibirían sus familias. Y después, el desfile de vecinos y amigos para dar-

les la bienvenida y contar de paso cuantas novedades hubiesen por el pueblo... La *Sultana* le dijo á *Matacañota* que pensaba no poner los pies allí, por lo injustos que habían sido con ella; pero volviendo con Andrés y con la esperanza de ser su esposa, tenía tanto entusiasmo como él, quizá más, porque habiéndole hecho él justicia, todos se confesarían equivocados.

—Y el día que me quieras un poco—concluyó,—¡menuda *dobla* (1) que le hago á la Virgen!

—Pues ya puedes ir buscando predicador.

—¡Ah! no, es todavía pronto, muy pronto...

Cuando más embebidos estaban una tarde en sus añoranzas por no poder estar en el pueblo durante las fiestas, se les presentó Carlos con una carta de Loreto en la mano, diciéndole que *Purgatori* se moría, que fuese allí lo más pronto posible, porque le llamaba el moribundo con insistencia. Si Andrés podía ir, que fuese también.

No tuvo más remedio el abogado que marchar solo, porque á *Matacañota* los quehaceres no le permitían hacer un viaje en vísperas del definitivo.

Todos esperaban aquel desenlace. La naturaleza más robusta no resiste juntos, en el grado que se acumularon en *Chimet,* los dolores físicos y las penas morales, la pérdida de la visión y la

(1) Misa cantada con sermón.

de todas las ilusiones. Así es que se fué consumiendo y aniquilándose como el tronco más robusto en el hogar; ya no quedaban de él más que cenizas.

Los médicos diagnosticaron su enfermedad de tuberculosis pulmonar, es decir, tradujeron en prosa vil la tétrica elegía.

Si pudiera prescindirse de la descripción del cuadro y de las escenas de que fué Carlos protagonistas unas veces, otras testigo, de buena gana no figurarían en esta historia; pero la vida se compone de todos esos contrastes, y donde no caben más que los regocijos, sin las pesadumbres, no hay verdad.

Aquel no era *Chimet*, el muchacho moreno, de vivos y fulgurantes ojos, alegre como un día de sol, vigoroso como el retoño de una carrasca, de todo aquello no quedaba más que la sombra de una sombra; tenía la piel fina, sedeña, con el brillo y frialdad del mármol, que los huesos despiadados empujaban; unos ojos quietos que parecían descompuestos ya, perdidos en las cavidades óseas, y una boca entreabierta, cuyos labios, replegados, dejaban al descubierto los dientes amarillos, como si sonriese al propio espectro de la muerte... Sus manos, de inverosímil delgadez, pretendían recoger en la cubierta de la cama el fluído de la vida, que iba escapándose poco á poco, y de aquel pecho, rival de la fatiga, se

batían en retirada los últimos alientos de la existencia.

La tía Ramona, cogida con afán á su hijo, quería ser la compañera de su eterno viaje; con un libro en la mano, aguardaba el señor cura el instante de la recomendación del alma; lloraban lágrimas copiosas los cirios junto al cuadro de la Patrona del pueblo, y de cuando en cuando, de puntillas, alargando el cuello hacia el enfermo, entraban parientes y amigos para curiosear la tremenda lucha.

Carlos y Loreto penetraron también en ese instante.

—*Míralo, filla, míralo*—decía la tía Ramona llorando.

Y la pobre muchacha, que á pesar de todas las prohibiciones, quiso ver un instante al hombre que amó desde pequeña, se acercó al lecho, cubriéndose los ojos con el pañuelo.

—*Chimo, Chimo,* ya han venido los que esparabas, ya están aquí...

Pero sólo contestaron á las palabras de la tía Ramona los hervores del pecho y el silbido estertoroso del enfermo.

Viendo Carlos que resultaba cruel prolongar aquella escena tristísima, suplicó á Loreto que se retirase; pero antes de verificarlo, el letrado besó al moribundo en la frente. Y como la joven se le quedase mirando:

—Bésalo tú también—le dijo con dulzura; y los puros labios de Loreto besaron por primera y última vez el rostro cadavérico de su *Purgatori*, por cuyas mejillas aún se veían brillar un buen rato después, como postrer ofrenda de amor, las lágrimas de su novia.

Traslademonos, si deseamos apartar de la imaginación las tristes escenas descritas, á casa el señor D. Dionisio Martínez, elegido diputado provincial en reñida lid en las elecciones parciales, que para llenar una vacante se verificaron en uno de los distritos de la ciudad. Bien se había portado el Gobernador civil; los candidatos monárquicos sirvieron de hazme-reir á las gentes poco duchas en esta clase de sainetes... para llorar. El cacique de la provincia sabía, casi con certeza, que antes de finalizar el trienio el flamante diputado no le haría remilgos á la Marcha Real.

La situación económica, gracias á la competencia del yerno y á la política, iba viento en popa. Compró un huerto de naranjos en Alcira y una casa en la calle del Mar, amén de unos campitos en Alboraya; convertido en propietario, es inútil decir que aquellas ideas de antaño referentes á la propiedad en común, al desnivel social, etc., iban desapareciendo como había desaparecido el amor á la gente jornalera. ¡Qué milagros obran la levita y la cédula personal cara!

Doña Rosa, delante de algunos contertulios, ya se permitía llamar á su marido al orden cuando no trataba con el debido respeto las cosas de tejas arriba, y no podía remediarlo, le encantaban los Carmelitas por lo bien que organizaban las funciones religiosas.

Para que no se nos olvide, hay que advertir que á Germinal la bautizaron para casarse, y le sustituyeron su nombre zolesco por el candoroso y dulcísimo de María. Sus ideas eran las mismas, pero no se permitía trasparentarlas; ni de política, ni de religión, toleraba que le hablasen; allá en el fondo de su conciencia continuaba rindiendo culto á las ideas anarquistas, inspiradas según ella, en los escritos de Bakunin y Kropotkine, pero en realidad, pertenecientes al grupo *crítico-egoista* representado por Stirner y Tucker, pues la conducta de la muchacha, defendiendo siempre sobre todas las cosas la felicidad individual, así lo dejaba comprender á los que conocían el complicado plexo anarquista.

Por eso, consecuente como nunca en sus ideas, más aún por haberles hecho traición aparente, buscó sin miramientos de ninguna clase la propia felicidad, y tan pronto como regresó de su corto viaje de boda, tuvo la desfachatez de presentarse una tarde, como si nada hubiese sucedido, en casa de Carlos.

Al verla *Matacañola* quedó atontado sin sa-

ber qué significaría tal atrevimiento. Pronto pudo salir de dudas: iba sencillamente á demostrarle que su boda le importaba menos que cualquier insignificante suceso de la vida. Por no dejar en el arroyo á sus padres se había casado, pero después comprendió el terrible daño que con su conducta recibiría *Matacañola*, le tuvo lástima, se exaltó su cariño y allí estaba dispuesta á dejarlo *todo, todo* por él; con la felicidad de ambos no mandaba nadie.

—Podías haber prescindido de vergüenza semejante—le contestó Andrés así que hubo terminado;—tu determinación actual me molesta más que me halaga; de modo, que te ruego vuelvas donde tienes tus deberes, porque ni para tentarme sirves ya.

—Eso no lo sientes, querido Andrés; habla tu despecho, tu dolor justísimo; yo sé que conmigo despides la felicidad de toda tu vida.

—Vives muy engañada, Germinal; descansa y no me compadezcas; tu traición ha sido para mí un narcótico, no un veneno, y ya sabes que hay narcóticos que curan.

—¿Serás capaz de querer á otra? ¿Tal vez al pendón de *Amparaos?*

—Mira Germinal, te suplico que te retires.

Una y otra vez, con lágrimas en los ojos, ofreció la hija de Martínez á *Matacañola* su porvenir, su dicha, su honra, pero las resoluciones

del labriego eran inquebrantables y aquel día se despidieron para siempre.

Como se acercaba la fecha de la partida, dedicó Andrés los momentos ociosos á la compra de libros, á la de algunos objetos para su boda próxima y á decir adiós á los compañeros y demás personas á quienes conocía y trataba.

Repasando en la memoria la lista de las últimas, se acordó de Dionisio Martínez. El tiempo había neutralizado el rencor; al fin, el entonces diputado fué quien le hizo tener ideales, y por él llegó á realizarlos en parte. Le consideraba lleno de grandes merecimientos, injustamente olvidados, y como la gratitud era el principal distintivo del carácter de Andrés, en un noble arranque de bondad decidió ir á despedirse de su antiguo maestro. Le daría las gracias por haberle protegido durante los primeros meses de su permanencia en la ciudad, los parabienes por el honroso cargo que desempeñaba y después le comunicaría cuanto pensaba realizar en el pueblo en beneficio de los labradores. Sin duda, Martínez, satisfecho del digno proceder de Andrés, le daría un abrazo muy apretado para sellar la reconciliación.

Cuando calculó que Doña Rosa andaría de visiteo, fué á la calle de Trinitarios y se hizo anunciar por la muchacha.

Sentado en el recibimiento aguardó un buen

rato; por fin, la misma sirviente le dijo que el señor hasta las siete de la tarde no recibía. Con mansedumbre de labriego volvió á la indicada hora; le hicieron pasar al despacho y, transcurridos algunos momentos, Vespucio, el atildado Vespucio, se puso á las órdenes de Andrés. Era secretario particular, procurador y escribiente de Martínez.

Al verle *Matacañota,* sin saludarle siquiera salió del despacho y después de la casa...

XXXVI

Tal era la ilusión que por volver al pueblo tenía el hijo del tío Pepe, que casi todas las noches soñaba disparates relacionados con el gran acontecimiento. La víspera de la marcha tuvo el siguiente sueño:

En una lengua de tierra que se perdía por su inmensidad en el horizonte, cubierta de trigales en sazón, separada del resto del mundo por dos anchos y al parecer caudalosos ríos, bajo un cielo plomizo y un ambiente de fragua, vió Andrés varios labradores que, inclinados constantemente sobre la tierra, abatían con sus hoces fébridas como centellas los maduros tallos del trigo.

Sobre sus aduncos cuerpos del pardo color de la tierra, llevaban unos mantos flordelisados,

pero tan incoloros y tan viejos, que á través de su tejido dejaban asomar las carnes sin fibra y sin forma.

Mirándoles los rostros enjutos y los cabellos lacios dorados por el sol, no se adivinaba si aquellos eran jóvenes envejecidos ó viejos vigorosos.

Segaban con brío, sin levantar sus cuerpos cenceños de la tierra ni dar al cansancio tregua, con inconsciencia de sonámbulo, y lo más particular era que á sus espaldas, en vez de haber verdaderas montañas de haces, sólo se veía una rastrojera blancuzca, tan extensa, que también la besaba el cielo en los confines del horizonte. Manos invisibles arrebataban sin duda la parva tan pronto como caía mordida por las hoces; de manera, que los labriegos, con estoicismo salvaje, trabajaban para voraces enemigos ocultos... *Sic vos non vobis...*

En las opuestas márgenes de río se veía, por un milagro de óptica, la humanidad en todos los aspectos de su existir: locomotoras que al quemarse las entrañas lanzaban rugidos de fiera; fábricas como pueblos y buques como fábricas, cuyas chimeneas daban fé de vida; millares de obreros llevando en sus rostros la placidez que da el ordenado trabajo, las irradiaciones de la civilización, el equilibrio mental y el convencimiento de su poder; automóviles lijeros como el

pensar, coches de lujo que arrastraban molicies y voluptuosidades, artistas febricitantes absortos en luminosas creaciones..., todo en contínua marcha, como si obedeciese al impulso de oculta fuerza motriz.

Viendo Andrés que aquellos hombres proseguían con persistencia de autómatas el aniquilador trabajo junto al dorado mar de trigo, sintió lástima, y acercándose, les dijo que dejasen las hoces en reposo, pues la fatiga tenia un límite que era temarario pasar.

Pero los segadores, al oirle, levantaban admirados un instante sus cabezas mirándole y volvían á su tarea con ánsia loca.

Cuantas veces Andrés les conminó á dejar quietos sus músculos, otras tantas le miraban con asombro, pero sin hacer caso de sus excitaciones fraternales.

Bajo pretexto de contemplar los instrumentos de trabajo fue *Matacañota* recogiéndolos todos, y con fuerza sobrehumana los árrojó lejos, muy lejos, á la otra parte del río.

Y los labradores se sometieron, á pesar suyo, á la voluntad de Andrés, holgando por primera vez en su cruel existencia de parias...

Les hizo diversas preguntas y solo le respondieron con gritos y con señas...; ¡estaban mudos! pero su mudez, según pudo colegir el labriego, no era fisiológica, sino circunstancial. Abandona-

dos por el mundo en aquella desierta península, jamás aprendieron á pronunciar una palabra.

De repente, como en las mutaciones teatrales, cambió la decoración. En donde estaba el mar de oro crecían á su antojo cardos y cañaverales; los labradores, envueltos en sus régios mantos, dormían sin hacer caso de los gritos ensordecedores percibidos á la otra parte de aquellos ríos. Una multitud abigarrada, inmensa, con cara de hambre, llamaba con desesperación á los labriegos rogándoles que fuesen á parlamentar á la otra orilla.

Ya no pitaban las locomotoras, ni los vapores hacían oir sus sirenas; las chimeneas de las grandes fábricas parecían obeliscos de abandonadas necrópolis; obreros de todas clases lanzaban improperios contra los poderosos, mostrándoles con amor la misteriosa porción de tierra, y todos á una voz, altos y bajos, reyes y vasallos, miraban por vez primera, con afecto y consideración, á los pobres desterrados...

Andrés, despertándoles y dirigiéndose con ellos hacia el cauce del río, dijo á los de la otra parte, que si tenían medios que lo vadeasen para buscarles, pero todos se negaban á pretexto de la enorme distancia que los separaba: dos siglos por lo menos.

—Venid vosotros—parecía que les dijesen desde allá,—y pedidnos cuanto queráis, incluso

vuestras perdidas coronas, pero á condición de que reanudéis el trabajo...

Los segadores, con los ojos fijos en Andrés, miraban con espanto la extensa superficie del agua, y al comprender que aún atravesándola no podrían pedir mejoras, gruesas lágrimas humedecieron sus morenas mejillas.

Con la fe del apóstol, Andrés se lanzó al río para tantear su fondo, y con indescriptible sorpresa notó que las aguas apenas le cubrían los pies...

Y le siguieron todos alborozados, dirigiéndose hacia donde la Humanidad les llamaba para recibir sus justas peticiones y sus quejas.

Llegaron al término de viaje más pronto de lo que se creían; la voluntad poderosa venció lo enorme de la distancia.

—Pedid, hermanos—les dijeron al llegar, saludándoles ¡por fin! como á tales.

Pero como los pobres campesinos no podían hablar, fué inútil la pregunta.

—Pedid hermanos, no temáis,—volvieron á repetirles.

Entonces Andrés, adelantándose con arrogancia, replicó que aquellos infelides, por razón del abandono secular en que les tuvieron, estaban mudos, pero que su mudez desaparecería con el calor que les prestase la Justicia, el Derecho... y el Amor.

—Mientras esa bendita hora llega, yo, en nombre de mis hermanos, exijo, pido...

Sin duda, por el esfuerzo mental que hizo *Matacañota* para recoger sus ideas ante la muchedumbre, despertó...

Se agolparon entonces sin esfuerzo á su memoria los detalles del sueño, relacionándolos con su próximo viaje á la tierra querida, y convencido una vez más de lo trascendentales que podían ser allí sus enseñanzas, sus experiencias, hasta sus desengaños, exclamó con entusiasmo ferviente:

—Sí, hay que hacerles vadear el río, hay que hacer hablar á los reyes mudos...

Valencia Junio 1904.

ERRATAS

Las que se deslizaron en esta novela puede corregirlas con facilidad el buen criterio del lector.

DEL MISMO AUTOR

Serojo, colección de cantares (agotada).
Fortaleza, novela (agotada).
Novelas Cortas (agotada).
Cuentos y Novelas.
Casinos-Escuelas, folleto.
Tófols y Mingos, ensayo dramático en tres actos.

....

En preparación

FRAY VICENTE FERRER

Primer volúmen de Narraciones Valencianas.

....

Los pedidos: ***Librería-Serred,*** Zaragoza, 29, y plaza Miguelete, 2, Valencia.

ERRATAS

Las que se deslizaron en esta novela puede corregirlas con facilidad el buen criterio del lector.